

SOCIALISMO LA IDEA FRACASADA **QUE NUNCA MUERE**

Kristian Niemietz



iea
Institute of
Economic Affairs

libertank

**Primera edición publicada en el Reino Unido en 2019 por The
Institute of Economic Affairs**

2 Lord North Street

Westminster

Londres SW1P 3LB

en asociación con London Publishing Partnership Ltd

www.londonpublishingpartnership.co.uk

La misión del *Institute of Economic Affairs* es mejorar la comprensión de las instituciones fundamentales de una sociedad libre, mediante el análisis y la exposición del papel de los mercados en la solución de los problemas económicos y sociales.

Copyright (Derechos de autor) © The *Institute of Economic Affairs*
2019

Los derechos morales de los autores han sido reconocidos.

Todos los derechos reservados. Sin perjuicio de los derechos de autor mencionados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o incorporada en un sistema de recuperación de información, ni transmitida en ninguna forma ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación u otro), sin el permiso previo por escrito tanto del titular de los derechos de autor como del editor de este libro.

Un registro CIP de catálogo para este libro está disponible en la Biblioteca Británica.

Muchas publicaciones del IEA son traducidas a idiomas distintos del inglés o reimpresas. Debe solicitarse permiso para traducir o reimprimir al Director General en la dirección indicada arriba.

Composición tipográfica en Kepler por T&T Productions Ltd.
www.tandtproductions.com

Impreso por Especial Impresores S.A.S.
www.especial.com.co - info@especial.com.co

La bandera roja del socialismo internacional ondea sobre el palacio y sobre todos los edificios públicos de Berlín. [...]

Nuestros largos años de esfuerzo y lucha por la justa causa del pueblo están ahora coronados con el éxito.

El viejo régimen podrido, con su [...] sistema de saqueo de las clases trabajadoras, se ha desmoronado en pedazos.

Y para beneficio de mis hijos y de los hijos de mis hijos, me propongo dejar por escrito, de manera sencilla, un pequeño relato sobre los comienzos de este nuevo reino de fraternidad y filantropía universal.

Eugen Richter

Imágenes del futuro socialista (1893: Capítulo 1)

Acaba de emitirse una orden para reducir a la mitad las raciones de pan de toda la población y eliminar por completo las raciones de carne. [...]

Descubro que, de ahora en adelante, ya no podré dar cuenta con tanto detalle de los acontecimientos a medida que ocurren.

La jornada laboral de doce horas entra en vigor mañana, así que no tendré mucho tiempo para escribir. [...]

Noto que se me mira con una sospecha creciente, de modo que podrían registrar mi casa y confiscar mis documentos en cualquier momento.

Eugen Richter

Imágenes del futuro socialista (1893: Capítulo 32)

CONTENIDO

Prólogo a la edición en español

Sobre el autor

Resumen

Tablas y figuras

1.El atractivo perdurable del socialismo

Introducción: el socialismo es popular

La omnipresencia de los supuestos socialistas

Socialismo y socialdemocracia

¿Un hombre de paja perezoso?

No por falta de intentos

Los hombres de paja que alguna vez estuvieron vivos.

2.La Unión Soviética bajo Stalin: "Toda una nación marchó detrás de una visión"

El socialismo soviético

Los peregrinos de Stalin

Remanentes actuales de la apologética soviética

Conclusión

3.China bajo Mao Tse-Tung: "Un régimen revolucionario debe deshacerse de ciertos individuos que lo amenazan"

El socialismo maoísta

Los peregrinos de Mao

Vestigios actuales de la apologética maoísta

Conclusión

4.Cuba bajo Fidel Castro: "El comienzo de la construcción del hombre nuevo"

¡Hasta siempre, Comandante!

Los peregrinos de Castro

¿Por qué Cuba es diferente?

5.Corea del Norte bajo Kim Il Sung: "Un mesías más que un dictador"

El socialismo norcoreano

Los peregrinos de Kim Il Sung

Vestigios actuales de la apologética norcoreana

6.Camboya bajo los Jemeres Rojos: "El reino de la justicia"

7. Albania bajo Enver Hoxha: "La clase obrera está en el poder"

8. Alemania Oriental bajo el SED: "El poder organizado de la clase trabajadora"

El socialismo de Alemania Oriental

Admiradores occidentales de la RDA: los primeros años

Admiradores occidentales de la RDA: los años posteriores

Vestigios actuales de la apologética de la RDA

Nota sobre el revisionismo pro-RDA

9. Venezuela bajo Hugo Chávez: "Una manera diferente y mejor de hacer las cosas. Se llama socialismo"

El socialismo del siglo XXI

Los peregrinos de Chávez

Después del cenit

Completando el círculo

Las secuelas: otra vez, no era socialismo real

10. Por qué las ideas socialistas persisten

El modelo de intuición social de Haidt y la teoría de la

"irracionalidad racional" de Caplan

Anticapitalismo intuitivo, o el anticapitalismo como posición por defecto

La falacia de Gary Lineker

Conclusión

11. Epílogo. Una historia alternativa: el socialismo real está siendo probado

Referencias

Sobre el IEA (*Institute of Economic Affairs*)

Prólogo a la edición en español

Todas las ideologías políticas son, en mayor o menor medida, estafas diseñadas para dominar a los demás. Pero hay una que destaca por su mezcla singular de seducción emocional y devastación práctica: el socialismo. El pensador cubano-argentino Armando Ribas lo definió con precisión aforística al afirmar que el socialismo consiste en “creer que los hombres son como no son. Se forja con envidia, se administra desde la hipocresía, genera pereza y destruye la riqueza. Es pura demagogia”. Solo habría que añadir, como señaló el filósofo francés, Jean-François Revel, con amarga exactitud, que en cualquier época y en cualquier latitud donde se ha intentado imponer, la violencia ha sido el instrumento imprescindible de su realización. Pocas doctrinas han mostrado, con tanta terquedad, su incompatibilidad con la libertad y la dignidad humana.

La razón profunda de esa incompatibilidad está en la visión socialista del ser humano y de la política. La tradición clásica entendió la política como el arte de ordenar la vida social hacia el bien común. Es decir, hacia un orden justo en el que cada persona puede desplegar sus talentos, cooperar con otros y convivir en el marco leyes generales que protegen su dignidad y sus derechos. El bien común no es la felicidad uniforme impuesta desde arriba, sino el marco de justicia y paz social que permite a cada uno buscar su propio bien sin atropellar a los demás.

El marxismo, en cambio, interpreta la historia como un conflicto inevitable de clases antagónicas. Su dialéctica no es la del diálogo que busca acuerdos, sino la lucha que busca aplastar al enemigo. La realidad social queda reducida a un combate permanente y la política deja de ser un espacio de deliberación para convertirse en estrategia de guerra. No es casual que Marx llegara a escribir que “la última palabra de la ciencia social será siempre lucha o muerte, guerra sangrienta o nada”. Cuando la ciencia se declara partidaria de la guerra, el bien común deja de ser posible y solo queda la victoria de unos sobre otros.

Este libro de Kristian Niemietz que el lector tiene entre sus manos demuestra esa verdad con abundantes ejemplos históricos. Su tesis central es tan clara como perturbadora: el socialismo nunca ha funcionado, no por falta de intentos, ni por mala suerte, sino porque en su ADN late una incompatibilidad intrínseca con la naturaleza humana y con los requisitos elementales de una sociedad libre. Sin

embargo, su atracción nunca desaparece. Como las supersticiones antiguas, reaparece generación tras generación, adaptada al lenguaje de la época y al ritmo del país sobre el que busca ensañarse, siempre acompañada por la vieja consigna de que "esta vez será distinto".

El principal mérito de este texto de Niemietz, economista del más alto nivel, formado en Berlín, Salamanca y Londres, vinculado al *Institute of Economic Affairs*; investigador riguroso del intervencionismo estatal, del fenómeno de la pobreza y del papel de las instituciones, consiste en mostrar que todos los experimentos socialistas han pasado por las mismas tres fases: la luna de miel inicial, seguida de la etapa de las excusas, desembocando finalmente en el mil veces repetido "no era socialismo real".

Durante la fase inicial de la luna de miel, los regímenes socialistas son celebrados con entusiasmo por ilusionados visitantes de los países desarrollados occidentales: escritores, periodistas, profesores universitarios, activistas, dramaturgos y artistas. Es la etapa de los elogios fáciles, de la fascinación por una supuesta fraternidad social novedosa, de la ilusión de haber descubierto el secreto de la prosperidad sin desigualdad. Es, también, el momento de satisfacer el sesgo de confirmación de los socialistas "bienpensantes", que por fin creen ver sus teorías encarnadas en un país concreto.

Sucedió en el primer experimento histórico del socialismo real: la Unión Soviética. Antes de que salieran a la luz los millones de muertos, exiliados y torturados en los campos de concentración o GULAG, los peregrinos regresaban con relatos de una sociedad solidaria y ejemplar. Allí, Lenin implantó desde el inicio tribunales revolucionarios, confiscaciones masivas, censura de prensa, campos de trabajo forzados y una policía política (la tenebrosa Cheka y sus sucesoras, como la KGB), que en pocos años llegó a contar con cientos de miles de agentes. Su sucesor, Stalin, perfeccionó la maquinaria del terror con purgas, deportaciones de pueblos enteros, hambrunas provocadas y un sistema carcelario gigantesco. No es gratuito que el historiador, Pierre Chaunu, describiera al comunismo como "la mayor empresa carcelaria de la humanidad", ni que El libro negro del comunismo haya cifrado, con riguroso respaldo académico, en más de cien millones sus víctimas mortales directas en el siglo XX (sin contar las que lleva en el siglo XXI).

A pesar de todo eso, buena parte de la intelectualidad occidental reaccionó con entusiasmo y ceguera voluntaria. Bernard Shaw visitó

la URSS y, deslumbrado por decorados cuidadosamente preparados, negó las noticias sobre las purgas y las hambrunas. Bertolt Brecht justificó los procesos de Moscú como si fuesen decisiones dolorosas pero necesarias. Ernst Bloch defendió los juicios estalinistas, subordinando la justicia individual a la gran causa histórica del socialismo. Thomas Mann llegó a considerar el anticomunismo como "la mayor idiotez de nuestro tiempo". Y Jean-Paul Sartre, en frase célebre, se permitió afirmar que "un anticomunista es un perro". La realidad de los campos y de las fosas comunes pesó menos que la necesidad de mantener intacta una fe política. Para todos estos ideólogos, como diría Revel, fue siempre más importante creer que saber.

Esa realidad se hizo imposible de ocultar, en buena medida, gracias a escritores como el premio Nobel ruso, el gran Alexander Solzhenitsyn, cuyo monumental Archipiélago Gulag desnudó, con rigor casi forense, la estructura del terror soviético. A propósito de esa obra, el periodista, Raúl del Pozo, hizo una observación que vale como epitafio: Solzhenitsyn, dijo, "ha hecho más anticomunistas que toda la CIA". No fue el espionaje, sino la verdad, la que quebró el prestigio moral del sistema.

Algo parecido ocurrió con no pocos intelectuales hispanoamericanos. Por ejemplo, el escritor argentino, Ernesto Sábato, quien en su juventud abrazó el comunismo por considerarlo una "obligación moral", terminaría confesando que había sido víctima de una gigantesca mentira. De modo semejante, grandes autores latinoamericanos como los premios Nobel de literatura, Mario Vargas Llosa y Octavio Paz, acabarían tomando distancia crítica del socialismo y del castrismo, a la luz de sus fracasos económicos y morales. Otros, en cambio, nunca hicieron ese examen de conciencia. El caso de Nobel de literatura colombiano, Gabriel García Márquez, con su defensa consciente de la miserable tiranía cubana y de las guerrillas terroristas de su propio país, es particularmente repugnante.

El mismo patrón de seducción y negación se repitió en la China de Mao. El sinólogo, Simon Leys, documentó con valentía las purgas, las campañas políticas, las hambrunas gigantescas del Gran Salto Adelante, así como la destrucción de patrimonio cultural, las torturas sistemáticas y una devastación humana sin precedentes. Cuando en la plaza Tiananmén, en 1989, el régimen decidió aplastar una protesta pacífica de estudiantes, el embajador británico, Alan Donald, estimó en un telegrama que la represión dejó más de diez mil muertos. Esa

cifra estremecedora confirma que la violencia no era un accidente, sino un recurso inseparable de la esencia del socialismo comunista.

En Camboya, la revolución de los Jemeres Rojos prometía instaurar el "reino de la justicia". En poco más de cuatro años, el experimento acabó exterminando entre una quinta y una cuarta parte de la población: se trata del genocidio, porcentualmente, más devastador de la historia contemporánea. La película *The Killing Fields* (Los gritos del silencio) ofrece una imagen inolvidable de esa pesadilla. Sin embargo, en Occidente no faltaron quienes se dedicaron a negar, minimizar o justificar lo ocurrido. El apologista más célebre, como documenta Niemiets, fue el lingüista estadounidense, Noam Chomsky, convertido en figura reverenciada por millones de lectores que lo citan creyendo que es una gran autoridad moral e intelectual, cuando en realidad sus escritos sobre Camboya, Cuba, Nicaragua o Venezuela constituyen uno de los fraudes intelectuales más graves del siglo XX.

Chomsky no elogió explícitamente a Pol Pot, pero hizo algo intelectualmente más deshonesto: intentó desacreditar y relativizar las críticas al régimen, calificando de poco fiables los testimonios de los refugiados, insinuando que los informes sobre masacres eran "exageraciones" o "engaños", y defendiendo, contra una montaña de evidencias, que las ejecuciones ascendían apenas a "varios miles". Sus textos no fueron pro-Pol Pot, sino anti-anti-Pol Pot: un intento sistemático de sembrar duda, confusión moral y falsa simetría ("no pretendemos saber dónde está la verdad", escribía, mientras descartaba meticulosamente cada denuncia). A la luz del millón y medio de muertos que dejó aquel horror, el intento de Chomsky por maquillar el genocidio confirma algo inquietante: incluso los intelectuales más populares pueden convertirse en propagandistas de tiranías homicidas, si estas encajan con sus prejuicios ideológicos. Conviene leerlo, como sugiere Niemiets, no como un sabio contracultural, sino como recordatorio de que el prestigio académico no inmuniza contra la ceguera moral.

En Cuba, el sueño del "hombre nuevo" proclamado por Fidel Castro derivó en un régimen de vigilancia continua, represión política y miseria crónica. Como recuerda Niemiets, pocos experimentos socialistas han disfrutado de una luna de miel tan prolongada con la opinión pública occidental: durante décadas, una mezcla de turismo revolucionario y romanticismo caribeño, al ritmo del cha-chacha, permitió presentar a la isla como vitrina del socialismo "amable",

reduciendo toda crítica al comodín del "bloqueo" y exhibiendo la sanidad y la educación como coartada moral para justificar la falta de libertades. El precio oculto fueron los presos políticos, los fusilamientos masivos, los campos de trabajo (incluyendo los que el Che Guevara creó para los homosexuales), la censura y el exilio de millones de cubanos, muchos de ellos dispersos por toda América. Ese modelo, que algunos todavía evocan con nostalgia, no fue nunca un laboratorio de "justicia social", sino una demostración más de que la planificación central solo puede sostenerse mediante la vigilancia y el miedo.

En Corea del Norte, el socialismo degeneró en una teocracia política hereditaria, en la que el culto a la personalidad sustituye a la religión y la penuria convive con el militarismo más feroz. Es el recordatorio extremo de hasta qué punto una ideología que promete igualdad puede terminar consagrando una dinastía absoluta, encerrando a todo un pueblo en un país-calabozo.

En Venezuela, el llamado "socialismo del siglo XXI", presentado al principio como un nuevo modelo participativo, siguió al pie de la letra el guion que Niemietz describe: primero la luna de miel, luego las excusas y finalmente la negación. Durante años fue el país de moda para la izquierda internacional: se exaltaban sus "misiones sociales", se hablaba de democracia "protagónica", se aseguraba que, por fin, América Latina había encontrado una vía propia. Entretanto, se nacionalizaban sectores clave, se imponían controles de precios, se destruían los incentivos de producción, se arruinaba la independencia judicial y se convertía al adversario político en enemigo a exterminar. El resultado está a la vista: ruina económica y moral, narcoestado, desabastecimiento, hiperinflación, colapso institucional, más de veinte mil asesinatos anuales y un éxodo de más de ocho millones de ciudadanos.

Para un colombiano, todo esto no es una estadística lejana, sino una experiencia cotidiana: buena parte de esos millones de venezolanos han cruzado la frontera y hoy trabajan, sufren y rehacen su vida en Colombia y en otros países de la región y del mundo. Lo que muchos europeos solo conocen por los periódicos, el colombiano lo ve todos los días en la calle. De ahí que este libro tenga para nosotros un interés añadido: no habla solo de la URSS, de China o de Camboya, sino del vecino de al lado y de la amenaza real de "convertirse en otra Venezuela" o "en otra Cuba" si se repiten las recetas de la estafa.

La segunda fase descrita por Niemiets, la de las excusas, es igual de predecible. Cuando la realidad contradice la propaganda, empiezan las culpas: saboteadores internos, "enemigos del pueblo", conspiraciones de la CIA, "bloqueos" indefinidos, el infaltable "imperialismo yanqui". En ningún caso se admite que el problema esté en la estructura misma del sistema. Karl Popper describió con lucidez este mecanismo al señalar que el comunismo se sostuvo en "un arsenal de mentiras" y que concibió la política como "una conspiración permanente". En esos regímenes no se gobierna discutiendo políticas, sino inventando conspiraciones.

Cuando ni siquiera las excusas bastan, llega la tercera fase: la negación retrospectiva. Los mismos experimentos que fueron celebrados como ejemplos luminosos de "socialismo real", pasan a ser clasificados como desviaciones, traiciones o malentendidos. De pronto, la URSS, la China maoísta, Vietnam del Norte, Corea del Norte, Cuba, la República Democrática Alemana (la RDA o la Alemania Oriental), Albania, Camboya o Venezuela "nunca fueron realmente socialistas". La maniobra es tan difundida que algunos profesores universitarios han sostenido, con toda seriedad, que "no ha habido ni una pizca de socialismo en la Unión Soviética". Como en 1984, de Orwell, el relato oficial cambia a conveniencia: siempre se estuvo en guerra con otro enemigo; siempre se defendió otra versión de la doctrina. El historiador Richard Pipes sintetizó el desenlace de toda esta historia con una frase lapidaria: "el comunismo tiene historia, pero no futuro". El problema es que, a pesar de esa historia, la fascinación persiste.

Más sorprendente aún es que este mecanismo de negación encuentra eco, incluso, entre algunos de los sectores más acaudalados y con mejor enseñanza (aunque no siempre significa mejor educación) del mundo hispano. En estas capas sociales ha florecido lo que algunos llaman, con acierto, la "izquierda caviar": personas que, lejos de la miseria que dicen combatir, encuentran en la adhesión sentimental al socialismo un modo de saldar una supuesta "deuda social", adquirida por el simple hecho de tener mejor posición económica. Para muchos, es una forma de sentirse moralmente superiores a su propio entorno: una suerte de certificado de pureza, expedido por la propia conciencia, que les permite mirar con condescendencia a cualquier "derechista".

La centroizquierda "socialdemócrata" se convierte en Hispanoamérica en un ropaje respetable que permite coquetear con ideas radicales

sin cargar con el costo psicológico de reconocerse simpatizante de una ideología fracasada. Así, el gesto político sustituye a la responsabilidad personal, y las consignas igualitarias sirven de coartada para eludir las exigencias éticas de la libertad y del esfuerzo.

El caso de Colombia merece, por todo ello, una reflexión especial. Aquí, la vieja estrategia de la "combinación de todas las formas de lucha" (política, cultural, religiosa, armada, judicial y mediática), ha permitido que el socialismo se infiltre, simultáneamente, en la política, la cultura, ciertos sectores religiosos, los medios de comunicación, las redes sociales y la educación. En un país en el que la violencia guerrillera y el terrorismo comunista financiado por el narcotráfico han dejado cicatrices profundas, y que al mismo tiempo convive con el drama del éxodo venezolano, resulta especialmente alarmante que algunos sectores todavía se sientan atraídos por una doctrina cuyos efectos han sido siempre devastadores.

Para entender cómo esta ideología ha conseguido mantener su prestigio moral, es necesario considerar otro frente: el cultural. Tras el fracaso económico de los grandes experimentos socialistas, algunos teóricos concluyeron que la revolución no debía centrarse en las fábricas, sino en los colegios, las universidades, los medios de comunicación y el mundo del arte. El comunista italiano, Antonio Gramsci, propuso conquistar la hegemonía cultural como paso previo a cualquier cambio político duradero. La llamada Escuela de Frankfurt, con Horkheimer, Adorno, Marcuse, Fromm, entre otros, combinó marxismo y psicoanálisis, impulsando una crítica radical a la familia, la moral tradicional, la religión y la cultura occidental en general. Desde entonces, el marxismo dejó de presentarse solo como un programa económico para convertirse en una visión global que quiere redefinir al ser humano, su sexualidad, la raza, el matrimonio, la educación, el arte y hasta la relación con la naturaleza. Se trata de la operación Gran Mascarada que oportunamente denunció Revel.

La historiadora española, María Elvira Roca Barea, en *Imperiofobia y leyenda negra*, o el pensador venezolano, Carlos Rangel, en *Del buen salvaje al buen revolucionario*, han recordado cómo la llamada "leyenda negra" contra España y, en general, contra la civilización occidental, fue alimentada por corrientes ideológicas que necesitaban presentar a Occidente como culpable de todos los males del mundo. Similares leyendas se han tejido contra Estados Unidos, como explica Jean-François Revel en *La obsesión antiamericana*. Este ambiente cultural hostil a la tradición occidental, promovido por textos muy

populares en el mundo hispano, como *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, ha servido de caldo de cultivo para que el socialismo, a pesar de sus fracasos, conserve una aureola de superioridad moral.

En esa labor de intoxicación cultural desempeñó un papel fundamental el propagandista comunista, Willi Münzenberg, quien organizó una vasta red internacional de periódicos, revistas, editoriales, librerías, productoras de cine y compañías de teatro. Escritores como Arthur Koestler y ensayistas como Stephen Koch han descrito ese sistema como una auténtica fábrica de opinión. Koch habló de una "escritura invisible" que impregnó el mundo cultural occidental con ideas marxistas, sin que muchos de sus consumidores se dieran cuenta de que estaban recibiendo propaganda en estado puro.

En contraste con esta literatura complaciente, existió, desde finales del siglo XIX, otra línea de pensamiento que advirtió, con notable clarividencia, de los peligros del socialismo. El liberal alemán, Eugen Richter, en *Pictures of the Socialistic Future*, imaginó un país que adoptaba el socialismo con las mejores intenciones y sin enemigos externos: incluso así, el resultado era la miseria, la hambruna y el totalitarismo. Décadas más tarde, el periodista económico estadounidense, Henry Hazlitt, repetiría el ejercicio en *Time Will Run Back*, llegando a conclusiones similares: aunque los gobernantes socialistas fueran idealistas y honestos, la ausencia de precios libres y de propiedad privada conduciría, inevitablemente, al caos económico y, para poner orden en ese caos, a la coerción política más severa.

Niemietz recupera esta tradición crítica y la complementa con un análisis contemporáneo. Muestra que, mientras un experimento socialista está en su apogeo, casi nadie cuestiona sus credenciales "socialistas": al contrario, se exhibe como prueba visible de que el socialismo funciona. Solo cuando fracasa, cuando el país se hunde en la miseria y la represión, empiezan a repetir, como siempre, que aquello "no era socialismo real". La trampa consiste en redefinir a posteriori el concepto: el socialismo solo cuenta como tal mientras parece marchar razonablemente bien; en cuanto se derrumba, deja de serlo por decreto retórico.

En este contexto, conviene aclarar, como hace Niemietz, una confusión enormemente extendida: los países nórdicos no son socialistas. Suecia, Noruega, Dinamarca o Finlandia no han abolido la propiedad privada, ni la economía de mercado; al contrario, se

encuentran entre los países con mayor libertad económica, seguridad jurídica, flexibilidad laboral, apertura comercial y competitividad del planeta. Lo que poseen es un capitalismo dinámico, acompañado de un Estado del bienestar generoso, financiado con impuestos elevados y sostenido por instituciones serias. Esa combinación no desmantela el capitalismo: lo presupone.

Del mismo modo, Niemietz desmonta el equívoco de confundir socialismo con socialdemocracia o con la famosa "tercera vía". Estas corrientes, surgidas sobre todo en Europa occidental, buscaron suavizar el capitalismo mediante políticas redistributivas, pero sin eliminar el mercado ni la propiedad privada. No pretendieron sustituir la coordinación espontánea de la economía por un plan centralizado, sino establecer redes de protección estatal para los más vulnerables que, en la mayoría de los casos, se han desnaturalizado al convertirse en instrumentos clientelistas costosísimos que estancan la economía.

Por todo ello, no es casual que este libro llegue en este momento a los lectores hispanohablantes. Esta edición en español aparece como un nuevo fruto del importante convenio académico entre *Libertank*, de Colombia con el Institute for Economic Affairs del Reino Unido, que ya ha dado a luz la traducción a nuestro idioma de dos libros fundamentales: Una introducción al capitalismo, de Eamonn Butler, y Cincuenta falacias económicas al descubierto, de Geoffrey E. Wood. Con el presente volumen, se consolida un esfuerzo que aspira a algo más que a traducir buenas obras: busca sembrar en Colombia y en el mundo hispano una cultura de libertad, responsabilidad y excelencia moral.

Libertank, fundado en 2019, nació con la convicción de que el éxito de los países no es un privilegio exclusivo de unos pocos, sino que es una cuestión casi opcional, fruto del carácter y de la decisión, responsable y libre, de sus clases dirigentes y de la mayoría de sus ciudadanos. *Libertank* no pretende dictar votos ni diseñar programas de gobierno, sino elevar la conversación pública: ofrecer argumentos, datos históricos y criterios morales que permitan a los colombianos pensar mejor sobre su destino. Su propósito es promover un gran contagio de libertad con sentido moral, para que los colombianos desarrollen su mejor potencial y sienten las bases de un país exitoso, inspirado en el ejemplo de aquellas sociedades que han disfrutado de mayor prosperidad y de mejores oportunidades reales. Publicar en español este libro de Kristian Niemietz forma parte de esa tarea:

proporcionar un antídoto intelectual contra la estafa más seductora y más destructiva de la historia contemporánea en el mundo, en general, pero también en la Hispanidad y en Colombia, en particular. Después de recorrer, con Niemiets, tantos ejemplos históricos reales, la conclusión parece inevitable. El socialismo ha sido, sin duda, la ideología más letal, con sus más de cien millones de muertos, según El libro negro del comunismo, y, al mismo tiempo, la más cautivadora. Su fuerza se apoya en una cualidad engañosa: permite sentirse moralmente superior, sin exigir responsabilidad personal. Es una doctrina construida sobre intuiciones emocionales profundas, que armoniza con nuestra tendencia natural a desconfiar del mercado y a sospechar de la riqueza ajena. Como explica Niemiets, apoyándose en Jonathan Haidt, el socialismo "se siente bien"; el capitalismo, en cambio, "se entiende bien", pero exige reflexión.

La libertad no es intuitiva. Es exigente. Es una conquista frágil que puede erosionarse lentamente, casi sin notarlo, hasta que ya es tarde. De ahí la importancia de este libro para el mundo hispano y, en particular, para los colombianos. Las sociedades que olvidan su historia están condenadas a repetirla. Pocas historias son más dignas de recordar que la de una ideología que, prometiéndolo el cielo en la tierra, ha dejado tras de sí un reguero de cárceles, exilios, ruinas y cementerios. Una ideología que, como el nazismo o el fascismo, deberíamos dejar, definitivamente, en lo más profundo del basurero de la historia.

Ojalá estas páginas sirvan al lector como advertencia y como guía práctica. Porque la libertad y la civilización no se mantienen solas: necesitan memoria, sanas tradiciones, cultivo de las virtudes morales y acción para defenderlas. Y porque, frente a la seducción recurrente, pero siempre letal y ruinoso, del socialismo, conviene repetir, con firmeza y serenidad, alto y claro, que las sociedades realmente exitosas no nacen de un plan perfecto, sino del ejercicio exigente, prudente y responsable de la libertad que nos permite buscar y desarrollar nuestra mejor versión.

Juan David García Vidal
Cofundador y Director Académico de Libertank

Sobre el autor

El Dr. Kristian Niemietz es jefe del área de Economía Política en el *Institute of Economic Affairs* (Instituto de Asuntos Económicos) de Londres.

Estudió economía en la Universidad Humboldt de Berlín y en la Universidad de Salamanca. Se especializó en economía política en el *King's College* de Londres.

Anteriormente trabajó en el *Institute for Free Enterprise* (Instituto para la Libre Empresa) con sede en Berlín, y fue profesor de economía en el *King's College* de Londres.

Es autor de los libros *A New Understanding of Poverty* (Una nueva comprensión de la pobreza, 2011), *Redefining the Poverty Debate* (2012) y *Universal Healthcare Without the NHS* (*Atención sanitaria universal sin el NHS o el Sistema Nacional de Salud estatal del Reino Unido*, 2016).

Resumen

El socialismo es popular en el Reino Unido —no solo entre los estudiantes, sino también entre personas de treinta y cuarenta años—, como lo confirman numerosas encuestas. Los estudios también muestran que el apoyo al socialismo, en términos generales, coincide con el respaldo a una amplia gama de políticas concretas claramente identificables como socialistas.

Curiosamente, ese respaldo al socialismo en abstracto no viene acompañado de percepciones positivas sobre ningún ejemplo real, ni contemporáneo ni histórico, de un sistema socialista que realmente haya estado en funcionamiento. Las personas que hoy conservan una visión idealizada, por ejemplo, de los antiguos países del Pacto de Varsovia, de la China de Mao, del Vietnam del Norte o de Corea del Norte, representan una pequeña minoría en Gran Bretaña. Los socialistas han logrado distanciarse con éxito de más de dos docenas de intentos fallidos de construir una sociedad socialista.

La idea de que esos sistemas nunca fueron “realmente” socialistas, sino una distorsión del ideal, se ha convertido prácticamente en sentido común. Hoy, culpar a un socialista contemporáneo por los fracasos de, por ejemplo, la Unión Soviética, se considera una falta de educación o de rigor intelectual.

Sin embargo, aunque los socialistas se desmarcan de los ejemplos históricos y actuales del socialismo, suelen tener dificultades para explicar qué harían exactamente de forma diferente. Tienden a refugiarse en abstracciones y a hablar de aspiraciones nobles, más que de estructuras o instituciones concretas. Dichas aspiraciones — como “democratizar la economía”— no son nuevas. Son las mismas que inspiraron los proyectos socialistas anteriores. El socialismo nunca ha logrado materializarlas, pero no por falta de intentos.

La defensa de que “no era socialismo real” solo aparece después de que un experimento socialista se ha desacreditado por completo. Mientras dura su auge, casi nadie cuestiona sus credenciales socialistas. De hecho, prácticamente todos los regímenes socialistas han vivido una etapa de luna de miel en la que fueron celebrados con entusiasmo y presentados como modelos a seguir por destacados intelectuales occidentales. Solo más tarde —cuando se convierten en una vergüenza para la causa socialista—, su versión del socialismo es redefinida retrospectivamente como “irreal”.

Este patrón comenzó en la década de 1930, cuando miles de intelectuales occidentales realizaron peregrinaciones políticas a la Unión Soviética. Aun cuando las atrocidades de ese régimen eran conocidas —o, al menos, podían conocerse— en Occidente, muchos lo consideraban una democracia obrera en construcción. Cuando el fervor estalinista pasó de moda, la mayoría de sus antiguos admiradores simplemente guardaron silencio, sin reconocer abiertamente su error.

En los años sesenta ocurrió algo similar, aunque esta vez Cuba, Vietnam del Norte y, sobre todo, la China de Mao, se convirtieron en las nuevas utopías del momento. Siguiendo la ola de peregrinaciones anteriores a la URSS, intelectuales occidentales acudieron a estos países y regresaron llenos de elogios. Estas nuevas utopías se presentaban como una alternativa tanto al capitalismo occidental como al socialismo burocrático de la Unión Soviética. La afirmación de que “esta vez es completamente diferente” no es nueva: desde entonces, cada nuevo experimento socialista ha sido definido explícitamente en contraste con los fracasos del pasado.

Cuando Cuba, Vietnam y la China maoísta perdieron atractivo en los años setenta, Albania y Camboya ocuparon su lugar. Aunque los peregrinos fueron menos, el patrón se repitió: los admiradores occidentales sostenían que, mientras los intentos anteriores habían sido corrompidos, ahora sí estaba surgiendo una auténtica democracia obrera y campesina. Su aislamiento extremo servía como garantía de pureza ideológica, libre de las “contaminaciones” de versiones anteriores del socialismo.

Los dos experimentos naturales más evidentes del socialismo fueron la división de Corea y de Alemania en una parte socialista y otra capitalista. Hoy el resultado parece obvio, pero no siempre lo fue. Mientras el veredicto aún no estaba claro, muchos intelectuales occidentales se mostraban más comprensivos —e incluso simpatizantes— con las partes socialistas que con las capitalistas.

El ejemplo más reciente de este patrón —entusiasmo inicial, seguido de negación retrospectiva— es Venezuela. La “venezuelamanía” empezó alrededor de 2005, y, una vez más, el argumento fue que esta vez sería diferente: el “socialismo del siglo XXI” sería democrático, participativo y desde abajo, sin nada en común con los viejos autoritarismos. Venezuela recibió entonces una oleada de visitantes occidentales que regresaban con relatos entusiastas. Pero, a medida que el país se hundía en el caos económico, la conflictividad política

y el autoritarismo, la fascinación se desvaneció tras la muerte de Chávez. Después de un silencio prolongado, los socialistas occidentales empezaron a poner en duda las credenciales socialistas del chavismo. Así, Venezuela se sumó a la larga lista de países que, supuestamente, nunca fueron “realmente” socialistas.

A pesar de su historial de fracasos, el socialismo sigue siendo mucho más popular que el capitalismo. La investigación de Jonathan Haidt, que demuestra que la mayoría de los juicios políticos y morales son justificaciones racionales de intuiciones previas, ayuda a entender por qué.

El caso a favor del capitalismo resulta contraintuitivo: para la mayoría, el capitalismo, simplemente, se siente equivocado. El socialismo, en cambio, armoniza con nuestras intuiciones morales: se siente correcto. Ser socialista es casi una ‘posición natural o instintiva’, mientras que apreciar los beneficios de una economía de mercado requiere cierto esfuerzo intelectual. Incluso grandes defensores del libre mercado, como Milton Friedman o F. A. Hayek, no comenzaron sus carreras como capitalistas convencidos.

No podemos aceptar el fin del comunismo. El comunismo nunca se ha probado realmente a escala social.

Profesor Stephen Resnick, Universidad de Massachusetts

No ha habido ni una pizca de socialismo en la Unión Soviética. [...] Eso no tiene nada que ver con el socialismo.

Profesor Noam Chomsky (s. f.)

El socialismo es una buena idea, que simplemente ha sido mal aplicada.

**Encuesta realizada en Alemania Oriental (2002);
el 82 por ciento de los encuestados estuvo de acuerdo.**

Una sociedad socialista [...] aún no existe, pero algún día debe hacerlo.

Owen Jones (2016)

La lección principal aquí no tiene que ver con el “socialismo” ni siquiera con el “comunismo”, ya que Castro, Mao, Stalin y Lenin en realidad nunca intentaron poner en práctica esas ideas.

Nathan Robinson, Current Affairs (2017)

El socialismo nunca ha sido puesto a prueba.

El Partido Socialista de Gran Bretaña (1999)

La lucha entre comunismo y capitalismo nunca ocurrió. Los soviéticos no establecieron el comunismo.

Profesor Richard Wolff, Universidad de Massachusetts

China y Cuba, al igual que la antigua Unión Soviética y el bloque del Este, no tienen nada que ver con el socialismo.

La Organización Socialista Internacional (s. f.)

El socialismo [...] no ha fracasado, porque aún no ha comenzado.

Izquierda Unida [grupo opositor de Alemania Oriental] (1990)

La burocracia estalinista de [Alemania Oriental] [...] desacreditó la idea del socialismo. Nosotros, los espartaquistas, decimos: el socialismo, bajo el liderazgo real de la clase trabajadora, ni siquiera ha comenzado todavía.

**Spartakist-Arbeiterpartei Deutschlands
[Partido Obrero Espartaquista de Alemania Oriental] (1990)**

Hoy no existe ningún país en el mundo que yo describiría como socialista.

Eric Ruder, Socialist Worker (2010)

¿Por qué culpar al socialismo? No es la ideología la que está en juego aquí [en Venezuela], de la misma manera que el socialismo tampoco se practicó durante la Unión Soviética. [...] Si Maduro y su gobierno realmente cumplieran con los valores declarados del socialismo democrático igualitario, la gente no estaría pasando hambre.

Ryan Beitler (2017)

Después de setenta años de experiencia con el socialismo, podemos afirmar, con seguridad, que la mayoría de los intelectuales [...] siguen sin preguntarse si acaso no habrá una razón por la cual el socialismo, cada vez que se intenta, nunca resulta como sus líderes intelectuales imaginaban. La vana búsqueda de los intelectuales por una comunidad verdaderamente socialista termina en la idealización y posterior desilusión ante una sucesión aparentemente interminable de "utopías": la Unión Soviética, luego Cuba, China, Yugoslavia, Vietnam, Tanzania, Nicaragua.

F. A. Hayek (1988)

Tablas y figuras

Tabla 1 Apoyo a la regulación

Tabla 2 Distribución de los escaños en la nueva Cámara del Pueblo

Figura 1 Apoyo a la propiedad pública por sector (en %)

Figura 2 Apoyo a la propiedad pública por sector (en %)

Figura 3 Apoyo al control de precios por sector (en %)

Figura 4 Apoyo a un Estado más grande (en %)

Figura 5 Índices de libertad económica

Figura 6 PIB per cápita (PPA), República Popular China vs. República de China (Taiwán), 1980–2017

Figura 7 Pobreza en China, 1981–2013 (línea de pobreza = 3,10 USD PPA por día)

Figura 8 PIB per cápita (PPA), Albania vs. Rumania y Bulgaria, 1985–2017 (en dólares internacionales corrientes)

Figura 9 PIB per cápita (PPA) en Chile y Venezuela, 1980–2016

Figura 10 Precios del petróleo en dólares estadounidenses corrientes, 1989–2017, por presidencia

Figura 11 Indicadores clave de gobernanza, 2000–2015

Figura 12 PIB mundial per cápita a lo largo del tiempo (en dólares internacionales constantes de 1990)

Figura 13 Población mundial y pobreza global, 1850–2010

Figura 14 Esperanza de vida promedio mundial al nacer (años), 1870–2015

Figura 15 Número anual de horas trabajadas por trabajador

1. EL ATRACTIVO PERDURABLE DEL SOCIALISMO

Introducción: El socialismo es popular El apoyo al socialismo en abstracto

El socialismo es popular en el Reino Unido de la Gran Bretaña. No solo entre los millennials, sino también entre personas de treinta y cuarenta años. Según una encuesta de YouGov (2016a), dos de cada cinco británicos de entre 18 y 50 años tienen una opinión favorable del socialismo. Otros dos de cada cinco no están seguros, lo que deja solo a uno de cada cinco con una opinión desfavorable.

El capitalismo, en cambio, tiene muchos más críticos que partidarios en el mismo grupo de edad; de hecho, cuenta con más detractores que defensores en todos los grupos etarios.¹

En una encuesta similar, el 43 % de los participantes afirmó que tener 'un gobierno genuinamente socialista' haría del Reino Unido 'un mejor lugar para vivir' (YouGov, 2017a). Uno de cada cinco encuestados se mostró indiferente o inseguro, dejando solo un 36 % que consideraba que eso haría del país 'un peor lugar para vivir'.

En una encuesta complementaria, solo el 29 % de las personas entre 18 y 50 años estuvo de acuerdo con la afirmación: 'La competencia entre empresas del sector privado eleva el nivel de vida de la gran mayoría de las personas, ya que conduce a bienes y servicios nuevos y mejores, crea empleos adicionales y mantiene bajos los precios.' (YouGov, 2017b).

En cambio, un 37 % estuvo de acuerdo con la afirmación opuesta: 'La competencia entre empresas del sector privado reduce el nivel de vida de millones de personas, porque beneficia principalmente a los ricos, provoca salarios de pobreza para muchos trabajadores y a menudo produce bienes y servicios de mala calidad.' (El resto respondió 'No sabe').

Estos resultados se confirman en una encuesta reciente de Populus, que pidió a los encuestados que mencionaran las primeras asociaciones que les venían a la mente con los términos capitalismo,

¹ La desaprobación de un sistema no implica automáticamente la aprobación del otro. Es posible oponerse a ambos, ya sea desde una postura nihilista ('todos los sistemas son malos'), o combinando esa actitud con la defensa de algo completamente distinto. Entre las personas mayores de 65 años, existe una desaprobación neta tanto del socialismo como del capitalismo.

socialismo y otros “ismos”.

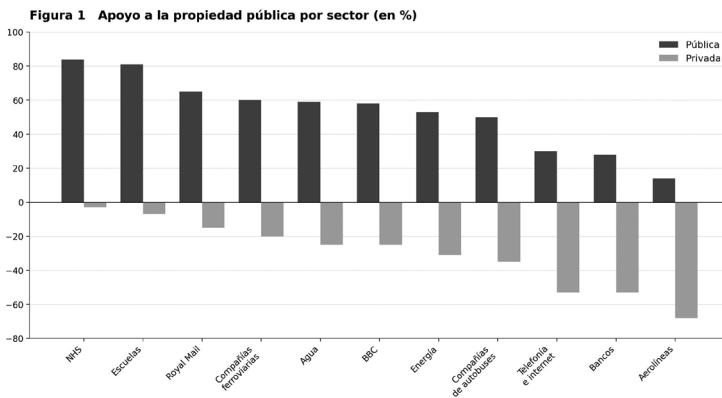
Las asociaciones más comunes con el capitalismo fueron ‘codicioso’, ‘egoísta’, ‘corrupto’ y ‘divisivo’ (aunque también ‘innovador’).

Las asociaciones más comunes con el socialismo fueron ‘por el bien común’, ‘beneficia a la mayoría de las personas’ y ‘justo’, términos que casi nadie en Gran Bretaña asocia con el capitalismo (Legatum Institute, 2017).

La asociación negativa más común con el socialismo es ‘ingenuo’, un rasgo que en realidad no resulta tan negativo, y que algunos incluso podrían considerar entrañable.²

Apoyo a las políticas socialistas

Términos como ‘socialismo’ y ‘capitalismo’ pueden significar cosas distintas para diferentes personas. Sin embargo, el apoyo al socialismo en abstracto también se refleja en el respaldo a políticas individuales que podrían describirse con fundamento como ‘socialistas’, quizá no de forma aislada, pero sí en conjunto.

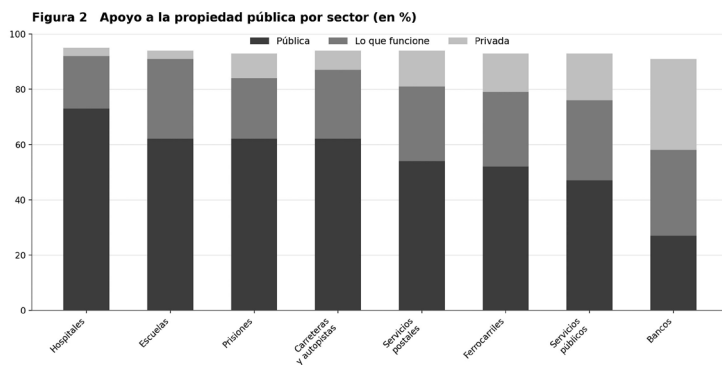


Fuente: Basado en YouGov (2017c).

2 Curiosamente, aunque la encuesta muestra asociaciones positivas con el término ‘socialismo’, también revela asociaciones negativas con el término ‘comunismo’. Si tomamos el significado de esos términos según el diccionario, esto no tiene sentido: no se puede combinar lógicamente una visión positiva del socialismo con una visión negativa del comunismo. En la teoría marxista, el ‘comunismo’ es simplemente la etapa hipotética final del socialismo, aquella que se alcanza cuando el socialismo ha avanzado tanto que ya no necesita un aparato estatal. Es de suponer que la mayoría de los participantes de la encuesta asocian el término ‘comunismo’ con el tipo de socialismo que existió realmente en Europa del Este y en otros lugares, y el término ‘socialismo’ con el ideal, que en la mente de muchos aún no ha sido manchado por sus desordenadas aplicaciones en el mundo real.

Las nacionalizaciones o estatizaciones de industrias, por ejemplo, cuentan con un amplio apoyo popular. La mayoría de las personas está a favor de la (re)nacionalización de las empresas de autobuses, los proveedores de energía, las compañías de agua, los ferrocarriles y el Royal Mail (Los servicios postales estatales del Reino Unido) (véase la Figura 1).

En los sectores que ya están nacionalizados, como la educación primaria y secundaria y la atención sanitaria, prácticamente no existe nadie en el país que desee cambiar esa situación (YouGov, 2017c).³ Encuestas anteriores, de naturaleza similar, muestran mayorías aún más amplias a favor de la nacionalización, e incluso para un número mayor de industrias (YouGov, 2016b; 2015a; 2013).



Fuente: YouGov (2015b).

Otra encuesta revela que uno de cada cuatro consultados quiere nacionalizar las compañías automotrices y las agencias de viajes, mientras que uno de cada tres desea nacionalizar el comercio minorista de alimentos (Legatum Institute, 2017)⁴. Ian Dunt, editor del portal Politics.co.uk, tenía razón cuando dijo que 'al público prácticamente no le inspira confianza la gestión privada de nada' (Dunt, 2015).

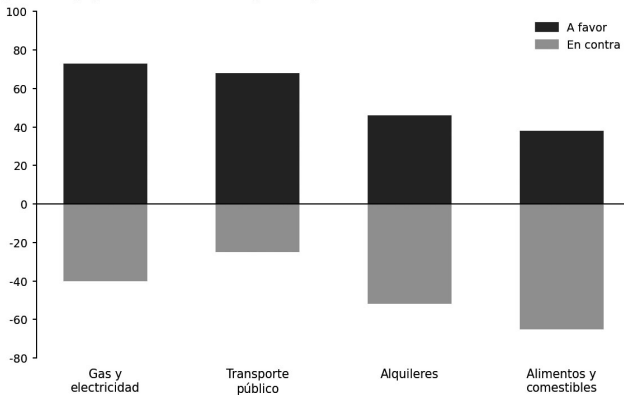
En la mayoría de las industrias, la mayoría favorable a la

³ El cinco por ciento de los encuestados afirma que desea privatizar el NHS (Sistema Nacional de Salud del Reino Unido). Aunque claramente se trata de una minoría, a primera vista esto es bastante más que 'prácticamente nadie'. Sin embargo, las encuestas tienen una peculiaridad: toda opción que se incluya suele ser elegida por al menos algunos participantes. Scott Alexander (2013) llama a este fenómeno la Constante del Hombre Lagarto, en referencia a una encuesta realizada en Estados Unidos en la que se preguntó a la gente si creía que el mundo estaba gobernado por hombres lagarto inteligentes provenientes del espacio exterior. El cuatro por ciento respondió que sí.

⁴ Las cifras no son directamente comparables con las encuestas de YouGov, porque la encuesta de Populus no incluye la opción 'No sabe'.

nacionalización se mantiene incluso cuando las encuestas incluyen una opción adicional de respuesta que suena más pragmática, como 'lo que mejor funcione' (véase la Figura 2). Esto sugiere que, para la mayoría de los partidarios de la propiedad pública, se trata de una cuestión de principios más que de una creencia en la mayor eficiencia del sector público

Figura 3 Apoyo a los controles de precios por sector (en %)



Fuente: YouGov (2013).

Los controles de precios también son una política muy popular, aunque con una considerable variación entre sectores (véase la Figura 3). Más de siete de cada diez encuestados apoyan los toques de precios para la energía y el transporte público, mientras que menos de uno de cada cinco se opone. En esta encuesta en particular, los partidarios y los opositores de los controles a los precios de los alquileres de viviendas se equilibran aproximadamente, pero encuestas más recientes, redactadas de manera similar sobre el mismo tema, muestran amplias mayorías a favor a los precios de los controles de alquileres (véase Hilton, 2016). No existe un apoyo generalizado a los controles de precios al estilo venezolano sobre los alimentos y productos básicos, pero una minoría significativa —más de uno de cada tres encuestados— también los respalda.

La regulación gubernamental y la intervención en las decisiones empresariales también gozan de popularidad, tanto en términos generales como cuando se mencionan ejemplos específicos (véase la Tabla 1).

Tabla 1 Apoyo a la regulación

<i>Opinión mayoritaria</i>	<i>Opinión minoritaria</i>	<i>Margen</i>
'El salario de los altos directivos debería limitarse.'	'Las empresas deben pagar a sus altos directivos lo que estimen oportuno.'	56%
'El Gobierno debe hacer más para regular el comportamiento de las empresas.'	'El Gobierno regula demasiado las empresas.'	32%
'Los contratos de cero horas deben abolirse.'	'Los contratos de cero horas ofrecen trabajo útil.'	22%
'Las empresas tienen la responsabilidad de garantizar un número decente de trabajadores en los consejos de administración.'	'No importa si no hay trabajadores en los consejos.'	15%
'Vincular el salario de las personas al valor que sus empleos aportan a la sociedad en general.'	'Permitir que las personas cobren lo que sus empleadores/clientes estén dispuestos a pagar.'	8%

Legatum Institute (2017).

Una mayoría relativa también apoya un Estado más grande, en contraposición al statu quo o a un Estado más pequeño (véase la Figura 4). La diferencia con respecto al statu quo no es enorme, y no se mantiene constante a lo largo de los años. Sin embargo, los resultados son consistentes en un punto: prácticamente nadie en el Reino Unido desea que el Estado sea más pequeño de lo que es actualmente.

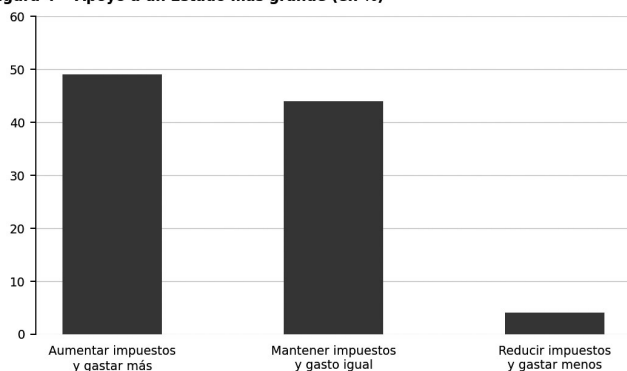
La mayoría de estas políticas, por sí solas, no son especialmente radicales. Una industria ferroviaria nacionalizada o tarifas de autobús limitadas por ley no convertirían a Gran Bretaña en Corea del Norte. Podemos encontrar numerosas economías de mercado prósperas que han implementado una o más de esas políticas (aunque ninguna ha aplicado todo el paquete completo).

Pero lo que sí muestran estos resultados es que la afirmación, tan repetida, de que Gran Bretaña está bajo el dominio de una 'hegemonía neoliberal', es exactamente lo contrario de lo que se dice: la realidad demuestra lo opuesto.

En el ámbito económico, el *zeitgeist* (espíritu de la época) es estatista e intervencionista. El apoyo a los mercados libres es una opinión

marginal, exótica y poco popular. Como lo expresa Allister Heath, editor del *Sunday Telegraph* (2017):

Figura 4 Apoyo a un Estado más grande (en %)



Fuente: NatCen Social Research (2017).

Gastar más, regular más, recaudar más: esa es la nueva y asfixiante ortodoxia de la política británica. Sus defensores [...] establecen los límites de nuestra conversación nacional, cada vez más estrecha. [...] Ya no existe un debate: solo un asalto implacable contra el capitalismo [...] amplificado por los 'centristas' que siguen cediendo ante la izquierda.

La corriente principal anticapitalista

Las encuestas ofrecen una visión del estado de ánimo de la población en general. Entre los sectores más políticamente activos de la sociedad, las ideas socialistas, o, al menos, anticapitalistas, han sido durante mucho tiempo predominantes y altamente populares. Por ejemplo, todos los movimientos de protesta más visibles de las últimas décadas —ya sean contra la austeridad, el movimiento Occupy o las protestas antiglobalización— fueron explícitamente anticapitalistas.⁵ En 2011, una pequeña concentración llamada Rally Against Debt (Protesta contra la deuda) en Westminster recibió una amplia cobertura mediática, aunque, según el New Statesman,

⁵ Esta es, al menos, la situación en el Reino Unido y en el resto de Europa. En Estados Unidos, el movimiento Tea Party podría considerarse una protesta contra el despilfarro gubernamental, aunque en realidad se trata de una coalición más amplia, en la que probablemente el componente de conservadurismo social pesa más que el de antiestatismo.

solo asistieron unas 200 personas.⁶ Esto se debió a que era algo completamente contraintuitivo: estamos tan acostumbrados a la idea de que una protesta debe ser de izquierda y anticapitalista, que la idea de una manifestación contra el despilfarro gubernamental resulta chocante.

Por último, las secciones de política y economía de las librerías también están, invariablemente, dominadas por literatura anticapitalista. Los libros de Naomi Klein, Noam Chomsky, Slavoj Žižek, Yanis Varoufakis, Owen Jones, Ha-Joon Chang, Paul Mason o Russell Brand son éxitos de ventas dentro de su género. En cambio, los libros en defensa del libre mercado son una rareza. Autores como Joseph Stiglitz, Paul Krugman o Thomas Piketty se sitúa, claramente, en la centroizquierda política, pero, en términos relativos, sus obras suelen ser las más 'neoliberales' que se pueden encontrar en una librería común. Si esto constituye una 'hegemonía neoliberal', uno se pregunta cómo sería una hegemonía de izquierda.

Tras las elecciones generales de 2017, el Financial Times afirmó que "Jeremy Corbyn ha protagonizado un renacimiento socialista sin precedentes".⁷ No fue así. No se puede revivir lo que nunca ha muerto. El socialismo nunca desapareció; simplemente no siempre ha estado en la primera línea de la política cotidiana. Quizá haya vuelto a ocupar ese lugar con la Corbyn-manía, pero el atractivo del socialismo nunca dependió de un candidato político, un partido o un movimiento concreto.

Algunos lectores probablemente considerarán extraño que, aunque este libro trate, en parte, del socialismo en Gran Bretaña, apenas diga algo sobre la Corbyn-manía, la Corbynomics o el movimiento Momentum. Pero eso se explica fácilmente: los corbynistas no son los insurgentes radicales que creen ser. No pueden —ni podrían— desafiar 'la ortodoxia dominante', porque, en muchos sentidos, sus ideas son la ortodoxia dominante. Son, simplemente, una manifestación política de una amplia antipatía hacia la economía de mercado, una antipatía que la precede desde hace mucho tiempo y que la sobrevivirá, cualquiera sea su forma futura.

Cuando Hayek dedicó su libro Camino de servidumbre a "los socialistas de todos los partidos", sabía perfectamente lo que hacía.

6 Rally Against Debt? was more of a long queue, New Statesman, 15 de mayo de 2011 (<http://www.newstatesman.com/blogs/the-staggers/2011/05/rally-cuts-debt-event-lisa-low>).

7 Jeremy Corbyn has staged an unprecedented socialist revival, Financial Times, 9 de junio de 2017 (<https://www.ft.com/content/05f8abe0-4d03-11e7-a3f4-c742b9791d43>).

Hoy, probablemente, lo dedicaría a los socialistas de todos los partidos, movimientos de protesta, grupos de campaña, organizaciones benéficas, universidades, instituciones religiosas, medios de comunicación y plataformas de redes sociales.

La omnipresencia de las ideas socialistas

Quizá más importante que el apoyo a una política o conjunto de políticas socialistas específicas es el hecho de que las ideas asumidas por los socialistas sobre la vida económica impregnan todo el discurso de la política económica. Rara vez se expresan de manera explícita, y la mayoría de la gente, probablemente, ni siquiera los consideraría 'socialistas', sino simplemente 'sentido común'.

Tomemos, por ejemplo, el apoyo mencionado anteriormente a la nacionalización o estatización de industrias como la energía o el transporte ferroviario: esto no tiene por qué ser, en sí mismo, una postura socialista. Uno puede considerar que la competencia de mercado es, en general, beneficiosa, pero que ciertos sectores no son adecuados para ella (por ejemplo, debido a elementos de monopolio natural). Esa no sería una argumentación socialista. Pero no suele ser ese el argumento que se plantea normalmente.

El razonamiento habitual es que las 'empresas con ánimo de lucro' están 'explotando a la gente', y que, por lo tanto, deben estatizarse para que trabajen por 'el bien común'. Deben rendir cuentas ante el público, y no ante accionistas privados.⁸ Pocas personas considerarían esta idea como 'socialista', pero, por al menos cuatro razones, lo es en toda regla.

En primer lugar, los márgenes de beneficio promedio en los sectores donde el apoyo a la estatización o nacionalización es más fuerte son solo del 3 a 4 %.⁹ Esto sugiere que el argumento a favor de la estatización no es económico, sino moral: una condena instintiva del ánimo de lucro. Ese moralismo antilucro forma parte del pensamiento socialista.

En segundo lugar, el argumento se basa en la suposición de que el sector público actúa movido por motivos altruistas y que, por lo tanto,

8 Por ejemplo: Rail privatisation: legalised larceny, The Guardian, 4 de noviembre de 2013 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/2013/nov/04/rail-privatisation-train-operators-profit>); For Tories, privatisation is still a matter of dogmatic faith, The Independent, 14 de julio de 2013 (<http://www.independent.co.uk/voices/comment/owen-jones-for-tories-privatisation-is-still-a-matter-of-dogmatic-faith-8708021.html>).

9 The government's 'temporary' energy price cap is bad economics, IEA blog, 19 de octubre de 2017 (<https://iea.org.uk/the-governments-temporary-energy-price-cap-is-bad-economics/>); Do train operating companies earn 'massive' profits?, Full Fact, 14 de noviembre de 2013 (<https://fullfact.org/news/do-train-operating-companies-earn-massive-profits/>).

todo lo que hace el Estado se realiza pensando en 'el bien común'. Este es un supuesto típicamente socialista, y, por lo menos, muy discutible. Como han demostrado repetidamente los economistas de la Escuela de Elección Pública, el comportamiento motivado por intereses personales existe en el ámbito público y político tanto como en cualquier otro: altos funcionarios que buscan ampliar sus presupuestos y competencias para mejorar su prestigio; grupos de interés que buscan rentas; clientelismo político; y la tendencia a repartir 'puestos para los amigos', entre otros (véase, por ejemplo, Tullock 2006 [1976]).

En tercer lugar, subyace la idea de que existe un conflicto entre el objetivo de satisfacer las necesidades de las personas y el de obtener beneficios. Pero, en condiciones de intercambios libres y voluntarios, en el marco del imperio de la ley protegido por un Estado de Derecho, ¿cómo puede una empresa obtener beneficios si no es satisfaciendo lo que la gente desea, a un precio que está dispuesta a pagar? ¿Cómo podría resultar rentable ignorar las necesidades de las personas? En cuarto y último lugar, persiste la creencia de que la estatización pone una industria 'bajo control democrático' y la hace 'responsable ante el público'.¹⁰ Esto también es un supuesto socialista, y además, uno muy cuestionable. Como explicó Seldon (2004 [1990]: 179):

La noción de que 'la sociedad en su conjunto' puede controlar 'sus recursos productivos' es común en la literatura socialista, pero resulta manifiestamente irreal. La maquinaria del control social nunca se ha ideado. No hay forma concebible en que un ciudadano británico pueda controlar a los controladores de 'su' ferrocarril estatal o del NHS [Servicio Nacional de Salud estatal del Reino Unido], salvo de manera tan indirecta que, en la práctica, resulta inoperante.

Y en otro pasaje (ibid.: 210):

Lo que pertenece nominalmente a todos sobre el papel no pertenece, en la práctica, a nadie. Las minas, los ferrocarriles, las escuelas y los hospitales que son propiedad 'del pueblo' son, en la vida real, propiedad de fantasmas. Ningún propietario nominal puede vender, alquilar, prestar, legar o donar esos bienes a familiares, amigos o causas benéficas. La propiedad pública es un mito y un espejismo. Es la promesa falsa y el talón de Aquiles del socialismo.»

«El esfuerzo necesario para 'cuidar' la cincuenta millonésima

¹⁰ Véase, por ejemplo: Reality Check: Why does Labour want to control National Grid?, BBC News, 11 de mayo de 2017 (<http://www.bbc.co.uk/news/business-39884416>).

parte de un hospital o una escuela propiedad de 50 millones de personas, incluso si pudiera identificarse, superaría, con creces, cualquier beneficio; por lo tanto, no se hace, ni siquiera si fuera posible. La tarea se delega a funcionarios públicos responsables ante políticos que, a su vez, en la mitología socialista, responden ante el pueblo. En esta larga cadena de comunicación, el ciudadano queda, en la práctica, despojando de poder.

Podemos identificar también una mentalidad cuasi socialista en la retórica populista que presenta casi todos los conflictos sociales como enfrentamientos entre 'el pueblo' (también llamado 'los trabajadores' o 'la gente común') y 'las élites', o alguna variación de ello, como 'el 99 %' frente al '1 %'. Esta es una versión diluida de la teoría marxista de clases, en la que las clases sociales, y no los individuos o grupos concretos, constituyen la unidad principal de análisis. Desde esta perspectiva, 'el pueblo' es un grupo homogéneo con intereses y preferencias económicas comunes y fácilmente identificables. Por tanto, la solución a la mayoría de los problemas económicos y sociales sería sencilla: eliminar a las élites y sustituirlas por defensores del pueblo.

Pero el esquema de 'pueblo contra élites' es un pobre modelo explicativo de los conflictos políticos que realmente observamos. Por supuesto, nuestras preferencias personales e intereses económicos a veces se correlacionan con la clase social, al igual que con la edad, el género, la región, la situación familiar, la etnia, la ocupación, la religión, la nacionalidad o la salud. Pero la clase social es solo una línea divisoria entre muchas otras.

En prácticamente todos los temas más relevantes de nuestro tiempo (el Brexit, la inmigración, la crisis de la vivienda, la 'austeridad', la reforma del bienestar, etc.), las divisiones atraviesan las clases sociales, en lugar de situarse entre ellas.¹¹ Los socialistas a veces reconocen esto, pero lo atribuyen a una forma de 'falsa conciencia' creada deliberadamente por las élites para distraer y dividir al pueblo.¹²

11 Véase, por ejemplo: Trump and Brexit: why it's again NOT the economy, stupid, Politics and Policy blog, 9 de noviembre de 2016 (<http://blogs.lse.ac.uk/politicsandpolicy/trump-and-brexit-why-its-again-not-the-economy-stupid/>); The Corbynistas are wrong: there's no such thing as 'The People', IEA blog, 5 de mayo de 2017 (<https://iea.org.uk/the-corbynistas-are-wrong-theres-no-such-thing-as-the-people/>).

12 Por ejemplo: Don't let Trump fool you: rightwing populism is the new normal, The Guardian, video, 6 de enero de 2016 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/video/2016/jan/06/dont-let-trump-fool-you-rightwing-populism-is-the-new-normal-video>); We'll never stop Brexit or Trump until we address the anger fuelling both, The Guardian, 10 de noviembre de 2017 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/nov/10/we-ll-never-stop-brexit-or-trump-until-we-address-the-anger-fuelling-both>).

Esto se debe a que la mitología socialista trata al pueblo como una abstracción idealizada, que tiene poco que ver con las personas reales. Como escribe Terry Pratchett en una de sus novelas:

Algunos [...] estaban del lado de lo que llamaban 'el pueblo'. Vimes había pasado su vida en las calles y había conocido a hombres decentes y a necios, a gente que robaría una moneda a un mendigo ciego y a quienes realizaban silenciosos milagros [...], pero nunca había conocido al Pueblo. Los que estaban del lado del Pueblo siempre acababan decepcionados, en cualquier caso. Descubrían que el Pueblo tendía a no ser agradecido, ni comprensivo, ni visionario, ni obediente.¹³

Los supuestos socialistas también aparecen en la cobertura incondicionalmente favorable de las huelgas laborales en la prensa progresista.¹⁴ La mayoría de los economistas, sea cual sea su orientación política, sostendrían que el principal determinante de los salarios es la productividad. Las huelgas pueden estar justificadas en muchos casos, pero son un elemento secundario: si queremos aumentos salariales, debemos, ante todo, impulsar el crecimiento de la productividad. Los economistas discrepan profundamente sobre cómo lograrlo, pero no sobre ese punto fundamental.

Los socialistas contemporáneos, en cambio, consideran los niveles de vida, principalmente, como el resultado de luchas de poder. Los ingresos de la gente común aumentan cuando se organizan y luchan por ello, y se estancan o caen cuando dejan de hacerlo. En esta mentalidad, la atención se centra, casi exclusivamente, en la distribución de la riqueza, no en su generación.

Por último, muchas causas controvertidas se vuelven mucho más

[com/global/commentisfree/2017/nov/10/never-stop-brexit-trump-address-anger-impeachment-second-referendum](https://www.theguardian.com/global/commentisfree/2017/nov/10/never-stop-brexit-trump-address-anger-impeachment-second-referendum)); Naomi Klein on neoliberalism and the fightback against Donald Trump, The Guardian, books podcast, 4 de julio de 2017 (<https://www.theguardian.com/books/audio/2017/jul/04/naomi-klein-trump-neoliberalism-left-failed-books-podcast>); The rise of Europe's far right will only be halted by a populism of the left, The Guardian, 14 de mayo de 2014 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/2014/may/14/rise-of-europe-far-right-only-halted-by-populism-of-left>).

¹³ Night Watch (2002), citado en <https://www.goodreads.com/quotes/373774-there-were-plotters-there-was-no-doubt-about-it-some>.

¹⁴ Por ejemplo: Junior doctors are striking for us all – to save the NHS and to make a stand, The Guardian, 12 de enero de 2016 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/jan/12/junior-doctor-strike-save-nhs-stand-up-government>); Celebrate the strikers this week – they are fighting for us all, The Guardian, 6 de julio de 2014 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/2014/jul/06/celebrate-strikers-media-opposed-trade-unions>); Five reasons public service workers are right to strike, The Guardian, 28 de noviembre de 2011 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/2011/nov/28/public-service-workers-strike>); Power or productivity? Why we disagree over tube strikes, IEA blog, 10 de julio de 2015 (<https://iea.org.uk/blog/power-or-productivity-why-we-disagree-over-tube-strikes>).

populares cuando se envuelven en retórica anticapitalista. Por ejemplo, Snowdon (2017: 75–80) muestra que, si bien las medidas del llamado 'Estado niñera' (es decir, las regulaciones paternalistas sobre el estilo de vida) no son especialmente populares en el Reino Unido, sí lo son en cuanto se presentan como medidas contra la industria. La diferencia, por supuesto, es ilusoria: es imposible dificultar que una empresa venda un producto sin, al mismo tiempo, dificultar que los consumidores lo compren. Aun así, cambiar el foco de los consumidores a los productores es una estrategia eficaz, porque apela a los sentimientos anticapitalistas predominantes.

Podemos ver la misma estrategia cuando los activistas NIMBY (es decir, los que se oponen a la construcción de viviendas) presentan el desarrollo urbano como una actividad que solo llena los bolsillos de los promotores, pero que no cumple ninguna función social útil (véase Niemietz, 2015: 17). O cuando los activistas antiaviación o antiturismo afirman que solo quieren afectar a las aerolíneas y a los operadores de aeropuertos, pero no a los turistas (véase Niemietz, 2013: 41).

Y podríamos seguir. En última instancia, es sobre todo en este sentido que el socialismo sigue vivo y vigente en el Reino Unido. El socialismo británico no es, principalmente, un programa político, sino un conjunto de supuestos ampliamente compartidos, rara vez expresados de manera explícita, y por ello, rara vez cuestionados.

Socialismo y socialdemocracia

Antes de adentrarnos en una discusión sobre el socialismo, es necesario hacer una aclaración terminológica. La definición general de "socialismo" es bastante sencilla: según el diccionario Merriam-Webster, es "cualquiera de las diversas teorías económicas y políticas que propugnan la propiedad y la administración colectiva o gubernamental de los medios de producción y distribución de bienes".

Sin embargo, en la práctica —al menos en el Reino Unido y en Estados Unidos— el término también se utiliza a veces para referirse a países con fuertes tradiciones socialdemócratas, como los países nórdicos. Entonces, ¿la aparente popularidad del socialismo se debe simplemente a una confusión semántica?

¿Son los autodenominados socialistas en realidad socialdemócratas

al estilo nórdico, con cierta inclinación por la retórica socialista? La respuesta breve es no.

No es que los autodenominados socialistas no sean "realmente" socialistas; más bien, muchos de los que dicen admirar el modelo nórdico no son en realidad admiradores del modelo nórdico.

¿Qué es el 'modelo nórdico'? En la izquierda británica, el término suele usarse en el sentido de "una economía fuertemente intervencionista, dominada por el Estado, que se queda a un paso de ser plenamente socialista".

Por ejemplo, la periodista Abi Wilkinson escribe:

A pesar de las enormes diferencias entre los países, algunos [...] sostienen que un giro hacia la izquierda [en el Reino Unido] conduciría a un colapso político y económico similar al de [...] Venezuela. En realidad, los estados nórdicos ofrecen un punto de comparación mucho mejor. Economías más mixtas y sistemas de bienestar más amplios les permiten superar al Reino Unido.¹⁵

Esto no es cierto. Las economías nórdicas no son 'más mixtas'. La diferencia entre ellas y Venezuela no es una cuestión de grado, sino de naturaleza: la diferencia entre un Estado grande y un Estado intervencionista. Los estados nórdicos son grandes, pero no particularmente intervencionistas. Sus economías se caracterizan por altos impuestos y elevados niveles de gasto público, pero por lo demás son economías de mercado relativamente liberales.

Los países nórdicos suelen ocupar posiciones muy altas en índices como el Economic Freedom Index o el Ease of Doing Business Index, excepto en aquellas subcategorías específicamente relacionadas con la carga tributaria (Fraser Institute, 2017; World Bank, 2017).

En este último índice, Dinamarca y Noruega se sitúan por encima del Reino Unido y Estados Unidos, y Suecia está apenas un puesto detrás. En el primero, el Reino Unido y Estados Unidos superan a los países nórdicos, pero la diferencia se debe únicamente a las bajas puntuaciones de estos en la subcategoría 'Tamaño del gobierno'. En las demás subcategorías, Dinamarca, Finlandia y Suecia se ubican

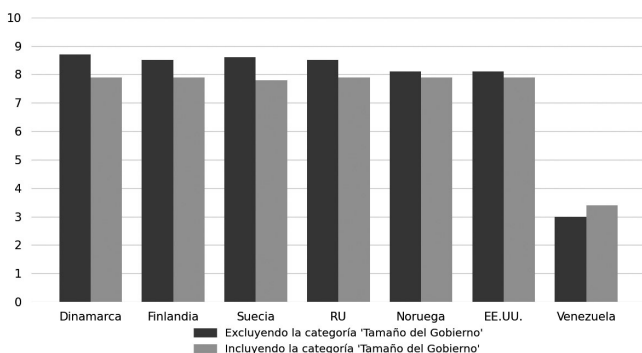
15 I'm not buying this sudden surge of compassionate Conservatism, Total Politics, 11 de agosto de 2017 (<https://www.totalpolitics.com/articles/opinion/abi-wilkinson-im-not-buying-sudden-surge-compassionate-conservatism>).

por encima del Reino Unido y Estados Unidos, mientras que Noruega se encuentra entre ellos (véase la Figura 5).

Esto significa que, en comparación con la mayoría de las economías desarrolladas, las economías nórdicas no están fuertemente reguladas: el Estado no participa activamente en la vida económica ni intenta dirigir la actividad productiva. Los gobiernos nórdicos no interfieren de forma significativa en los procesos de fijación de salarios y precios, ni aplican políticas industriales de tipo intervencionista.

Privatizaron hace tiempo muchas de las antiguas empresas estatales. Incluso en la provisión de servicios públicos, a menudo recurren a mecanismos similares al mercado y permiten la participación del sector privado. Las autoridades locales son, en gran medida, responsables de su propio gasto, el cual deben financiar mediante impuestos recaudados localmente (OECD, s. f.).

Figura 5 Puntuaciones de Libertad Económica



Fuente: Fraser Institute (2017).

Los admiradores británicos del modelo nórdico —o más bien, de lo que ellos perciben como el 'modelo nórdico'— nunca mencionan los aspectos liberales de las economías de esos países. Solo se enfocan en sus altos impuestos y en sus elevados niveles de gasto social, y, fuera de eso, proyectan en esos países lo que desean ver.

Sin embargo, la mayoría de las políticas socialistas que son populares en el Reino Unido —nacionalizaciones, controles de salarios y precios, políticas industriales,¹⁶ el rechazo a los mecanismos de mercado y

¹⁶ Por ejemplo: Owen Jones's 'Agenda for Hope': We want a fairer society – and here's

a la participación del sector privado en los servicios públicos, entre otras— no tienen un equivalente claro en los países nórdicos. Al mismo tiempo, las políticas británicas que sí guardan semejanza con las nórdicas suelen ser controvertidas en el Reino Unido y tienden a ser rechazadas por los socialistas.

Por ejemplo, las free schools (escuelas gratuitas) británicas se inspiraron explícitamente en las friskolor suecas. La creación de un mercado interno dentro del NHS (Servicio Nacional de Salud estatal británico) también ha estado, si no directamente inspirado, al menos acompañada de una agenda similar en Suecia. La izquierda socialista británica se ha opuesto a esos cambios desde el principio y continúa abogando por su abolición.

La diferencia entre el socialismo y la socialdemocracia quizá sea más clara en lugares como los Países Bajos, Alemania y Suecia, donde existe (o existía) un partido socialdemócrata importante y un partido socialista de peso, coexistiendo uno junto al otro.

En esos contextos, un partido socialista no sería simplemente una versión más radical de un partido socialdemócrata. Más bien, ambos podrían coincidir en cuestiones como la tributación o el gasto social, pero diferir radicalmente en temas como la nacionalización o estatización, los controles de precios o la aceptación del ánimo de lucro, entre otros.

La combinación de políticas económicas relativamente liberales, por un lado, y de servicios públicos y sociales generosamente financiados desde el Estado, por el otro, no es, por supuesto, desconocida en el Reino Unido. De hecho, esto es más o menos lo que representaba la llamada 'Tercera Vía', el eje central de las políticas internas del gobierno New Labour (Nuevo Laborismo).

Hasta qué punto esa idea se materializó políticamente es debatible, pero al menos en el plano de las ideas, los defensores de la Tercera Vía —no la izquierda socialista— son los que pueden describirse, con justicia, como socialdemócratas al estilo nórdico.

El término 'blairista', por supuesto, hace tiempo que se ha convertido en un insulto dentro de la izquierda socialista, sinónimo de traidor y vendido. El apoyo al socialismo, entonces, es exactamente lo que su

how we can achieve it, The Independent, 26 de enero de 2014 (<http://www.independent.co.uk/voices/comment/owen-jones-agenda-for-hope-we-want-a-fairer-society-and-here-s-how-we-can-achieve-it-9086440.html>).

nombre indica: no es apoyo a la socialdemocracia de estilo nórdico, ni a sus variantes continentales —es decir, la socialdemocracia neerlandesa o alemana—. Un elogio retórico al “modelo nórdico” tiene poco valor si viene acompañado del rechazo de todos los elementos que hacen que ese modelo funcione.

¿Un hombre de paja perezoso?

Durante los últimos cien años ha habido más de dos docenas de intentos por construir una sociedad socialista. Se ha intentado en la Unión Soviética, Yugoslavia, Albania, Polonia, Vietnam, Bulgaria, Rumania, Checoslovaquia, Corea del Norte, Hungría, China, Alemania Oriental, Cuba, Tanzania, Benín, Laos, Argelia, Yemen del Sur, Somalia, el Congo, Etiopía, Camboya, Mozambique, Angola, Nicaragua y Venezuela, entre otros países. Todos esos intentos terminaron, en mayor o menor grado, en fracaso. ¿Cómo puede una idea que ha fracasado tantas veces, en tantas variantes distintas y en contextos tan radicalmente diferentes, seguir siendo tan popular?

Parte de la explicación radica en que los socialistas han sido, desde hace mucho tiempo, muy eficaces en distanciarse de los ejemplos reales del socialismo en acción. Hoy en día, señalar los fracasos de, por ejemplo, la Unión Soviética frente a un autodenominado socialista se considera un golpe bajo, un argumento intelectualmente poco respetable. Mencionar un ejemplo real de socialismo garantiza bur-las y gestos de desaprobación; se percibe como algo tosco, vulgar e ignorante.

Los socialistas contemporáneos dan por sentado que los ejemplos históricos o actuales de estados socialistas nunca fueron realmente socialistas. Representarían, según ellos, una versión distorsionada del socialismo, tan alejada de lo que ellos imaginan, que carece por completo de valor mencionarlos.

Para Noam Chomsky, llamar ‘socialista’ a la Unión Soviética es simplemente ‘una forma de difamar al socialismo’:

No ha habido ni una pizca de socialismo en la Unión Soviética. Claro, ellos lo llamaban socialismo. Pero también lo llamaban democracia. Eran ‘democracias populares’. [...] Así que, si crees que la caída de la Unión Soviética es un golpe para el socialismo, también pensarás [...] que es un golpe para la democracia. Después de todo, ellos también

se llamaban democracias. Entonces, ¿por qué no sería un golpe para la democracia? Tiene tanto sentido como eso. [...] No tuvo nada que ver con el socialismo. [...] Lo que [el socialismo] siempre significó [...] fue que [...] los trabajadores tomaran el control de la producción. [...] [La] Rusia [soviética] fue, probablemente, el lugar más antisocialista que uno pueda imaginar. [...] No había en ella ningún elemento de control, participación o implicación de los trabajadores. No tiene nada que ver con el socialismo; es exactamente lo opuesto en todos los sentidos.¹⁷

Según Richard Wolff, profesor de economía en la Universidad de Massachusetts, Amherst, "la lucha entre comunismo y capitalismo nunca ocurrió. Los soviéticos no establecieron el comunismo".¹⁸

Stephen Resnick, también profesor de economía en esa universidad, sostiene que:

"No podemos dar por terminado el comunismo. El comunismo no se ha intentado a una gran escala social. Es arrogante afirmar que el comunismo ha sido derrotado."¹⁹

Nathan Robinson, editor de Current Affairs, escribe:

Cuando alguien me señala la Unión Soviética o la Cuba de Castro y dice: 'Ahí está tu socialismo', mi respuesta [...] es que esos regímenes no guardan absolutamente ninguna relación con el principio por el cual lucho. [...] La principal lección aquí no tiene que ver con el 'socialismo', ni siquiera con el 'comunismo', ya que Castro, Mao, Stalin y Lenin nunca intentaron realmente poner en práctica esas ideas.²⁰

La columnista del Washington Post, Elizabeth Bruenig, reaccionó con indignación cuando, en respuesta a su artículo "It's time to give socialism a try" (Es hora de darle una oportunidad al socialismo), algunos de sus críticos le recordaron ejemplos reales de socialismo:

Sabía que habría [...] desacuerdo. Y sabía que la mayoría [...] se desarrollaría de mala fe. [...]

17 The Soviet Union vs. Socialism (<https://www.youtube.com/watch?v=06-XcAiswY4&feature=youtu.be>). Véase también Chomsky (1986).

18 USSR strayed from communism, say economics professors, The Campus Chronicle, 11 de octubre de 2002 (<https://www.umass.edu/pubaffs/chronicle/archives/02/10-11/economics.html>).

19 Ibid.

20 How to be a socialist without being an apologist for the atrocities of communist regimes, Current Affairs, 25 de octubre de 2017 (<https://www.currentaffairs.org/2017/10/how-to-be-a-socialist-without-being-an-apologist-for-the-atrocities-of-communist-regimes>).

En el caso de mi columna, esto significó que muchos interlocutores entendieran por socialismo algo parecido al comunismo soviético o al sistema venezolano. [...] No creo que nadie crea, realmente, que yo esté defendiendo formas totalitarias de socialismo, ni sus variantes más desastrosamente mal gestionadas: dije que no lo hacía, después de todo.²¹

Más cerca de casa, en un programa de BBC Daily Politics, la columnista del Guardian Zoe Williams declaró:

Creo que hay algo casi supersticioso en la forma en que nadie puede siquiera escuchar la palabra 'Marx' sin decir [...] 'vamos a morir todos, nos van a meter en un gulag'. [...] China [refiriéndose a la China maoísta] no es más una manifestación del marxismo que Noruega. Quiero decir, este hombre [Karl Marx] era un economista [...] [E]l hecho de que algunas personas usaran su nombre para iniciar revoluciones [...] no tiene nada que ver con Marx.²²

Poco después de la muerte de Fidel Castro, el periodista, Owen Jones, afirmó que Cuba no era 'realmente' socialista, ni lo era ningún otro país: El socialismo sin democracia [...] no es socialismo. [...] El socialismo significa socializar la riqueza y el poder —pero, ¿cómo puede socializarse el poder si está concentrado en manos de una élite que no rinde cuentas? [...] Una sociedad socialista [...] aún no existe, pero algún día deberá hacerlo.²³

Así, los socialistas contemporáneos creen que su versión del socialismo es tan fundamentalmente distinta de todo lo que en el pasado ha llevado ese nombre, que toda comparación carece de sentido. Por tanto, la evidencia histórica del socialismo en acción no ofrece lecciones relevantes. Puede, sencillamente, ser ignorada.

Huida hacia la abstracción: saltos de fe

A pesar de la vehemencia con la que los socialistas contemporáneos rechazan cualquier comparación con las variantes de socialismo

21 Let's have a good-faith argument about socialism, The Washington Post, 11 de marzo de 2018 (https://www.washingtonpost.com/opinions/lets-have-a-good-faith-argument-about-socialism/2018/03/11/96d66720-23e4-11e8-86f6-54bfff693d2b_story.html?utm_term=.51fc1c5003a6).

22 Daily Politics Show, BBC Politics, 1 de noviembre de 2013 (<https://www.facebook.com/BBCPolitics/videos/758283277521866/>).

23 My thoughts on Cuba, Medium, 29 de noviembre de 2016 (<https://medium.com/@OwenJones84/my-thoughts-on-cuba-32280774222f>).

que se han intentado hasta ahora, por lo general, tienen dificultades para explicar qué harían, realmente, de manera diferente. ¿Cuál es la diferencia entre el "socialismo real" y el 'irreal'? ¿Qué es lo que hace que las versiones de socialismo practicadas en los países del Pacto de Varsovia, la China maoísta, Vietnam del Norte, Corea del Norte, etc., sean todas "irreales"? ¿Qué tendrían que haber cambiado para entrar en la categoría de "socialismo real"?

Es aquí donde los socialistas contemporáneos suelen volverse evasivos y prefieren hablar de nobles aspiraciones antes que de características institucionales concretas. Afirman que el verdadero socialismo es un socialismo democrático desde abajo, un socialismo que democratiza la vida económica y garantiza que la riqueza y el poder se repartan equitativamente. El verdadero socialismo —aseguran— pone a la gente trabajadora común, no a los tecnócratas, dictadores o élites partidistas, al mando.

No obstante, aparte de su vaguedad, esta descripción encierra dos gigantescos saltos de fe:

Los socialistas contemporáneos suponen que el carácter autocrático y jerárquico de los regímenes socialistas anteriores (y de los que aún persisten) fue **deliberado**. Que los líderes socialistas **pudieron haber establecido democracias obreras desde la base**, pero decidieron no hacerlo. Que **pudieron** haber creado sistemas en los cuales el poder residiera en manos de los trabajadores comunes, pero no quisieron. En consecuencia, establecer una auténtica democracia obrera sería solo una cuestión de voluntad política.²⁴

También parecen asumir que una versión democratizada y participativa del socialismo no solo sería más humana, sino también más **exitosa económicamente**. El socialismo autocrático fracasó, pero el socialismo democrático —sostienen— habría funcionado perfectamente bien en términos de desempeño económico.²⁵

Un ejemplo que ilustra estas tendencias —esa huida hacia la abstracción, acompañada de los dos saltos de fe mencionados— es el artículo de **Noam Chomsky (1986)** titulado: "**The Soviet Union**

²⁴ En décadas anteriores, era más común atribuir la culpa a las circunstancias históricas, al subdesarrollo económico, a la hostilidad de Occidente, al 'cerco capitalista' y/o a la 'falsa conciencia' de las masas.

²⁵ Esta suposición nunca se formula explícitamente, pero, como veremos, se desprende implícitamente de la negativa de los socialistas a debatir los fracasos económicos de los países socialistas. Los socialistas simplemente señalarán que esos países no eran democráticos, por lo tanto, no eran realmente socialistas, por lo tanto, su experiencia no es relevante y no hay nada que aprender de ellos.

Versus Socialism" (La Unión Soviética versus el socialismo). Para Chomsky, el socialismo, entendido correctamente, significa:

La liberación de los trabajadores de la explotación. Como observó el teórico marxista, Anton Pannekoek, 'este objetivo no se alcanza ni puede alcanzarse mediante una nueva clase dirigente y gobernante que sustituya a la burguesía', sino que solo puede 'realizarse cuando los trabajadores mismos sean dueños de la producción'.

El verdadero socialismo, añade, significa:

Convertir los medios de producción en propiedad de productores libremente asociados y, por tanto, en propiedad social de personas que se han liberado de la explotación de sus amos, como paso fundamental hacia un ámbito más amplio de libertad humana.

Son aspiraciones nobles. Pero también son aspiraciones sumamente abstractas. ¿Qué conjunto de instituciones podría hacerlas realidad? ¿Cómo funcionarían esas instituciones? ¿Cómo sabríamos si cumplen su propósito y cómo podríamos corregirlas si no lo hacen? Chomsky no se detiene a responder esas preguntas.

Y aunque Chomsky condena extensamente la 'burocracia roja', la 'nueva clase' y los 'sacerdotes del Estado' de la URSS, no dice una sola palabra sobre las deficiencias económicas soviéticas. Aparentemente, da por hecho que, si los trabajadores soviéticos hubieran expulsado a los burócratas rojos y dirigido la economía por sí mismos, los problemas económicos del país habrían desaparecido.

Otro ejemplo es el artículo de Owen Jones sobre el futuro de Cuba, escrito poco después de la muerte de Fidel Castro. Jones explica cómo el actual socialismo 'irreal' de Cuba podría transformarse en 'el verdadero':

Cuba podría democratizarse y otorgar las libertades políticas hoy negadas, al tiempo que defiende [...] las conquistas de la revolución. [...] Esta es la siguiente etapa de la revolución. [...] El único futuro del socialismo [...] es a través de la democracia. Y eso no significa solo participar en elecciones [...]

Significa organizar un movimiento arraigado en las comunidades y los lugares de trabajo. Significa abogar por un sistema que extienda la democracia al ámbito laboral y a la economía. Eso es el socialismo: la democratización de todos los aspectos de la sociedad.²⁶

Una vez más, en lugar de ofrecer siquiera un esbozo de cómo podría funcionar un sistema socialista 'real', Jones se refugia en aspiraciones abstractas. 'Extender la democracia a la economía' y 'democratizar todos los aspectos de la sociedad' suenan bien, pero ¿qué significan en la práctica? ¿Cómo sería el marco institucional que hiciera realidad esas metas?

Y aunque Jones habla mucho sobre la necesidad de reforma política, no menciona la reforma económica. Parece asumir que la democratización política resolvería por sí sola el subdesarrollo económico del país.

Un tercer ejemplo es el artículo de Bhaskar Sunkara, fundador de Jacobin, titulado "Socialism's Future May Be Its Past", publicado en The New York Times.²⁷ Sunkara cree que, un siglo después de la Revolución de Octubre, es hora de darle otra oportunidad al socialismo. Pero esta vez, asegura, será distinto:

Esta vez, la gente podrá votar. Bueno, debatir, deliberar y luego votar —y tener fe en que las personas pueden organizarse juntas para trazar nuevos destinos para la humanidad. En su esencia, devuelto a sus raíces, el socialismo es una ideología de democracia radical. [...] Busca empoderar a la sociedad civil para permitir la participación en las decisiones que afectan nuestras vidas. Una enorme burocracia estatal [...] puede ser tan alienante y antidemocrática como las juntas corporativas, por lo que debemos reflexionar seriamente sobre las nuevas formas que podría adoptar la propiedad social.

El mismo patrón se repite: una huida hacia nobles aspiraciones y los mismos saltos de fe. Habilitar a las personas para que 'se organicen juntas y tracen nuevos destinos para la humanidad', 'empoderar a la sociedad civil' y 'permitir la participación en las decisiones que afectan nuestras vidas' son aspiraciones loables, pero no dejan de ser aspiraciones. Aparte de 'la gente puede votar', Sunkara no explica nada sobre cómo funcionaría en la práctica un sistema que hiciera realidad todo eso.

Como Chomsky y Jones, Sunkara parece creer que todo depende de la voluntad, y que los intentos anteriores de construir una sociedad

Jones84/my-thoughts-on-cuba-3228077422f).

27 Socialism's future may be its past, The New York Times, 26 de junio de 2017 (<https://www.nytimes.com/2017/06/26/opinion/finland-station-communism-socialism.html>).

socialista fracasaron, simplemente, porque a los líderes socialistas les faltó voluntad política.

Tampoco dice una palabra sobre los fracasos económicos de la Unión Soviética. De nuevo, parece dar por hecho que la democratización habría solucionado, de algún modo, los problemas económicos soviéticos.

Otro ejemplo es el artículo de Nathan Robinson, editor de Current Affairs, titulado "How to Be a Socialist Without Being an Apologist for the Atrocities of Communist Regimes" (Cómo ser socialista sin justificar las atrocidades de los regímenes socialistas). Robinson concibe los sistemas políticos y económicos como un bufé del que se pueden escoger los elementos que nos gusten:

Como soy capaz de mantener dos ideas en la cabeza al mismo tiempo, y no pienso con gruñidos cavernícolas de 'esto bueno' y 'esto malo', puedo distinguir entre los aspectos positivos y negativos de un programa político. Me gusta la parte de permitir que los trabajadores obtengan mayores beneficios por su trabajo. No me gusta la parte de poner a los disidentes frente a pelotones de fusilamiento. Y me parece que una persona inteligente debería ser capaz de separar esas cosas.²⁸

De nuevo, según esta visión, no existe una razón específica por la cual todos los experimentos socialistas hayan terminado derivando en autoritarismo; fue simplemente una elección política:

Los gulags solo son posibles si existe una ideología, como el leninismo, que los justifique. [...] Las atrocidades comunistas son una advertencia contra cometer atrocidades en nombre de la justicia, no contra la justicia misma.²⁹

De esta forma, los socialistas no tienen nada que aprender de la experiencia histórica, porque las diversas manifestaciones de autoritarismo bajo el socialismo no tendrían relación entre sí. La única lección del Gulag sería que no debemos construir gulags; la única lección de los juicios espectáculo sería que no debemos celebrarlos; la única lección del Muro de Berlín sería que no debemos levantar

28 How to be a socialist without being an apologist for the atrocities of communist regimes, Current Affairs, 25 de octubre de 2017 (<https://www.currentaffairs.org/2017/10/how-to-be-a-socialist-without-being-an-apologist-for-the-atrocities-of-communist-regimes>).

29

Ibid.

muros en Berlín, y así sucesivamente. Cualquier otra reflexión sería, en palabras de Robinson, 'gruñidos cavernícolas'.

¿Qué aspecto tendría, entonces, el socialismo real, y qué era lo irreal en los intentos anteriores? Según Robinson:

El socialismo consistía en dar a los trabajadores la propiedad de los medios de producción, algo que no tienen si se les obliga a producir bajo amenaza de un arma. [...] La historia de la Unión Soviética no nos dice mucho sobre el 'comunismo'; [...] fue una sociedad dominada por el Estado, en la que el poder se distribuía según una jerarquía estricta.

Una vez más, 'dar a los trabajadores la propiedad de los medios de producción' es solo una aspiración abstracta, no una descripción concreta de un sistema económico. ¿Qué significa eso? En una sociedad de más de 60 millones de personas (como el Reino Unido), ¿cómo podrían 'los trabajadores' gestionar colectivamente 'sus' medios de producción? ¿Cómo podría yo ejercer de forma significativa el control sobre mi sesenta millonésima parte de una acería o una fábrica de automóviles? Robinson no responde esas preguntas.

Tampoco menciona los fracasos económicos del socialismo. Afirma que es fácil separar 'las partes buenas' (mejorar el nivel de vida de los trabajadores) de 'las malas' (la represión), pero omite que el socialismo no mejoró el nivel de vida de los trabajadores, al menos no en comparación con ningún escenario alternativo plausible. Da por hecho que un socialismo sin gulags ni policía secreta sería no solo más humano, sino también económicamente más exitoso. ¿Por qué habría de ser así?

Un último ejemplo es el caso de la columnista del Washington Post, Elizabeth Bruenig, quien también se distancia de las formas de socialismo intentadas hasta ahora:

Para no confundirme con una nostálgica del totalitarismo, apoyaría una forma de socialismo que fuera democrática y estuviera orientada, principalmente, a desmercantilizar el trabajo, reducir la enorme desigualdad generada por el capitalismo y romper el dominio del capital sobre la política y la cultura.³⁰

30 It's time to give socialism a try, The Washington Post, 6 de marzo de 2018 (https://www.washingtonpost.com/opinions/its-time-to-give-socialism-a-try/2018/03/06/c603a1b6-2164-11e8-86f6-54bfff693d2b_story.html).

Y en otro texto añade:

El socialismo tiene diversas expresiones, y aunque suele ser criticado [...] en sus formas históricas del siglo XX, los efectos de las corrientes que yo defendería serían [...] 1) desmercantilizar el trabajo, y tantos otros ámbitos de la vida como sea posible; 2) reducir o eliminar la alienación de los trabajadores respecto a su trabajo, la sociedad y a sí mismos; 3) reducir [...] la vasta desigualdad social y política producida por el capitalismo; y 4) disminuir o destruir el control del capital sobre la política, la sociedad y la economía.³¹

Una vez más, el 'verdadero' socialismo se define en términos de resultados abstractos más que de estructuras institucionales concretas. ¿Cómo funcionaría. en la práctica, la versión de socialismo de Bruenig? Ella despacha la cuestión como un mero detalle:

Estos cuatro frentes son solo un esbozo general del tipo de socialismo que imagino; mi objetivo aquí era defender sus méritos, no ofrecer parámetros de política concretos, lo cual puede dejarse a legisladores más talentosos.³²

Nadie esperaría que un artículo de opinión fuera una constitución, pero el problema es que Bruenig ni siquiera ofrece un bosquejo aproximado. Solo presenta una serie de aspiraciones —y además, en un nivel muy alto de abstracción— y define su versión de socialismo, en esencia, como 'un sistema que cumpla esas aspiraciones'.

No dedica una sola palabra a explicar por qué las formas anteriores de socialismo no alcanzaron esos ideales, ni por qué fracasaron en indicadores más tangibles como la productividad o el desempeño económico.

No por falta de intentos

Democracia y desempeño económico

Ninguno de esos dos saltos de fe está justificado. En primer lugar, no hay razón alguna para creer que el fracaso económico del socialismo haya tenido algo que ver con la falta de democracia. La democratización mejora muchas cosas y es deseable por múltiples

31 Case in favor of Socialism, debated at LibertyCon, Medium, 3 de marzo de 2018 (<https://medium.com/@ebruenig/case-in-favor-of-socialism-debated-at-libertycon-5887336f4f88>).

32 Ibid.

motivos, pero no tiende, por sí misma, a hacer que los países sean más ricos.

Przeworski (2002) estudia la relación entre los sistemas políticos y el desempeño económico, analizando 135 países durante el período de 1950 a 1990. Su hallazgo fue el siguiente (ibid.: 21):

Los regímenes políticos no tienen impacto sobre el crecimiento del ingreso total. [...] Los pocos países que se desarrollaron de forma espectacular durante los últimos cincuenta años tuvieron las mismas probabilidades de lograrlo bajo una democracia que bajo una dictadura. En promedio, los ingresos totales crecieron a tasas casi idénticas bajo ambos regímenes.

Democracia y progreso económico están fuertemente relacionados, pero la causalidad opera en sentido inverso: las democracias ricas son mucho más estables que las democracias pobres (Przeworski y Limongi, 1997).

Los hallazgos de Przeworski coinciden con los de un estudio anterior y similar de Barro (1994: 26), quien utiliza un índice de democratización en lugar de una simple distinción binaria entre democracia y dictadura. Al analizar una muestra de unos 100 países a lo largo de un período de 30 años, concluye que:

[L]a democracia no es la clave del crecimiento económico, aunque puede tener un efecto positivo débil en países que comienzan con pocos derechos políticos. [...] [L]os países occidentales avanzados contribuirían más al bienestar de las naciones pobres exportando sus sistemas económicos —en especial, los derechos de propiedad y los mercados libres— antes que sus sistemas políticos, los cuales, típicamente, se desarrollaron una vez alcanzados niveles razonables de vida.

Una vez más, democracia y prosperidad están relacionadas, pero la causalidad va en la dirección contraria (ibid.: 25):

Las mejoras en el nivel de vida —medidas por el PIB real per cápita, la esperanza de vida y la educación— aumentan sustancialmente la probabilidad de que las instituciones políticas se vuelvan más democráticas con el tiempo. [...] Los países ricos consumen más democracia porque esta [...] es deseable por sí misma [énfasis añadido].

Una implicación de esto es que las dictaduras socialistas no son —ni

fueron— pobres porque sean —o hayan sido— dictaduras. Son pobres porque son socialistas.

En consecuencia, es completamente válido atribuir el fracaso económico de los países socialistas a los socialistas democráticos. No se trata de un 'hombre de paja'. Los socialistas democráticos tal vez no quieran reproducir los sistemas políticos de esos países, pero sí pretenden aplicar políticas económicas similares, y fueron esas políticas —no la ausencia de democracia— las que causaron su fracaso económico.

Desde la obra seminal de Ludwig von Mises (1922), *Socialismo: Un análisis económico y sociológico*, se ha escrito mucho sobre las razones por las cuales las economías socialistas inevitablemente terminan estancándose y fracasando. Analizar esas razones en detalle excede el alcance de este libro, pero basta con aludir brevemente a dos problemas fundamentales que ninguna economía socialista ha logrado resolver.

Es un error común creer que el socialismo fracasó porque en una economía socialista se espera que la gente trabaje principalmente por el bien común y no por su propio interés, y que la mayoría de las personas no fueron lo suficientemente altruistas para hacerlo. Esto no es cierto. En la práctica, las economías socialistas nunca se basaron en el altruismo. Existían normas laborales obligatorias, cuotas de producción, diferencias salariales e incentivos materiales ligados al desempeño. Las economías socialistas no eran lugares ociosos. Por ejemplo, los trabajadores de Alemania Oriental solían trabajar más horas que los de Alemania Occidental³³. La falta de incentivos adecuados fue un problema enorme bajo el socialismo (véase Caplan, 2009), pero no simplemente porque la gente no trabajara lo suficiente. El fracaso relativo del socialismo, y el éxito relativo del capitalismo, tuvieron mucho más que ver con la capacidad del capitalismo para generar conocimiento económicamente relevante.

En primer lugar, los precios de mercado han demostrado ser un mecanismo indispensable para recopilar y difundir información sobre las condiciones de oferta y demanda. Los precios se determinan a partir de las decisiones de compra y venta de miles —si no millones o miles de millones— de personas que actúan según su conocimiento de sus propias preferencias y de cualquier información relevante para la transacción. Así, los mercados pueden aprovechar una enorme

33 DDR/Fünf-Tage-Woche: Samstags nie, Der Spiegel, 28 de agosto de 1967 (<http://www.spiegel.de/spiegel/print/d-46265001.html>)

cantidad de conocimiento disperso entre millones de mentes individuales, conocimiento que no está disponible en su totalidad para nadie (véase Hayek, 1945). Gran parte de ese conocimiento es tácito: es específico al tiempo y al lugar, y no puede expresarse fácilmente en palabras o números. Quienes lo poseen podrían tener dificultades para explicarlo, pero en una economía de mercado no necesitan hacerlo. Solo necesitan actuar en consecuencia.

Los precios de mercado son una forma destilada de una enorme cantidad de información, y la difunden de manera rápida y amplia. Los cambios en las circunstancias provocan cambios en los precios, que a su vez llevan a los participantes del mercado a ajustar su comportamiento. En palabras de Hayek (ibid.: 526):

Supongamos que en alguna parte del mundo surge una nueva oportunidad para el uso del estaño o que una de las fuentes de suministro de estaño ha sido eliminada. No importa —y es muy significativo que no importe— cuál de estas dos causas ha hecho que el estaño sea más escaso. Todo lo que los usuarios de estaño necesitan saber es que parte del estaño que solían consumir ahora se emplea de manera más rentable en otro lugar y que, en consecuencia, deben economizarlo. No hay necesidad de que la gran mayoría de ellos sepa siquiera dónde ha surgido la nueva demanda, ni en favor de qué otros usos deberían administrar la oferta. Si algunos lo saben directamente y desvían recursos hacia esa nueva demanda, y si las personas que advierten el nuevo vacío así creado lo llenan desde otras fuentes, el efecto se extenderá rápidamente por todo el sistema económico e influirá no solo en todos los usos del estaño, sino también en los de sus sustitutos y los sustitutos de estos sustitutos, en la oferta de todos los bienes hechos con estaño y sus reemplazos, y así sucesivamente; y todo esto sin que la gran mayoría de quienes contribuyen a estos ajustes sepan nada en absoluto sobre la causa original de los cambios.

Las economías planificadas no tienen forma de replicar esta función de recopilación y difusión de conocimiento que cumplen los precios de mercado. Por tanto, se privan de enormes volúmenes de información, lo que inevitablemente conduce a decisiones económicas peores. Este no es solo un problema de las economías completamente planificadas, donde los precios son fijados por una junta de planificación; también es cierto en economías donde el

sector privado representa la mayor parte de la actividad económica, pero el gobierno interfiere con los precios del mercado.

Otro elemento indispensable de las economías de mercado, que ninguna economía socialista ha logrado sustituir, es el hecho de que la competencia es un proceso continuo de prueba y error, acompañado de amplios mecanismos de retroalimentación (véase Hayek, 2002 [1968]). No sabemos, en principio, cómo organizar con éxito una empresa o una industria (y mucho menos toda una economía). Lo descubrimos probando muchas cosas diferentes, la mayoría de las cuales fracasan, pero algunas tienen éxito, y son estas últimas las que se adoptan más ampliamente.

Una economía de mercado es un campo de experimentación, en el que diferentes ideas empresariales, estilos de gestión, modelos organizativos y estructuras industriales se prueban en competencia entre sí. Por ejemplo, los modelos integrados, en los que las empresas realizan muchas funciones internamente, pueden competir libremente con los modelos especializados, en los que se subcontratan muchas funciones a terceros. De este modo, descubrimos en qué contextos es más apropiada la especialización y en cuáles la integración.

Es un error común pensar que el papel principal de la competencia es, simplemente, servir de estímulo: que trabajamos más duro cuando estamos bajo presión competitiva que cuando podemos dar por sentada nuestra posición. Pero ese nunca fue el punto central. Las economías socialistas tenían otras (menos benévolas) formas de presionar a la gente. Lo que les faltaba, sin embargo, era la capacidad de la competencia para crear conocimiento. Esa es su función principal en la vida económica. Las economías socialistas se privan de la enorme cantidad de conocimiento que genera la competencia. En menor grado, también lo hacen las economías de mercado que obstaculizan el proceso competitivo, por ejemplo, erigiendo barreras de entrada a los nuevos participantes.

Socialismo, tecnocracia y autoritarismo

La pregunta de si el socialismo es inherentemente autoritario, o si fue una simple coincidencia que los países socialistas también fueran autocracias, no es nueva. En la década de 1970, Jean-François Revel (1978: 41–42) escribió:

Nos dicen que es injusto juzgar al 'socialismo' sobre la base de la experiencia. [...] ¿Cómo puede explicarse, desde un

punto de vista marxista, tantos accidentes y desviaciones durante tantas décadas sin encontrar sus causas [...] en el propio sistema económico [...]? [...]

[E]s irónico que los portavoces del 'socialismo científico' sean los primeros en ofrecernos esta curiosa aplicación del materialismo histórico de Marx: una constante [...] duradera y sin signos de desaparición [...] se atribuye al mero azar [...] sin relación alguna con el sistema.

Y en otro pasaje (ibid.: 61):

Un marxista-leninista, es decir, un socialista 'científico', debería, sin duda, buscar la causa de este fracaso recurrente. En ciencia, una ley es aquella hipótesis que se verifica por todas las observaciones experimentales. Tal vez los marxistas contemporáneos estén por realizar otra de sus tantas revoluciones epistemológicas ofreciendo esta definición innovadora: la ley será aquella hipótesis que no se verifique en ninguno de los experimentos.

Cuatro décadas después, todavía no hemos visto un solo experimento socialista que no haya terminado, tarde o temprano, en el autoritarismo. Pero los socialistas siguen convencidos de que no hay una razón más profunda para ello. Según su relato, el socialismo simplemente no se ha intentado correctamente, pero podría intentarse en cualquier momento: solo hace falta voluntad.

Cuando los socialistas contemporáneos hablan de 'extender la democracia a la economía' o de 'democratizar todos los aspectos de la sociedad', no son deshonestos. Esa es realmente su aspiración. Pero lo que no entienden es que esa siempre ha sido la aspiración y la promesa del socialismo. Nunca hubo un momento en que los socialistas aspiraran a crear sociedades estratificadas, con el poder concentrado en manos de una élite tecnocrática. Mucho menos pretendían crear Estados policiales que dependieran del terror, la tortura, el trabajo forzado y el asesinato masivo para sobrevivir. Los experimentos socialistas terminaron siendo así, pero no se concibieron de esa manera.

Tomemos esta cita de un famoso socialista que criticaba las tendencias autoritarias en la naciente Unión Soviética:

Existen dos métodos: el método de la coerción (el método

militar) y el método de la persuasión (el método sindical). [...] El error de Trotski consiste en subestimar la diferencia entre el ejército y la clase obrera; él [...] intenta [...] trasladar los métodos militares del ejército a la [...] clase trabajadora. [...] El poder soviético [...] solo puede dirigirse a través del medio de la clase obrera y con las fuerzas de la clase obrera. [...] Evidentemente, esto no puede hacerse por métodos coercitivos [...] Evidentemente, solo [...] la democracia proletaria [...], solo los métodos de persuasión, pueden permitir la unidad de la clase obrera y estimular su actividad independiente.

Ese era Stalin (1921).

O consideremos el significado original del término 'República Soviética'. Un soviét era originalmente un consejo obrero elegido democráticamente en una fábrica, y una República Soviética pretendía ser una democracia de base semidirecta, en la que esos consejos obreros serían los pilares fundamentales. La idea era que todo el poder político emanara, en última instancia, de las asambleas locales de trabajadores. Esa idea nunca fue abandonada formalmente: en el papel, así era como debía funcionar la Unión Soviética.

Cuando los socialistas actuales hablan de una versión del socialismo no- autocrática, participativa y humanitaria, no son tan originales como creen. Esa siempre fue la idea. Eso es lo que los socialistas han dicho desde el principio. No ha sido por falta de intentos que nunca haya resultado así.

La propiedad colectiva democrática puede funcionar perfectamente bien, pero solo en comunidades pequeñas, homogéneas y voluntarias con economías simples. El ejemplo clásico es el kibutz israelí. En un kibutz puede decirse, con sentido, que la comunidad organiza colectivamente y de forma democrática sus asuntos económicos.

Pero incluso así, un kibutz no puede considerarse una alternativa al sistema de mercado. Un kibutz no es una 'economía' en sí mismo: es un actor dentro de una economía, concretamente la economía de mercado de Israel (y más allá). Eso le permite especializarse en un rango limitado y manejable de actividades económicas. El kibutz puede ser un modelo perfectamente viable. Pero basta un breve repaso a la historia de los kibutzim para entender que ese modelo ni es escalable ni transferible. Los kibutzim nunca han crecido más allá de cierto tamaño; uno con más de 1.000 miembros ya se considera

grande. Aunque el modelo colectivista tradicional aún funciona para muchos, algunos se han alejado de él, introduciendo métodos de gestión más convencionales y volviéndose, con el tiempo, más parecidos a empresas privadas³⁴. También ha habido una tendencia a externalizar funciones que antes se realizaban internamente.

El colectivismo democrático requiere comunidades pequeñas y homogéneas, caracterizadas por un alto grado de acuerdo interno sobre fines y medios. Y aun así, tales comunidades solo pueden coordinar un conjunto muy limitado de actividades. Es razonable que los miembros de una comuna agrícola se reúnan a debatir si conviene cultivar más de un grano o de otro, o si deben comprar nuevas herramientas o reparar las viejas. Pero sería imposible dirigir toda una economía de esa forma.

La planificación económica no es compatible con la participación democrática. De hecho, ni siquiera es compatible con la democracia representativa. Como señaló Hayek (1993 [1944]: 48) en Camino de servidumbre:

Elaborar un plan económico de esta manera es aún menos posible que planificar una campaña militar mediante un procedimiento democrático. [...] Será inevitable delegar la tarea en los expertos. Pero la diferencia es que, mientras el general a cargo de una campaña tiene un único fin [...] no puede darse un solo objetivo semejante al planificador económico. [...] Es la esencia del problema económico que un plan implica elegir entre fines en conflicto. Pero [...] las alternativas entre las cuales debemos escoger solo pueden ser conocidas por quienes conocen todos los hechos; y solo ellos, los expertos, están en posición de decidir.

El socialismo no siempre tiene que conducir al asesinato y al terror a gran escala. Los horrores del estalinismo, el maóismo o el régimen de los Jemeres Rojos fueron extremos, incluso según los estándares socialistas. La segunda mitad de la historia soviética no fue tan brutal como la primera, y otros países del Pacto de Varsovia fueron represivos, pero no genocidas.

Empero, el socialismo nunca podría ser otra cosa que un sistema tecnocrático, jerárquico y de mando y control. Alegar que los países del Pacto de Varsovia no eran 'realmente socialistas', porque no

34 Véase, por ejemplo: The Kibbutz Movement Adapts to a Capitalist Israel, The Wall Street Journal, 13 de octubre de 2017 (<https://www.wsj.com/articles/the-kibbutz-movement-adapts-to-a-capitalist-israel-1507908175>).

eran democracias parlamentarias con elecciones libres es perder el punto central. Incluso si lo hubieran sido, eso no habría cambiado su carácter ultratecnocrático, ya que sus parlamentos, en la práctica, apenas participaban en la planificación económica (y como explicó Hayek, no podían hacerlo). Los Planes Quinquenales eran elaborados por comisiones de expertos, bajo instrucciones del poder ejecutivo, y luego aprobados automáticamente por el parlamento. Steiner (2010: 4) describe este proceso en la República Democrática Alemana (RDA):

La Comisión Estatal de Planificación debía elaborar los planes y ser responsable de ellos, establecer las interdependencias entre los distintos sectores económicos controlados y, al hacerlo, rechazar los intereses de las esferas particulares que pudieran ir en contra de las prioridades macroeconómicas. [...] Dejando de lado la aprobación meramente formal de los planes por la Cámara del Pueblo, la decisión final [...] recaía en el Consejo de Ministros.

Podríamos imaginar, en teoría, una RDA democrática, con elecciones libres y justas. Esto habría permitido cambiar de gobierno, pero no habría acercado a la RDA al tipo de socialismo participativo descrito por autores como Chomsky, Sunkara, Robinson o Jones, en el cual 'el pueblo' dirige la economía en conjunto. En la RDA, como en todos los países socialistas, la planificación económica estaba en manos de una élite burocrática. Una RDA democrática seguiría siendo una sociedad extremadamente jerárquica y estratificada.

Es fácil entender por qué los partidos gobernantes de los países socialistas nunca permitieron elecciones libres: habrían perdido. Pero eso solo explica su carácter dictatorial, no su carácter tecnocrático. No habría amenazado su poder permitir una participación pública en la planificación económica; al contrario, habría reforzado su legitimidad. Pero no lo hicieron, porque no se puede hacer. Un país con 17 millones de habitantes no es un kibutz.

Brevemente, se intentó la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas estatales mediante consejos obreros elegidos democráticamente. Pero una economía planificada no puede tolerar una autonomía significativa a nivel local, porque eso interrumpiría el plan general. Como explica Steiner (2010: 30–31):

Los consejos de trabajadores se guiaban por los intereses de sus empresas y de su fuerza laboral más que por los

requerimientos de la economía en su conjunto. Esta fue una de las razones por las cuales fueron abolidos en 1948. [...] Así, no existía ninguna institución que permitiera a los trabajadores participar realmente en la toma de decisiones.

En la RDA, la mayor fuente de perturbación del plan fue la emigración. Por eso el Muro de Berlín no fue una aberración del 'noble ideal' socialista, sino su correlato lógico.

Las economías planificadas suelen restringir la libertad de movimiento, incluso dentro de sus fronteras (véase, por ejemplo, Dowty, 1988). Tienen que hacerlo: los movimientos masivos de personas desbaratarían los planes quinquenales. No se puede planificar una economía cuando los factores de producción se mueven por su cuenta. Por eso la Unión Soviética introdujo su sistema de pasaportes internos al mismo tiempo que implementó su primer Plan Quinquenal.

En una economía de mercado, una ley que restringiera el movimiento entre Londres y Cambridge parecería absurda. Pero en una economía planificada no lo es, porque tales decisiones afectan a toda la estructura económica. Si se justifica restringir la libertad de movimiento interna, con mayor razón se justifica restringir la emigración. En una economía socialista, la vida económica es un esfuerzo colectivo, y dentro de la lógica del sistema, abandonar ese esfuerzo es una traición. Dowty (1988: 86–88) explica:

La emigración [...] se convierte en un acto de deslealtad, en una desertión de una causa común, quizá incluso en un acto de traición. [...]

En 1922, tanto Rusia como Ucrania [...] prácticamente cerraron todas las salidas. En 1923 se organizó un cuerpo especial de la GPU para controlar las fronteras, que hacia 1928 ya era eficaz para impedir casi todas las salidas ilegales. [...]

A principios de los años cincuenta, el modelo soviético de control migratorio había sido adoptado por la mayoría de los estados de Europa del Este, China, Mongolia y Corea del Norte. [...]

Los portavoces del bloque oriental [...] subrayan la deuda que el individuo tiene con la sociedad por los beneficios recibidos. En los estados socialistas, se argumenta, [...] la sociedad realiza una gran inversión en cada persona,

[...] y por tanto uno debe retribuirla permaneciendo como miembro activo de ella. [...] En consecuencia, se muestran relativamente indulgentes con la concesión de visados de salida a quienes ya cumplieron su parte (como jubilados o mayores de cincuenta y cinco años).

Por eso el Muro de Berlín y el Telón de Acero no fueron una 'traición' al socialismo, sino su aplicación coherente.

Finalmente, el socialismo siempre ha llevado, y debe llevar, a una extrema concentración del poder. Como se explicó antes, al abolir las señales del mercado y la competencia, las economías socialistas se privan no solo de conocimiento, sino también de algo más: de un mecanismo extraordinariamente eficaz para dispersar y limitar el poder. Como escribió Hayek (1993 [1944]): "El sistema competitivo es el único diseñado para minimizar el poder que un hombre ejerce sobre otro."

En una economía socialista, el Estado se convierte en el principal empleador, el principal propietario, el principal proveedor, el principal intermediario financiero, etc. Hay pocas cosas en las que F. A. Hayek y León Trotski estarían de acuerdo, pero una de ellas es que un Estado socialista requiere una concentración de poder mayor que cualquier otro tipo de Estado. Trotski (1936, cap. 2)³⁵ escribió sobre el gobierno soviético:

No hay otro gobierno en el mundo en cuyas manos esté tan concentrado el destino de todo un país. [...] El gobierno soviético ocupa, en relación con todo el sistema económico, la posición que un capitalista ocupa en relación con una sola empresa. El carácter centralizado de la economía nacional convierte el poder del Estado en un factor de enorme importancia.

Y Hayek añadió: "Para alcanzar sus fines, los planificadores deben crear poder —poder sobre los hombres ejercido por otros hombres— de una magnitud nunca antes conocida."

Desde la perspectiva socialista, esto no representa un problema: el poder estatal reemplaza al poder corporativo, y el poder estatal se supone 'poder del pueblo'. Pero esto es un profundo malentendido. Como explicó Hayek:

Al concentrar el poder para que pueda utilizarse al servicio

³⁵ Este libro se consultó a través de un archivo en línea. Por lo tanto, no se dispone de números de página.

de un solo plan, este no solo se transforma, sino que se amplifica infinitamente. Al reunir en las manos de un solo cuerpo el poder que antes era ejercido de forma independiente por muchos, se crea una cantidad de poder infinitamente mayor que cualquiera que haya existido antes, tan vasta que llega a ser casi de una naturaleza distinta. Es completamente falaz argumentar que el gran poder ejercido por una junta directiva de planificación centralizada sería 'no mayor que el poder ejercido colectivamente por las juntas directivas privadas'. En una sociedad competitiva, no existe nadie que pueda ejercer ni una fracción del poder que poseería una junta socialista de planificación. Descentralizar el poder es reducir la cantidad absoluta de poder [énfasis añadido].

La idea de que los empresarios actúan como un bloque unido es una fantasía socialista. Los empresarios compiten entre sí, a menudo ferozmente, y eso limita enormemente 'el poder' de cada uno.

A diferencia de Hayek, Trotski no se oponía a la concentración de poder bajo el socialismo; solo se quejaba de que en la Unión Soviética el poder ya no lo ejercía 'la clase obrera', sino la burocracia soviética, que se había convertido en una clase social en sí misma. La solución, entonces, era que la 'clase obrera' reclamara lo que una vez tuvo. Sin embargo, la supuesta 'edad de oro' de Trotski, antes de que 'la clase obrera' fuera 'traicionada', coincide precisamente con el período en el que él mismo, o sea Trotski, fue una de las figuras más poderosas del país. La 'corrupción' del Estado de los obreros coincide, casualmente, con su propia caída en desgracia. Si Trotski hubiera prevalecido y expulsado a Stalin, entonces, presumiblemente, el Stalin exiliado habría escrito un libro sobre cómo 'la clase obrera' había sido traicionada y cómo la Unión Soviética había dejado de ser un 'verdadero' Estado de los 'obreros'.

La concentración de poder bajo el socialismo no tiene por qué conducir a una tiranía tan asesina como el estalinismo o el maoísmo. La política de desestalinización de Jrushchov muestra que el sistema soviético tenía cierta capacidad de autorreforma, y la mayoría de los otros países socialistas jamás produjeron un equivalente del estalinismo o el maoísmo. Pero incluso el estalinismo y el maoísmo no fueron aberraciones. Fueron períodos durante los cuales se llevaron al extremo tendencias que están siempre presentes en las sociedades socialistas.

Una de las características persistentes de los regímenes socialistas es que, a menudo, responden a los fracasos económicos buscando chivos expiatorios —‘saboteadores’, ‘destructores’, ‘acaparadores’ ‘especuladores’, ‘contrarrevolucionarios’, etc., imaginarios— y emprendiendo cacerías de brujas. Tienen que hacerlo: dado que los problemas económicos bajo el socialismo nunca pueden ser culpa del propio socialismo, debe existir alguien que deliberadamente esté trabajando para socavar la economía.

Las matanzas de Stalin no siempre fueron aleatorias; a menudo estuvieron vinculadas a acontecimientos económicos. Por ejemplo, durante y después de las hambrunas, Stalin apuntó contra todos los sectores que tuvieran alguna conexión con la agricultura, por muy tenue que fuera. Como explica Udy (2017: 436–437):

Los kulaks ya habían sido señalados como los instigadores de los destrozos en los campos y granjas, pero la campaña de descualakización de 1929–31 se había librado para ‘aplantar a los kulaks como clase’; ya no podían [en 1932–33] ser presentados como la única causa del problema [...] Se necesitaban más chivos expiatorios. Así, se fusiló a veterinarios por supuestamente provocar, en secreto, la mortalidad del ganado; se arrestó a meteorólogos por falsificar pronósticos del tiempo con el fin de dañar las cosechas; [...] hubo una purga masiva de instituciones gubernamentales y académicas, así como de periódicos; se responsabilizó a la Cámara Ucraniana de Pesas y Medidas de sabotear deliberadamente la medición de la cosecha. [...] Buscando más culpables, los especialistas agrícolas fueron un blanco evidente. [...] Fueron condenados por ‘sabotaje agrícola’, un cargo que incluía [...] ‘la propagación deliberada de malezas con miras a reducir los rendimientos de las cosechas’.

Aunque en formas mucho menos extremas, el mismo patrón básico se repitió en muchos otros países socialistas. El ejemplo más reciente es Venezuela, donde la paranoia sobre ‘saboteadores’ y ‘acaparadores’ se ha convertido en un rasgo fijo de la retórica del gobierno. El gobierno venezolano, en su momento, prometió construir una forma de socialismo completamente distinta, definida explícitamente en oposición al modelo soviético (más sobre esto posteriormente). Sin embargo, hoy, un comunicado de prensa del gobierno venezolano suena, sospechosamente, como una copia de

Pravda de la década de 1930.

Cuando los socialistas democráticos contemporáneos protestan ante la mención de un ejemplo real de socialismo e insisten en que no están justificando los abusos cometidos por ninguno de esos regímenes, están perdiendo el punto: nadie los está acusando de eso. Los críticos del socialismo son perfectamente conscientes de que los socialistas actuales no tienen intención de reinstaurar campos de trabajo forzado, ejecuciones masivas, juicios espectáculo, confesiones forzadas, la Stasi o el Muro de Berlín. Pero ningún proyecto socialista comenzó con esa intención. Cuando los críticos del socialismo mencionan el carácter opresivo de los regímenes socialistas del pasado, la intención no es anotar puntos retóricos contra sus oponentes. La intención es llamar la atención sobre el hecho de que esos sistemas no fueron opresivos al azar. Todos fueron opresivos de maneras similares. Hay patrones de opresión reconocibles y recurrentes bajo los regímenes socialistas, y están íntimamente vinculados con la economía socialista.

Los hombres de paja que alguna vez estuvieron vivos

Si el socialismo ha resurgido, no es porque la gente haya 'olvidado' lo mal que estuvieron las cosas en los países del Pacto de Varsovia, en la China maoísta o en otros países socialistas. Es porque los socialistas han logrado distanciarse, con éxito, de esos ejemplos.

Los socialistas democráticos han sido tan eficaces en convencerse a sí mismos (y a otros) de que los ejemplos históricos de socialismo no tenían nada que ver con el verdadero socialismo, que suelen reaccionar con una irritación genuina cuando un adversario político menciona alguno de esos casos³⁶. Tienden a considerar la mención de esos ejemplos como una maniobra deshonesto o una muestra de simpleza intelectual (o ambas). Es decir, lo ven como un hombre de paja —un recurso retórico que los antisocialistas usan para golpear a los socialistas— o como la señal de que su oponente es incapaz de entender la diferencia entre una buena idea y una aplicación

³⁶ Una buena ilustración de ello es el intercambio epistolar entre el escritor James Bartholomew y su sobrino Sebastian Vella, publicado en la revista *The Spectator*. Bartholomew relata sus recuerdos de viaje por la Unión Soviética, la China anterior a la liberalización y la Rumania de Ceaușescu. Su sobrino, simpatizante del socialismo, no responde con una defensa de ninguno de esos ejemplos ni con una descripción idealizada de ellos. Más bien, reacciona sorprendido de que su tío siquiera lo mencione. Véanse: Letter to a young Corbynista, *The Spectator*, 24 de junio de 2017 (<https://www.spectator.co.uk/2017/06/letter-to-a-young-corbynista/>); A letter from a Corbynista, *The Spectator*, 1 de julio de 2017 (<https://www.spectator.co.uk/2017/07/a-letter-from-a-corbynista/>); y, como ejemplo adicional, *The Daily Politics Show*, BBC, 1 de noviembre de 2013 (<https://www.facebook.com/BBCPolitics/videos/758283277521866/>).

distorsionada.

Dado que más de dos docenas de intentos de construir una sociedad socialista han terminado en distintos grados de fracaso, insistir en que ninguno de ellos fue 'realmente' socialista es la única manera en que los socialistas contemporáneos pueden proteger su visión del mundo de ser refutada. Sin embargo, este libro mostrará que hay un defecto fundamental en la narrativa del no es socialismo real: el hecho de que normalmente solo se utiliza después de los hechos, es decir, cuando un experimento socialista ya ha sido ampliamente desacreditado.

Este libro demostrará que, mientras un experimento socialista está en su apogeo, sus credenciales socialistas rara vez se ponen en duda. Mientras el socialismo parece funcionar, siempre es 'socialismo real'. Solo cuando fracasa, y se convierte en una vergüenza para la causa socialista, se le reclasifica retroactivamente como irreal.

Este libro mostrará que prácticamente todos los experimentos socialistas de la historia —incluyendo, y de hecho especialmente, la Unión Soviética y la China maoísta— fueron, en algún momento, ampliamente aclamados por intelectuales occidentales destacados. Todos fueron presentados como ejemplos de 'socialismo real'. Hasta que dejaron de serlo, y retroactivamente pasaron a ser 'socialismo irreal'.

Con mayor precisión, este libro mostrará que, en cuanto a su recepción en los países occidentales, los experimentos socialistas suelen atravesar tres fases distintas.

1. El período de luna de miel

La primera etapa es una luna de miel durante la cual el experimento tiene, o al menos parece tener, algunos éxitos iniciales en ciertas áreas. En ese periodo, su prestigio internacional es relativamente alto. Incluso los antisocialistas conceden, aunque a regañadientes, que el país en cuestión tiene algo que mostrar.

Durante este período de luna de miel, casi nadie cuestiona el carácter socialista del experimento; prácticamente nadie sostiene que el país no sea 'realmente' socialista. Por el contrario: durante esta etapa, numerosos intelectuales occidentales lo abrazan con entusiasmo. Los autodenominados socialistas se apropian de él y lo exhiben como un ejemplo tangible de sus ideas en acción.

2. El período de las excusas y el 'y tú más'

Pero la luna de miel nunca dura para siempre. La suerte del país se acaba o sus fracasos —ya existentes— comienzan a conocerse más ampliamente en Occidente. Como resultado, su prestigio internacional se deteriora. Deja de ser un ejemplo que los socialistas oponen a sus críticos, para convertirse en un ejemplo que sus críticos esgrimen contra ellos.

Durante esta etapa, los intelectuales occidentales aún apoyan el experimento, pero su tono se vuelve iracundo y defensivo. El foco pasa de los supuestos logros del régimen a las supuestas malas intenciones de sus detractores. Comienza una búsqueda frenética de excusas, normalmente culpando a imaginarios 'saboteadores' o a conspiraciones indefinidas que habrían tratado de 'socavar' el proyecto. Abunda el whataboutery, es decir, el intento de desviar las críticas señalando otros males en otros lugares³⁷.

3. La etapa del "no era socialismo real"

Finalmente, siempre llega un punto en que el experimento queda ampliamente desacreditado y es visto como un fracaso por la mayoría de la opinión pública. Entonces, el experimento se convierte en una carga para la causa socialista y en un motivo de vergüenza para los socialistas occidentales.

Es en esta etapa cuando los intelectuales comienzan a poner en duda las credenciales socialistas del experimento y, lo más importante, lo hacen de manera retroactiva. Sostienen que el país nunca fue socialista en realidad y que sus líderes ni siquiera intentaron aplicar el socialismo. Este es el verdadero sentido del viejo dicho de que el 'socialismo real' nunca se ha intentado: el socialismo se redefine retroactivamente como 'irreal' cada vez que fracasa. Así, puede afirmarse que nunca se ha intentado, del mismo modo que, en 1984

³⁷ El término 'whataboutery' o 'whataboutism' se define, según el Oxford Dictionary, como 'la técnica o práctica de responder a una acusación o pregunta difícil mediante una contraacusación o desviando la atención hacia otro asunto'. En la práctica, suele implicar ambas cosas, ya que normalmente va acompañada de una acusación implícita de hipocresía. La forma más común del whataboutery socialista consiste en desviar la atención hacia el colonialismo occidental, las intervenciones de la política exterior de Estados Unidos o las relaciones de los países occidentales con dictadores no socialistas, entre otros temas. Con ello se sugiere, implícitamente, que los críticos del socialismo son indiferentes ante esos hechos o incluso los apoyan. Es una acusación extraña, porque ni siquiera es cierta en sus propios términos. Históricamente, algunos de los defensores más firmes del libre comercio —como la British Anti-Corn Law League— también se opusieron con igual convicción al militarismo y al colonialismo. Más recientemente, algunas de las críticas más efectivas a la política exterior de Estados Unidos han provenido de libertarios estadounidenses (por ejemplo, Bandow, 2006).

de Orwell, el gobierno de Oceanía siempre ha estado en guerra con Asia Oriental.

No se trata de un proceso consciente, y mucho menos de una conspiración organizada. No existe un organismo de normas industriales que otorgue un certificado de autenticidad de 'socialismo real' y luego lo retire retroactivamente. Los socialistas no celebran conferencias clandestinas en escondites secretos; simplemente dejan de hablar del asunto y pasan a la siguiente causa.

Con el tiempo, la afirmación de que aquel país nunca fue 'realmente' socialista termina por convertirse en la sabiduría convencional. Como solo los críticos del socialismo siguen refiriéndose a ese ejemplo, mientras los propios socialistas ya lo han borrado de su memoria, resulta fácil tener la impresión de que se trata de un simple argumento de hombre de paja.

Este libro demostrará que esos supuestos 'hombres de paja' alguna vez estuvieron muy vivos. No fueron construcciones imaginarias, sino utopías que existieron de verdad, y que acabaron convertidas en los sueños fracasados de otro tiempo.

2. LA UNIÓN SOVIÉTICA BAJO STALIN: "TODA UNA NACIÓN MARCHABA TRAS UNA VISIÓN"

El socialismo soviético

Según la teoría marxista, la revolución socialista debía comenzar en los lugares donde el capitalismo estuviera más desarrollado. En 1917, el Imperio ruso, una economía semifeudal y predominantemente agraria, era uno de los candidatos menos probables. Trotsky (1936, cap. 3) escribió:

Marx esperaba que el francés iniciara la revolución social, que el alemán la continuara, que el inglés la concluyera; y, en cuanto al ruso, Marx lo dejó muy atrás. [...] Rusia no era el eslabón más fuerte, sino el más débil de la cadena del capitalismo.

La Rusia zarista apenas contaba con una clase obrera, en parte porque la política económica del zarismo restringía los movimientos del campo hacia la industria, ralentizando artificialmente el ritmo de industrialización y urbanización (Cheremukhin, 2013: 3–7). La posición dominante de los cárteles respaldados por el gobierno y los altos niveles de proteccionismo frenaban aún más el desarrollo industrial.

Políticamente, antes de la Primera Guerra Mundial, los bolcheviques eran un grupo marginal, sin esperanza seria de llegar al poder. El caos y la miseria provocados por la guerra prepararon el terreno para la llamada Revolución de Febrero de 1917, de carácter 'burgués'. Los revolucionarios de febrero lograron derrocar al sistema zarista, pero no pudieron reemplazarlo con un gobierno estable. Ocho meses más tarde, los bolcheviques aprovecharon esa debilidad para organizar su propia revolución posterior.

Los intentos iniciales de construir una economía socialista en medio de la guerra civil resultaron desastrosos, provocando el colapso de la producción industrial y la hambruna de 1921–1922. Por ello, los bolcheviques suspendieron temporalmente la transformación socialista y, bajo el nombre de 'Nueva Política Económica' (NEP), permitieron nuevamente una limitada actividad de mercado. Una vez la economía recuperó los niveles previos a la guerra, la NEP fue abandonada, y con el inicio del primer Plan Quinquenal en 1928, el proyecto de transformación socialista se reanudó (ibid.: 8).

La toma del control estatal sobre los sectores estratégicos de la economía permitió una reasignación forzosa de los factores de producción: del campo a la industria, de las zonas rurales a las urbanas y de los bienes de consumo a los bienes de capital. Los niveles de vida cayeron drásticamente. La hambruna soviética de 1932–1933 fue causada, inicialmente, por la colectivización forzosa de la agricultura, que desorganizó por completo los patrones de producción agraria. Sin embargo, se agravó, aún más, por la decisión del gobierno de exportar grandes cantidades de grano, incluso en el momento más álgido la hambruna, con el fin de importar maquinaria industrial (véase Udy, 2017: 435–436).

El experimento soviético degeneró rápidamente en una tiranía asesina. Según una estimación basada, principalmente, en archivos soviéticos, cobró la vida de unos 20 millones de personas (Courtois, 1999: 4), en especial a causa de hambrunas evitables, ejecuciones masivas y las terribles condiciones de los campos de trabajo forza-

do. Este descenso a la tiranía comenzó muy pronto. Como explica Udy (2017: 5):

Aunque el Gulag [...] recibe su nombre del organismo administrativo creado por Stalin en 1930, sus cimientos se establecieron en los primeros días de la Revolución. [...] Para septiembre de 1918, el proceso de creación de campos de trabajo para internar a contrarrevolucionarios estaba ya muy avanzado [...] Para octubre de 1923 existían más de 350 campos [...] que albergaban alrededor de 70.000 prisioneros.

Gracias a los testimonios de refugiados rusos, todo esto era también bien conocido —o al menos perfectamente conocible— en Occidente. Ramsay MacDonald, futuro primer ministro británico, fue uno de los primeros simpatizantes de la Revolución rusa, a la que describió en su libro *Parliament in Revolution* (1919) como 'uno de los acontecimientos más grandes de la historia del mundo' (citado en Udy, 2017: 76). Incluso en aquellos primeros años, MacDonald se sintió obligado a mencionar algunas de las atrocidades cometidas por el régimen, aunque solo fuera para descartarlas rápidamente (citado en *ibid.*: 77):

Dejo de lado el Terror y sucesos similares, no solo porque la mayoría de ellos son meras invenciones [...] Además, Lenin los aborrece [...] Sabemos que algunos de esos recursos han sido puramente temporales [...] Para ellos puede hacerse una excusa comprensible, que en las circunstancias equivale a una justificación: que pertenecen a la tensión propia de la revolución.

Aunque atribuye esas atrocidades a factores externos, MacDonald menciona expresamente "las caóticas etapas de 'dictadura' de la revolución [...] el Terror Rojo, [...] los tribunales revolucionarios, [...] y la ejecución de opositores políticos" (*ibid.*).

Esto sugiere que ya en 1919, un observador razonablemente bien informado podía saber lo que estaba ocurriendo, y que negarlo requería cierto esfuerzo deliberado.

Una década más tarde, esto era aún más evidente. Udy explica (*ibid.*: 529):

Los excesos eran ampliamente conocidos; simplemente, muchos en la izquierda se negaban a aceptarlos. Más de un millón de personas se habían unido en oraciones por los perseguidos en 1930. Cincuenta mil asistieron a un servicio

especial en la plaza de San Pedro. [...] Los informes del Foreign Office sobre la opresión y la brutalidad soviéticas fueron frecuentes durante todos los años entre 1917 y 1929.

Sin embargo, las décadas de 1930 y 1940 fueron también un periodo de rápida industrialización y modernización, que contrastó, favorablemente, con la Gran Depresión en Occidente. Fue en esa época cuando la Unión Soviética ascendió al rango de superpotencia mundial. Incluso sus críticos más feroces reconocían que se había convertido en una fuerza con la que había que contar. En términos de prestigio internacional, este fue el periodo de luna de miel de la Unión Soviética.

Durante esa etapa, la Unión Soviética fue ampliamente admirada por intelectuales occidentales. Como documenta Paul Hollander (1990) en su libro *Political Pilgrims: Travels of Western Intellectuals to the Soviet Union, China, and Cuba 1928–1979*, miles de simpatizantes occidentales peregrinaron a la URSS y regresaron llenos de elogios. En aquel momento, afirmar que el estalinismo no constituía un 'socialismo real' habría parecido una idea completamente absurda.

Los peregrinos de Stalin

Como cofundadores de la London School of Economics, de la Sociedad Fabiana y de la revista *New Statesman*, Sidney y Beatrice Webb fueron, sin duda, dos de las figuras más destacadas de la izquierda británica de su tiempo. También fueron devotos estalinistas. Hoy, el *New Statesman* reconoce abiertamente este legado:

El régimen de Stalin fue elogiado por los Webb [...] tras sus visitas a la URSS, de las cuales regresaron desbordantes de entusiasmo. En esto no fueron una excepción. Durante la década de 1930 [...] oleadas de simpatizantes occidentales viajaron a la Unión Soviética y regresaron convencidos de que encarnaba las mejores esperanzas de la humanidad para el futuro. [...]

Los grupos de escritores y periodistas bien pensants, profesores liberales y académicos, aristócratas y empresarios radicales que acudieron en masa a la Unión Soviética —y más tarde a la China de Mao— [...] creían que solo una minoría pensante —ellos mismos— podía ver los contornos de un futuro mejor.³⁸

³⁸ Fellow-travellers and useful idiots, *New Statesman*, 8 de mayo de 2017 (<http://www.newstatesman.com/politics/uk/2017/05/fellow-travellers-and-useful-idiots>).

¿Qué atrajo a los Webb de la Unión Soviética? En su ensayo *¿Es la Rusia soviética una democracia?*, Sidney Webb describió a la URSS como una auténtica democracia de base, dirigida por los trabajadores y para los trabajadores (Webb, 1933: 533–536):

Todos los representantes electos en la U.R.S.S. [...] comparecen habitualmente ante sus electores en reuniones abiertas cada pocas semanas [...] para ofrecer una explicación de las gestiones en las que han estado ocupados, responder a todas las preguntas que se les dirijan y escuchar las quejas sobre todo tipo de asuntos que los electores expresan libremente. Así, en literalmente cientos de miles de pequeñas reuniones públicas, se desarrolla [...] un debate casi incesante sobre los asuntos públicos, sin paralelo en otros países [...]

Podemos quizá resumir la Constitución de la U.R.S.S. subrayando su confianza en la participación más amplia posible de toda la población adulta en los asuntos públicos, lo que incluye el control planificado de todo el entorno social [...] El poder emana realmente del pueblo, como insistía Lenin: 'Todo el poder a los soviets'.

Webb rechazaba enfáticamente la idea de que la URSS fuera una dictadura de partido único. Según él, el Partido Comunista no ejercía ningún poder, sino que, simplemente, ofrecía orientación moral. Era, en sus palabras (ibid.: 535–536):

el poder espiritual del Estado, que señala siempre lo que debe hacerse, en los grandes asuntos y en los pequeños, pero que no ejerce ninguna autoridad salvo la de la persuasión [...] un poder espiritual, separado pero influyente sobre las autoridades legislativas y ejecutivas.

Tampoco aceptaba que Stalin fuera un dictador. A su juicio, Stalin era tan solo un funcionario del partido, sin poderes legislativos ni ejecutivos (ibid.: 535):

[El camarada Stalin] es simplemente el Secretario General del Partido Comunista [...] Sus órdenes no son ley [...] No las hacen cumplir ni la policía ni los tribunales. Los comisarios [...] deben procurar ejecutarlas, pero solo pueden hacerlo persuadiendo a quienes están realmente involucrados para que las lleven a cabo. Ni siquiera las decisiones del 'camarada

rada Stalin' son mandatos autocráticos suyos. No es ese tipo de hombre.

Si su influencia excedía lo que preveía la letra de la Constitución soviética, Webb lo atribuía simplemente a su capacidad personal de persuasión: "Es [...] extraordinariamente hábil para influir, con preguntas sutiles e intervenciones persuasivas, en las conclusiones a las que llegan los comités" (ibid.).

Unos años más tarde, en ¿Es el comunismo soviético una nueva civilización?, los Webb describieron la economía soviética como una economía caracterizada por una armonía social casi perfecta, en la que las personas cooperaban unidas por el bien común (Webb y Webb, 1936: 8–10):

No existe ya ningún conflicto de intereses en la producción. [...] Ninguna ganancia individual se fundamenta en la pérdida de otro. [...] Hay un incentivo universal y constante para que cada productor [...] mejore sus aptitudes y preste el máximo servicio posible [...]

De ahí el celo entusiasta y la devoción de las 'brigadas de choque' [...] que trabajan más de lo habitual [...] De ahí el servicio voluntario de los 'sabatinos' [...] que renuncian a su tiempo libre para ponerse al día en cualquier empresa rezagada. De ahí las 'competencias socialistas' [...] Surge del mismo espíritu de unidad el que el equipo vencedor de esas competencias considere un deber de honor acudir inmediatamente en ayuda del equipo perdedor, para enseñarle cómo mejorar su producción [...]

Cada [empresa] se muestra ansiosa por ayudar a todas las demás [...] a alcanzar el mayor producto posible, porque es el producto neto agregado de todas las empresas de la URSS el que financia [...] todos los servicios sociales.

Según los Webb, esa armonía económica irradiaba a toda la sociedad (ibid.: 11):

[E]l principio de igualdad social va mucho más lejos [...] Se extiende, de una manera y en un grado desconocidos en otros lugares, a las relaciones entre los sexos [...] Los esposos y esposas, padres e hijos, maestros y alumnos, [...] administradores y mecanógrafas, e incluso los oficiales del ejército y la tropa, viven en una atmósfera de igualdad social y de ausencia de servilismo [...] que no tiene parangón en

ninguna otra parte.

Los Gulags no se mencionan, aunque la paranoia sobre los 'saboteadores' es aludida de forma vaga. En la versión de los Webb, sin embargo, el 'sabotaje' se afronta mediante la presión moral y el reproche colectivo (ibid.: 22):

Toda persona que descuide o rehúse pagar esta deuda, contribuyendo según su capacidad a satisfacer las necesidades de las generaciones presentes o futuras, es considerada un ladrón y será tratada como tal. Al principio se enfrentará, en todo momento y lugar, con la manifiesta desaprobación de sus compañeros. Si su pereza o negligencia persisten [...] puede ser aislado para recibir un tratamiento correctivo apropiado. Pero [...] la prevención es mejor que la cura. Se considera que fomentar buenos hábitos es aún más eficaz para producir una conducta virtuosa que desalentar los malos.

Tampoco se mencionan las hambrunas, salvo una alusión velada (ibid.: 29):

Sobre el completo éxito de la agricultura colectivizada y mecanizada puede que aún haya, en ciertos sectores, alguna duda. Pero [...] las dificultades iniciales de esta gigantesca transformación han sido superadas.

El sistema de gobierno soviético se presenta como una forma más auténtica y más profunda de democracia (ibid.: 13–14):

Es imposible enumerar todos los canales, y sería difícil exagerar el grado de participación del electorado soviético en los asuntos públicos [...] [E]l electorado universal de la URSS hace mucho más que elegir. En sus reuniones incansantes debate y aprueba resoluciones por centenares de miles, en las cuales expresa sus deseos sobre los grandes y pequeños asuntos [...] En cada aldea, como en cada ciudad, una gran parte del trabajo detallado de la administración pública lo realizan, no [...] funcionarios remunerados [...] sino un número mucho mayor de los propios habitantes adultos.

Todas estas características se contrastan favorablemente con el Occidente capitalista (ibid.: 24):

Las características del comunismo soviético [...] exhiben [...]

una unidad definida, en marcado contraste con la desunión de la civilización occidental. El código de conducta basado en el servicio a la comunidad en igualdad social, y en el máximo desarrollo de la salud y las capacidades de cada individuo, está en armonía con la exclusión de la explotación y del afán de lucro, y con la planificación deliberada de la producción para el consumo comunitario; mientras que todo esto concuerda plenamente con esa participación universal en una administración multiforme que caracteriza al sistema soviético.

Los peregrinos, por supuesto, no eran un grupo homogéneo. Personas distintas admiraban aspectos distintos del sistema soviético. Pero hay algunos hilos comunes, repetidos por muchos de sus admiradores. La caracterización que hacían los Webb de la economía soviética como una economía plenamente democratizada, dirigida colectivamente por todos los trabajadores, es uno de ellos. Joseph Freeman, escritor y editor estadounidense, señaló (citado en Hollander 1990: 115):

Todos actuaban como si el bien general fuera su propio bien, como si sus dificultades personales pudieran resolverse venciendo las dificultades comunes. [...] En Estados Unidos, [...] el trabajador [...] no tenía una voz real en la gestión de la economía nacional [...] Aquí el 'hombre común' se sentía dueño de todo.

Waldo Frank, historiador, novelista y crítico literario estadounidense, describió así su visita a una fábrica soviética (ibid.: 109):

Aquí hay trabajadores felices, porque son hombres y mujeres plenos. [...] El sueño, el pensamiento, el amor colaboran en la tediosa tarea de fabricar piezas eléctricas, porque estos obreros no trabajan para un patrón —ni siquiera para ganarse la vida.

Alexander Wicksteed, escritor inglés y autor de *Ten Years in Soviet Moscow*, sostuvo (ibid.: 115):

Por primera vez en la historia, el hombre común siente que el país le pertenece a él y no a una clase privilegiada que es su dueña. [...] [E]n el plano económico, el ideal marxista de una sociedad sin clases quizá siga siendo cosa del futuro, pero en el plano social se ha realizado en una medida ex-

traordinariamente reconfortante para cualquier inglés con aspiraciones democráticas.

Corliss Lamont, filósofo estadounidense y director de la American Civil Liberties Union (ACLU), describió su impresión sobre las obras de vivienda soviéticas (ibid.: 139):

Esos obreros allá arriba, mal vestidos, sin saco ni cuello — carentes de la mayoría de las cualidades superficiales de la sociedad capitalista—, esos obreros, y hombres como ellos, son quienes dirigen la nueva Rusia.

Herbert Dyson Carter, escritor y científico canadiense, y futuro presidente de la Canadian–Soviet Friendship Society, habló en términos similares de la agricultura soviética (ibid.: 139):

El campesino soviético se esfuerza, constantemente, por aumentar el rendimiento de los cultivos [...] y la producción lechera [...] sin el menor miramiento por los precios de mercado [...] Su preocupación es elevar la producción agrícola para que siempre haya más alimentos disponibles.

Louis Fischer, periodista y escritor estadounidense, resumió así su impresión de la economía soviética: "Toda la Unión Soviética se sentía inspirada ante este espectáculo de creación y autosacrificio [...] Toda una nación marchaba tras una visión" (ibid.: 137).

En la misma línea, Joseph Freeman escribió (ibid.: 132):

Por primera vez vi el más grande de los sueños humanos tomando forma de realidad. Hombres, mujeres y niños unían sus esfuerzos en un gigantesco caudal de energía dirigido a destruir los males de la vida, a crear lo que fuera sano y bueno para todos.

A muchos peregrinos también les sedujo la aparente igualdad de las condiciones materiales. La igualdad hacía que la pobreza resultara tolerable, incluso romántica. Theodore Dreiser, periodista y novelista estadounidense, escribió (ibid.: 111):

Verás a miles comparativamente mal vestidos por cada diez —como mucho cien— bien vestidos. Y, aun así, en términos generales, hay una sensación de bienestar —nada de esa

persistente sensación de pobreza [...] que tanto angustiaba en Europa occidental y Estados Unidos. Eso aquí no se encuentra. Y, sin embargo, en Moscú hay pobreza. Hay mendigos en las calles. [...] ¡Pero, Señor, qué pintorescos! ¡Qué harapos multicolores y voluminosos!.

Ese mismo sentimiento lo repitió Eugene Lyons, periodista estadounidense y corresponsal en Moscú de United Press: "En cualquier otro lugar, la sordidez podría deprimir. Aquí nos pareció románticamente proletaria" (ibid.: 108).

Al menos estos autores reconocían la existencia de pobreza. Otros la negaban de plano; la negación de la hambruna, en particular, se convirtió en una forma de señalar credenciales socialistas. El dramaturgo irlandés-británico, George Bernard Shaw, visitó la URSS durante las hambrunas, viajando en tren por Polonia. Para hacer un gesto, arrojó por la ventana sus provisiones de comida justo antes de cruzar la frontera polaco-soviética (Hollander 1990: 118). Durante un almuerzo en un restaurante de lujo, otro visitante occidental lo confrontó. Shaw señaló las demás mesas y preguntó: "¿Dónde ve usted escasez de comida?" (ibid.).

Julian Huxley, primer presidente de la British Humanist Association, miembro fundador del World Wildlife Fund y luego primer director de la UNESCO, también afirmó que "se llevó la impresión de una población nada desnutrida y con un nivel de complejión y salud general más elevado que el observado en Inglaterra" (ibid.: 118).

Incluso las prisiones y los Gulags despertaron la admiración de muchos peregrinos (ibid.: 140–160). Se presentaban como lugares de rehabilitación, no de castigo, donde los reclusos podían dedicarse a actividades útiles, mientras reflexionaban sobre sus errores. Los peregrinos veían las prisiones y los Gulags soviéticos como un fenómeno transitorio. A su juicio, el crimen no se cometía por motivos viles, sino como respuesta a la injusticia social. Dado que bajo el socialismo la injusticia social ya no existía, el crimen no era sino una resaca del periodo anterior al socialismo, destinada a desaparecer.

Anna Louise Strong, escritora y periodista estadounidense, escribió que "los campos de trabajo han ganado un gran prestigio en toda la Unión Soviética como lugares donde decenas de miles de hombres han sido rehabilitados" (ibid.: 145).

Sobre el mismo tema, Mary Stevenson Callcott, autora de *Russian Justice*, sostuvo que "las autoridades buscan emplear un trabajo que sea constructivo para el carácter y útil económicamente, y no aquel que, cuando se utiliza como castigo, trae indignidad y resentimiento" (ibid.: 146). Al describir su impresión de uno de los campos que visitó, Callcott dijo: "Nunca pude comprender qué mantenía a los hombres en ese campo si no era su voluntad de permanecer allí. Ningún convicto que yo haya conocido tendría dificultad alguna si quisiera escaparse" (ibid.: 146). Y en una prisión que visitó, los reclusos (ibid.: 148):

conversaban y reían mientras trabajaban, evidentemente disfrutando. Fue el primer atisbo del ambiente informal que reinaba en todas partes y que nos hizo mirar con cierta estupefacción [...] Era difícil creer que aquello fuera realmente una prisión.

Según la descripción de George Bernard Shaw, estar encarcelado en la URSS era una experiencia tan agradable que costaba convencer a los internos de que se marcharan:

En Inglaterra, un delincuente entra como un hombre común y sale convertido en un 'criminal', mientras que en Rusia entra [...] como un criminal y saldría como un hombre común si no fuera por la dificultad de persuadirlos de salir. Por lo que pude ver, podían quedarse cuanto quisieran.

Un rasgo persistente del sistema soviético fue la obsesión con 'saboteadores' y 'destructores'. Dado que la responsabilidad por los fracasos económicos nunca podía recaer en el propio sistema socialista, cada vez que las cosas salían mal había que buscar chivos expiatorios. Ello condujo a cacerías de brujas permanentes, detenciones masivas y ejecuciones masivas con cargos fabricados. Para los defensores de la URSS, sin embargo, resultaba inconcebible que el sistema de justicia soviético ejecutara personas al azar, así que los cargos por 'sabotaje' debían de ser genuinos.

Una buena ilustración es la reacción occidental al juicio de Metropolitan-Vickers en 1933. Metropolitan-Vickers era una empresa británica de ingeniería contratada por el gobierno soviético para realizar un proyecto en Moscú. Algunos de sus ingenieros fueron detenidos por cargos de 'destrucción' y 'sabotaje', y forzados, bajo tortura, a firmar 'confesiones' prefabricadas. Como eran ciudadanos británicos, el Parlamento del Reino Unido tuvo que debatir el asunto.

El diputado por Tavistock, Colin Patrick, que había trabajado en la embajada británica en Moscú, describió sus observaciones sobre las prácticas soviéticas (citado en Udy 2017: 445–446):

Una vez obtenido el número necesario de prisioneros y decidido el plan de acción, el siguiente paso es conseguir las pruebas [...] En la mayoría de los casos, los acusados han sido seleccionados entre los restos de la burguesía anterior a la guerra. [...] [P]arece que el suministro de burgueses se está agotando y [...] el Proletariado se ve cada vez más implicado. El cargo es casi siempre el de destrucción y sabotaje. Hay que estar allí para darse cuenta de lo absolutamente irreal que puede ser ese cargo. En todos esos numerosos juicios estoy convencido de que muy raramente ha habido una sola condena que se basara realmente en hechos.

No obstante, varios diputados tomaron partido por el gobierno soviético. El diputado por Glasgow Bridgeton, James Maxton, replicó a Patrick (ibid.: 446):

El honorable parlamentario por Tavistock ha dado una indicación muy clara de cómo sus prejuicios lo llevan a mirar a la Rusia soviética [...] [N]o era plenamente consciente de la cantidad de prejuicio que se manifestaba en sus palabras. Hablo aquí como alguien que ha estado muy deseoso —y lo está ahora— de que el gran experimento del pueblo ruso sea un éxito completo, pero [...] en esta Cámara hay mucha gente muy ansiosa de que el experimento ruso fracase.

Aneurin Bevan, futuro ministro de Sanidad y de Trabajo, dijo (ibid.: 447–448):

Una persona así no tiene derecho a quejarse del funcionamiento de las leyes de un Estado extranjero [...] [U]n inglés que entra en un país extranjero acepta la autoridad de su legislación [...] y se somete a todas las incomodidades consiguientes.

No creo al ministro de Asuntos Exteriores cuando dice a la Cámara que el propósito [...] es buscar justicia para estos ingleses. Creo que su propósito es más amplio y más siniestro [...]

[E]l ministro de Asuntos Exteriores y sus seguidores chovinistas y jingóistas [...] durante años han buscado una oportunidad para declarar la guerra a la única nación que, pese a todas las dificultades, sigue demostrando que es posible

tener un orden mundial en el que la gente viva con más seguridad que aquí’.

Sir Stafford Cripps, futuro Canciller de Hacienda y ministro de Asuntos Económicos, afirmó (ibid.: 443):

Si el sistema ruso es un sistema de justicia, lo cual doy por hecho, y si existe un delito cuya pena es la muerte, entonces el culpable de ese delito debe ser ejecutado, del mismo modo que un ruso en este país, si cometiera un asesinato, sería ahorcado.

Algunos partidarios del estalinismo eran menos ingenuos y estaban menos cegados. Utilizaban un lenguaje de ‘duras concesiones’ en lugar de uno utópico de edenes y arcoíris; reconocían las atrocidades, pero las justificaban como necesarias para un bien mayor. Harold Laski, teórico y economista político británico, además de presidente del Partido Laborista en la inmediata posguerra, sí calificó al sistema soviético como una dictadura de partido único (Laski 1946: 58–59). Pero consideraba que el autoritarismo soviético era explicable —y excusable— por las circunstancias especiales del país. Y creía que una economía socialista, incluso en ausencia de libertades ‘formales’, otorgaba a la gente común una libertad y un control sobre sus vidas mayores que otros sistemas (ibid.: 49–51):

La expropiación del terrateniente y del capitalista [...] ha hecho posible poner fin a la dependencia social respecto del afán de lucro como estímulo del esfuerzo productivo. El resultado de esta libertad ha sido, incuestionablemente, una inmensa ventaja social. Ha significado que, en la planificación del esfuerzo productivo, la atención pueda concentrarse no en la demanda efectiva, sino en la necesidad social. [...] [E]n el estrecho ámbito económico, existe una base más genuina de libertad económica para las masas que la que han disfrutado en otros lugares. [...] [E]xiste esta sensación extendida [...] de que millones, en cada fábrica y sector, ayudan a construir las condiciones bajo las que viven, [...] hay comienzos efectivos de gobierno constitucional en la industria. Las reglas de una empresa no se hacen a discreción de un empleador que la posee [...] Las reglas son genuinamente el resultado de una discusión real en la que participan trabajadores y dirección. Y la ausencia del motivo de lucro [...] da a los hombres una sensación de

libertad porque encuentran reflejada su propia voluntad'.

Laski también creía que los avances sociales compensaban, con creces, la falta de libertades 'burguesas' (ibid.: 46–47):

El sentimiento de amplios horizontes que se abren a una población antes confinada a perspectivas estrechas de oportunidad, necesariamente evoca lo mejor del espíritu de un pueblo. [...] [E]sto ha ocurrido a una escala inmensa en la Unión Soviética [...] La magnitud, por ejemplo, de la organización educativa ha dado a millones [...] una capacidad para hacerse oír, una habilidad para explicar las necesidades que tienen, que es de la esencia de la libertad. [...] Ese logro educativo ha ido de la mano con importantes logros en otras esferas sociales.

G. D. H. Cole, presidente y luego presidente honorario de la Sociedad Fabiana, y profesor de Teoría Social y Política en Oxford, adoptó una postura similar (citado en Udy 2017: 508):

Los críticos de las instituciones rusas [...] insisten mucho en la supuesta supresión de la libertad en Rusia [...] Pero, aunque el sistema soviético, en su funcionamiento actual, sin duda restringe seriamente la libertad individual en ciertas direcciones [...] ha producido, en otras, una extensión enorme de las libertades de la gran masa del pueblo ruso. Los observadores que regresan de Rusia, salvo que estén demasiado prejuiciados para ver lo que ven, informan casi todos de que existe entre el pueblo ruso [...] un sentimiento de libertad de autoexpresión completamente desconocido entre las masas en cualquier país capitalista.

A comienzos de los años cuarenta, la ocupación soviética de la parte oriental de Polonia y de los países bálticos, así como el intento de invasión de Finlandia, enfriaron, en parte, la 'estalinmanía'. Cole, sin embargo, consideraba el expansionismo soviético como una fuerza para el bien. En 1942 escribió (citado en Udy 2017: 513–514):

Jamás he permitido que mi disgusto por mucho de lo que Stalin ha hecho me ciegue ante el hecho de que la URSS sigue siendo fundamentalmente socialista, ni ante que la forma soviética de revolución y de gobierno quizá sea la única capaz de limpiar a fondo los establos de la Europa oriental y meridional [...] Preferiría con mucho ver a la Unión

Soviética, aun sin cambiar su política, dominante en toda Europa, incluida Gran Bretaña, antes que [...] restaurar [...] la dominación capitalista. Es mucho mejor ser gobernados por Stalin que por [...] el capitalismo occidental. [...] Estoy plenamente convencido de que lo que más importa es erradicar el sistema de clases, aunque [...] las libertades [...] sufran graves daños en el proceso.

El escritor y periodista estadounidense Upton Sinclair empleó un lenguaje parecido de 'duras concesiones' al hablar de la colectivización forzada de la agricultura (ibid.: 162):

Expulsaron a los campesinos ricos de la tierra y los enviaron, en masa, a trabajar en los aserraderos y ferrocarriles. Quizá costó un millón de vidas —quizá cinco millones—, pero no puede pensarse inteligentemente en ello sin preguntarse cuántos millones habría costado si no se hubieran hecho los cambios [...] Nunca ha habido en la historia humana un gran cambio social sin asesinatos.

Quizás el representante más célebre de esta postura dura, pero considerada necesaria, sea Walter Duranty, jefe de la corresponsalía en Moscú de The New York Times entre 1922 y 1936. Sobre las hambrunas, Duranty escribió:

Es totalmente cierto que la novedad y la mala gestión de la agricultura colectiva, sumadas a la eficiente conspiración de Feodor M. Konar y sus asociados en los comisariados agrícolas —supuestos "saboteadores" que acababan de ser ejecutados—, provocaron un desastre en la producción alimentaria soviética. Pero —dicho con crudeza— no se puede hacer una tortilla sin romper algunos huevos, y los líderes bolcheviques muestran la misma indiferencia ante las víctimas que puedan surgir en su cruzada por la socialización que cualquier general durante la Gran Guerra al ordenar un ataque costoso³⁹.

39 'Russians hungry, but not starving', New York Times, 31 de marzo de 1933 (<http://www.nytimes.com/2003/10/26/weekinreview/word-for-word-soft-touch-our-man-moscow-praise-stalinist-future.html>).

Sobre el tema de las libertades individuales, Duranty afirmó: Stalin está dando al pueblo ruso —a las masas rusas, [...] a los 150.000.000 campesinos y obreros— lo que realmente quieren: esfuerzos conjuntos, esfuerzo comunitario. Y la vida comunitaria les resulta tan aceptable a ellos como repugnante a un occidental. [...] El bolchevismo ruso [...] les cuadra a los rusos y es [...] familiar, natural y correcto para la mente rusa.⁴⁰

Duranty veía a Lenin y a Stalin como hombres de acción que sabían que crear una sociedad sin clases no era como un paseo por el parque:

Marx teorizó sobre "la eliminación de las distinciones de clase" en su utopía proletaria, pero el leninismo y el estalinismo mostraron lo que esas palabras significan en la práctica. [...] La vieja clase dirigente —realeza, nobles, generales y funcionarios [...]— ya ha desaparecido. [...] [L]o que le está ocurriendo ahora a los kulaks conduce al mismo resultado [...]

La 'liquidación del kulak como clase' reza el lema actual, cuyo significado, en términos reales, es que 5.000.000 de seres humanos [...] han de ser desposeídos, dispersados, demolidos, literalmente fundidos o 'liquidados' en el creciente torrente de proletarios sin clase.

He aquí, cuando uno va al fondo, la justificación suprema, desde la perspectiva bolchevique, de la presión cruel y a menudo sangrienta sobre [...] los enemigos de clase, desde el zar hasta el kulak. Donde el marxismo teorizó, Stalin actúa. El marxismo dice: 'Eliminad las distinciones de clase', y el estalinismo lo hace por el proceso simple y eficaz de la destrucción [...] Es la verdad —sistema de hormiguero, moral de hormiguero—: cada uno para todos y todos para cada uno, no cada uno para sí y que el diablo se lleve al rezagado'.⁴¹

Esa fue también, en esencia, la postura del historiador británico, Eric Hobsbawm. En una entrevista en 1995, le preguntaron por su compromiso con el socialismo y la Unión Soviética en su juventud (en época estalinista):

[Entrevistador:] 'Entonces, ¿está diciendo que tal era su

40 Stalinism dominates Russia of today, New York Times, 14 June 1931.

41 'Stalinism smashes foes in Marx's name', New York Times, 24 de junio de 1931 (http://www.garethjones.org/soviet_articles/duranty_1931_8.htm).

compromiso y su dedicación que, si existía la posibilidad de lograr esa utopía comunista que era su sueño, valía cualquier clase de sacrificio?’

[Hobsbawm:] ‘Sí, creo que sí.’

[Entrevistador:] ‘¿Incluso el sacrificio de millones de vidas?’

[Hobsbawm:] ‘Bueno, eso fue lo que sentimos cuando luchamos la Segunda Guerra Mundial, ¿no?’⁴²

El libro de Hollander contiene una extensa discusión sobre las técnicas de autoengaño psicológico que empleaban los peregrinos para ver lo que querían ver y pasar por alto u omitir lo que no querían ver. Profundizar en ellas rebasa el alcance de este libro, pero baste con esto: la posibilidad de que los peregrinos fueran ingenuos simplemente engañados por la propaganda soviética puede descartarse con seguridad. Los hechos básicos eran conocidos en Occidente, aunque no siempre en su plena magnitud. Negarlos exigía un esfuerzo mental deliberado.

La década de 1930 fue el apogeo del entusiasmo de los intelectuales occidentales por la Unión Soviética. No terminó por un único acontecimiento, sino que se fue desvaneciendo por etapas, a medida que las acciones soviéticas posteriores hacían cada vez más difícil racionalizar la conducta del régimen. La invasión soviética de la parte oriental de Polonia, de los países bálticos y la tentativa de invasión de Finlandia marcaron el fin del periodo más entusiasta. Pero el apoyo al estalinismo aún no había desaparecido del todo. A mediados de los años cuarenta, George Orwell todavía tuvo dificultades para encontrar editor para *Animal Farm* (Rebelión en la granja), porque el mensaje antiestalinista del libro seguía considerándose polémico. Justo después de la muerte de Stalin, en 1953, William Gallacher, que había sido diputado por West Fife hasta tres años antes, escribió (Gallacher 1953):

El pueblo de la Unión Soviética, las fuerzas progresistas y el Movimiento por la Paz en todo el mundo han sufrido una pérdida irreparable con la muerte de nuestro gran y muy querido camarada José Stalin. [...]

Él elaboró la estrategia que destruyó para siempre las esperanzas de los contrarrevolucionarios y de sus partidarios imperialistas. [...] A partir de eso se forjó la leyenda de que era ‘tosco’ y ‘despiadado’. [...] Si hubiera sido un ‘intelectual’

42 ‘Professor Eric Hobsbawm’, BBC Radio 4, 10 de marzo de 1995 (<http://www.bbc.co.uk/programmes/p0093ps>). Hobsbawm rememora en esta entrevista lo que pensaba en aquella época, cuando Stalin aún vivía. No refleja necesariamente lo que pensaba en 1995.

pequeñoburgués, habría perdido la revolución y ganado los elogios de los enemigos de los trabajadores. Pero salvar la revolución —eso fue 'tosco', 'despiadado'. [...]

[P]or años, su sabia guía ha conducido al pueblo soviético por el camino de Lenin hacia una vida feliz y gozosa [...] que solo el comunismo puede dar. [...]

Con su obra concluida, [...] el pueblo soviético, todavía bajo su sabia guía, seguirá adelante, resuelto como él era resuelto, hacia la nueva sociedad, verdaderamente libre, de Marx y Engels, de Lenin y de Stalin.

Bertolt Brecht, poeta, dramaturgo y director teatral alemán, añadió:

Los oprimidos de los cinco continentes, quienes ya se han liberado y todos los que luchan por la paz mundial —su latido debió detenerse un instante al enterarse de la muerte de Stalin. Él era la encarnación de su esperanza. Pero las armas intelectuales y físicas que construyó siguen ahí, y también el credo para producir nuevas⁴³.

Paul Robeson, músico y activista político estadounidense, llegó aún más lejos (citado en Udy 2017: 526):

Aquí hubo alguien sabio y bueno —el mundo, y en especial el mundo socialista, fue realmente afortunado de contar con su guía diaria. [...] [D]ecenas de millones [...] han cantado —cantan ahora y cantarán— su alabanza —en canción y en historia. [...] Gloria a Stalin. Por siempre su nombre será honrado y querido en todas las tierras. [...] Deja a decenas de millones en todo el orbe inclinados por la pena lacerante. Inspirados por su noble ejemplo, alcemos lentamente la cabeza, pero con orgullo, y marchemos adelante.

Y en 1956, Peter Shore, futuro diputado por Bethnal Green y Stepney, secretario de Estado de Medio Ambiente y de Comercio, escribió en el *New Statesman* (citado en Udy 2017: 515):

Nuestra actitud hacia el comunismo [...] debe partir del reconocimiento de que el comunismo ha demostrado ser el instrumento más rápido, eficaz y, en algunos aspectos, atractivo ideado hasta ahora para transformar sociedades primitivas en modernas [...] [C]uando se sopesan sus rasgos

43

Citado en *Deutscher Bundestag* 2006: 4 (traducción propia).

repulsivos, el comunismo sigue siendo un sistema de organización social infinitamente superior al feudalismo, que — con escasas excepciones— es el que ha reemplazado hasta ahora.

Paradójicamente, la 'estalinmanía' solo terminó del todo en Occidente cuando terminó en la propia Unión Soviética, con el 'discurso secreto' de Khrushchev de 1956 y su política posterior de 'desestalinización'. Vivian Gornick, periodista estadounidense y en aquel entonces socialista, recuerda:

Yo tenía 20 años en febrero de 1956 cuando Nikita Khrushchev se dirigió al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y reveló al mundo el horror incalculable del gobierno de Stalin. [...] Estaba fuera de mí de ira juvenil. '¡Mentiras!', grité [...] El informe del XX Congreso trajo consigo una devastación política para la izquierda organizada en todo el mundo. A las pocas semanas de su publicación, 30.000 personas en este país abandonaron el partido [Comunista].⁴⁴

Pero una vez terminó, se acabó de verdad, y desapareció sin dejar rastro. Como explica Hollander (1990: 433):

Las simpatías que antes predominaban en muchos círculos intelectuales y de opinión pública fueron arrasadas [...] Con pocas excepciones, los intelectuales [...], que antes favorecían a la Unión Soviética, repudiaron su fervor pro-soviético o guardaron silencio sobre el asunto [...] Varios de esos intelectuales pro-soviéticos de antaño, o de la vieja izquierda, reaparecieron en la vida pública en los años sesenta apoyando la protesta estudiantil [...] Sin embargo, la mayoría no reavivó sus sentimientos pro-soviéticos.

A partir de entonces, el socialismo soviético se presentó, cada vez más, como una forma rígida, asfixiante y burocrática de socialismo, una perversión de la idea socialista original. Una retórica de equidistancia, que presentaba el socialismo soviético y el capitalismo occidental como defectuosos en proporciones similares, se convirtió en la regla general (Revel 1978).

44 'When communism inspired Americans', New York Times, 29 de abril de 2017 (<https://www.nytimes.com/2017/04/29/opinion/sunday/when-communism-inspired-americans.html>).

Remanentes actuales de la apologética soviética

La apología del régimen soviético hace mucho que dejó de ser una práctica común, pero nunca desapareció del todo. Durante las etapas finales de la disolución de la Unión Soviética, en 1991, el entonces parlamentario británico, Jeremy Corbyn, hoy líder del partido laborista, dijo:

En esta zona de Londres hubo marchas y movilizaciones en apoyo a la Revolución Soviética de 1917. Yo, desde luego, no he venido aquí a enterrar esas ideas. [...] No debemos andar diciendo, ni permitir que otros digan, que democracia equivale a economía liberal y fuerzas de mercado. No es así. Tampoco debemos decir que el socialismo o las ideas del socialismo están muertas. No lo están. [...] Solo el socialismo y las ideas socialistas pueden traer la paz, la democracia y una razonable esperanza de vida⁴⁵.

El relato de Corbyn contiene solo dos observaciones levemente críticas sobre la Unión Soviética:

No estoy defendiendo todo lo que ha ocurrido en la Unión Soviética durante los últimos setenta años. [...] Si hay dos áreas en las que creo que se cometieron graves errores, fueron la incapacidad del sistema para reconocer la importancia del problema nacional y la forma en que el Partido Comunista de la Unión Soviética se convirtió en un cuerpo extremadamente elitista.

Por lo demás, presenta a la Unión Soviética como una fuerza positiva, sobre todo en el ámbito internacional:

Si la Unión Soviética, en el momento de la guerra del Golfo, hubiera desempeñado un papel más fuerte en las Naciones Unidas, quizás aquella carnicería no habría ocurrido en nombre de la ONU. [...] El único país del mundo dispuesto a ayudar a Cuba, a romper el bloqueo de Estados Unidos fue la Unión Soviética. [...] También debemos reconocer los cambios que ocurrieron en otras partes del mundo desde su existencia. La Unión Soviética apoyó la revolución en Nicaragua y respaldó numerosas luchas anticoloniales en África y en otros lugares.

45

Where do we go from here? Morning Star, 24 de septiembre de 1991.

En consecuencia, Corbyn creía que nada bueno podía surgir de la desaparición del régimen soviético:

Estamos ante un escenario completamente nuevo en el que el FMI y el Banco Mundial están, en efecto, dirigiendo la economía mundial. [...] Me alarman las consecuencias de lo ocurrido en los últimos dos años en la Unión Soviética y Europa del Este [...] Los cambios que se están produciendo traerán, de nuevo, las viejas luchas de clases. Y por supuesto, ahí fue donde entraron en escena los bolcheviques.

Para los socialistas británicos, la lección del colapso soviético no era alejarse del socialismo, sino redoblar su apuesta por él:

Lo que deberíamos preguntarnos es qué estamos haciendo respecto al socialismo aquí, en este país. ¿Por qué tanta gente se muestra ahora tan a la defensiva con respecto al socialismo? Estoy harto de ver a la dirigencia del movimiento obrero negar, constantemente, el derecho de nacimiento de este movimiento [...] Debemos examinar qué entendemos por socialismo. ¿Es la anarquía del libre mercado con algunos retoques cosméticos [...] o es realmente la producción para la necesidad en lugar de la ganancia?

Seumas Milne, director de estrategia y comunicaciones del Partido Laborista, sigue defendiendo, con frecuencia, a la Unión Soviética y al antiguo bloque oriental. Milne concede que durante el periodo estalinista hubo 'excesos', pero sostiene que se han exagerado con fines políticos. Rechaza, con particular vehemencia, la idea de que el estalinismo sea comparable al nazismo. En 2002 escribió en The Guardian:

El número de víctimas del terror estalinista se ha ido inflando progresivamente [...] Pese a las crueldades del terror de Stalin, no hubo ningún Treblinka soviético, ningún campo de exterminio construido para asesinar a millones de personas. [...] Quienes demonizan los intentos pasados de construir una alternativa a la sociedad capitalista están decididos a demostrar que no hay ninguna⁴⁶.

A continuación, relativizó las cifras de muertos mediante una clásica maniobra de whataboutery:

46 The battle for history, The Guardian, 12 de septiembre de 2002 (<https://www.theguardian.com/education/2002/sep/12/highereducation.historyandhistoryofart>).

Quizás lo más grotesco de este cálculo posmoderno de la represión política sea la ceguera moral frente al historial del colonialismo. [...] A lo largo del siglo XX, el Imperio británico gaseó, bombardeó y masacró poblaciones indígenas [...]. Si consideramos que Lenin y Stalin son responsables de las muertes por hambre durante las hambrunas de las décadas de 1920 y 1930, entonces Churchill es ciertamente responsable de los cuatro millones de muertes en la evitable hambruna de Bengala de 1943.

En 2006, Milne escribió:

El intento de equiparar comunismo y nazismo es, en realidad, un sinsentido moral e histórico. [...] Con todos sus fracasos y brutalidades, el comunismo en la Unión Soviética, Europa del Este y otros lugares produjo una rápida industrialización, educación masiva, seguridad laboral y enormes avances en igualdad social y de género. Incorporó genuino idealismo y compromiso [...] Su existencia ayudó a elevar los estándares de bienestar en Occidente [...] El entusiasmo actual de los círculos oficiales occidentales por bailar sobre la tumba del comunismo [...] refleja la determinación de demostrar que no hay alternativa al nuevo orden capitalista global⁴⁷.

Y en 2007 insistió:

Los crímenes y fracasos del comunismo están tan sobredimensionados que amenazan con borrar cualquier comprensión de sus logros —ambos ofrecen lecciones para el futuro de la política progresista y la búsqueda de una alternativa social al capitalismo globalizado. Fue un Estado comunista, después de todo, el que desempeñó el papel decisivo en la derrota de la Alemania nazi [...] Junto con sus brutalidades y autoritarismo, el comunismo trajo industrialización, educación masiva, pleno empleo y avances sin precedentes en igualdad social y de género. Su colapso, en cambio, ha traído una explosión de pobreza e inequidad [...] Hubo un apoyo masivo real a estos regímenes⁴⁸.

47 Communism may be dead, but clearly not dead enough, The Guardian, 16 de febrero de 2006 (<https://www.theguardian.com/Columnists/Column/0,1710891,00.html>).

48 *Movement of the people*, The Guardian, 12 de mayo de 2007 (<https://www.theguardian.com/books/2007/may/12/featuresreviews.guardianreview8>).

De forma similar, Kostas Papadakis, miembro del Parlamento Europeo, ha hablado de:

una campaña orquestada para difamar el socialismo, reescribir la historia y equiparar, de forma inaceptable y provocadora, el comunismo con el monstruo del fascismo. [...] El objetivo básico es ocultar que el fascismo es una forma del poder del capital bajo condiciones específicas. En Alemania, el nazismo fue la forma ideal de sostener al capital en el contexto del creciente prestigio del KPD [Partido Comunista Alemán] y de la URSS. [...] El nazifascismo encontró a su oponente más mortal y decidido en la sociedad socialista de la URSS [...] Una consecuencia evidente de esta campaña anticomunista es la justificación, embellecimiento y exoneración del nazifascismo y sus atrocidades⁴⁹.

En 1999, Andrew Murray, jefe de campaña del Partido Laborista en las elecciones generales de 2017 y antiguo presidente de la coalición Stop the War, escribió en el diario Morning Star:

El próximo martes se cumple el 120 aniversario del nacimiento de Josef Stalin. [...] Un sistema socialista que abarca un tercio del mundo y la derrota de la Alemania nazi por un lado. Por otro, medidas severas [...] Sin embargo, si uno cree que los peores crímenes infligidos a la humanidad en este siglo [...] fueron causados por el imperialismo, entonces [el cumpleaños de Stalin] debería al menos ser un momento para reflexionar sobre por qué los autores de esos crímenes y sus propagandistas abominan del nombre de Stalin por encima de todos los demás. Después de todo, fue su más conocido crítico, Nikita Jrushchov, quien dijo en 1956: 'Contra los imperialistas, todos somos estalinistas'⁵⁰.

Milne, Papadakis y Murray representan una visión según la cual condenar el leninismo o el estalinismo sin acompañarlo de una condena explícita del nazismo, el colonialismo o la guerra de Vietnam equivale a aprobarlos tácitamente. No explican de dónde sacan esa idea. Si alguien no acompaña su condena al estalinismo con otra explícita a Átila, Vlad el Empalador o Gengis Kan, ¿deberíamos interpretar eso también como un respaldo tácito?

49 The equation of Communism with Nazism is unacceptable and provocative, In Defense of Communism (blog), 30 de agosto de 2017 (<https://communismgr.blogspot.co.uk/2017/08/kostas-papadakis-equation-of-communism.html>).

50 Eye's Left, Morning Star, 17 de diciembre de 1999. Citado en Mosbacher (2004).

Es posible que la mayoría de los críticos del socialismo presten menos atención a las atrocidades cometidas bajo otros sistemas. Pero eso no implica aprobación alguna. Tiene una explicación razonable: el nazismo, el colonialismo, la esclavitud o la guerra de Vietnam no son, por decirlo suavemente, causas de moda en la actualidad. Ninguna fuerza política relevante busca hoy resucitarlas. Nadie sostiene que el nazismo o la esclavitud fueran 'causas nobles mal implementadas'. Nadie afirma que la versión de Hitler no fue el 'verdadero' nazismo, ni que la esclavitud practicada en la trata transatlántica no fuera la 'verdadera' esclavitud.

Tales argumentos solo se hacen respecto al socialismo. Es el socialismo el que sigue siendo, aún hoy, una causa extremadamente popular. Tiene pleno sentido concentrar la energía intelectual en refutar las malas ideas que siguen vigentes, y no las que ya fueron derrotadas. Paradójicamente, las propias carreras de los apologistas son una contradicción viviente de su afirmación de que se presta demasiada atención a los crímenes del estalinismo. Si alguien en una posición comparable intentara relativizar los horrores del nazismo como estos intentan relativizar los del estalinismo, su carrera estaría acabada.

Una visión positiva de la Unión Soviética, como la expresada por Milne, Papadakis y Murray, es claramente minoritaria dentro de la izquierda actual. Pero es una visión tolerada, y desde luego, no constituye un obstáculo profesional. De hecho, la facilidad con que quienes insisten en que toda mención de la Unión Soviética es un hombre de paja comparten escenario con quienes la defienden abiertamente demuestra cuán ilusoria resulta la supuesta diferencia entre el 'socialismo real' y el 'socialismo irreal'.

Conclusión

El breve resumen de este capítulo no es que toda la izquierda socialista haya estado sometida al estalinismo en su época dorada. Las citas anteriores son una selección, no una muestra representativa. Incluso el libro de Hollander, que contiene cientos de páginas con citas similares, sigue siendo una selección⁵¹. Si definimos el térmi-

51 No está claro siquiera qué constituiría una 'muestra representativa' en este caso. Asociaciones profesionales como la American Economic Association a veces realizan encuestas entre sus miembros para conocer su posición frente a distintos temas. Es posible extrapolar a partir de tales encuestas y formular afirmaciones como: 'la mayoría de los economistas se oponen al control de rentas'. No podemos cuantificar el apoyo al estalinismo entre los intelectuales socialistas de una manera comparable. ¿A quién se considera un 'intelectual'? ¿A quién se considera un 'socialista'? Dejando de lado los casos obvios, ¿qué cuenta como 'apoyo'? ¿Nos interesa solo el número de personas, o deberíamos asignar un mayor peso a un intelectual más destacado, como Sidney Webb?

no 'intelectual' de forma lo suficientemente amplia, si abarcamos un número suficiente de países y un periodo largo de tiempo, entonces varios cientos de simpatizantes no constituyen necesariamente una proporción muy grande del total.

También existieron voces críticas dentro de la izquierda; de hecho, algunos de los críticos más feroces de la Unión Soviética fueron socialistas desilusionados. Las dos críticas más célebres al régimen soviético (entre otras), *La rebelión en la granja* y *1984*, fueron escritas por George Orwell, uno de ellos. Algunos de esos críticos percibieron al régimen por lo que realmente era, desde etapas muy tempranas. El filósofo y lógico británico, Bertrand Russell, fue inicialmente partidario de la Revolución de octubre, pero ya en 1920 repudió el régimen (aunque siguió comprometido con el 'ideal' comunista) (Russell 1920: 170):

Debido a su impopularidad, los bolcheviques han tenido que apoyarse en el ejército y en la Comisión Extraordinaria, y se han visto obligados a reducir el sistema soviético a una forma vacía. Cada vez más, la pretensión de representar al proletariado se ha vuelto un disfraz raído.

Según Russell, el socialismo soviético representaba:

una esclavitud mucho más completa que la del capitalismo. Un salario de miseria, largas jornadas, conscripción industrial, prohibición de huelgas, prisión para los perezosos, reducción de las ya insuficientes raciones en las fábricas, cuya producción no alcanza lo que las autoridades esperan, un ejército de espías listo para denunciar cualquier tendencia a la disidencia política y procurar la prisión de sus promotores: esta es la realidad de un sistema que aún pretende gobernar en nombre del proletariado.

Russell no estaba solo. A comienzos de la década de 1920, cuando los bolcheviques aplastaron una serie de huelgas, protestas y rebeliones (como la Rebelión de Kronstadt de 1921), varios simpatizantes iniciales les dieron la espalda (Hollander 1990: 349; Berkman 1925).

Tampoco se trata de afirmar que solo la izquierda socialista tuviera una debilidad por los tiranos asesinos de la época. El libro de Richard Griffiths (2011), *Fellow Travellers of the Right: British Enthusiasts for Nazi Germany*, muestra que, durante los años treinta, la admiración

por el Tercer Reich era mucho más extendida en Gran Bretaña de lo que hoy se reconoce.

Sin embargo, las personas citadas aquí no eran figuras marginales u oscuras. Eran intelectuales prominentes, respetados y pertenecientes a la corriente predominante de su tiempo. Algunos estaban entre las figuras más destacadas de la izquierda: un primer ministro británico, varios ministros de gabinete, parlamentarios, un presidente del Partido Laborista, los cofundadores de la LSE, de la Sociedad Fabiana y de la revista *New Statesman*, un premio Nobel de la paz, un premio Nobel de literatura, entre otros.

Y aunque el entusiasmo ciego de los peregrinos no fuera representativo del conjunto de la opinión izquierdista, sí constituía un extremo del espectro. En ese mismo espectro encontramos abundantes personas que, aunque no tan entusiastas ni idealistas como los peregrinos, seguían siendo claramente favorables a los regímenes socialistas, los llamados 'compañeros de viaje' (véase Cauter 1988). A diferencia de los peregrinos, los 'compañeros de viaje' mantenían cierta distancia crítica respecto al régimen socialista de turno⁵². Eran, por ejemplo, más conscientes de sus aspectos represivos. Sin embargo, en última instancia, apoyaban los mismos regímenes y por razones muy similares.

Debe señalarse también que, por razones obvias, solo podemos citar a quienes dejaron un testimonio escrito de sus impresiones sobre la Unión Soviética. Por ello, la selección anterior está fuertemente sesgada hacia periodistas y escritores de países anglófonos. Pero en los viajes guiados también participaron numerosos médicos, profesores y miembros de otras profesiones que quizá no plasmaron sus opiniones por escrito, aunque sin duda actuaron como multiplicadores de opinión de otras formas.

Y aunque es cierto que siempre existieron socialistas críticos de la Unión Soviética, esos críticos solían ser socialistas de tipo anarquista o utópico. Rechazaban el sistema leninista simplemente porque rechazaban todos los sistemas reales. Tenían 'razón' sobre la Unión Soviética en el mismo sentido en que un reloj detenido acierta dos veces al día.

Por ejemplo, el Partido Socialista de Gran Bretaña (SPGB) ya se había distanciado de la Rusia soviética en 1920, si no antes (SPGB n.d.).

⁵² Por supuesto, no existe una línea divisoria estricta entre los 'peregrinos' y los 'compañeros de viaje', y tales categorías son en cierta medida arbitrarias. No es de sorprender que muchos de los nombres que aparecen en *Political Pilgrims* también figuren en el libro de Cauter sobre los 'compañeros de viaje'.

Pero no porque hubiesen elaborado una crítica especialmente lúcida de los errores del socialismo ruso, sino porque lo juzgaban según su definición de 'verdadero' socialismo:

una sociedad mundial, sin salarios ni dinero, de propiedad común (no estatal) y control democrático de los medios de producción y distribución de la riqueza. [...] El socialismo será una ruptura tajante con el capitalismo, sin 'periodos de transición' ni aplicación gradual. [...] No puede haber Estado en una sociedad socialista. [...] No puede haber clases en una sociedad socialista⁵³.

Naturalmente, los socialistas que juzgan los experimentos reales con tales estándares utópicos no habrían encontrado mucho que admirar en el sistema de Lenin. Si la idea de socialismo de alguien exige la abolición inmediata de la policía, el ejército, los tribunales, las cárceles, etc., si requiere que las personas renuncien voluntariamente al dinero, la propiedad privada y el intercambio, y si no acepta compromisos, medidas intermedias ni periodos de transición, entonces, sí: esa persona no habría sido seducida por el leninismo. Pero ello se debe simplemente a que habría fijado el listón en un nivel imposible.

Muchos de los primeros críticos socialistas de la Unión Soviética pertenecen a esa categoría. Emma Goldman, que al principio apoyó la revolución, publicó en 1923⁵⁴ un libro con un título elocuente: *My Disillusionment in Russia*. De modo similar, Alexander Berkman, también simpatizante inicial, publicó *The Bolshevik Myth (Diary 1920–1922)* en 1925. Ambos pasaron un tiempo en Rusia, llegaron con grandes esperanzas y salieron desilusionados. Pero ambos eran anarcosocialistas de la corriente bakuninista, condenados de antemano a la decepción.

En definitiva, es imposible determinar, con precisión, cuán extendido fue el apoyo al estalinismo entre los intelectuales occidentales. Pero sí puede afirmarse, con certeza, que la idea de que el socialismo soviético solo fue respaldado por unos pocos extremistas, y que el estalinismo es simplemente un espantajo retórico usado por los antisocialistas, es manifiestamente falsa. La respuesta pertinente a la pregunta '¿Cuántos socialistas occidentales, de cierta relevancia, apoyaron el estalinismo en su apogeo?' no es 'cuatro de cada cinco', ni 'uno de cada dos', ni siquiera 'uno de cada cuatro'. La respuesta

⁵³ How the SPGB is different, Socialist Party of Great Britain (<http://www.worldsocialism.org/spgb/how-spgb-different>).

⁵⁴ <https://www.marxists.org/reference/archive/goldman/works/1920s/disillusionment/index.htm>

correcta es: 'muchos más de los que comúnmente se asume, y muchos más de los que los socialistas contemporáneos estarían dispuestos a admitir'.

El verdadero resumen de este capítulo es que la afirmación de que el socialismo soviético no fue 'socialismo real' es una racionalización posterior a los hechos. Durante el periodo estalinista, fue socialismo real para una multitud de destacados autoproclamados socialistas.

3.CHINA BAJO MAO TSE-TUNG: "UN RÉGIMEN REVOLUCIONARIO DEBE DESHACERSE DE CIERTO NÚMERO DE INDIVIDUOS QUE LO AMENAZAN"

El socialismo maoísta

Para la década de 1950, los intelectuales occidentales habían perdido el encanto por la Unión Soviética. Pero no pasó mucho tiempo antes de que nuevas utopías llenaran ese vacío: Vietnam del Norte, Cuba (véase el capítulo 4) y, sobre todo, la China maoísta.

La República Popular China se fundó en 1949, pero durante su primera década atrajo poca atención entre los intelectuales de Occidente. Sin embargo, a finales de los años cincuenta ocurrieron dos hechos decisivos.

En primer lugar, la transformación socialista del país comenzó en serio, primero con el *Gran Salto Adelante* y después con la *Gran Revolución Cultural Proletaria*. El *Gran Salto Adelante* fue la toma gubernamental de los sectores estratégicos de la economía — incluida la colectivización forzada de la agricultura— y una campaña de industrialización comparable a las políticas soviéticas de los años treinta. La *Revolución Cultural*, por su parte, fue un programa de purga social destinado a eliminar a los 'contrarrevolucionarios', 'saboteadores' y vestigios de las tradiciones 'burguesas', vagamente comparable al Gran Terror de Stalin.

En segundo lugar, aunque China estuvo inicialmente alineada con la Unión Soviética, la relación entre ambos regímenes socialistas

se deterioró progresivamente hasta desembocar en una ruptura definitiva: la llamada división sino-soviética. Las tensiones llegaron a ser tan graves que, durante un tiempo, la posibilidad de una guerra entre los antiguos estados hermanos pareció real. La ruptura sino-soviética transformó radicalmente la percepción de China en el mundo occidental. Significó que el socialismo chino ya no estaba contaminado por su asociación con el modelo soviético —ahora desprestigiado—. Representaba la promesa de un nuevo comienzo: una forma de socialismo genuinamente original, independiente y renovada.

El maoísmo comenzó a verse como una tercera vía, una alternativa tanto al capitalismo occidental como al socialismo irreal de la Unión Soviética. El periodo comprendido, aproximadamente, entre comienzos de los años sesenta y mediados de los setenta fue la luna de miel del maoísmo. Siguiendo el ejemplo de las peregrinaciones intelectuales a la Unión Soviética en los años treinta, admiradores occidentales acudieron en masa a China y regresaron llenos de entusiasmo.

Esto ocurrió, por supuesto, en un tiempo en que millones de presuntos 'saboteadores' y 'contrarrevolucionarios' eran ejecutados o trabajaban hasta morir en la versión china de los Gulags, los Laogai. El Gran Salto Adelante provocó la que quizá haya sido la peor hambruna de la historia de la humanidad. En conjunto, el socialismo chino fue responsable de unas 65 millones de muertes, según una estimación (Courtois et al. 1997: 4).

A diferencia del caso soviético, el periodo de luna de miel de China ni siquiera coincidió con una etapa de éxito económico inicial. El mejor punto de comparación posible es Taiwán, la antigua provincia china que declaró su independencia del continente durante la revolución socialista. Taiwán no solo evitó la hambruna y el colapso económico que azotaron al continente: en la década de 1960 se convirtió en uno de los Cuatro Tigres Asiáticos (junto con Hong Kong, Singapur y, posteriormente, Corea del Sur), mientras que la China continental permanecía sumida en la pobreza. Para 1980, Taiwán ya era más de diez veces más rica que la China continental (FMI, 2017). Hoy, el PIB per cápita (PPA) de Taiwán es superior al del Reino Unido y prácticamente idéntico al de Alemania y Austria.

La diferencia entre ambos es reveladora: Taiwán se convirtió en un imán para los inversionistas occidentales, mientras que la

China continental se convirtió en un imán para los intelectuales occidentales.

Los peregrinos de Mao

Para cuando China entró en su período de luna de miel, muchos intelectuales occidentales ya habían abandonado la fe en el progreso económico. Se había puesto de moda despreciar la prosperidad material por considerarla vacía, moralmente corruptora y alienante, y exaltar la vida austera como más 'auténtica'. Por ello, la falta de éxito económico del maoísmo no representaba un problema para sus admiradores. Al contrario, era vista como una virtud: una decisión deliberada de evitar los supuestos males del 'consumismo'. Peter Worsley, sociólogo y antropólogo británico, y uno de los fundadores de la Nueva Izquierda, escribió (citado en Hollander 1990: 319):

Los chinos [...] no desean crear una sociedad de consumo. No han intentado producir automóviles, televisores o teléfonos a gran escala, simplemente porque no quieren hacerlo. Ojalá los bulevares de Pekín nunca se vean atestados de miles de automóviles privados.

El filósofo estadounidense Corliss Lamont afirmaba: "Los comunistas [...] no permitirán los efectos perniciosos de la tecnología moderna que han traído la contaminación y otros males a Estados Unidos y a las demás naciones capitalistas" (ibid.: 319).

A los ojos de los peregrinos, la China de Mao representaba el progreso social, no el económico. La psicóloga social estadounidense Carol Tavris escribió (ibid.):

Lo que domina hoy el ánimo de los chinos es la certeza del éxito. Sus logros adquieren proporciones de ensueño bajo la fría luz de un día estadounidense. Han eliminado prácticamente muchos de los problemas sociales que aquejan a otras naciones: la prostitución, las drogas, el robo, la violación, el asesinato y la basura. Han erradicado muchas enfermedades [...]. Nadie pasa hambre, nadie mendiga.

Joshua Horn, cirujano británico y miembro de la *Socialist Medical Association*, también observó "una completa ausencia de mendigos, vagabundos [...] y prostitutas. En las tiendas, precios fijos, sin regateo, una honradez escrupulosa y ningún tipo de persuasión" (ibid.: 318).

Según el historiador estadounidense John Fairbank (ibid.: 278):

La gente parece sana, bien alimentada y consciente de su papel como ciudadana de la nueva China del presidente Mao [...]. La revolución maoísta es, en conjunto, lo mejor que le ha ocurrido al pueblo chino en siglos.

Un grupo de autores del *Committee of Concerned Asian Scholars* escribió: "Después de Hong Kong —ruidosa, frenética y abarrotada—, las bulliciosas calles de Cantón parecían amables en comparación. [...] Todos lucían saludables, nadie vestía harapos ni pedía limosna" (ibid.: 309). Más allá de sus diferentes actitudes hacia el progreso económico, los testimonios de los peregrinos de Mao resultan asombrosamente similares a los de los peregrinos de Stalin. En una 'prueba ciega' (es decir, eliminando las referencias específicas de tiempo y lugar) sería difícil distinguirlos. El tema central es el mismo: la descripción de la economía china como una economía dirigida colectivamente por 'el pueblo', generadora de una supuesta armonía social total. Maria-Antonietta Macciocchi, periodista, escritora y luego diputada y eurodiputada italiana, escribió (ibid.: 315):

No hay rastro de alienación en China, ni de esas neurosis ni de esa desintegración interior del individuo que se hallan en las partes del mundo dominadas por el consumismo. El mundo chino es compacto, integrado, un todo absoluto.

Y en otro pasaje dice (ibid.: 278):

Un pueblo avanza con paso ligero y fervor hacia el futuro. Este pueblo puede ser la encarnación de la nueva civilización del mundo. China ha dado un salto sin precedentes en la historia.

Alberto Jacoviello, otro escritor italiano y editor de asuntos internacionales del periódico *l'Unità*, coincidía (ibid.: 315):

La observación más impactante es la ausencia absoluta de [...] alienación [...]. No hay alienación en China. Y [...] existe una pasión política de masas que no he encontrado en ninguna otra parte del mundo.

Joshua Horn sostenía que "el fin de la explotación ha reducido enormemente las tensiones sociales y la inseguridad" (ibid.: 313). El historiador británico Basil Davidson describió así su impresión de los soldados y ferroviarios chinos (ibid.: 310):

Eran completamente distintos de cualquier otro ejército campesino que haya visto [...] parecían hombres que habían elegido servir. [...]

Los ferroviarios [...] producían en mí la misma impresión: se les veía tan seguros de ser dueños de sus propias vías, tan decididos a hacer que funcionaran bien.

La poeta estadounidense Norma Lundholm Djerassi observó: "Aquí no existe el fingimiento ni la lucha de poder, que me resultan tan desagradables en mi propia sociedad. [...] No sentir nada de eso aquí es algo profundamente reconfortante. La gente es lo que es y es feliz en su utilidad para la sociedad" (ibid.: 309).

Mientras algunos peregrinos insistían en que China era una democracia de base dirigida por 'los obreros' y 'los campesinos', otros atribuían un papel más activo a Mao Tse-Tung y a su círculo cercano. El psicólogo estadounidense Urie Bronfenbrenner explicó: "China me pareció una especie de monarquía benévola gobernada por un sacerdote-emperador que ha ganado la devoción completa de sus súbditos. En resumen, una sociedad religiosa y altamente moralista" (ibid.: 278).

La filósofa francesa Simone de Beauvoir veía la China maoísta como una especie de república platónica, dirigida por 'reyes filósofos' (ibid.: 278):

La vida en China hoy es excepcionalmente agradable. [...] Muchos sueños idealistas se ven autorizados por la idea de un país [...] donde los generales y los estadistas son eruditos y poetas.

Hewlett Johnson, sacerdote inglés y decano de Mánchester y luego de Canterbury, escribió (ibid.: 328):

No era difícil [...] comprender el profundo afecto que los hombres sienten por este hombre [...]. Todos —intelectuales, campesinos, comerciantes— consideran a Mao el símbolo de su liberación, el hombre que [...] levantó sus cargas. El campesino mira la tierra que cultiva: el don de Mao. El obrero piensa en un salario de 100 libras de arroz en lugar de 10: el don de Mao.

Algunos peregrinos reconocieron la existencia de restricciones a la libertad individual, pero aun así sostenían que 'los obreros' y 'los campesinos' estaban al mando. Arthur Galston, científico y bioeticista estadounidense, escribió que "no son libres de cambiar de residencia o de empleo, pero, pese a ello [...] las masas chinas parecen disfrutar de un mayor grado de control sobre los organismos que afectan

directamente su vida diaria que la mayoría de los trabajadores urbanos occidentales" (ibid.: 336).

El historiador británico Basil Davidson describió el régimen como "autoritario solo hacia una minoría —una minoría que no son obreros ni campesinos— [...]. La verdad es que los éxitos de China se logran [...] mediante el esfuerzo voluntario e incluso entusiasta de la mayoría del pueblo chino" (ibid.: 337).

Simone de Beauvoir sostenía que los métodos de un Estado policial solo eran problemáticos en los países capitalistas, donde el aparato estatal actuaba contra los intereses del 'pueblo'.

En la China maoísta, afirmaba, como 'el pueblo' estaba en el poder, esos métodos eran una forma legítima de defensa contra los sabotadores y los contrarrevolucionarios (ibid.: 337):

Al exhortar al pueblo a mantenerse vigilante, el gobierno lo anima efectivamente a denunciar las actividades contrarrevolucionarias [...]; pero no debemos olvidar que esas actividades consisten en incendios, sabotajes de puentes y diques, asesinatos [...]. Esa cooperación con la policía me resulta más chocante en nuestro país, donde la ley está determinada por los intereses de una clase, que en un lugar donde la justicia se hace corresponder con el bienestar del pueblo.

Peter Townsend, principal investigador británico sobre pobreza (creador del concepto de 'pobreza relativa'), y Lord Boyd Orr, científico escocés y premio Nobel de la Paz, reconocían que la colectivización agrícola no había sido del todo voluntaria. Sin embargo, en su relato, fue producto de la presión social más que de la liquidación de disidentes (ibid.: 338):

Inevitablemente, claro está, hubo una buena dosis de presión pública. [...] Cuando la mayoría de los aldeanos decidió formar una cooperativa, probablemente a la minoría le resultó difícil permanecer al margen.

Otros fueron más tajantes. Fiel a la tradición del 'no se puede hacer una tortilla sin romper unos huevos', Jean-Paul Sartre declaró:

Un régimen revolucionario debe deshacerse de cierto número de individuos que lo amenazan, y no veo otro medio para ello que la muerte; siempre es posible escapar de una prisión. Los revolucionarios

de 1793 probablemente no mataron a suficiente gente⁵⁵.

Como sucedió con los Gulags soviéticos, los *Laogai* chinos fueron descritos como lugares de rehabilitación, no de castigo, donde los reclusos tenían la oportunidad de realizar trabajos socialmente útiles mientras reflexionaban sobre sus errores. John Gittings, escritor británico y futuro subdirector de asuntos exteriores y redactor jefe de *The Guardian*, escribió (ibid.: 338):

La reforma a través del trabajo, que para un visitante occidental tiene algo del sabor de un kibutz combinado con una escuela marxista de fin de semana (salvo que puede durar un par de años), parecía funcionar para la gran mayoría.

Felix Greene, periodista y documentalista británico-estadounidense, observó: "Los chinos están haciendo lo que llevamos años intentando conseguir de las autoridades inglesas sin éxito: eliminar, sobre todo, el estigma moral del encarcelamiento" (ibid.: 342).

Bernard Frolic, profesor del Departamento de Política de la Universidad de York, comparó los campos de trabajo chinos con "un campamento de *boy scouts* para adultos, o tal vez con lo que fue el *Civilian Conservation Corps* durante la Depresión" (ibid.: 343).

Harrison Evans Salisbury, escritor y corresponsal del *New York Times*, los describió como "una combinación entre un campamento de la YMCA y un retiro católico" (ibid.: 344).

A diferencia de la 'estalinmanía', la 'maomanía' no fue patrimonio de los intelectuales establecidos. La iconografía maoísta, como el *Libro Rojo* de Mao, se convirtió en un símbolo central de las protestas estudiantiles que sacudieron a gran parte de Occidente en las décadas de 1960 y 1970. Irónicamente, una de las sociedades más autoritarias y jerárquicas del mundo se convirtió en la utopía elegida por un movimiento que se autodefinía como liberal, antiautoritario y libertino (véanse Wolin [2010] sobre la *maomanía* en Francia y Aly [2012] sobre un fenómeno similar en Alemania Occidental).

Igualmente irónico es que el entusiasmo de los intelectuales occidentales por China comenzara a apagarse justo cuando había pasado el período más sangriento (Hollander 1990: 344–46). Tras la

⁵⁵ Citado en: The Absolute Intellectual, Policy Review, Hoover Institution, 1 de febrero de 2004 (<http://www.hoover.org/research/absolute-intellectual>).

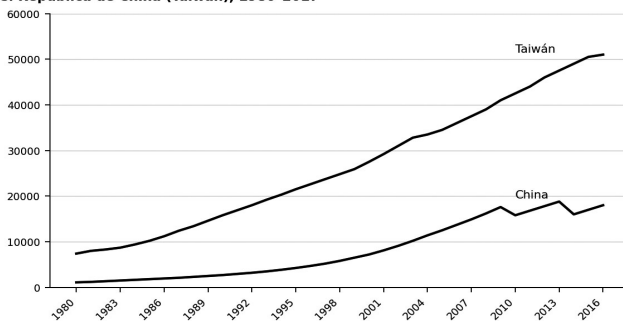
muerte de Mao, los intelectuales del *mainstream* se volcaron en otras causas, y el maoísmo pasó rápidamente a ser cosa de pequeños grupos sectarios. Hacia finales de los años setenta, el maoísmo se había convertido casi en una broma, y el faccionalismo de los grupos maoístas fue objeto de parodias en la cultura popular (la más célebre, en la película *La vida de Brian* de *Monty Python*, donde el "Frente Popular de Judea" se enfrenta al *Frente Judaico Popular*). Mientras tanto, China comenzó a alejarse gradualmente del socialismo económico.

El índice de libertad económica del país pasó de **3,6** (en una escala de 0 a 10) en 1980, a más de **4** a mediados de los ochenta, más de **5** a mediados de los noventa y más de **6** a mediados de los 2000. Aunque aún está muy por detrás de Taiwán, y ni hablar de Hong Kong, su economía está hoy a **años luz de distancia del maoísmo**.

El resultado fue un verdadero 'gran salto adelante'. Desde 1980, el PIB per cápita de China se ha multiplicado **por 50** en términos reales. A comienzos de los años ochenta, Taiwán, el mejor punto de comparación posible, era **más de diez veces más rica** que China. Hoy lo es 'solo' **tres veces más** (ver la Figura 6).

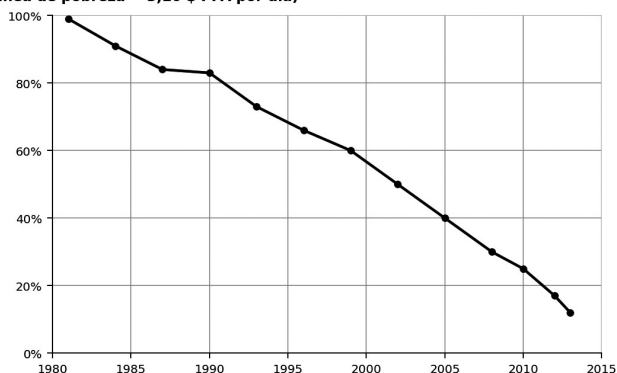
En los primeros años de esa década, prácticamente toda la población de China vivía en la pobreza extrema. Desde entonces, esa proporción ha caído a **una de cada diez personas** (ver Figura 7).

Figura 6 PIB per cápita (PPA), República Popular China vs. República de China (Taiwán), 1980-2017



Fuente: FMI (2017).

Figura 7 Pobreza en China, 1981-2013
(línea de pobreza = 3,10 \$ PPA por día)



Fuente: Basado en *Our World in Data* (2013/17).

Los intelectuales occidentales colmaron de elogios a China cuando millones de chinos morían de hambre o eran forzados a trabajar hasta la muerte en los campos de trabajo esclavo. Pero cuando un programa de liberalización relativa sacó de la pobreza a millones de personas, esos mismos intelectuales guardaron silencio. Las reformas basadas en el mercado pueden 'funcionar' en el sentido práctico, pero jamás inspirarán peregrinaciones. Podrán generar prosperidad, pero nunca capturarán la imaginación de los intelectuales occidentales.

Vestigios actuales de la apologética maoísta

El apoyo al maoísmo nunca desapareció por completo. En 1986, algunos miembros de la Cámara de los Comunes del Reino Unido elogiaron la política de liberalización relativa impulsada por Deng Xiaoping y el consecuente aumento en el crecimiento de la economía china. El diputado **Jeremy Corbyn** respondió a esas afirmaciones insistiendo en que las mejoras recientes de China, lejos de ser fruto de la liberalización, representaban más bien una reivindicación tardía del socialismo (*Hansard*, 1986):

Las condiciones de vida de las personas en China hoy, comparadas con las de 1948, son inconmensurablemente mejores. El país se ha levantado [...] gracias a la colectivización de su economía, de sus esfuerzos y de su energía.

La hambruna y la pobreza ya no son comunes en China, como lo

eran en 1948. Antes de que el honorable caballero dé lecciones al mundo sobre cómo el capitalismo puede mejorar los niveles de vida, debería mirar algunos de los países que tuvieron que desarrollar sus economías sin la ayuda de nadie más. [...] La prosperidad actual de China se basa en una economía colectiva, no en una economía individualista orientada al mercado.

Una versión atenuada de la apologética maoísta sobrevive hasta nuestros días.

En 2010, **Gregory Benton** y **Lin Chun** publicaron el libro ***Was Mao Really a Monster?***, en el que diecisiete autores intentan "poner las cosas en su lugar" respecto al maoísmo. El libro no se presenta como una defensa de Mao Tse-Tung ni de sus políticas, sino como un mero ejercicio de 'verificación de hechos'. Por supuesto, es perfectamente posible que algunas estimaciones sobre el número de víctimas del maoísmo sean exageradas: la mayoría de los regímenes genocidas no llevan registros meticulosos. Sin embargo, cabe preguntarse si algún académico se habría tomado el mismo trabajo para demostrar que el número de muertes atribuidas a, digamos, Gengis Kan o Atila el Huno, podría no haber sido tan alto como se supone comúnmente.

El libro fue citado favorablemente por **Seumas Milne**, quien sostiene que:

Se ha emprendido una decidida reescritura de la historia [...] que ha buscado retratar a los líderes comunistas del siglo XX como monstruos iguales o incluso peores que Hitler en su perversidad. [...] La más reciente contribución fue la exitosa biografía de Mao publicada el año pasado por **Jung Chang** y **Jon Halliday**, [...] desestimada por los especialistas en China como "mala historia" y "engañosa".

En un episodio del programa ***This Week*** de la BBC, en 2008, la parlamentaria por **Stoke Newington**, **Diane Abbott**, afirmó:

Supongo que algunas personas juzgarían que, en balance, Mao hizo más bien que mal. [...] Llevó a su país desde el feudalismo, ayudó a derrotar a los japoneses y dejó a China al borde [...] del gran éxito económico que están teniendo ahora⁵⁶.

Estas son opiniones minoritarias dentro de la izquierda actual, pero la facilidad con la que tales posturas son toleradas en los círculos socialistas muestra, una vez más, lo ilusoria que resulta la distinción entre el socialismo 'real' y el 'irreal'.

⁵⁶ [This Week](https://www.youtube.com/watch?v=uB4o5n2EG-), BBC, 21 de febrero de 2008 (<https://www.youtube.com/watch?v=uB4o5n2EG->
[vA](#)).

Conclusión

Como en los casos anteriores, el breve resumen de este capítulo no implica que la izquierda occidental, en su conjunto, haya estado dominada por el maoísmo en los años sesenta y principios de los setenta. Las citas anteriores constituyen una selección, no una muestra representativa.

Tampoco la tendencia a justificar dictaduras fue exclusiva de la izquierda. Es bien sabido que, bajo el eufemístico rótulo de *realpolitik*, los gobiernos de derecha también estuvieron dispuestos, en muchas ocasiones, a forjar alianzas con regímenes dictatoriales, siempre que existiera un interés común.

Sin embargo, es perfectamente justo afirmar que el maoísmo tuvo su buena cuota de admiradores prominentes en Occidente. Algunos de los principales pensadores de la izquierda simpatizaban con el maoísmo. Desde finales de los años setenta, el maoísmo ha estado ampliamente asociado con grupos marginales, excéntricos y políticamente irrelevantes; pero eso se debe únicamente a que, para entonces, los intelectuales del establishment ya habían pasado a otras causas, dejando atrás solo a los excéntricos. Antes de eso, el maoísmo *fue* una causa central dentro del pensamiento progresista. La afirmación de que el socialismo maoísta no fue un socialismo 'real' es, en realidad, una fabricación *a posteriori*. Fue socialismo real. Hasta que dejó de serlo.

4. CUBA BAJO FIDEL CASTRO: "EL COMIENZO DE LA CONSTRUCCIÓN DEL HOMBRE NUEVO"

¡Hasta siempre, comandante!

En 1997, la cantante francesa, *Nathalie Cardone*, grabó una versión del antiguo himno revolucionario cubano *Hasta siempre, comandante*. El video musical muestra a la intérprete, armada con

una ametralladora, liderando una banda de campesinos que parecen dirigirse a una rebelión. Poco a poco, más personas se unen hasta formar un verdadero ejército popular. La canción se convirtió en un éxito inmediato en Francia, Bélgica y los Países Bajos.

La iconografía de la revolución cubana hace tiempo que fue absorbida por la moda y la cultura **pop** occidental. En este proceso, ha perdido casi toda relación con Cuba como país real, o con el sistema cubano como modelo político y económico concreto. Hoy, su uso funciona, más bien, como una forma de proyectar una imagen genérica de rebeldía personal.

Una búsqueda rápida en Amazon Reino Unido arroja una lista tan pintoresca como reveladora: un *Che Guevara Cuban Men's Revolutionist Hat*, un paquete de *Che Organic Green Mate*, un *Metal Tin Sign Plaque – Che Guevara 726*, una *billetera unisex Ernesto 'Che' Guevara Revolution*, encendedores, tarjetas de cumpleaños, un collar 'gangster' con cuentas acrílicas y la imagen del Che (aunque personalizable, pudiendo reemplazarse por *Superman*), una *Che Guevara Decal Vinyl Wall Sticker*, llaveros, una funda de *iPhone* estilo *Pop Art*, un bolso reciclado, un neceser de tocador, *mousepads*, mancornas, tazas y, por supuesto, innumerables camisetas, banderas y afiches.

Quizás sea, precisamente, por esta absorción en la cultura del **rebel chic** que Cuba nunca se volvió 'tóxica' en Occidente. En este sentido, Cuba rompe con el patrón de tres etapas descrito en este libro: el período de luna de miel, la fase de excusas y comparaciones (*whataboutery*), y la etapa de repudio retrospectivo. Cuba es el único experimento socialista por el cual muchos comentaristas occidentales conservan hasta hoy una simpatía persistente, aunque su período de luna de miel terminó hace décadas.⁵⁷

El apoyo a Cuba adopta, sin embargo, una forma peculiar. Sus admiradores suelen concentrarse en aspectos del sistema que no son específicamente socialistas. Ya se ha convertido en un cliché afirmar que, aunque los cubanos no son prósperos ni libres en el

57 Por ejemplo, tras la muerte de Fidel Castro, el primer ministro de Canadá, Justin Trudeau, lo calificó como una figura "más grande que la vida misma" y un "revolucionario legendario".

"Si bien fue una figura controvertida, tanto los partidarios como los detractores del señor Castro reconocieron su enorme dedicación y amor por el pueblo cubano, que sentía un profundo y duradero afecto por el Comandante".

Véase Fidel Castro: Justin Trudeau ridiculed over praise of "remarkable leader", *The Guardian*, 27 de noviembre de 2016

(<https://www.theguardian.com/world/2016/nov/27/justin-trudeau-ridiculed-over-praise-of-remarkable-fidel-castro>).

sentido occidental, al menos tienen acceso a la educación y a la salud. Pero eso, por supuesto, no es una característica exclusiva del socialismo. La gran mayoría de los países que se encuentran en el cuartil superior del índice de *Libertad Económica* también garantizan acceso universal a la salud y la educación.

Cuba sigue recibiendo elogios de comentaristas occidentales, pero más como ejemplo de un Estado de bienestar integral que como un modelo socialista en sí. Incluso los defensores más entusiastas rara vez exaltan el socialismo cubano **como tal**. Un ejemplo elocuente es el del exalcalde de Londres, **Ken Livingstone**, quien, tras la muerte de Fidel Castro, lo calificó como “un gigante absoluto del siglo XX” y describió a Cuba como “un faro de luz”.⁵⁸

Livingstone repitió todos los clichés conocidos sobre Cuba, pero ni siquiera él mencionó los rasgos que hacen de su economía una economía socialista. Por ejemplo, no elogió las plantaciones estatales de azúcar ni el sistema de racionamiento de alimentos.

No todos los comentaristas de izquierda comparten el romanticismo cubano. Algunos cuestionan abiertamente las credenciales socialistas del régimen. **Zoe Williams** escribió en *The Guardian*:

Castro fue un autoritario. [...] El pluralismo, la democracia y los derechos universales son los cimientos de la política progresista. Un solo hombre [...] no tiene derecho a gobernar por la fuerza y el decreto. Un grupo oprimido [...] es una opresión contra todos. Una nación, por pequeña que sea, [...] constituye una afrenta tan grande a los principios de la izquierda como cualquier superpotencia dictatorial.⁵⁹

Por su parte, **Owen Jones**, tras un largo rodeo de comparaciones y clichés, reconoció finalmente que: “Cuba [...] es una dictadura. El socialismo sin democracia [...] no es socialismo.”⁶⁰

En resumen: los críticos de izquierda niegan que Cuba sea, o haya

58 Ken Livingstone: Castro was a giant, BBC News, 26 de noviembre de 2016 (<http://www.bbc.co.uk/news/av/world-latin-america-38115935/ken-livingstone-castro-was-a-giant>); Fidel Castro: Ken Livingstone mentions Hitler while defending Cuban leader as “absolute giant of 20th century”, Independent, 26 de noviembre de 2016 (<http://www.independent.co.uk/news/people/fidel-castro-dies-dead-ken-livingstone-hitler-cuba-human-rights-abuses-giant-of-20th-century-a7440536.html>).

59 Forget Fidel Castro's policies. What matters is that he was a dictator, The Guardian, 27 de noviembre de 2016 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/nov/27/fidel-castro-policies-dictator>).

60 My thoughts on Cuba, Medium, 29 de noviembre de 2016 (<https://medium.com/@OwenJones84/my-thoughts-on-cuba-32280774222f>).

sido, socialista; mientras que los defensores de Cuba evitan hablar precisamente de aquello que la hace socialista. Así, dentro del patrón de tres fases, Cuba parece haber quedado atascada de forma permanente entre la segunda y la tercera etapa.

Pero no siempre fue así. En la década de 1960, Cuba se convirtió en un destino predilecto para las peregrinaciones políticas, al igual que la Unión Soviética tres décadas antes y, más o menos por el mismo tiempo, la China de Mao.

Con algunas variaciones de énfasis, los relatos de los peregrinos de Castro resultan sorprendentemente similares a los de los peregrinos de Stalin y Mao. Ellos no veían en Cuba solo un país que ampliaba el acceso a la salud y la educación, sino un nuevo modelo de socialismo: una alternativa tanto al capitalismo occidental como a las versiones de socialismo del Pacto de Varsovia, ya entonces desacreditadas.

La revolución cubana fue un proceso autóctono. No hubo participación ni de la Unión Soviética ni de ningún otro país del bloque socialista. Por tanto, el socialismo cubano no estaba manchado por su asociación con el llamado 'socialismo irreal'. Encarnaba la promesa de un nuevo comienzo. Esta vez, creían muchos, sería diferente.

Los peregrinos de Castro

Distintos visitantes admiraban aspectos diferentes del sistema cubano, pero, nuevamente, emergen algunos aspectos comunes. Varios peregrinos quedaron fascinados por los mítines políticos organizados por el régimen, que interpretaron como estallidos espontáneos de genuina euforia popular. En los relatos de los peregrinos, era precisamente de esa euforia de donde el régimen obtenía su legitimidad. Esta forma de 'democracia callejera' era, en su opinión, mucho más auténtica y vibrante que las variantes occidentales, rígidas y formales.

Un miembro de la Brigada Venceremos, una organización estadounidense de apoyo a Cuba, relató (citado en Hollander 1990: 246):

Aquí la gente está eufórica con sus vidas todo el tiempo. [...] Tanto derroche emocional sin filtros resulta casi insoportable. Empiezo a concebir realmente lo que significa

ser parte de una corriente: que en el proceso de una revolución uno es a la vez muy importante y muy pequeño; estamos hablando de algo más grande que todos nosotros, y eso es la transformación de todo un pueblo [...] el comienzo de la construcción del hombre nuevo.

Waldo Frank, historiador y novelista estadounidense, veía por todas partes "una absoluta locura de fraternidad y entusiasmo" y a "jóvenes hombres y mujeres desbordantes de vitalidad" (ibid.: 246). Esto lo llevó a concluir que "una revolución como la de Castro se alimenta del abrazo directo, casi físico, entre líderes y pueblo" (ibid.: 248).

LeRoi Jones, escritor estadounidense, relató: "En cada pueblo, las multitudes que coreaban. La alegría y el entusiasmo increíbles. La misma idea, y personas embellecidas por ella" (ibid.: 247).

Huey Newton, activista político estadounidense y cofundador del **Partido Pantera Negra**, creía que la revolución había vuelto a la gente más compasiva: "Verdaderamente todos son una familia extendida y se preocupan por el bienestar de los demás [...] Se interesan por la vida de los otros de una manera fraterna" (ibid.: 244-45).

Susan Sontag, escritora y cineasta estadounidense, escribió (ibid.: 245):

Los cubanos saben mucho sobre espontaneidad, alegría, sensualidad y desinhibición. [...] El aumento de energía se debe a que han encontrado un nuevo foco para ella: la comunidad. [...] Quizás lo primero que nota un visitante en Cuba es el enorme nivel de energía. Todavía es común, como lo ha sido durante los diez años de la revolución, que la gente pase noches sin dormir, conversando y trabajando varias veces por semana.

David Caute, novelista, dramaturgo y periodista británico, describió un mitin político al que asistió como "una gigantesca demostración de solidaridad: Los manifestantes están [...] eufóricos, tan felices y orgullosos como los niños en un festival" (ibid.: 246).

Abbot Hoffman, escritor y activista estadounidense, describió un desfile de Año Nuevo (ibid.: 238):

Fidel va sentado en el costado de un tanque que avanza hacia La Habana [...] Las muchachas arrojan flores al tanque y corren a tirar juguetonamente de su barba negra. Él ríe con

alegría [...] Fidel deja caer el fusil al suelo, se da una palmada en el muslo y se pone de pie [...] De inmediato, la multitud se transforma.

Del mismo modo, las actividades de 'voluntariado' organizadas por el Estado también se interpretaban como expresiones espontáneas y autoorganizadas del entusiasmo popular. Angela Davis, directora del Departamento de Estudios Feministas de la Universidad de California, vio "jóvenes y ancianos, orgullosamente vestidos con ropa de trabajo, cantando mientras se dirigían al campo [...] En esos rostros reinaba la serenidad del trabajo con sentido —la pasión del compromiso" (ibid.: 250).

Joseph A. Kahl, profesor de sociología en la Universidad de Cornell, observó (ibid.: 249–50):

Los jóvenes militantes están convencidos de que están construyendo una sociedad superior [...] Hablar con ellos era profundamente conmovedor, especialmente en contraste con el desencanto y el cinismo de muchos de los mejores jóvenes estadounidenses. La juventud cubana no está alienada, ni amargada, ni 'desconectada'.

Muchos peregrinos no veían realmente la economía cubana como 'planificada por el Estado', sino como gestionada colectivamente por los trabajadores y campesinos, impulsada por el entusiasmo de las masas. En esta visión, Cuba no era dirigida por Fidel Castro y su entorno, sino por 'el pueblo', con Castro actuando simplemente como su portavoz.

Julius Lester, escritor estadounidense y profesor de la Universidad de Massachusetts Amherst, escribió (ibid.: 239):

Convertirse en una figura pública en una sociedad revolucionaria significa fundirse con el pueblo de tal modo que, casi sin darse cuenta, ellos se ven reflejados en ti y tú en ellos. Occidente dice que existe un "culto a la personalidad" en torno a las figuras de Mao y Fidel. No es cierto. La conciencia y el compromiso revolucionarios han destruido el ego en Mao y Fidel [...] Mao es China. Fidel es Cuba. China es Mao. Cuba es Fidel.

Otros peregrinos veían a Castro como una figura casi sobrehumana.

Norman Mailer, novelista, periodista, dramaturgo, cineasta y actor estadounidense, le escribió una carta abierta en la que decía (ibid.: 236):

Tú fuiste el primer y más grande héroe que apareció en el mundo desde la Segunda Guerra Mundial [...] Das vida a los mejores y más apasionados hombres y mujeres del planeta; eres la respuesta al argumento [...] de que las revoluciones no pueden durar, que inevitablemente se corrompen o se agotan.

Angela Davis escribió (ibid.: 239):

Al hablar con casi cualquier cubano sobre Fidel, pronto quedaba claro que no lo veían como algo más que una persona extraordinariamente inteligente, excepcionalmente comprometida y de una calidez humana extrema [...] Fidel era su líder, pero, sobre todo, era también su hermano en el sentido más amplio de la palabra.

En una publicación conjunta, Leo Huberman, presidente del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Columbia y coeditor de *Monthly Review*, y Paul Sweezy, economista de Harvard, escribieron (ibid.):

Ante todo, Fidel es un apasionado humanista [...] siente compasión por el sufrimiento humano, odia la injusticia [...] y está totalmente comprometido con la construcción en Cuba de una sociedad en la que los pobres y los desposeídos puedan levantar la cabeza.

René Dumont, agrónomo, sociólogo y político francés, realizó un recorrido guiado junto a Castro y relató (ibid.: 241):

Encuentra un puente en mal estado y ordena repararlo de inmediato. Cincuenta millas más adelante [...] 'Háganse cargo de construir una buena carretera asfaltada aquí'. En otra ocasión [...] 'Háganse cargo de construir una pequeña represa en la zona'. En otro lugar, los cultivos parecen descuidados. 'Quiero una escuela agrícola aquí'.

Frank Mankiewicz, asesor político de Robert F. Kennedy y George McGovern, y presidente de *National Public Radio*, escribió que Castro conocía (ibid.: 242):

la tasa anual de construcción de escuelas, viviendas, fábricas y hospitales. Conocía el número construido y en construcción, las fechas previstas de finalización y los planes de edificación para los próximos cinco o diez años. Conocía el número de estudiantes en cada nivel educativo, el contenido de los programas [...] y las temperaturas mensuales del agua en los puertos pesqueros.

Elizabeth Sutherland, periodista, crítica y editora de arte de *The Nation*, escribió que Castro “parece, ante todo, absolutamente entregado al bienestar de su pueblo –y su pueblo son los pobres, no los ricos. Cuando habla, es como si su propia dedicación y energía se transfirieran directamente a sus oyentes con una fuerza casi física” (ibid.: 238).

No todos los simpatizantes eran tan idealistas. Algunos reconocían el carácter autoritario del sistema, pero pensaban que el derecho a los servicios gratuitos compensaba con creces la falta de libertades ‘negativas’. Joe Nicholson, autor del libro *Inside Cuba*, sostenía que la mayoría de los pobres de América Latina estarían mucho mejor si vivieran en Cuba. Allí (ibid.: 257):

no tendrían garantizadas todas las libertades civiles de una democracia jeffersoniana, pero [...] para los pobres de América Latina, Cuba ofrece una dignidad que ni siquiera grandes sectores de los ciudadanos estadounidenses alcanzan [...] Esa dignidad se compone de los derechos que los cubanos han ganado con su revolución comunista: el derecho a un trabajo decente [...] a una parte equitativa –y adecuada, aunque no todavía generosa– de los alimentos y la ropa racionados, el derecho a una vivienda económica.

El castrismo tuvo, sin embargo, un problema de relaciones públicas que nunca logró resolver: el éxodo constante de personas desde el Estado del Pueblo. La primera ola migratoria, en la que alrededor de un cuarto de millón de cubanos se trasladaron a Estados Unidos (Duany 2017), no fue un problema para los simpatizantes occidentales de Cuba. Aquellos emigrantes eran, en su mayoría, miembros de las clases media y alta, por lo que desde una perspectiva socialista no formaban realmente parte del pueblo. Pero en la segunda mitad de la década de 1960, la composición social de la comunidad cubana en el exilio cambió radicalmente, al comenzar a llegar en masa obreros y campesinos. Ya no era posible afirmar que todos eran simplemente

compinches de Batista o grandes terratenientes expropiados.

Al mismo tiempo, Cuba fortaleció sus vínculos con la Unión Soviética, Alemania Oriental y otros países del Pacto de Varsovia. Cuando las tropas soviéticas invadieron Checoslovaquia en 1968 para aplastar la Primavera de Praga, Castro se alineó firmemente con Moscú, describiendo a los manifestantes checos como "agentes y espías proyanquis, enemigos del socialismo, agentes de Alemania Occidental [...] chusma fascista y reaccionaria"⁶¹.

Se suponía que Cuba era diferente. Pero la distinción entre el 'buen' y el 'mal' tipo de socialismo comenzó a desdibujarse. La edad dorada de la inocencia (aparente) llegaba a su fin.

Cuba entró en la etapa dos: el período del *whataboutery*, la relativización, los falsos contrafactuales y el énfasis en los supuestos motivos de los críticos del régimen. Por ejemplo, los apologistas de Castro siempre han comparado su régimen con la dictadura de siete años que lo precedió, ignorando el largo período de republicanismo cubano anterior. Como extensión de ello, siempre han vinculado implícitamente a los críticos de Castro con el régimen de Batista, incluso décadas después de la muerte de este.

Por ejemplo, en 1991, Jeremy Corbyn, actual líder de la oposición británica, dijo:

Hasta 1959 [...] Cuba era un lugar cuya cultura e identidad eran negadas por la peor forma de economía de mercado. [...] La revolución de 1959 fue un movimiento completamente popular. Castro no la hizo solo [...] Lo hizo con [...] cientos de miles de personas dispuestas a participar [...]

La elección que enfrenta ahora Cuba es capitular ante los gánsteres de Miami que quieren apoderarse y destruir los logros de la revolución, o seguir adelante para construir la mejor forma de socialismo que pueda lograrse en Cuba. Los sectores de la izquierda que atacan hoy a Cuba con todos los problemas que enfrenta no son, francamente, de mucha ayuda⁶².

No está del todo claro quiénes eran los 'gánsteres de Miami', pero ya en ese momento debía de haber una comunidad de exiliados cubanos

61 Castro Speech Database, Latin American Network Information Center (LANIC), University of Texas at Austin (<https://web.archive.org/web/20120402043602/http://lanic.utexas.edu/project/castro/db/1968/19680824.html>).

62 Where do we go from here?, Morning Star, 24 de septiembre de 1991.

de casi un millón de personas en Florida. No todos podían haber sido esbirros del antiguo dictador, muerto hacía casi dos décadas. Pero este es, como hemos visto en capítulos anteriores, el tipo de retórica que caracteriza la segunda etapa.

¿Por qué Cuba es diferente?

El entusiasmo por Cuba alcanzó su punto máximo en los años inmediatamente posteriores a la revolución, cuando el socialismo cubano se percibía como un modelo nuevo y diferente de socialismo. Aquella euforia inicial no duró mucho. Pero, como se mencionó antes, Cuba es el único ejemplo de un país socialista que nunca entró plenamente en la etapa del '**no era socialismo real**', es decir, la fase de negación retroactiva. El apoyo a Cuba pasó de ser eufórico a tibio, y se concentró cada vez más en aspectos como la salud y la educación, más que en el socialismo en sí mismo. Sin embargo, el país quedó permanentemente atascado en algún punto intermedio entre la segunda y la tercera etapa. No sabemos con exactitud qué explica esta diferencia, pero existen varias explicaciones plausibles que, combinadas, ofrecen una respuesta razonable.

En primer lugar, y de manera bastante evidente, el régimen cubano nunca fue tan atroz como los regímenes estalinista o maoísta. El régimen cubano es dictatorial y represivo, pero no genocida. La sección correspondiente en *El libro negro del comunismo* parece una versión suavizada del estalinismo o del maoísmo. Hubo ejecuciones sumarias, purgas, detenciones extrajudiciales, una extensa red de policía secreta y todo lo demás, pero la escala fue mucho menor y los detalles, menos horribles. En lo que respecta al socialismo, el régimen cubano está lejos de ser el peor.

En segundo lugar, y quizás lo más importante, Cuba siempre se ha comparado (al menos implícitamente) con contrafactuales menos ambiciosos que otros sistemas socialistas. Alemania Oriental era mucho más avanzada, económica y tecnológicamente, que Cuba, pero se la comparaba con Alemania Occidental, y en esa comparación salía muy mal parada. Cuba, en cambio, forma parte de una región del mundo en la que, durante buena parte del siglo XX, la pobreza, el subdesarrollo, los regímenes dictatoriales y los pésimos históricos en derechos humanos eran la norma, no la excepción. Esto ha cambiado desde entonces: la mayoría de los países latinoamericanos y caribeños son hoy democracias de ingresos medios, y muchos han

logrado importantes avances en la reducción de la pobreza (*véase Our World in Data*, 2017). Sin embargo, Cuba suele compararse con los países más pobres de la región, y no con los casos relativamente exitosos, como Chile o Costa Rica.⁶³

En tercer lugar, los revolucionarios cubanos pudieron recoger varios frutos al alcance de la mano. Para los estándares regionales, Cuba ya era un país relativamente desarrollado en el momento de la revolución, y estaba muy por delante en cuanto a indicadores sociales. La esperanza de vida al nacer superaba en ocho años el promedio de América Latina y el Caribe, mientras que la mortalidad infantil era apenas una tercera parte del promedio regional (Tupy 2016). Cuba ya tenía una tasa de alfabetización de adultos cercana al 80 %, una de las más altas de la región (Roser y Ortiz-Ospina 2017). Tales indicadores ya venían mejorando antes de la revolución y continuaron mejorando después; pero los simpatizantes occidentales pudieron atribuir todos los avances posteriores al gobierno de Castro.

En cuarto lugar, la persistencia del embargo comercial de Estados Unidos contra Cuba proporcionó, no solo al gobierno cubano sino también a sus simpatizantes en Occidente, una excusa conveniente para el subdesarrollo económico del país. Hay un grano de verdad en ello: si los aranceles y las cuotas de importación reducen la prosperidad —como prácticamente todo economista confirmaría—, entonces, lógicamente, un embargo total también debe hacerlo.

Sin embargo, el aislamiento de Cuba es, en gran medida, autoimpuesto. En los círculos de extrema izquierda sigue siendo común referirse al embargo estadounidense como el '**bloqueo**' a Cuba, como si Estados Unidos impidiera a la isla comerciar con terceros países. No es, por supuesto, un bloqueo. Cuba siempre ha tenido la opción de desarrollar vínculos comerciales más amplios con, por ejemplo, Canadá, la Unión Europea, México o Brasil, tal como lo han hecho otros países de la región. Pero el régimen cubano ha optado por no hacerlo. Cuba no comercia mucho con nadie (Comisión Europea 2017). Además, el embargo estadounidense no es absoluto: en términos de importaciones de bienes, Estados Unidos sigue siendo el séptimo socio comercial más importante de Cuba (ibid.).

Y, sin embargo, las excusas para los fracasos del socialismo que suellen presentarse en la segunda etapa no necesitan ser verosímiles;

63 Véase, por ejemplo: Caribbean communism v capitalism, The Guardian, 22 de enero de 2010 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/cifamerica/2010/jan/22/cuba-communism-human-rights>).

basta con que sean ampliamente creídas.

En conjunto, estos factores podrían explicar por qué Cuba nunca completó del todo la transición de la segunda etapa (la de las excusas y el *whataboutery*) a la tercera (la de la negación retroactiva). Pero los románticos de Cuba de hoy tienen poco en común con los peregrinos cubanos de los años sesenta. Aquellos veían a Cuba no solo como un país que buscaba ampliar el acceso a la salud y la educación, sino como un modelo de una nueva sociedad socialista.

5. COREA DEL NORTE BAJO KIM IL SUNG: "UN MESÍAS MÁS QUE UN DICTADOR"

El socialismo norcoreano

La división de Corea en un Sur de orientación capitalista (la República de Corea) y un Norte socialista (la República Popular Democrática de Corea) representa un experimento económico natural. Las cifras fiables sobre la RPDC son difíciles de obtener, pero lo que se sabe basta para dar el asunto por zanjado. En términos per cápita, Corea del Sur es más de veinte veces más rica que Corea del Norte (CIA *World Factbook*, 2017). La RPDC sufrió hambrunas severas tan recientemente como en la década de 1990, y sin la ayuda humanitaria proveniente de Corea del Sur y de países occidentales, probablemente seguiría padeciéndolas. En promedio, los surcoreanos viven unos doce años más que los norcoreanos (*Our World In Data*, 2017). Corea del Sur es una democracia relativamente liberal, mientras que Corea del Norte es un Estado estalinista militarizado, con campos de trabajo forzado y una extensa red de policía secreta. Cada año, miles de norcoreanos arriesgan sus vidas tratando de escapar.

Por tanto, no es de extrañar que casi ningún izquierdista occidental moderado quiera hoy asociarse con ese sistema. Pero la situación no siempre fue tan clara. Antes de la división en la década de 1940, el norte de Corea estaba más industrializado que el sur, y este último solo lo superó hacia mediados de los años setenta (Young 1995: 6). Incluso entonces, el aumento de prosperidad del sur no condujo de inmediato a la democratización ni a una mejora en el respeto de las libertades civiles y los derechos humanos. Corea del Sur siguió siendo una dictadura militar hasta finales de los años ochenta.

La RPDC nunca contó con un apoyo masivo entre la izquierda occidental. Sin embargo, llegó a tener algunos admiradores de cierto renombre y atrajo pequeñas peregrinaciones. En su momento, algunos la alabaron como un paraíso terrenal en construcción. Cualitativamente, la 'Kim-Il-Sung-manía' fue indistinguible de la 'Stalin-manía', la 'Mao-manía' o la 'Castro-manía'. La diferencia fue únicamente de escala.

Los peregrinos de Kim Il Sung

En 1964, la economista de Cambridge Joan Robinson, una de las principales figuras de la Escuela de Economía de Cambridge, realizó una peregrinación a Corea del Norte y resumió sus observaciones en el ensayo *Korean Miracle*. Robinson (1965) describió la versión norcoreana del socialismo como una historia de éxito social y económico sin atenuantes, impulsada por el entusiasmo del pueblo. Tras citar diversas cifras oficiales sobre producción industrial y agrícola, concluyó que "todos los milagros económicos del mundo posterior a la guerra quedan eclipsados por estos logros" (ibid.: 542).

Los logros sociales del país eran, en su relato, aún más impresionantes. Pyongyang era "una ciudad sin barrios pobres" (ibid.: 541) y Corea del Norte, "una nación sin pobreza" (ibid.: 542). Según ella, existía un sistema de bienestar desde la cuna hasta la tumba, mucho más amplio que cualquier equivalente occidental (ibid.: 542-45):

Ya existe educación universal [...] Hay numerosas guarderías y jardines infantiles, todos gratuitos. Hay un sistema completo de seguridad social [...] El servicio médico es gratuito. [...] En todas las empresas hay jornada laboral de ocho horas, con una hora de descanso para el almuerzo [...] El gerente general de una empresa es responsable del conjunto habitacional donde viven los trabajadores, las guarderías y los abastecimientos de las tiendas, de modo que nadie debe preocuparse por los asuntos del hogar.

¿De dónde provenía este milagro económico y social? Según Robinson, de un proceso colaborativo y participativo de planificación económica (ibid.: 544):

Los trabajadores son consultados por la dirección cuando se elabora el Plan y se los anima a hacer sugerencias sobre

los métodos de trabajo. Gracias a esto, se logran aumentos sorprendentes de productividad. Una acería con hornos de capacidad nominal de 60 mil toneladas producía en realidad 40 mil. El primer ministro vino a dar 'orientación in situ' y dijo a los trabajadores que la nación necesitaba 90 mil toneladas. Los obreros y técnicos decidieron que era posible y se comprometieron públicamente a cumplir la meta. En realidad produjeron 120 mil toneladas.

Robinson admitió que, para un observador occidental, Corea del Norte podría parecer una dictadura, pero sostuvo que en realidad Kim Il Sung era más bien una figura paternal benevolente, una especie de guía espiritual (ibid.: 548-49):

Los signos externos de un 'culto' son muy notorios: fotografías, nombres de calles, niños en las guarderías cantando himnos al amado líder. Pero el primer ministro Kim Il Sung parece funcionar más como un mesías que como un dictador [...] Visita cada fábrica y cada distrito rural para dar "consultas en el terreno" y resolver sus problemas. Va a un hospital para decir que la vida de los médicos y enfermeras debe estar dedicada al bienestar de los pacientes, y ese pensamiento inspira su trabajo diario.

La autora también elogió el aislamiento económico del país (ibid.: 548):

Su política de autosuficiencia tiene también ventajas económicas [...] El equipo importado, junto con el conocimiento extranjero, inspira reverencia y no ayuda a librarse de la mentalidad colonial.

En su versión de los hechos, era Corea del Sur la que debía esforzarse para evitar que su gente emigrara al Norte (ibid.: 549):

Se toman grandes precauciones para mantener a los sureños en la oscuridad. La línea de demarcación está vigilada exclusivamente por tropas estadounidenses, hasta los limpiadores, con una franja vacía detrás. Ningún ojo del Sur puede permitirse una ojeada hacia el Norte.

Robinson concluyó con una predicción que no envejeció bien: "A medida que el Norte continúa desarrollándose y el Sur degenerando, tarde o temprano el telón de mentiras debe comenzar a rasgarse"

(ibid.).

En Estados Unidos, el Partido Pantera Negra (BPP), la rama socialista del movimiento por los derechos civiles, se convirtió en el mayor defensor de la RPDC. Como explica el **Wilson Center** (2013: 1):

Aunque otros grupos de izquierda estadounidenses se sintieron atraídos por Corea del Norte durante los 'largos años sesenta', el BPP estableció quizá la conexión más firme con los norcoreanos. Los vínculos de la RPDC con la izquierda radical estadounidense eran bien conocidos [...] La izquierda radical estadounidense veía a Pyongyang como una alternativa importante frente a Moscú y Pekín.

Eldridge Cleaver, portavoz del BPP y excandidato presidencial del **Peace and Freedom Party**, visitó la RPDC varias veces. Tras una peregrinación en 1970, escribió (ibid.: 11–12):

Aquí, en Corea, hemos encontrado un pueblo que ha puesto los cimientos del comunismo y que ahora se apresura [...] a transformar su sociedad en un paraíso terrenal. [...] Contaremos al pueblo estadounidense las gloriosas victorias de la revolución socialista, la milagrosa construcción económica que ha edificado un paraíso [...] Ningún otro pueblo en la historia del mundo ha sido capaz de lograr resultados tan fantásticos en todas las áreas de la economía al mismo tiempo [...]. Los trabajadores del mundo tienen mucho que envidiar en la vida del pueblo trabajador de la República Popular Democrática de Corea.

Un año después, Cleaver envió una carta abierta a Kim Il Sung celebrando el 23º aniversario de la fundación de la RPDC (Cleaver 1971: 1–2):

Los pasos milagrosos que ha dado la revolución coreana al construir una nación poderosa, con su economía, cultura, política y sistema social firmemente en manos del pueblo coreano y dedicados a servir sus necesidades, constituyen una brillante inspiración para los pueblos que aún luchan por las libertades democráticas. Los largos y oscuros ayeres [...] han dado fruto hoy en la maravillosa vida de la República Popular Democrática de Corea. [...] Hoy, la RPDC muestra al mundo la superioridad del sistema socialista.

Fred J. Carrier, profesor de historia en la Universidad Villanova (Pensilvania), también realizó varias peregrinaciones a Corea del Norte en la década de 1970 y resumió sus hallazgos en el libro *North Korean Journey: The Revolution Against Colonialism*.

Al igual que Robinson, Carrier veía a Corea del Norte como una gran historia de éxito económico: "La Corea socialista es capaz de producir su propia industria pesada en los campos que elija [...] el éxito de Corea en este sentido es asombroso" (Carrier 1975: 31). Según él, el país poseía una "capacidad industrial y una habilidad técnica que solo unas pocas docenas de países en el mundo podrían exhibir" (ibid.: 34).

También destacaba los avances en vivienda pública (ibid.: 78, 83):

Los luminosos nuevos apartamentos de gran altura que abundan en Pyongyang, Hamhung y en todas partes [...] ofrecen una vida confortable, con calefacción central, agua corriente y electricidad, todo a un costo que equivale a aproximadamente el tres por ciento del ingreso familiar. [...] En la Corea socialista, las masas están tan bien alojadas como cualquier pueblo de Asia, y mucho mejor que la mayoría. Si a ello se suman las condiciones sociales que conforman el entorno en su conjunto —la ausencia de algo que se asemeje a una cultura de gueto caracterizada por privación cultural, delincuencia, drogadicción y abuso sexual—, entonces los apartamentos de Pyongyang ofrecen un nivel de vida mejor que el de amplias zonas de ciudades estadounidenses como Nueva York o Filadelfia.

Lo mismo ocurre en el ámbito de la nutrición: "el hambre ha sido erradicada en todo el país. [...] El hambre acecha al Tercer Mundo. Pero no a la Corea socialista" (ibid.: 82–83).

Puede que los norcoreanos no sean ricos según los estándares occidentales, pero esto no representa un problema en una sociedad que no ha sido contaminada por el consumismo occidental (ibid.: 83–84):

En toda la República Popular [...] se percibe la sensación de una sociedad decente, en la que prevalece la igualdad de bienes, servicios y oportunidades. [...] Todos disfrutan de cierta riqueza de vida. Las tiendas no rebosan de lujos,

pero hay abundancia de buenos alimentos y todos en el país están decentemente vestidos. Los coreanos no han sido condicionados para concebirse a sí mismos como consumidores cuya vida se mide por la cantidad, la novedad o el costo de sus adquisiciones. Cabe esperar que sus valores colectivos los protejan de semejante destino.

¿Cuál era la fuente del éxito de la RPDC? Según Carrier (ibid.: 33–34):

En el corazón del proceso hay un pueblo trabajador, dispuesto a laborar largas horas no por coacción, sino por dedicación a la revolución socialista. [...] La moral de los trabajadores [...] emana de una revolución cultural que es central para el socialismo. Los trabajadores deben [...] preocuparse por los planes económicos de su país, apoyar esos objetivos y contribuir tanto al esfuerzo físico como político para cumplirlos. Mantener tal moral [...] solo puede lograrse mediante una estrecha relación entre el pueblo y el Estado. El Estado no puede actuar separado del pueblo, ni los planes serían más que cifras vacías si los trabajadores no los respaldaran en la práctica.

Para Carrier, la RPDC era lo opuesto a una dictadura. Era una "democracia campesina" (ibid.: 107) y una "sociedad de trabajadores" (ibid.: 73): "los dueños de la revolución son las masas del pueblo" (ibid.: 96). Corea del Norte avanzaba, según él, hacia "una sociedad verdaderamente democrática, en el sentido último de la palabra: una democracia económica y social que solo puede surgir del fin del dominio de clase" (ibid.: 84–85).

Los pilares básicos de esta democracia desde abajo eran las cooperativas de trabajadores. Carrier visitó una de ellas y explicó (ibid.: 70):

Las decisiones importantes se toman en asambleas generales de todos los hombres y mujeres mayores de 18 años. Por primera vez en sus vidas, los campesinos toman decisiones que afectan a más que un **chongbo** [una parcela de tierra]. ¿Qué debe sembrar la cooperativa? ¿Qué proporción de sus ingresos debe destinarse a fondos sociales o a nueva maquinaria? ¿Quién debe integrar el Comité de Dirección? ¿Qué trato debe darse a quien no cumpla con su trabajo?

Carrier contrastó los logros de Corea del Norte con las “penurias sufridas por las masas de surcoreanos” (ibid.: 100). Pero era optimista en cuanto a que Corea del Norte serviría de ejemplo (ibid.: 118):

El pueblo del sur de Corea no puede dejar de sentirse conmovido por una visión semejante; sus sentimientos revolucionarios se reavivarán y fortalecerán. La victoria de las fuerzas revolucionarias en Vietnam y Camboya ha alentado un resurgimiento de la lucha de liberación en Corea del Sur.

La versión norcoreana del socialismo, en opinión de Carrier, era un modelo no solo para Corea del Sur, sino también para el resto del mundo (ibid.: 47):

La República Popular de Corea contrasta de forma marcada con gran parte del Tercer Mundo, pues ha iniciado una revolución cultural democrática que beneficia a todo el pueblo. Se ha abierto la puerta hacia un futuro mundo socialista.

En la década de 1980, la novelista alemana, Luise Rinser, candidata presidencial del Partido Verde en 1984, viajó varias veces a Corea del Norte y describió sus impresiones en el libro *Nordkoreanisches Reisetagebuch (Diario de viaje norcoreano)*. Si se sustituyeran los nombres ‘Kim Il Sung’ por ‘Stalin’ o ‘Mao’, y ‘Corea del Norte’ por ‘la URSS’ o ‘China’, su *Reisetagebuch* se leería como un relato clásico de peregrinaje de las olas anteriores.

Corea del Norte aparece descrita como un país donde todo pertenece al pueblo, y donde el pueblo administra conjuntamente la economía en un esfuerzo colectivo. Según Rinser, estas estructuras económicas daban lugar a una sociedad caracterizada por una armonía general, en la que los conflictos sociales, el crimen y el descontento prácticamente habían desaparecido.

Rinser quedó impresionada por los logros sociales del país en distintos ámbitos, como la vivienda pública (Rinser 1986; traducción propia):

Donde hace dos años había un grupo de edificios de posguerra construidos apresuradamente, ahora hay un nuevo barrio entero de edificios altos con apartamentos modernos [...] Vi algunos de esos apartamentos, son de tal

calidad que uno desearía que todos los trabajadores del mundo pudieran vivir así. Y en verdad son, en su mayoría, trabajadores quienes viven aquí [...] ¿Y los alquileres de las nuevas viviendas, son altos? ¿Alquileres? Aquí en Corea del Norte nadie paga alquiler, las casas pertenecen al pueblo [...] No existe la especulación con la tierra o los bienes raíces, y nadie teme ser desalojado de su vivienda: esto crea una sensación de tranquila seguridad y comodidad, como todo aquí parece orientado a crear esa comodidad.

También quedó impresionada por el sistema de salud y las políticas de salud pública del país (ibid.):

Hay muchas facultades de medicina. [...] ¿Quién paga a los médicos? El Estado, naturalmente. [...] He notado lo sanas y radiantes que lucen las personas. [...] Los jóvenes, y sobre todo los niños, rebosan salud y ganas de vivir. Por supuesto: ejercicio y danza desde una edad temprana, nada de drogas, nada de alcohol, alimentación sana y sin contaminantes, sin medicamentos durante el embarazo, supervisión médica constante y una vida comunitaria amable; todo esto genera armonía interior, que se refleja en una buena salud física y mental.

En la versión de Rinser, los niños de Corea del Norte son 'los pequeños reyes del país' (ibid.):

Los niños aquí viven bien. No podrían estar mejor. Tienen sus médicos, sus exámenes, sus cuidadores, sus maestros de jardín de infancia capacitados. Una enorme cantidad de personal. [...] ¡Ah, ser un niño en Corea del Norte!

Su descripción del sistema judicial norcoreano, que presenta como humano y orientado a la rehabilitación, recuerda a los relatos de los peregrinos de Stalin y Mao, que romantizaban los Gulags y los Lao-gai. Después de visitar una prisión, escribió (ibid.):

No se asemeja a mi concepto occidental de una 'prisión'. No hay muros, ni torres de vigilancia, ni alambres de púas, ni barrotes en las ventanas. [...] La condena máxima legal es de un año, pero depende de cada preso cuándo será liberado. [...] Pienso en mi propio tiempo en prisión, bajo Hitler, pero también en todos los reclusos de las cárceles de

Alemania Occidental, y pienso en Stammheim⁶⁴. ¿Y la prensa occidental llama dictadura siniestra a Corea del Norte? [...] Noto que los guardias y el director están desarmados. ¿Para qué necesitarían un arma? ¿Por si un preso intenta escapar? Pero nadie intenta escapar. Todos expían su culpa con comprensión. [...] Así es una prisión norcoreana. ¿Por qué una prisión alemana [...] o una prisión en cualquier otro país no podría ser así? ¿Por qué? Porque [...] ningún otro país vive en este espíritu de comunidad.

En el libro se pueden encontrar algunos pensamientos críticos, pero de inmediato son descartados o relativizados mediante una diatriba contra los males del mundo occidental. Por ejemplo (ibid.):

¿No hay acaso una forma constante y sutil de lavado de cerebro aquí?

Pero, ¿dónde no ocurre eso? Solo difieren los contenidos. Nosotros, en Occidente, somos adoctrinados con el dogma del progreso, con la idea de atribuir gran valor a las posesiones materiales, [...] con los peligros del [...] socialismo [...] Es aquí [en Corea del Norte] donde me doy cuenta de lo programados que estamos.

¿Qué explica el éxito de Corea del Norte? Al igual que Robinson, Rinser creía que la economía norcoreana no estaba planificada centralmente, sino de manera colaborativa (ibid.):

Es realmente cierto, lo experimento: el presidente no gobierna desde su escritorio, sale al encuentro del pueblo, da y recibe consejos desde la base. Lo que luego se elabora como plan oficial en Pyongyang es el resultado de las consultas de Kim Il Sung con expertos y trabajadores.

En Corea del Norte, las personas no trabajan para sí mismas, sino para la comunidad (ibid.):

La comprensión de que todo pertenece a todos es verdaderamente abrumadora; y la experiencia de que el dinero real-

64 Stammheim es la prisión donde fueron recluidos, en la década de 1970, los líderes del grupo terrorista Fracción del Ejército Rojo (RAF). Dado que su retórica era de izquierda y anticapitalista, los terroristas de la RAF contaron, en ese entonces, con una considerable simpatía entre los intelectuales de Alemania Occidental, incluida la propia Rinser (véase Fleischhauer 2009: 236–247). Los miembros del grupo cultivaron cuidadosamente la imagen de haber sido 'maltratados' en Stammheim, y cuando finalmente se suicidaron, organizaron todo de manera que pareciera un asesinato. Todo esto fue posteriormente desmentido, pero durante un tiempo los terroristas de la RAF mantuvieron un estatus de mártires entre la intelectualidad alemana occidental (ibid.).

mente no tiene papel alguno deja en evidencia al occidental, que hace todo solo por dinero, porque no sabe por qué otra cosa luchar.

Rinser no puede evitar sentirse algo perturbada por el culto a la personalidad en torno a Kim Il Sung, pero logra reconciliarlo con su idea de un país gobernado por 'el pueblo' (ibid.):

Finalmente he comprendido de qué se trata todo esto. [...] Para el pueblo, este hombre es mucho más que una figura individual: es el Yo Superior [*Über-Ich* en el original] del pueblo en su conjunto. En él, el pueblo se reconoce y se honra a sí mismo. Es la personificación del alma de Corea. El culto parece centrarse en su persona, pero en realidad trata del pueblo entero, de la idea que él representa.

De este modo, el culto al líder se convierte en un 'culto del pueblo', en el que el pueblo, en realidad, se celebra a sí mismo.

Rinser contrastaba repetidamente el 'socialismo real' de Corea del Norte con el 'socialismo irreal' de Alemania Oriental y la Unión Soviética. Creía que el socialismo norcoreano estaba ganando popularidad en el mundo (ibid.):

Delegaciones de distintos países, tanto capitalistas como socialistas, vienen [a Corea del Norte] a estudiar los problemas económicos y la ideología Juche. En algunos países, como Austria, las universidades ya tienen institutos para el estudio de la ideología Juche.

En el libro de Rinser, este creciente interés era la verdadera razón de la indiferencia o la hostilidad de los gobiernos occidentales hacia Corea del Norte. Temían que pudiera convertirse en una amenaza por el ejemplo: "Que Estados Unidos [...] declare a Corea del Norte territorio prohibido [...] demuestra el papel que asigna a este pequeño país al final del mundo: podría despertar el gusto por una nueva forma de socialismo" (ibid.).

Vestigios actuales de la apología norcoreana

El entusiasmo ingenuo a favor de la RPDC expresado por Robinson, Cleaver, Carrier y Rinser no ha desaparecido por completo. Hoy en día, la Asociación de Amistad con Corea (KFA, por sus siglas en inglés),

una organización pro-RPDC, cuenta con unos 17.000 miembros en todo el mundo⁶⁵, con filiales en Estados Unidos, Canadá y la mayoría de los países de Europa Occidental⁶⁶. Los admiradores de Corea del Norte tienen su propia jerga interna: por ejemplo, siempre escriben 'south Korea' con una 's' minúscula, y se refieren al país del norte como 'People's Korea' o por su nombre oficial. Sin embargo, los aficionados a Corea del Norte pueden descartarse, sin problema, como grupos marginales irrelevantes, sin ningún impacto perceptible en la izquierda dominante.

El caso más cercano a un apologista de la RPDC dentro del ámbito académico actual es Bruce Cumings, exdirector del Departamento de Historia de la Universidad de Chicago y miembro de la Academia Estadounidense de Artes y Ciencias, a quien se ha descrito como 'el principal historiador de la izquierda sobre Corea'⁶⁷.

Su libro *North Korea: Another Country* no está al nivel de los relatos antes mencionados. Cumings no presenta a Corea del Norte como un paraíso terrenal. Declara: "No tengo ninguna simpatía por el Norte, que es el autor de la mayoría de sus propios problemas", y "¿Tiene Corea del Norte prisioneros políticos? Por supuesto que sí, al menos 100.000" (Cumings 2004)⁶⁸. Su propósito declarado no es glorificar al país, sino ofrecer un relato más 'equilibrado' y 'matizado'.

Esto podría parecer inocuo, pero el libro ilustra bien la llamada **falacia del término medio** o **falacia de la equidistancia**: el error lógico que supone que una postura clara nunca puede ser correcta, y que la verdad debe encontrarse, siempre, en un punto intermedio entre dos posiciones opuestas.

Esta falacia suele apoyarse en la insinuación de que tener una opinión firme es algo vulgar o poco sofisticado, mientras que mantener una posición intermedia es signo de refinamiento intelectual. El libro de Cumings no es una excepción. Con frecuencia, empieza citando reportajes negativos sobre Corea del Norte en los medios estadounidenses, que, como era de esperarse, suelen ser

65 Correspondencia personal por correo electrónico entre el autor y un delegado de la KFA. La revista *The Diplomat* estimó la cifra en 15.000 miembros en 2014. Véase: *The Westerners who love North Korea*, *The Diplomat*, 25 de febrero de 2014 (<http://thediplomat.com/2014/02/the-westerners-who-love-north-korea/>).

66 Organización, Korean Friendship Association (<http://www.korea-dpr.com/organization.html>).

67 El historiador que defiende a Corea del Norte, History News Network, Columbian College of Arts and Sciences, Universidad George Washington (<http://historynewsnetwork.org/article/2742>).

68 Este libro ha sido consultado a través de Amazon Kindle. Por lo tanto, no se dispone de números de página.

sensacionalistas y poco documentados. De este modo, Cumings se provee de blancos fáciles que puede refutar con facilidad, creando la impresión de que las críticas fuertes al régimen norcoreano solo pueden provenir de la ignorancia.

Luego contrapone esas críticas con afirmaciones positivas sobre la RPDC, aunque rara vez las hace suyas. Prefiere escudarse tras las palabras de otros, citando o resumiendo sus declaraciones favorables, sin aprobarlas abiertamente ni rebatirlas.

Por ejemplo, resume el trabajo de Erik Cornell, diplomático sueco que visitó Corea del Norte en las décadas de 1970 y 1980:

El embajador Cornell [...] representa hábilmente los logros del régimen en la rápida industrialización, [...] la provisión gratuita de atención médica y educación para todos [...] y la ausencia de la pobreza generalizada y la falta de vivienda visibles en la República de Corea.

También menciona un libro de Andrew Holloway, traductor inglés que vivió en Corea del Norte en los años ochenta (ibid.):

Hasta que las cosas se desmoronaron en la década de 1990, la honestidad era la norma [...] El crimen era inexistente [...] No había miseria ni mendicidad [...] 'El norcoreano promedio llevaba una vida increíblemente sencilla y trabajadora, pero también segura y feliz, y la camaradería entre estas personas tan colectivizadas resultaba conmovedora de contemplar'.

Asimismo, cita al periodista estadounidense, Bernard Krishner, quien "también se mostró asombrado por el éxito del liderazgo en cultivar un espíritu de esfuerzo comunitario; comparó al Norte con "un gran kibutz" (ibid.).

Según Cumings, no solo los visitantes occidentales encontraban aspectos admirables en la RPDC (ibid.):

Un gran y creciente número de jóvenes surcoreanos [...] encuentra atractivo el principio de la autosuficiencia y el fuerte antiimperialismo del Norte. La Federación Juvenil de Corea [...] la principal organización de las manifestaciones estudiantiles [...] suscribe muchos de los principios centrales de la ideología norcoreana. [...] Mientras tanto, novelistas prominentes [...] retratan al Norte como un lugar sin corrupción, puro, sencillo y bucólico [...].

Cuando habla con sus propias palabras, Cumings sigue refiriéndose a “los diversos logros de este régimen: el cuidado compasivo de los niños [...], el ‘cambio radical’ en la posición de la mujer, la vivienda verdaderamente gratuita, la atención médica gratuita y la medicina preventiva”. Cumings trata de sembrar dudas sobre los testimonios de los desertores:

Un famoso desertor, Kim Sinjo [...] fue una fuente versátil de propaganda exagerada e inflamatoria sobre el Norte, además de un alcohólico conocido. Más tarde intentó volver a desertar hacia el Norte.

Reconoce la existencia de campos de prisioneros semejantes a los Gulags, pero recurre al habitual *whataboutery* y a las falsas equivalencias (ibid.):

Nosotros [en Estados Unidos] tenemos un gulag permanente, interminable, lleno de hombres negros en nuestras prisiones, que encierra hasta el 25 % de todos los jóvenes afroamericanos. Esto no excusa al Estado policial de Corea del Norte, pero quizá sugiere que los estadounidenses deberíamos hacer algo con las patologías de nuestras ciudades antes de señalar con el dedo a otros.

En la misma línea, acusa a quienes trabajan en el ámbito de los derechos humanos de:

Mirar hacia un lado y condenar a los comunistas, mientras ignoran el comportamiento reprobable de nuestros aliados, es decir, el apoyo de Estados Unidos a dictadores que hacen que Kim Jong Il parezca ilustrado (por ejemplo, los saudíes).

Y recurre al relativismo típico de esta postura:

¿Promueve este sistema la libertad humana? No, desde el punto de vista de un liberal. Pero desde una perspectiva coreana, donde la libertad también se define como [...] la libertad de la nación coreana [...] los juicios vitriólicos no fluyen con tanta facilidad. [...] Existe una libertad innegable en Corea del Norte: la libertad de ser coreano.

En 2013, Gareth Morgan, economista, empresario y político neozelandés, viajó a Corea del Norte y afirmó que “la visión exagerada y distorsionada que Occidente tiene de Corea del Norte es

completamente errónea". Morgan encontró

un pueblo pobre, sí, pero maravillosamente comprometido, bien vestido, plenamente empleado y bien informado [...]. Lo que Corea del Norte ha logrado económicamente, pese a su falta de acceso a capital internacional, ha sido magnífico⁶⁹.

En 2017, Carla Stea, analista geopolítica del *Center for Research on Globalization* y corresponsal ante la sede de las Naciones Unidas, realizó una peregrinación a Corea del Norte. La describió como "un ejemplo exitoso de sistema socialista" y "un paraíso para los niños, que brinda atención médica y educación de primer nivel, de forma gratuita":⁷⁰

Es difícil, si no imposible, expresar con palabras —o incluso con fotografías— los logros absolutamente sobrecogedores del pueblo y el gobierno de Corea del Norte. [...] Los norcoreanos perseveran heroicamente en su desarrollo socialista, [...] este noble ejemplo de una sociedad económica y socialmente equitativa y democrática. La RPDC sigue siendo un ejemplo del valiente empeño por alcanzar la justicia social y económica.

Stea se mostró especialmente impresionada por los avances del país en materia de igualdad de género, aunque su razonamiento resulta algo peculiar:

Para mi asombro, una mujer [...] llevaba zapatos de tacón alto dorados. [...] Luego noté, fascinada, que otras mujeres también llevaban tacones glamorosos. [...] Destaco este detalle porque los zapatos de una mujer —especialmente los de tacón alto— suelen reflejar su autoestima. Y estas mujeres, en todo Pyongyang, evidentemente gozan de una gran autoestima. A medida que avanzó mi visita, comprendí que la RPDC ha logrado progresos notables en equidad de género.

Está convencida de que las denuncias de violaciones de derechos humanos son

69 The West needs to rethink its ideas about Korea, 2 de septiembre de 2013 (<https://web.archive.org/web/20130905014559/http://worldbybike.com/2013/09/02/gareth-combats-global-media-frenzy/>).

70 The Social and Economic Achievements of North Korea, Center for Research on Globalization, 11 de junio de 2017 (<https://www.globalresearch.ca/the-social-and-economic-achievements-of-north-korea/5594234>).

una fabricación propagandística basada en los relatos de desertores bien pagados por sus 'espeluznantes invenciones'. [...] La invención de desinformación calumniosa contra la RPDC se está convirtiendo en una industria muy lucrativa, una profesión rentable comparable con la más antigua de todas.

Aunque no logra ser recibida por Kim Jong Un, escucha muchos comentarios positivos sobre él:

Muchas personas me dijeron que su presidente Kim Jong Un ama a los niños, y hay pruebas sólidas de ello en las numerosas instalaciones dedicadas a fomentar y apoyar la salud, la educación y las actividades recreativas infantiles. [...] El presidente de la RPDC [...] está evidentemente muy dedicado a su pueblo, atendiendo las necesidades de huérfanos y discapacitados, ofreciendo el más alto nivel educativo a su gente y construyendo fábricas para proveer a las mujeres de excelentes zapatos de cuero.

¿Qué explica la hostilidad de Occidente hacia el país? Según Stea:

El desarrollo de Corea del Norte [...] sigue siendo hoy un modelo tan exitoso de desarrollo económico y social socialista, y su logro resulta tan amenazante para las economías capitalistas decadentes de Estados Unidos y Europa Occidental, que esos países capitalistas están patológicamente obsesionados con destruir lo que sus propios sistemas no pueden alcanzar.

En el Reino Unido, Andrew Murray, quien más tarde sería jefe de campaña del Partido Laborista en las elecciones generales de 2017, escribió en 2003:

El impulso por apoderarse del control de la economía mundial en beneficio de sus propios grupos monopolistas impulsa ahora al gobierno de Estados Unidos a intentar dominar cada rincón del planeta. [...] Debemos [...] estar atentos a los peligros muy reales [...] que rodean a la Corea del Pueblo. El deseo evidente de Estados Unidos es provocar un cambio de régimen. [...] Nuestro Partido [el Partido Comunista de Gran Bretaña] ya ha dejado clara su posición fundamental de **solidaridad con la Corea del Pueblo**.⁷¹

71 Informe político – reunión del Comité Ejecutivo de marzo de 2003, 10 de marzo de 2003

Estos son ejemplos aislados. Hoy en día, opiniones de este tipo son toleradas en la izquierda, pero ya no son adoptadas de manera activa. Sin embargo, no siempre fue así. Aunque nunca comparable en magnitud a las peregrinaciones a la URSS, China o Cuba, la RPDC fue en su momento un destino de peregrinación para algunos intelectuales occidentales relativamente prominentes. El socialismo *Juche* fue, sin duda, para ellos, un socialismo 'real'.

6. CAMBOYA BAJO LOS JEMERES ROJOS: "EL REINO DE LA JUSTICIA"

Los debates sobre si un régimen genocida fue un poco peor o un poco menos malo que otro tienden a ser tediosos. Pero si **tuviéramos** que clasificar los regímenes dictatoriales según su brutalidad, sería difícil no colocar a los **Jemeres Rojos** en el primer lugar. Este régimen, liderado por Pol Pot —o 'Hermano Número Uno', como se le conocía oficialmente—, logró entre 1975 y 1979 exterminar entre una quinta y una cuarta parte de la población camboyana, mediante ejecuciones masivas, hambrunas, trabajos forzados y una pobreza generalizada y extrema.

Los **Jemeres Rojos** fueron un régimen excepcionalmente asesino, pero había método en su locura. Al igual que la Revolución Cultural de Mao, el socialismo jemer fue un intento no solo de reestructurar la economía, sino de rehacer por completo la sociedad desde sus cimientos. Evacuaron, a la fuerza, las ciudades, que consideraban focos de corrupción capitalista, y obligaron a la población a vivir y trabajar en comunas rurales. Prohibieron el dinero, el comercio, los libros, la religión y todas las prácticas culturales asociadas a las diferencias de clase. Confiscaron no solo los medios de producción, sino también la propiedad personal, en su intento de imponer la igualdad absoluta. Aislaron el país del resto del mundo y buscaron la autosuficiencia total. Como era de esperarse, tales medidas provocaron resistencia, y para imponerlas, el régimen recurrió a una violencia brutal.

El socialismo camboyano no atrajo gran atención de los intelectuales occidentales. En números absolutos, el grupo de simpatizantes de

(<https://web.archive.org/web/20031210230502/http://www.comunist-party.org.uk/articles/2003/march/10-03-03.shtml>).

los **Jemeres Rojos** en Occidente nunca fue grande, pero sí representó una proporción significativa dentro de los académicos especializados en el sudeste asiático. Sophal Ear, politólogo nacido en Camboya (y luego nacionalizado estadounidense), revisó la literatura académica escrita durante el gobierno de los Jemeres Rojos y concluyó (Ear 1995: 4):

Esta comunidad [de simpatizantes] no era una facción marginal de los estudiosos de Camboya, sino prácticamente todos ellos. [...] Su visión de la revolución jemer [...] se convirtió en la visión académica estándar sobre Camboya [...]. Estos académicos [...] se convirtieron en los apologistas más eficaces de los Jemeres Rojos en Occidente. [...] Expresaron un apoyo sin reservas a la revolución jemer.

Un ejemplo destacado fue Laura Summers, profesora de política en la Universidad de Lancaster, quien escribió dos artículos: **Cambodia: Consolidating the Revolution** y **Defining the Revolutionary State in Cambodia**. En ellos afirmaba que, después de lo que llamaba 'el día de la liberación', "la imponente tarea era transformar la amargura y el sufrimiento acumulados en el impulso para la reconstrucción socioeconómica del país" (citada en *ibid.*: 19).

Summers sostenía que había "pocas pruebas de hambruna". Admitía que "las raciones alimentarias en los grupos de solidaridad son pequeñas", pero afirmaba que existía "mayor seguridad para la pesca y la ganadería" (*ibid.*: 20). No describía la vida bajo los **Jemeres Rojos** como paradisíaca, pero sí como una mejora relativa y sostenía que la revolución contaba con apoyo popular (*ibid.*):

La vida es sin duda confusa y ardua en muchas regiones del país, pero las dificultades actuales son probablemente menores que las sufridas durante la guerra. Es un error interpretar la desorganización o confusión social de la posguerra como una incipiente oposición a la revolución.

Para ella, el hecho de que pocas personas hubiesen emigrado era una muestra de la popularidad del régimen (*ibid.*):

Hasta ahora, pocos jemeres han abandonado el país, y muchos de ellos son antiguos oficiales del ejército de Lon Nol o antiguos funcionarios que temen ser procesados por sus actividades durante la guerra.

Aunque la emigración bajo los **Jemeres Rojos** se castigaba con la muerte, Summers sostenía que era fácil abandonar el país (ibid.: 25):

La mayoría de los camboyanos que abandonaron el país en 1975 lo hicieron sin mucha dificultad, como si el régimen reconociera que estaban entre los pocos cuyos valores no podían ser acomodados en un Estado popular.

La evacuación forzada de las ciudades y el trabajo agrícola obligatorio fueron reinterpretados por ella como medidas necesarias y exitosas: "el reclutamiento universal para el trabajo evitó una hambruna posbélica" (ibid.: 23). Admitía, de manera vaga, la existencia de represión: "Parece que algunos grupos de trabajo, en lugar de otras formas de reeducación, están obligados a trabajar más duro y durante más tiempo que otros" (ibid.: 24). Pero ella no lo consideraba un asunto importante (ibid.):

Lo que los habitantes urbanos consideran 'trabajo duro' puede no ser castigo ni servicio comunitario, más allá de la resistencia humana [...] Tales asociaciones sacan lo que ocurre en Camboya de su contexto histórico y cultural.

Como en los casos del estalinismo y del maoísmo, la magnitud exacta de las atrocidades no se conocía entonces, pero existían testimonios fragmentarios, especialmente de refugiados. Y, como en esos casos anteriores, quienes querían mantener la ilusión de una revolución romántica tuvieron que negar esas pruebas. Sobre la cobertura negativa de la prensa francesa, Summers escribió (ibid.: 23):

La preocupación pública suscitada por documentos sensacionalistas, aunque falsos, provocó finalmente que la Misión de Kampuchea Democrática en París protestara porque algunos periodistas estaban degradando su profesión, y que los franceses tenían gran parte de la responsabilidad por permitir que tales actividades continuaran.

La prensa estadounidense, según ella, tampoco actuó mejor (ibid.: 25):

La prensa de los Estados Unidos, que no quería quedarse atrás, produjo reportajes y editoriales dramáticos, basados en refugiados y fuentes de inteligencia anónimas. En retrospectiva, estos informes fueron, en parte, inexactos y aún, en gran medida, no verificados. El alboroto ilustra la

poderosa y potencialmente peligrosa fuerza que se genera cuando las maquinaciones políticas de unos pocos capturan la atención de un público preocupado y desinformado.

En 1976, los investigadores académicos, Gareth Porter y George Hildebrand, publicaron *Cambodia: Starvation and Revolution*, en el que presentaban a los **Jemeres Rojos** como víctimas de una campaña de difamación en los medios occidentales (ibid.: 26):

El gobierno y los medios de comunicación estadounidenses han [...] hecho grandes esfuerzos para pintar un cuadro de un país gobernado por revolucionarios irracionales, sin sentimientos humanos, decididos a reducir su país a la barbarie.

Según ellos, esa cobertura negativa reflejaba únicamente prejuicios ideológicos (ibid.: 28):

Los comentaristas esperaban que los revolucionarios fueran 'inflexibles' y sin respeto por la vida humana, y [...] no estaban en absoluto preparados para examinar la posibilidad de que en esa situación fuera necesario un cambio radical.

Añadían (ibid.: 33):

Camboya es solo la última víctima de una ideología que exige que las revoluciones sociales sean retratadas de la forma más negativa posible, en lugar de como respuestas a necesidades humanas reales que la estructura social y económica existente era incapaz de satisfacer.

Los apologistas de Stalin y Mao solían aprovechar la baja calidad de las pruebas sobre violaciones de derechos humanos para desacreditarlas. Los defensores de Pol Pot hicieron lo mismo. Los informes iniciales sobre la evacuación de Phnom Penh se basaban en el testimonio de un periodista del *New York Times* que había estado en el lugar, aunque oculto en la embajada francesa. Porter y Hildebrand calificaron esto (ibid.: 27–28) como:

un sustento débil para el enorme juicio histórico emitido por los medios de comunicación. No contenía testimonios directos sobre cómo se llevó a cabo la evacuación en cuanto a alimentación, atención médica, transporte o el trato general

a los evacuados [...] Tampoco existía un análisis exhaustivo de las razones [...] atribuidas al liderazgo revolucionario para dicha acción.

En el relato de Porter y Hildebrand, la evacuación de las ciudades fue una medida sensata para aumentar la producción agrícola (ibid.: 30):

Por encima de todo, el liderazgo tenía que preocuparse por la alimentación y la salud. La concentración de gran parte de la población en las ciudades, donde eran improductivos [...], representaba un grave peligro. [...] Los 500.000 a 600.000 habitantes urbanos, al cultivar su propio alimento y liberar a otros de la tarea de conseguir comida para ellos, aumentarían sustancialmente la producción total. En cambio, si permanecían improductivos durante los meses cruciales, reducirían la cantidad de comida disponible para todos.

Su posición parecía ser que, a menos que los habitantes de las ciudades fueran obligados a trabajar en el campo, simplemente vagarían sin producir en sus ciudades, esperando que otros les llevaran comida.

La evacuación forzada de los jemeres rojos incluso se extendió a los hospitales. Pero Porter y Hildebrand argumentaron que, dado que las condiciones sanitarias en los hospitales eran deficientes, ***“el desalojo temporal de la mayoría de los hospitales, lejos de ser un acto inhumano, fue un acto de misericordia hacia los pacientes”*** (ibid.: 31).

En resumen (ibid.):

Un examen minucioso de los hechos relativos a la evacuación de las ciudades de Camboya muestra, por tanto, que la descripción e interpretación de la medida transmitidas al público estadounidense constituyeron una inexcusable distorsión de la realidad. Lo que se presentó como una política destructiva, retrógrada y movida por un odio doctrinario fue, en realidad, una estrategia concebida racionalmente para afrontar los problemas urgentes que encaraba la Camboya de posguerra.

La política agrícola de los **Jemeres Rojos** fue celebrada como otra

historia de éxito (ibid.: 32):

Para el pueblo camboyano, esta cosecha récord representa 250 gramos de arroz por comida por adulto y 350 gramos por comida [por] obrero en la fuerza de producción [...] Además, ha aumentado el consumo de carne.

Otros dos autores, Bob Hering y Ernst Utrecht, escribieron (ibid.: 34):

La prensa occidental, aparentemente ofendida e indignada, se lució en informar negativamente sobre los acontecimientos en Kampuchea bajo el régimen de Pol Pot–Ieng Sary [Ieng Sary era 'Hermano Número Tres']. En los grandes medios occidentales no solo aparecieron informes fuertemente exagerados sobre matanzas masivas del régimen, sino también reportes de malas cosechas y hambre en Kampuchea. A contracorriente de esa cobertura desfavorable en los periódicos occidentales, Malcolm [Caldwell] fue capaz de encontrar datos más fiables y componer un relato mucho más favorable del desarrollo económico en Kampuchea durante los dos últimos años antes de la invasión vietnamita de enero de 1979.

Malcolm Caldwell, al que aquí se alude, era profesor en la *School of Oriental and African Studies* (SOAS) de la Universidad de Londres, y quizá el mayor admirador occidental de Pol Pot. Uno de los temas centrales en Caldwell era negar, minimizar o justificar los relatos de ejecuciones masivas en Camboya. Según Caldwell, "solo se ejecutó a los criminales más graves" (ibid.: 34, nota 70). También a "los grandes colaboracionistas que sabían muy bien cuál sería su destino si se quedaban en Kampuchea".⁷²

Cuando Caldwell escribió esas palabras, no podía saber que pronto pasaría a engrosar él mismo las filas de esos 'criminales más graves' y 'grandes colaboracionistas'. En 1978 se convirtió en víctima de una de esas ejecuciones cuya existencia había negado.

Caldwell realizó una peregrinación a Camboya, donde se le concedió una audiencia con Pol Pot. Según un periodista estadounidense con el que se encontró inmediatamente después, Caldwell quedó profundamente impresionado por el dictador. Pero, al parecer, la impresión no fue mutua. Pocas horas más tarde, unos hombres armados apa-

⁷² Lost in Cambodia, The Guardian, 10 de enero de 2010 (<https://www.theguardian.com/lifeandstyle/2010/jan/10/malcolm-caldwell-pol-pot-murder>).

recieron en el hotel y dispararon contra Caldwell. Se desconoce la razón exacta, pero para algunos pareció una ejecución política espontánea.⁷³

El libro de Caldwell, *Cambodia: Rationale for a Rural Policy*, apareció póstumamente. El prólogo del editor decía (citado en *ibid.*: 35):

El artículo de Caldwell deja al descubierto otra faceta de la propaganda, a saber, que los revolucionarios de Kampuchea seguían un camino demencial para construir una sociedad socialista. No solo ha demostrado que este camino es el correcto, sino que además es el más adecuado, no solo para Kampuchea, sino también para la mayoría de los países subdesarrollados del Tercer Mundo en la era del imperialismo.

La valoración general del propio Caldwell era que (*ibid.*: 37):

[L]os líderes de la Revolución Camboyana habían desarrollado tanto tácticas de corto plazo como una estrategia socioeconómica de largo plazo, basada en un análisis sólido de las realidades de la sociedad y la economía del país [...] [E]nfrentando grandes dificultades, han intentado con algunos éxitos aplicarlas en los últimos tres años; y el rumbo elegido es acertado, ya se juzgue en función de su pertinencia interna o de su lectura de la economía internacional futura [...]

Elogiaba la "previsión, ingenio [y] dedicación [...] de las fuerzas de liberación frente a una adversidad extrema [...] e incluso al sabotaje abierto" (*ibid.*: 38).

Caldwell veía Camboya como un lugar romántico e igualitario, en el que los líderes revolucionarios y los campesinos trabajan codo a codo en los campos (*ibid.*):

[L]os radicales como Khieu Samphan ['Hermano Número Cuatro'] y los demás no eran 'izquierdistas teóricos'. [...] [S]iempre insistieron no solo en la importancia de que los cuadros se lanzaran al trabajo manual junto a los campesinos, sino que dieron ejemplo personal. Despreciaban las recompensas y comodidades materiales, compartiendo plenamente la vida de los pobres. [...] [D]esde

73

Ibid.

la liberación han seguido manteniendo sus oficinas de trabajo en lo profundo de las zonas rurales y se turnan en el trabajo de campo.

Cadwell reconocía que su entusiasmo no era compartido universalmente en Camboya y que, en particular, los antiguos habitantes urbanos necesitaban cierto empuje, pero lo veía como simples problemas de rodaje (ibid.):

Los habitantes urbanos reasentados desde Phnom Penh en 1975 no podían, de inmediato, compartir esa visión, y no debe sorprendernos que al principio requirieran una estrecha supervisión cuando se les ponía a mover tierra y recoger piedras; conviene tenerlo presente al evaluar los relatos de los refugiados.

Él creía que la historia de éxito del socialismo camboyano podría inspirar a campesinos de otros lugares a levantarse y establecer un sistema similar: "la lección no tardará en llegar a los campesinos aún no liberados" (ibid.: 40).

Su preocupación era que la opinión pública en Occidente estaba engañada sobre la realidad de Camboya, situación que observadores más ilustrados debían corregir: "los manipuladores tienen muy buenas razones para distorsionar y oscurecer la verdad [...] nosotros tenemos la clara obligación de establecerla y difundirla con todos los recursos a nuestro alcance" (ibid.: 39). Un año antes, Caldwell había escrito (ibid.: 36):

Frente a los decididos intentos de los medios occidentales y soviéticos de retratarla como una paria enloquecida, Kampuchea ha logrado convencer a muchos de sus vecinos asiáticos y a otros países del Tercer Mundo de que esa calumnia es injustificada. [...] [M]ucha de la [...] propaganda se toma del célebre libro del *Reader's Digest* [...] *Murder of a Gentle Land*, hace ya tiempo refutado y desacreditado.

Hasta aquí, la visión predominante entre los estudiosos del Sudeste Asiático. El apoyo a los Jemeres Rojos no se limitó a ellos. Apenas un mes después de la revolución, el escritor sueco Per Olov Enquist escribió en el periódico *Expressen* (citado en Fröberg Idling 2006):

[E]l pueblo se levantó, se liberó, expulsó a los intrusos,

y descubrió que sus bellas ciudades necesitaban restauración. Así que vaciaron las casas y empezaron a limpiar el desorden. [...] [L]a gente no estaba destinada a vivir en la degradación aquí, sino en paz y con dignidad. Entonces, en Occidente, brotaron lágrimas de cocodrilo. El burdel ha sido vaciado y la limpieza está en marcha. Solo los proxenetas pueden lamentar lo que está ocurriendo.

Durante sus tres primeros años en el poder, los Jemeres Rojos hicieron casi imposible la entrada de extranjeros al país. Pero en su último año empezaron a abrir las fronteras a peregrinos políticos, y estos comenzaron a llegar. Como explica Locard (2015: 216):

Hubo [...] visitas de partidos comunistas maoístas de todo el mundo que querían ver de primera mano este paraíso colectivista. [...] Llegaron miembros de Estados Unidos [...] Italia y Dinamarca [...] y de Francia, Noruega y Canadá [...] [R]epresentantes de asociaciones de amistad vinieron de Bélgica [...] Suecia [...] Japón, y fueron recibidos por el propio Pol Pot. También llegaron periodistas [...] [A] muchos se les concedía una entrevista con el Hermano Número Uno al final de su visita: era el apogeo de la peregrinación a la nueva Meca del comunismo.

En 1978, una delegación sueca de la Asociación de Amistad Suecia–Kampuchea peregrinó a Camboya y escribió sobre “los maravillosos logros y hazañas del pueblo kampucheano en la defensa y construcción de Kampuchea Democrática” (citado en Locard 2015: 217).

Uno de los miembros de la delegación, Gunnar Bergström, quedó especialmente impresionado por la política agrícola del régimen. Explicó en una entrevista de radio (ibid.: 218):

Por todas partes vimos vastos arrozales y numerosas obras hidráulicas. Ya sabíamos de todos estos logros [...] pero fue aún más esclarecedor verlos con nuestros propios ojos [...] La presa ‘6 de enero’, en la que miles de personas se esfuerzan con ahínco por terminarla, es una prueba concreta de cómo un pueblo que confía en su propia fuerza y recursos puede alcanzar hazañas maravillosas.

La lógica de Bergström era simple: el grupo no presencié atrocidades;

ergo, no podían existir. Como escribió (Bergström 1978: 11):

[S]i fuera cierto que un tercio del pueblo murió por penurias y ejecuciones, y que la más mínima desviación del "comportamiento correcto" llevaba a la muerte, eso sería evidente en el estado de ánimo de la población.

Y "[E]n ningún lugar vimos al sediento ejército de sangre [...] En todo el viaje vimos a cuatro soldados" (ibid.: 4).

Otro miembro de la misma delegación, Jan Myrdal, produjo un documental en el que describía el socialismo jemer como un socialismo rústico y comunitario, con grandes logros para los pobres (citado en Fröberg Idling 2006):

En el centro de las aldeas hay grandes comedores comunes. [...] La gente come junta. El patrón de vida es nuevo y viejo al mismo tiempo. Nuevos colectivos y, a la vez, tradiciones aldeanas [...]

Quienes antes vivían en villas con sirvientes encuentran la comida algo escasa. Pero la cooperativa garantiza alimento para todos. [...]

[L]as simples garantías de vivienda, ropa y comida que proporciona la nueva sociedad convierten en realidad los sueños de un campesino pobre [...]

Según Myrdal, Pol Pot estaba construyendo 'el reino de la justicia'.⁷⁴ Myrdal (1978: 10–11) escribió:

La vieja sociedad ha desaparecido. Antes había lujo, vinos finos y vida dulce para unos pocos elegidos. Pero el pueblo lo pasaba mal. Ahora todos pueden saciar su hambre y cubrir su desnudez. Hay arroz y hay ropa [...] [S]e dice que dos veces al mes todos pueden comer postre. Unos pocos están peor y la mayoría está mejor. La justicia prevalece.

En 1978, una delegación noruega peregrinó a Camboya. Se reunió con el 'Hermano Número Uno' y el 'Hermano Número Tres', y después elogió el socialismo camboyano en términos similares a la delegación sueca.⁷⁵ Uno de los peregrinos noruegos, el escritor

⁷⁴ Mannen utan skam, Expressen, 25 de julio de 2007 (<https://www.expressen.se/kultur/mannen-utan-skam/>); Myrdal: Efter festen, Sundsvalls Tidning, 26 de julio de 2007 (<http://www.st.nu/kultur/myrdal-efter-festen>). Traducido con Google Translate y verificado mediante el diccionario en línea dict.cc.

⁷⁵ Norwegian delegation 1978. Cambodia to Kampuchea, Archive and Readings (<https://cam->

y editor, Pål Steigan, desde entonces ha revocado su apoyo a los **Jemeres Rojos**, pero únicamente sobre la base de que su versión del socialismo no era socialismo 'real': "el régimen de Pol Pot nunca fue marxista. Viola los puntos fundamentales de toda la base teórica del marxismo. Eso no lo entendí entonces".⁷⁶

Hacia el final, el régimen jemer planeaba ampliar, aún más, el turismo de peregrinación (Locard 2015: 216). Si sus planes hubieran seguido adelante, es posible que Camboya se hubiera convertido en un destino de peregrinación más popular para socialistas occidentales. Pero esos planes quedaron truncados: aproximadamente un año después de iniciarse la apertura a visitantes occidentales, Vietnam invadió Camboya y los **Jemeres Rojos** fueron derrocados.

El apologista más famoso de los **Jemeres Rojos** fue Noam Chomsky. 'Apologista' —más que 'partidario'— es el término adecuado: sus escritos sobre el tema contienen algunas frases acerca de los supuestos logros de los **Jemeres Rojos**, pero ese no es su foco. Se centran, principalmente, en negar y minimizar las atrocidades. No son textos pro-Pol Pot, sino anti-anti-Pol Pot.

En 1977, Chomsky y Edward Herman publicaron el artículo *Distortions at Fourth Hand*. Para entonces ya había numerosos relatos de lo que ocurría en Camboya, junto con estimaciones de la magnitud del horror. Pero la calidad de las pruebas era baja; los testimonios eran a menudo inverificables, las fuentes se contradecían y las cifras variaban enormemente. Esto facilitó que Chomsky y Herman encontraran fallos y sugirieran que todo era un gran engaño.

Su objetivo principal era el libro *Murder of a Gentle Land: The Untold Story of Communist Genocide in Cambodia*, de John Barron y Anthony Paul, al que califican de "panfleto propagandístico de tercera". Chomsky y Herman (1977) detectan algún error y, sobre esa base, insinúan que todo el libro es poco fiable:

Su rigor académico se derrumba bajo el más mínimo escrutinio. Para citar algunos casos, afirman que entre los evacuados de Phnom Penh, "**prácticamente todos vieron las consecuencias de [las ejecuciones sumarias] en forma de cadáveres de hombres, mujeres y niños que se hinchaban y se pudrían rápidamente bajo el sol ardiente**", citando, entre otros, a J. J. Cazaux, quien, en realidad, escribió que

bodatokampuchea.wordpress.com/2015/08/30/norwegian-delegation-1978/.

76

ibid.

“no se vio un solo cadáver a lo largo de nuestra ruta de evacuación” y que los primeros informes de masacres resultaron ser falsos.

También destacan irregularidades en la forma en que se calcula el número de muertes, lo que utilizan como argumento para desacreditar efectivamente esas cifras (ibid.):

Barron y Paul [...] basan sus cálculos en una variedad de supuestos interesantes [...]; curiosamente, sus ‘cálculos’ los llevan a la cifra de 1,2 millones de muertes [...] para el 1 de enero de 1977 (‘como mínimo’); por coincidencia, el mismo número reportado mucho antes por la embajada estadounidense [...] [S]e manejan cifras similares, con igual credibilidad.

Otro objetivo es el libro de 1977 ***Cambodge année zéro (Camboya: Año Cero)*** de François Ponchaud (ibid.):

Ponchaud manipula las citas y las cifras con demasiada ligereza. [...] [C]uando es posible una verificación independiente, el relato de Ponchaud parece, en el mejor de los casos, descuidado, y a veces de manera bastante significativa. [...] La obra de Ponchaud [...] tiene un sesgo y un mensaje claramente anticomunistas.

El libro de Ponchaud se basa, principalmente, en entrevistas y testimonios de refugiados, a los cuales Chomsky y Herman no conceden demasiada credibilidad (ibid.):

Los refugiados [...] tienden naturalmente a relatar aquello que creen que sus interlocutores desean oír. [...] [L]os refugiados interrogados por occidentales o por tailandeses tienen un interés personal en reportar atrocidades cometidas por los revolucionarios camboyanos.

Relatos de testigos oculares que, en realidad, no presenciaron nada, son presentados como prueba de que no ocurrió gran cosa (ibid.):

El periodista sueco Olle Tolgraven [y] [...] Richard Boyle, del Pacific News Service, el último reportero en abandonar Camboya [...] negaron la existencia de ejecuciones masivas [...] El padre Jacques Engelmann [...] quien fue evacuado al

mismo tiempo [...] informó que los sacerdotes evacuados “no fueron testigos de ninguna crueldad”.

También descartan varios artículos de *The New York Times* escritos por Robert Moss, a quien describen como “**editor de una dudosa publicación derivada del británico The Economist, llamada Foreign Report, especializada en rumores sensacionalistas**”, basándose en una cita ambigua de su artículo (ibid.):

Moss [...] afirma que “la búsqueda de la revolución total en Camboya ha resultado, por admisión oficial de su jefe de Estado, Khieu Samphan, en la matanza de un millón de personas.” [...] [E]n ningún lugar [...] sugiere Khieu Samphan que el millón de muertes posteriores a la guerra fueran resultado de políticas oficiales [...] y no de los efectos residuales de la guerra [...] La ‘matanza’ atribuida a los Jemeres Rojos es una creación de Moss y del New York Times.

Si todos estos informes negativos son falsos, ¿cuál sería entonces la situación real en Camboya? Por un lado, Chomsky y Herman se cubren las espaldas, afirmando: “**No pretendemos saber dónde está la verdad entre estas evaluaciones tan radicalmente contradictorias**” (ibid.). Pero luego sostienen (ibid.):

Los análisis realizados por especialistas altamente cualificados que han estudiado todo el conjunto de pruebas disponibles [...] concluyeron que las ejecuciones ascendían, como mucho, a varios miles; que éstas se limitaron a zonas con influencia restringida de los Jemeres Rojos y con un descontento campesino inusual [...] Estos informes también subrayan [...] descubrimientos repetidos que demostraban que los reportes de masacres eran falsos.

Ellos comparan la situación en Camboya con la de Francia tras la expulsión del régimen nazi, donde también se trató con dureza a los antiguos colaboradores (ibid.):

Si la Camboya de posguerra es [...] similar a la Francia posterior a la liberación [...] entonces quizá corresponda un juicio muy distinto. Que esta última conclusión sea más correcta lo sugieren los análisis mencionados anteriormente. Lo que llega al público estadounidense, sostienen, es una versión gravemente distorsionada

de las pruebas disponibles, que enfatiza las supuestas atrocidades de los Jemeres Rojos.

En su evaluación general del régimen, Chomsky y Herman, recurren a los ya citados Hildebrand y Porter, quienes "presentan un estudio cuidadosamente documentado sobre [...] el éxito de los revolucionarios camboyanos [...], ofreciendo una imagen muy favorable de sus programas y políticas, basada en una amplia variedad de fuentes" (ibid.).

Dos años después, Chomsky y Herman retomaron el tema en su libro *After the Cataclysm*, repitiendo la mayoría de las afirmaciones de su trabajo anterior. Además, se preguntan por qué, si los **Jemeres Rojos** son tan terribles como alegan sus críticos, no hay más resistencia a su gobierno (Chomsky y Herman 1979: 156–158):

Si un tercio de la población ha sido asesinado por una banda homicida que se ha apoderado del gobierno –y que, de algún modo, consigue controlar cada aldea– o ha muerto como resultado de sus políticas genocidas, entonces, sin duda, cabría esperar, si no una rebelión, al menos una falta de disposición a luchar por los fanáticos educados en París que están en la cima [...] [U]na hipótesis concebible parece no haber sido considerada, ni siquiera para ser rechazada: que existía un grado significativo de apoyo campesino a los Jemeres Rojos y a las medidas que habían instituido en el campo.

También citan al historiador Ben Kiernan, quien (ibid.: 227–229):

cree que hay poca evidencia de que el gobierno planeara y aprobara una purga sistemática y a gran escala. "[A]parte de la ejecución de oficiales militares y funcionarios de alto rango, las matanzas [...] fueron instigadas por soldados locales de los Jemeres Rojos, inexpertos y vengativos, a pesar de las órdenes en contrario provenientes de Phnom Penh. [...] La mayor parte de la brutalidad mostrada por los soldados locales de los Jemeres Rojos se debe a su falta de formación [...]" [...] [Kiernan] cita a un refugiado jemer que dijo que en Battambang los ricos estaban siendo 'perseguidos', mientras que los pobres estaban mejor que antes, y añade que "allí donde los Jemeres Rojos estaban mejor organizados, la 'persecución' de los ricos fue mucho menos violenta".

En conjunto, los escritos de Chomsky y Herman no constituyen una defensa explícita de los **Jemeres Rojos**, sino un intento de desacreditar y relativizar las críticas al régimen, más que de elogiarlo activamente. Sin embargo, es significativo que se refieran a los **Jemeres Rojos** como "**los comunistas**" a lo largo de su ensayo — no como "**los supuestos comunistas**" ni "**los autodenominados comunistas**", sino simplemente "**los comunistas**". Puede parecer una observación pedante, pero Chomsky es, al fin y al cabo, lingüista, y ha insistido en que no se debe llamar **socialistas** a países como la Unión Soviética.

Chomsky podría haber adoptado una defensa mucho más segura, afirmando que las atrocidades, aunque reales, no dicen nada sobre el socialismo, porque los Jemeres Rojos no eran 'verdaderos' socialistas. Pero, al parecer, esa no era su percepción en aquel momento.

Tras la invasión vietnamita, el entusiasmo por Camboya se desvaneció rápidamente. El país siguió siendo socialista, pero pasó a alinearse estrechamente con Vietnam y la Unión Soviética, dos variantes del socialismo que, para entonces, ya estaban ampliamente desacreditadas.

Algunos antiguos simpatizantes de los Jemeres Rojos en Occidente admitieron haberse equivocado. Otros simplemente guardaron silencio (Ear 1995). Los Jemeres Rojos fueron sutilmente reclasificados: ya no eran socialistas, sino fascistas, o simplemente un grupo de psicópatas sádicos sin ideología concreta. Esa es, hasta hoy, la visión predominante.

En conjunto, el caso de Camboya representa el ejemplo más completo y exitoso de una renuncia retroactiva a un experimento socialista. Es prácticamente imposible encontrar hoy⁷⁷ un simpatizante occidental de los **Jemeres Rojos**. Criticar al socialismo contemporáneo comparándolo con la Unión Soviética o la China de Mao se considera de mal gusto, pero hacerlo con los **Jemeres Rojos** es considerado inaceptable. Y, sin embargo, el socialismo jemer fue visto alguna vez por ciertos intelectuales occidentales de prestigio como una forma romántica, agraria y "de regreso a las raíces" del ideal socialista.

77 The Soviet Union vs socialism (<https://www.youtube.com/watch?v=06-XcAiswY4&feature=youtu.be>). Véase también Chomsky (1986).

Aunque sus seguidores nunca fueron numerosos, incluían a algunos de los principales académicos de las disciplinas pertinentes.

7. ALBANIA BAJO ENVER HOXHA: "EL PROLETARIADO ESTÁ EN EL PODER"

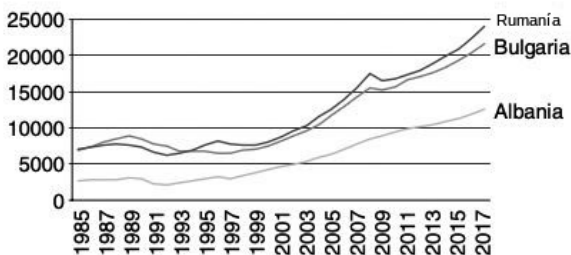
La **manía maoísta** comenzó con la ruptura sino-soviética. Para los buscadores occidentales de utopías, esta división no representó solo un asunto de política exterior, sino la esperanza de un nuevo comienzo. Creó una línea divisoria clara entre, por un lado, el viejo y desacreditado modelo soviético, y por el otro, la gran esperanza blanca de un auténtico Estado de obreros y campesinos.

Con la ruptura sino-albanesa a mediados de la década de 1970 ocurrió algo similar, aunque en una escala mucho menor. Esta vez, era el modelo chino el que representaba la forma vieja y desacreditada de socialismo, mientras que Albania aparecía como la nueva promesa.

Era, sin embargo, una candidata muy improbable. Para entonces, Enver Hoxha, el dictador socialista del país, ya llevaba tres décadas en el poder. Pero la ruptura de Albania con la Unión Soviética, su retiro del Pacto de Varsovia y, finalmente, su ruptura con China y su refundación como la **República Popular Socialista de Albania**, crearon la ilusión de un nuevo comienzo (al menos para quienes lo buscaban desesperadamente). Dado que el país ya no estaba alineado con ninguna potencia, su versión del socialismo parecía no estar contaminada por los ejemplos desagradables de otros experimentos socialistas.

El **hoxhaísmo** fue una versión particularmente intransigente y aislacionista del socialismo que, incluso en comparación con otros países socialistas, frenó gravemente el desarrollo económico del país. Cuando Enver Hoxha murió en 1985, Albania estaba muy por detrás incluso de los miembros más pobres del Pacto de Varsovia, sin hablar del Occidente. Hoy, a pesar de un cierto crecimiento de recuperación tras una caótica transición lejos del socialismo, sigue siendo uno de los países más pobres de Europa (véase Figura 8).

Figura 8 PIB per cápita (PPA), Albania vs. Rumanía y Bulgaria, 1985–2017 (en dólares internacionales corrientes)



Fuente: FMI (2017).

Pero a mediados de la década de 1970, en los círculos marxistas, el *hoxhaísmo* se convirtió en el nuevo maoísmo. Surgieron partidos hoxhaístas, como el *Revolutionary Communist Party of Britain (Marxista-leninista)*, en todo el mundo occidental, incluyendo Estados Unidos, Canadá, Francia, Alemania Occidental, los Países Bajos, Suecia, Noruega, España e Italia. Incluso en Alemania Oriental existió un pequeño partido *hoxhaísta* que criticaba a su propio país por haberse desviado del 'verdadero' socialismo (aunque, como era de esperarse, ese partido fue rápidamente infiltrado y disuelto por la *Stasi* [Wunschik 1997]).

A diferencia del maoísmo, el hoxhaísmo fue siempre una corriente minoritaria en Occidente. Pero existió. Como explica Hollander (1990: 275):

Se perdió la sensación de novedad y frescura revolucionaria a medida que se acercaba el vigésimo aniversario de la revolución cubana [...] Algunos intelectuales occidentales tenían razones para dirigir su atención a otros países del Tercer Mundo. [...] Hubo coqueteos fugaces con Argelia, Albania, Corea del Norte, Tanzania, Mozambique e incluso Camboya. Albania y Mozambique, en particular, gozaron de cierta popularidad.

Los *hoxhaístas* occidentales no dejaron declaraciones extensas, por lo que es difícil reconstruir qué veían exactamente en la variante albanesa del socialismo. La excepción es el libro *Albania Defiant* de

Jan Myrdal —hijo de los premios Nobel Gunnar y Alva Myrdal— y Gun Kessle.

Myrdal y Kessle, que debieron de ser de los primeros *hoxhaístas* occidentales, definen el socialismo albanés, precisamente, en oposición a los modelos más consolidados y burocratizados de socialismo. Otros países habían perdido su espíritu revolucionario, pero en Albania esa llama seguía encendida (Myrdal y Kessle 1976: 174–175):

En los países revisionistas, la tecnocracia, junto con [...] la burocracia, se ha convertido en un medio importante mediante el cual la clase obrera ha sido depuesta de la dirección [...] La economía en esos países, que los revisionistas insisten en llamar 'socialista' [...], es operada, sirve y trabaja para la nueva clase burguesa burocrática y tecnocrática. [...]

[El modelo de desarrollo albanés] no se parece en nada a los de ningún otro país. [...] Los albaneses han analizado lo ocurrido en países como la Unión Soviética y [...] están tratando de construir el socialismo de un modo que no pueda conducir al crecimiento de nuevas capas privilegiadas.

Los autores advierten que no hay garantía de que Albania siga siendo siempre un Estado del pueblo, pero se muestran optimistas (ibid.: 176–177):

El pueblo albanés [...] está construyendo un nuevo tipo de sociedad. [...] Puede imaginarse el fracaso. Los comunistas albaneses son muy conscientes de ello. Su Estado puede volverse burocrático, el pueblo puede perder el control sobre él. [...] Implementar el poder de los trabajadores en un Estado no es fácil; no es fácil garantizar que el pueblo mantenga siempre el control. [...] Lo esperanzador de Albania es que los albaneses pueden ver claramente y están discutiendo abiertamente todas esas posibilidades de un desarrollo perverso. De este modo, pueden superarlas.

Discrepan de la afirmación de que Albania sea una dictadura (ibid.: 182):

El partido no está por encima del pueblo. La clase obrera está en el poder; el partido sirve a las masas trabajadoras. No es el partido el que gobierna sobre la clase obrera. Enver

Hoxha ha abordado muchas veces esta cuestión del control obrero y de rendir cuentas ante las masas populares.

Tampoco, dicen, Enver Hoxha es un dictador, y lo que parece un culto a la personalidad, en realidad no lo es (ibid.: 183–184):

Enver Hoxha [...] es uno de los grandes líderes obreros y marxista-leninistas de nuestro tiempo. Es natural que muchos sentimientos populares se concentren en torno a él. [...] Es respetado y amado. Pero no es objeto de un culto a la personalidad; no está por encima ni fuera del pueblo. [...] Es aplaudido no como una personalidad, sino como el fundador y servidor del partido.

Los principios de la democracia obrera impregnan todas las áreas de la vida económica, especialmente el lugar de trabajo. Myrdal y Kessle visitan una mina y relatan (ibid.: 173–174):

En una reunión [...] los trabajadores criticaron al gerente y a la administración. La dirección había tratado de evitar los trabajos pesados en la mina; habían intentado asignarse tareas fáciles durante sus días de producción. [...] Fueron criticados como camaradas. [...] Quienes habían cometido esos errores de gestión habían mejorado. Habían comprendido su error. Ahora trabajaban como obreros auxiliares.

Los autores ven la economía albanesa como una gran historia de éxito (ibid.: 178–179):

El desarrollo económico planificado ha sido rápido. [...] Se ha construido la base económica del socialismo. [...] El socialismo es posible. La planificación centralizada, controlada democráticamente por el pueblo trabajador, hace posible el desarrollo equilibrado de todo el país. [...] Cuando el mercado deja de gobernar, el pueblo puede modelar su propio futuro con su trabajo. [...] La vida es mejor, el desarrollo social es rápido.

Albania Defiant refuerza dos de los temas principales de este libro. En primer lugar, muestra, una vez más, que la afirmación de 'esta vez es diferente' no tiene nada de nuevo. La idea de que los modelos anteriores de socialismo fueron malos, pero que el modelo de moda

en ese momento representa una ruptura total con ellos, tiene una larga historia. Desde que el socialismo soviético cayó en desgracia, los socialistas occidentales han definido explícitamente el modelo socialista del momento en oposición a los anteriores. ***Esta vez siempre es diferente*** —hasta que resulta que no lo era tanto.

En segundo lugar, el libro muestra lo poco que a veces se necesita para construir una afirmación de ese tipo. A lo largo del texto, Myrdal y Kessle repiten constantemente que, mientras los países socialistas establecidos están dirigidos por élites burocráticas y egoístas, Albania está dirigida por 'la clase obrera'. Pero nunca explican cómo 'la clase obrera' ejerce ese poder en la práctica. No identifican ninguna institución ni mecanismo de toma de decisiones que Albania posea y que los países del Pacto de Varsovia o los socialistas no alineados no tuvieran. Parecen creer que repetir la afirmación bastaba para hacerla realidad, y que las demostraciones públicas de hostilidad hacia los países del Pacto de Varsovia eran suficientes para garantizar un resultado diferente.

Albania nunca fue un destino popular de peregrinación. El ***hoxhaísmo*** jamás alcanzó entre los intelectuales occidentales la popularidad del maoísmo. Permaneció como refugio de maoístas varados, ansiosos por encontrar una nueva causa cuando el maoísmo cayó en desgracia. Y, a diferencia del maoísmo, cuyos remanentes aún se pueden hallar, el ***hoxhaísmo*** desapareció casi sin dejar rastro. El programa del ***Revolutionary Communist Party of Britain (Marxist-Leninist)*** todavía declara (RCPB-ML 1995: 4):

La Unión Soviética de Lenin y Stalin y Albania bajo la dirección de Enver Hoxha [...] fueron Estados donde la clase obrera estaba en el poder, dirigidos en interés del pueblo trabajador y donde los procesos políticos garantizaban la representación de los intereses de la clase obrera y del pueblo. Estos fueron los ejemplos más avanzados hasta la fecha de Estados con procesos políticos democráticos.

Pero, aparte de esos grupos marginales, el ***hoxhaísmo*** ha desaparecido sin dejar legado alguno.

8. ALEMANIA ORIENTAL BAJO EL PARTIDO SOCIALISTA UNIFICADO: "EL PODER ORGANIZADO DE LA CLASE OBRERA"

El socialismo de Alemania Oriental

Si un modelo económico fracasa una vez, dos veces, tres o incluso cuatro, la afirmación de que era una buena idea en principio, solo mal implementada, no tiene por qué parecer inverosímil. Una mala ejecución puede arruinar las mejores ideas de política económica.

Pero si fracasa por octava, novena y décima vez, sin que exista un solo contraejemplo positivo, la afirmación empieza a perder plausibilidad. En este sentido, los socialistas tuvieron suerte de que durante la Guerra Fría la representación mediática occidental tendiera a enfatizar las similitudes, y no las variaciones de política, entre los distintos miembros del Pacto de Varsovia. Sus modelos económicos no se trataban como experimentos socialistas independientes, sino como copias al carbón del modelo soviético. Esto ya se refleja en nuestro lenguaje: hablamos del 'Bloque Soviético', de la 'esfera de influencia soviética' o incluso del 'imperio soviético'. Convenientemente para los socialistas, esto reducía el número de experimentos socialistas fracasados: el fracaso de muchas variantes distintas del socialismo se convertía en el fracaso de un solo modelo, que simplemente había fallado en varios lugares al mismo tiempo.

Sin embargo, la mayoría de los países del Pacto de Varsovia tenían sus propias tradiciones marxistas autóctonas. Cuando fueron ocupados por el Ejército Rojo, la Unión Soviética, simplemente, se aseguró de que un partido socialista ya existente (o una fusión de varios de ellos) obtuviera y mantuviera el poder. Una vez en el poder, esos partidos aplicaron las mismas políticas que, probablemente, habrían implementado si hubieran llegado por otros medios.

El caso más claro tiene que ser el de la República Democrática Alemana. El **Partido Socialista Unificado de Alemania (SED)**, por sus siglas en alemán), que gobernó la República Democrática Alemana

(RDA) durante toda su existencia, fue un sucesor directo del antiguo **Partido Comunista de Alemania (KPD)**.⁷⁸ El KPD se constituyó formalmente como partido justo después de la Primera Guerra Mundial, pero sus raíces se remontan mucho más atrás: ya existían organizaciones comunistas desde la década de 1830 (Conway 1987: 146–161). Era, literalmente, una tradición autóctona del marxismo —con la participación personal del propio Karl Marx— que precedía, con creces, a la Unión Soviética.

El SED nunca habría llegado al poder sin el respaldo de la Unión Soviética. Podemos comprobarlo por el hecho de que sus homólogos en Alemania Occidental siguieron siendo electoralmente insignificantes. Pero si el SED **hubiera** llegado al poder de manera independiente, resulta difícil imaginar qué habría hecho diferente, al menos en términos de política económica. El SED simplemente creó el tipo de economía que el KPD de la época de Weimar siempre había dicho que instauraría. Los programas electorales del KPD exigían la nacionalización de la industria, la banca y las finanzas, del comercio mayorista, de las grandes propiedades rurales, de parte del parque de viviendas y de la riqueza personal por encima de cierto nivel (KPD 1922; KPD 1930). Eso fue exactamente lo que el SED llevó a cabo.

Los apologistas soviéticos habían culpado a menudo del carácter represivo de la URSS al atraso del país. Laski (1946: 52), por ejemplo, afirmaba:

Debemos tener claridad sobre las condiciones que enfrentaron sus [de la Unión Soviética] fundadores. Trataban con un país apenas alfabetizado y semioesternizado, acostumbrado únicamente [...] al despotismo. La clase media industrial era un diminuto fragmento de la población; y el proletariado urbano, solo una pequeña proporción de la vasta masa campesina [...].

Quienes hicieron la Revolución pretendían aplicar los principios marxistas. Asumían un período necesario, según el modelo marxista, de dictadura férrea. [...] Confiaban en que la necesidad de esa dictadura sería solo transitoria.

Según esta interpretación, el socialismo habría resultado completamente distinto si se hubiera instaurado en un país con una economía más avanzada, una población más educada y una clase trabajadora con mayor experiencia en autoorganización democrática.

⁷⁸ Técnicamente, el SED fue producto de una fusión forzada entre el Partido Comunista y el Partido Socialdemócrata, pero se trató de una fusión bajo los términos comunistas.

Difícilmente podría encontrarse un caso de prueba mejor para esa hipótesis que Alemania Oriental. Alemania ya había alcanzado la alfabetización universal de adultos hacia mediados del siglo XIX (Graff 1991: 375). Existía una fuerte cultura de autoorganización obrera, compuesta por cientos de asociaciones independientes de trabajadores. En los estados alemanes y, más tarde, en el Imperio Alemán, los obreros administraban centros de educación para adultos, bibliotecas, sociedades de previsión, cooperativas de vivienda y todo tipo de asociaciones de ayuda y seguros mutuos, comparables a las *Friendly Societies* británicas (Habermann 1994). Aunque esa cultura obrera fue suprimida por el régimen nazi, resurgió rápidamente tras la guerra —al menos en Alemania Occidental. Fue el autodenominado ‘Estado de obreros y campesinos’ el que no mostró mucho entusiasmo por las organizaciones obreras independientes.⁷⁹

El socialismo de Alemania Oriental comenzó bajo condiciones inmensamente difíciles, dadas las enormes destrucciones de la guerra. Pero, aunque quizá no lo pareciera a quienes vivieron esa época, reconstruir algo que ya había existido es más fácil que construir algo completamente nuevo desde cero. Alrededor del momento en que la Zona de Ocupación Soviética se transformó en la RDA, la producción industrial ya había recuperado aproximadamente dos tercios del nivel previo a la guerra (Steiner 2010: 51).

En cuanto a los resultados, el socialismo de la RDA fue, efectivamente, diferente del socialismo soviético. Evitó los peores excesos. No hubo Gulags, ni hambrunas, ni ejecuciones masivas. La cifra exacta de víctimas es desconocida, pero hablamos de cientos o miles, no de cientos de miles (Borbe 2010).⁸⁰ No existió un culto a la personalidad en torno a ningún líder. Económicamente, la RDA fue el país más rico del bloque del Este⁸¹ y, por tanto, probablemente el país socialista más próspero que haya existido. En cuanto al socialismo, la RDA fue,

79 Un buen ejemplo es el de Naturfreunde (“Amigos de la Naturaleza”), una organización surgida del movimiento obrero a finales del siglo XIX. Los Naturfreunde buscaban hacer accesibles los beneficios recreativos y saludables de la naturaleza a las personas de bajos ingresos, principalmente mediante el ofrecimiento de hospedaje y alimentación a bajo costo en cabañas forestales autoconstruidas y autogestionadas. Bajo el régimen nazi, la organización fue prohibida y sus cabañas fueron expropiadas. Tras la guerra, se reconstituyó rápidamente en Alemania Occidental y se le restituyeron sus propiedades. En Alemania Oriental, en cambio, sus bienes fueron transferidos a organizaciones controladas por el Estado, y los Naturfreunde no volvieron a establecerse como organización independiente hasta finales de 1989. Véase: Chronik der Naturfreunde (<https://www.naturfreunde.de/chronik-der-naturfreunde>).

80 Sin embargo, hay que señalar que los soviéticos hicieron gran parte del “trabajo sucio” por ellos. Los peores excesos ocurrieron entre 1945 y 1949, en la Zona de Ocupación Soviética. Técnicamente, esos asesinatos fueron obra del régimen soviético, no del régimen de Alemania Oriental. Y aun así, es justo decir que, si el régimen de la RDA hubiera tenido que llevar a cabo por sí mismo las colectivizaciones y la neutralización inicial de sus opositores políticos, su número de víctimas habría sido sustancialmente mayor.

81 The convergence dream 25 years on, Bruegel, 6 de enero de 2015 (<http://bruegel.org/2015/01/the-convergence-dream-25-years-on/>).

quizá, 'tan buena como se puede esperar'.

Y sin embargo, el grupo de control relevante no es la Unión Soviética, sino la República Federal de Alemania (RFA), y frente a ese punto de referencia, la RDA queda muy por debajo. Aunque el régimen no asesinó a sus opositores en masa, fue, no obstante, un notorio Estado policial, donde los arrestos arbitrarios y las detenciones eran comunes. Existía una vasta red de espionaje y vigilancia, y una censura generalizada. Su policía secreta, el **Ministerio para la Seguridad del Estado (Stasi)**, alcanzó un estatus casi proverbial: aún hoy hablamos de 'métodos de la Stasi' cuando criticamos violaciones de las libertades civiles.

En algunos indicadores, la brecha Este-Oeste —el costo del socialismo— puede cuantificarse. Justo después de la reunificación, el PIB per cápita en Alemania Oriental equivalía apenas a un tercio del nivel de Alemania Occidental, con otros indicadores económicos mostrando brechas similares (Röhl 2009: 1–3).⁸² La región más pobre de Alemania Occidental, Schleswig-Holstein, seguía siendo dos veces y media más rica que la región más próspera de Alemania Oriental, Sajonia (Burda y Weder 2017: 4). También existía una diferencia de tres años en la esperanza de vida (ibid.: 20).

El costo de la reunificación hasta la fecha ha sido colosal. Las transferencias netas de Alemania Occidental a Alemania Oriental entre 1990 y 2016 ascienden a 1,88 billones de euros a precios actuales.⁸³ Las transferencias anuales netas del Oeste siguen representando alrededor del 15 % del PIB del Este (Burda y Weder 2017: 23–24).

Por supuesto, la prueba definitiva del éxito de un sistema es si la gente desea vivir en él o no. En esos términos, el resultado del experimento se decidió mucho antes de que terminara formalmente. Entre la fundación de la RDA y la construcción del Muro de Berlín, más de 2,7 millones de personas emigraron de la RDA a la RFA (Bade y Oltmer 2005). La cifra de 2,7 millones es un límite inferior absoluto: proviene de los registros de los campos de refugiados de la RFA, por lo que no

82 Las cifras provienen de 1991, el primer año en el que realmente puede hacerse una comparación equivalente, ya que durante el proceso de reunificación la economía de Alemania Oriental también pasó a formar parte del sistema de cuentas nacionales de la República Federal. Los niveles de vida son difíciles de comparar entre una economía de mercado y una economía planificada. Medidas como el PIB per cápita dependen de los precios de mercado, algo de lo que una economía planificada, por definición, carece. Solo con la introducción de precios de mercado en Alemania Oriental los niveles de vida en el Este y el Oeste se volvieron verdaderamente comparables.

83 Para ser justos, no fue un costo inevitable de la reunificación, sino el resultado de una decisión política: la decisión de intentar cerrar la brecha rápidamente. En teoría, el gobierno podría haber optado por simplemente aceptar esa diferencia y permitir que persistiera.

incluye a quienes, por ejemplo, se alojaron con amigos o familiares.

El experimento cuasi natural, entonces, arrojó un resultado concluyente. Hoy está claro cuál sistema era superior. Pero no siempre fue tan evidente.

Admiradores occidentales de la RDA: los primeros años

La República Democrática Alemana (RDA) nunca inspiró peregrinaciones del tipo que generaron la Unión Soviética, la China maoísta o Cuba durante sus respectivos periodos de luna de miel. Le faltaba el ingrediente crucial que suele convertir a un país socialista en un destino de peregrinación política: la promesa de un nuevo comienzo absoluto. Estaba demasiado vinculada, de forma demasiado obvia, a la Unión Soviética.

Por tanto, nunca fue admirada como un paraíso terrenal. Sin embargo, sí contó con una serie de partidarios relativamente prominentes en países occidentales como el Reino Unido y los Estados Unidos (aunque mucho menos en Alemania Occidental). En los primeros años, gran parte de ese apoyo provenía de la autoimagen que la RDA proyectaba como un 'Estado antifascista'.

En la interpretación marxista, el fascismo no era un sistema ni una ideología propia, sino, simplemente, una forma especialmente salvaje y brutal del capitalismo. Como explica el eurodiputado marxista Kostas Papadakis:

El fascismo es una forma del poder del capital bajo condiciones específicas. En Alemania, el nazismo constituyó la forma ideal de apoyar al capital en el contexto de los preparativos militares para la conquista de nuevos mercados, en medio de una profunda crisis capitalista [...] Fue apoyado política y financieramente por sectores del capital alemán, se identificó con los monopolios (Krupp, I. G. Farben, Siemens, etc.) y colaboró con los colosos de los Estados capitalistas 'democráticos' (General Motors, General Electric, ITT, Ford, IBM)⁸⁴.

Esta era exactamente la visión que sostenía el gobierno de Alemania Oriental. Creían que al superar el capitalismo, 'su' parte de Alemania —y solo esa parte— había superado también la causa estructural

⁸⁴ La ecuación entre comunismo y nazismo es inaceptable y provocadora, In Defense of Communism (blog), 30 de agosto de 2017 (<https://communismgr.blogspot.co.uk/2017/08/kostas-papadakis-equation-of-communism.html>).

del nazismo. De las dos Alemanias, solo una podía afirmar haber erradicado verdaderamente el nazismo para siempre. Así, el antifascismo se convirtió en el mito fundacional de la RDA, un mensaje que atrajo a algunos observadores occidentales.

Berger y LaPorte (2008 y 2010) analizaron las actitudes británicas hacia la RDA en las décadas de 1940 y 1950. Descubrieron que, si bien “el público británico mostraba poco interés por la RDA, [...] no siempre fue así en la izquierda británica” (Berger y LaPorte 2008: 537).

Los autores identifican dos grupos de personas simpatizantes con la RDA. El primero, previsiblemente, era la izquierda estalinista, que simplemente extendía sus simpatías pro-soviéticas a los estados satélites de la URSS. Pero para entonces, el estalinismo ya había pasado su apogeo y la izquierda estalinista estaba perdiendo relevancia. Lo más notable es que los autores también encontraron apoyo hacia la RDA dentro del movimiento obrero más amplio, es decir, entre personas que habrían sido indiferentes o incluso hostiles hacia la Unión Soviética. Esto significa que el apoyo a la RDA fue un fenómeno propio. Todo simpatizante de la URSS simpatizaba también con la RDA, pero no todo simpatizante de la RDA lo era de la URSS.

Berger y LaPorte (2008: 537) explican:

Fue entre los sindicalistas comunistas y de la izquierda laborista, así como entre los partidarios de izquierda del Partido Laborista —incluidos varios diputados— donde la RDA encontró quizás a sus defensores más firmes. Dentro del movimiento obrero británico en general, el interés se debía a la curiosidad por el ‘socialismo realmente existente’, pero sobre todo a la percepción de la RDA como un Estado antifascista. [...] ¿Qué motivó exactamente no solo a la pequeña izquierda pro-soviética, sino también a amplios sectores del Partido Laborista, a aceptar esta imagen como base de su apoyo a la ‘otra Alemania’?

Y en otro pasaje (ibid.: 73–74):

La izquierda laborista sentía una considerable simpatía por la Alemania socialista [...] [El] Partido Comunista de Gran Bretaña, en general, resultó ser un aliado confiable de la RDA

[...]

Los sindicalistas comunistas [...] intentaron contrarrestar la postura oficialmente anticomunista del Consejo General del Congreso de Sindicatos (TUC). Mientras que este cooperaba estrechamente con los sindicatos de Alemania Occidental para derrotar al comunismo, los sindicatos comunistas aceptaron la oferta de intercambio mutuo del FDGB [la Federación Libre de Sindicatos de Alemania de la RDA]. Las relaciones entre el movimiento obrero británico y la RDA podían justificarse sobre la base de una afinidad ideológica.

Según John Green, periodista y cineasta británico (citado en Berger y LaPorte 2008: 540):

Muchos de los que habían ocupado puestos de liderazgo en la Alemania de Hitler encontraron poca dificultad en ocupar cargos similares en la nueva República Federal Alemana [...] En el Este fueron quienes habían resistido al fascismo los que formaron el liderazgo del nuevo Estado y del aparato del partido. [...] [Por eso] muchos combatientes antifascistas se identificaban libremente con la RDA.

El sindicato *Electrical Trades Union* publicó un folleto sobre la RDA que afirmaba (ibid.: 543):

La diferencia entre Alemania del Este y del Oeste es que el nazismo ha sido completamente erradicado en la parte oriental y el gobierno está compuesto por quienes sufrieron bajo el nazismo. En la parte occidental, el gobierno está formado por quienes fueron, en realidad, fascistas.

El jefe de la oficina de Reuters en Berlín, John Peet, escribió en su *Democratic German Report* que "en la RDA los antinazis dirigen las cosas, y un exnazi en la vida pública es una rara excepción; en Alemania Occidental, los antiguos nazis han vuelto al poder, y un hombre con antecedentes antinazis es una rareza" (ibid.: 543).

Tras una visita a Stalinstadt (hoy Eisenhüttenstadt) en 1953, el diputado Emry Hughes, representante de South Ayrshire, describió la ciudad como "un ejemplo impresionante de lo que una Alemania socialista puede lograr" (citado en Berger y LaPorte 2010: 67). Después de otra visita en 1960, calificó a la RDA como la "mejor Alemania" (ibid.: 95).

Para sus simpatizantes, la RDA era un Estado popular, aunque superficialmente pareciera una dictadura. Argumentaban que un Estado socialista no podía funcionar sin el apoyo de la gran mayoría de la población; por tanto, su propia existencia era prueba de que contaba con ese apoyo masivo. William Gallacher, diputado por West Fife, lo expresó así en un debate en la Cámara de los Comunes (Hansard 1949):

Se ha dicho en este debate que los comunistas son solo el 5 por ciento en Alemania y en otros países. [...] Nunca habría sido posible que el Ejército Republicano Irlandés continuara su lucha contra las fuerzas británicas si no hubiera contado con la simpatía de la mayoría del pueblo. De la misma manera, sería absolutamente imposible [...] mantener la lucha [...] si las masas no fueran solidarias. [...] Los países del Este son libres e independientes. [...] ¿Por qué los hombres se niegan a ver la verdad? [...] Es imposible que el Partido Comunista en este o en cualquier otro país derrote al poder de la clase capitalista. La única fuerza lo bastante fuerte para hacerlo es el poder organizado de la clase trabajadora, y tarde o temprano la clase obrera organizada [...] vencerá a la clase capitalista. Habrá un solo partido que represente al pueblo.

Desde esa perspectiva, los levantamientos masivos de 1953, brutalmente reprimidos por el régimen de la RDA con ayuda de las tropas soviéticas, representaban un problema. ¿Cómo podía haber un levantamiento obrero en un Estado obrero? Bajo el socialismo, "la clase trabajadora", en su conjunto, estaba en el poder, y lógicamente, la clase trabajadora no podía levantarse contra sí misma. Una vez más, había una disonancia entre las personas reales y 'El Pueblo' como abstracción romántica, y los socialistas necesitaban encontrar una forma de explicarlo.

John Peet, el mencionado jefe de Reuters en Berlín, afirmó que el levantamiento había sido dirigido por "agentes fascistas de potencias extranjeras" y "criminales de las SS" (citado en Berger y LaPorte 2008: 544).

La revista *Daily Worker* culpó a "una organización pro-fascista de Alemania Occidental patrocinada por la CIA" (ibid.: 544).

Stephen Owen Davies, diputado por Merthyr Tydfil y exorganizador

jefe de la *South Wales Miners' Federation*, aseguró que "nazis y agentes provocadores de la zona occidental de Berlín habían sido sobornados [...] para unirse y ayudar a crear disturbios en la zona oriental" (ibid.: 544).

Jack Grahl, secretario general adjunto del *Fire Brigades Union*, también justificó la represión del levantamiento, alegando que los huelguistas eran simpatizantes fascistas (Berger y LaPorte 2010: 68).

Bertolt Brecht⁸⁵, dramaturgo y director teatral alemán, también se alineó inicialmente con el gobierno de la RDA. En una carta a Walter Ulbricht, secretario general del SED, Brecht escribió (citado en *Deutscher Bundestag* 2006: 6; traducción mía):

La historia rendirá homenaje a la impaciencia revolucionaria del Partido Socialista Unificado de Alemania. El gran debate con las masas sobre el ritmo de la construcción socialista conducirá a [...] la consolidación de los logros socialistas. Deseo [...] expresar mi solidaridad con el Partido Socialista Unificado de Alemania.

Y en otro pasaje (ibid.: 7):

Elementos fascistas organizados intentaron instrumentalizar [...] el descontento para sus propios fines sangrientos. Durante varias horas, Berlín estuvo al borde de una Tercera Guerra Mundial. Solo gracias a la rápida intervención de las tropas soviéticas pudieron frustrarse esos intentos. [...] Espero ahora que los provocadores hayan sido aislados y sus redes de comunicación destruidas⁸⁶.

Empero, tales explicaciones no fueron ampliamente creídas. La represión del levantamiento de 1953 constituyó un duro golpe para la reputación internacional de la RDA, algo que los acontecimientos

85 Este libro trata sobre intelectuales occidentales que idolatrarón el socialismo desde la distancia, por lo que, técnicamente, Brecht no debería calificarse, ya que para entonces se había establecido permanentemente en Berlín Oriental. Sin embargo, originalmente era alemán occidental (bávaro) y más tarde adquirió la ciudadanía austriaca. Se había mudado a Alemania Oriental por voluntad propia y no estaba obligado a escribir esas palabras.

86 Brecht debió de haber cambiado de opinión drásticamente poco después. Fue en respuesta al levantamiento que escribió su poema *Die Lösung*, que termina con los célebres versos: "¿No sería más fácil, en ese caso, que el gobierno disolviera al pueblo y eligiera otro?"

posteriores no lograron mejorar. Al mismo tiempo, las simpatías pro-RDA se habían alimentado, en parte, de la hostilidad hacia Alemania Occidental, que con el tiempo empezó a diluirse.

Berger y LaPorte (2008: 552) concluyen:

La tosca dicotomía entre una RDA antifascista y una RFA neofascista resultó cada vez menos convincente para los jóvenes observadores británicos. [...] A medida que la RFA realizó serios esfuerzos por enfrentarse a su pasado nazi, las acusaciones desmesuradas de la RDA, que describían a Alemania Occidental como un baluarte del fascismo, parecían cada vez más fuera de lugar. La RDA había vivido demasiado tiempo del crédito de su antifascismo.

Admiradores occidentales de la RDA: los años posteriores

En la década de 1960, el Movimiento por los Derechos Civiles en Estados Unidos desarrolló una corriente más militante, con un marcado carácter socialista. Varias figuras destacadas de ese movimiento coquetearon durante un tiempo con la República Democrática Alemana (RDA) (Werner 2015).

Quizá el ejemplo más prominente fue **Angela Davis**, profesora de la Universidad de California y directora del Departamento de Estudios Feministas. Davis fue una figura clave del Movimiento por los Derechos Civiles y, posteriormente, de su rama socialista. Participó en el **Black Panther Party** y más tarde se convirtió en líder del **Communist Party USA**.

En la RDA, la cobertura informativa sobre los países occidentales solía centrarse en sus problemas sociales, como la drogadicción o el sinhogarismo. Su objetivo principal era, naturalmente, Alemania Occidental, pero las tensiones raciales en Estados Unidos también les proporcionaban abundante material propagandístico. Cuando Angela Davis fue encarcelada brevemente, el régimen organizó una destacada campaña de solidaridad en su favor. En 1972, fue invitada a una visita oficial, durante la cual se reunió con los dirigentes del partido Walter Ulbricht y Erich Honecker, recibió un doctorado honoris causa de la **Karl Marx Universität** (antigua y actual Universidad de Leipzig) y fue condecorada con la **Estrella de la Amistad de los Pueblos**.

Los admiradores estadounidenses de la RDA no dejaron por escrito sus impresiones, por lo que resulta difícil reconstruir qué veían exactamente en el régimen socialista alemán.

Mientras tanto, en el Reino Unido existía una comunidad académica que contemplaba la RDA con una disposición generalmente favorable. Searle (2011) analiza una serie de obras de referencia británicas sobre la RDA publicadas en las décadas de 1970 y 1980, y concluye que, en su mayoría, expresaban una visión positiva (ibid.: 20):

La producción británica sobre la RDA entre 1973 y 1989 se orientó [...] hacia una representación más favorable, que destacaba sus logros económicos y sociales, junto con su espíritu comunitario y sus valores tradicionales. [...] Muchos de los autores se propusieron contrarrestar [...] los estereotipos de la Guerra Fría [...] pero al concentrarse principalmente –y a menudo exclusivamente– en los aspectos positivos de la vida y la sociedad que podían encontrarse, fueron al extremo opuesto, contribuyendo así a la ilusión de que el SED era un liderazgo mucho más permisivo y tolerante de lo que realmente era. [...]

Una de las motivaciones era, con frecuencia, la simpatía hacia el ideal socialista. Había un contingente conocido de simpatizantes de la RDA entre la izquierda política británica.

Al igual que en la defensa de Corea del Norte por parte de Bruce Cumings (véase el capítulo 5), estos textos ilustran la llamada **falacia del término medio**: la idea de que, ante posiciones opuestas, la verdad debe encontrarse 'en algún punto intermedio'. En este caso, ese punto intermedio estaría entre la autoimagen propagandística del régimen y la percepción negativa predominante en el público general. En ***Socialism with a German Face***, publicado en 1977, Jonathan Steele afirmaba que ya "no era posible sostener que el sistema fuera políticamente inaceptable y al mismo tiempo económicamente ineficiente" (citado en Searle 2011: 7). Steele aseguraba que la RDA había experimentado su propio 'milagro económico' (ibid.). Reconocía el carácter autoritario del sistema, pero lo consideraba excusable (ibid.: 8):

Los excesos de [la RDA] en el ámbito político y la falta de posibilidades de viaje para su población son producto de condiciones especiales y de la continua confrontación con Alemania Occidental. Pero su sistema social y económico en

su conjunto es un modelo presentable del tipo de Estado de bienestar autoritario en que se han convertido las naciones de Europa del Este.

En 1983, Martin McCauley publicó *The German Democratic Republic since 1945*, donde sostenía que "el éxito económico es la base de la estabilidad en la RDA y la fuente de legitimidad del partido". Admitía que "los años ochenta serían una década difícil", pero insistía en que "no hay descontento suficiente como para amenazar la estabilidad del Estado" (ibid.: 17).

En *German Democratic Republic: Politics, Economics and Society*, de 1988, Mike Dennis argumentaba (ibid.: 15):

Si bien el costo humano del Muro de Berlín no puede ni debe negarse, la simple dicotomía entre comunismo totalitario y democracias libres pasa por alto las complejidades de la vida política tanto en Occidente como en Oriente. La RDA no puede reducirse a una construcción ideológica simplista.

Dennis hablaba de un 'contrato social', que consistía en (ibid.):

un compromiso tácito y algo incómodo entre el régimen y la población: un reconocimiento relativamente amplio de la primacía política del SED, complementado por la mayor sensibilidad del régimen hacia muchas de las necesidades y deseos del pueblo, incluido un nivel de vida tolerable

Dennis admitía que los críticos del régimen "podían aún ser objeto de un trato arbitrario por parte de los instrumentos de coerción", lo que generaba "un clima de incertidumbre" (ibid.: 16).

Ninguno de estos autores pertenece a la misma categoría que los peregrinos idealistas de Hollander. No eran soñadores utópicos, sino académicos que intentaban ser 'equilibrados' y 'matizados', deseosos de destacar los logros positivos y renuentes a condenar los aspectos totalitarios o los fracasos económicos. Practicaban el reverso de "condenar con tibios elogios": elogiaban con leves reproches. Así, la orden de 'disparar a matar' en el Muro de Berlín se convertía en una 'falta de posibilidades de viaje', y la represión policial en 'un clima de incertidumbre'.

Aunque sus evaluaciones no alcanzan el nivel de absurdo de las de

los peregrinos de Stalin, Mao o Kim Il Sung, con la perspectiva del tiempo es evidente que también estaban muy equivocadas. Estos autores caracterizaron el socialismo de la RDA como un sistema con algunos inconvenientes, pero relativamente exitoso en lo económico y, en última instancia, aceptado por su población. En el caso de las obras publicadas apenas unos años antes de la caída del Muro de Berlín, sus juicios envejecieron mal.

El patrón de apoyo a la RDA fue distinto del de otros experimentos socialistas. No siguió exactamente la secuencia de tres fases descrita en otros capítulos (un período inicial de entusiasmo, seguido por la etapa de excusas y negaciones, y finalmente la fase de rechazo retrospectivo). Más bien, distintos grupos de personas la elogiaron en distintos momentos y por motivos diversos. El apoyo nunca fue entusiasta ni generalizado, pero, en la medida en que existió, duró inusualmente mucho tiempo.

Sin embargo, aunque la RDA no encaje con precisión en ese modelo de tres etapas, lo cierto es que tan pronto como se abrió el Muro de Berlín, entró plenamente en la fase del '**no era socialismo real**'. Durante ese período, la idea de que el socialismo de la RDA no había sido 'verdadero socialismo' desempeñó un papel central incluso dentro del propio país.

Tras la caída del Muro, el SED se vio obligado a permitir elecciones libres y democráticas. Algunos de los partidos que participaron en ellas sostenían que el socialismo de la RDA no había sido auténtico. Su propuesta no era la reunificación con Alemania Occidental ni la introducción de una economía de mercado, sino una RDA reformada, democratizada y con un socialismo 'real'.

El manifiesto de la **Izquierda Unida (VL)**, surgida del movimiento democrático de protesta en la RDA, declaraba (Vereinigte Linke 1990; traducción propia):

Durante demasiado tiempo, nuestro país ha estado a merced de burócratas megalómanos [...] Una de las consecuencias más devastadoras de la política estalinista es que mucha gente en nuestro país ha empezado a asociar el socialismo con el estalinismo. [...] Nosotros decimos: la alternativa es [...] SOCIALISMO; un socialismo de libertad y democracia [...] No ha fracasado, porque aún no ha comenzado.

De modo similar, el **Partido Obrero Espartaquista de Alemania (SpAD)** afirmaba:

La burocracia estalinista de [Alemania Oriental] [...] desacreditó la idea de socialismo. Nosotros, los espartaquistas, decimos: el socialismo, bajo el verdadero liderazgo de la clase trabajadora, ni siquiera ha comenzado aún⁸⁷.

Incluso el propio SED trató, con cierta credibilidad, de proyectar una imagen reformista. Se rebautizó como **Partido del Socialismo Democrático (PDS)**, expulsó a varios estalinistas de alto perfil y promovió a reformistas democráticos dentro de sus filas. En su manifiesto electoral de 1990 afirmaba:

El nuevo comienzo democrático en nuestro país es también un nuevo comienzo con un Partido del Socialismo Democrático, que conducirá el proceso de rechazo definitivo de las estructuras, mecanismos y dogmas estalinistas [...] hasta el final [...]

No debemos renunciar a los valores y logros sociales de la RDA, entre los que contamos [...] la propiedad cooperativa y pública en la industria, la agricultura y otros sectores de nuestra economía⁸⁸.

Un pequeño grupo de parlamentarios británicos adoptó una postura similar. Creían que lo que presenciaban no era el fin del socialismo en los países del Pacto de Varsovia, sino, por el contrario, el comienzo del 'verdadero' socialismo. En diciembre de 1989, una **Early Day Motion** en la Cámara de los Comunes, firmada por Ken Livingstone y Jeremy Corbyn, decía:

Esta Cámara [...] reconoce que este estallido de descontento y oposición en Alemania Oriental y Checoslovaquia, en particular, refleja una profunda indignación contra la corrupción y la mala gestión de la burocracia estalinista; considera que el movimiento se dirige hacia el socialismo genuino, no hacia un retorno al capitalismo; [...] y sostiene que el único camino a seguir para los pueblos de la Unión Soviética y Europa del Este es sobre la base de un

87 DDR Wahl 1990 – Spartakist Arbeiterpartei Deutschlands Wahlwerbespot (<https://www.youtube.com/watch?v=5SILGJR2p6E>). Traducción del autor.

88 Demokratische Freiheiten für alle – soziale Sicherheit für jeden. Wahlprogramm der PDS (https://www.wir-waren-so-frei.de/index.php/Detail/Object/Show/object_id/565/set_id/46). Traducción del autor.

retorno a los principios de la auténtica democracia obrera y el socialismo que formaron la base e inspiración de la Revolución de Octubre⁸⁹.

Naturalmente, esto no ocurrió. En las elecciones de marzo de 1990, los partidos pro-reunificación obtuvieron una victoria abrumadora, sellando el destino de la RDA y del socialismo alemán oriental en general. Seis meses después, la RDA dejó de existir, y ninguna de sus instituciones principales sobrevivió.

Pero la idea del socialismo sí lo hizo. Las encuestas muestran que, unos años más tarde, la noción de que el socialismo había sido 'una buena idea mal aplicada' en la RDA se había convertido en la sabiduría convencional (Stöcker 2016: 202).

Vestigios actuales de la RDA

El apoyo a la República Democrática Alemana (RDA) nunca ha desaparecido por completo. **Seumas Milne** sigue defendiendo los sistemas del bloque del Este, y en particular el de la RDA. En su versión de los hechos, los levantamientos populares de finales de la década de 1980, que provocaron la caída de aquellos regímenes, nunca ocurrieron como tales. Según Milne, se trató de una contrarrevolución iniciada desde arriba, en la que el público general fue un mero espectador pasivo, que hoy lamenta lo sucedido. En una entrevista radial con el exdiputado del **Respect Party**, **George Galloway**, Milne explicó:

Hubo un grupo de personas en el poder que vio que podía beneficiarse de la restauración del capitalismo, y muchas personas comunes que se beneficiaban de diversas maneras del tipo de socialismo que existía en Europa del Este no sentían realmente que el sistema les perteneciera, ni necesariamente comprendían lo que estaba ocurriendo o qué podían hacer para detenerlo.

Pero [...] la mayoría de la gente en varios de esos países lamenta la pérdida de [...] los aspectos positivos de aquel sistema [...] 1989 fue un cambio importante y una gran pérdida para muchos millones de personas, aunque también con algunos beneficios. [...]

En Alemania Oriental, la mayoría de la gente tiene hoy una visión positiva de la antigua Alemania del Este, la RDA,

⁸⁹ Workers' Democracy in Eastern Europe, Early Day Motion 210 (<http://www.parliament.uk/edm/1989-90/210>).

y lamenta su desaparición [...] [L]os enormes beneficios sociales que se han perdido, no solo en Alemania Oriental sino en toda Europa del Este y en la Unión Soviética, son llorados por los pueblos de esos países⁹⁰.

Milne considera que el Muro de Berlín y otros rasgos represivos de la RDA fueron lamentables, pero, en última instancia, excusables dadas las circunstancias del momento histórico:

Un tipo particular de socialismo surgió en el período de posguerra, en las condiciones de la Guerra Fría [...] Berlín Oriental estaba literalmente en la primera línea de la Guerra Fría. Eso era el Muro de Berlín: una línea divisoria entre dos sistemas sociales y militares, y dos alianzas militares, en una situación muy tensa. No era simplemente una división arbitraria para retener a la gente, sino también una frontera en un conflicto global. Y eso condicionó muchas de las cosas que ocurrieron.

Su entrevistador, **George Galloway**, añadió:

No había desempleo. Todos tenían una vivienda. Todos tenían una escuela gratuita. Un hospital gratuito. Una universidad gratuita. Acceso gratuito a la vida deportiva y cultural que la gente trabajadora en la mayoría de sociedades como la nuestra ni siquiera podría soñar. [...] [E]specialmente en la RDA, hubo un impulso pionero en la educación y una profunda participación de las mujeres en la sociedad⁹¹.

En 2015, el periodista y cineasta, **John Green**, y la representante sindical de UNISON, **Bruni de la Motte** publicaron el libro *Stasi State or Socialist Paradise? The German Democratic Republic and What Became of It*. Ellos presentan a la RDA como (Green y de la Motte 2015: 7–9):

un intento idealista de construir un Estado democrático y socialista [...] que, por diversas razones, quedó muy por debajo de ese ideal. [...]

A pesar de todos sus defectos, la RDA representó el germen de una forma de sociedad mejor que la existente en la mayoría de los países capitalistas. Se basaba en la solidari-

90 George Galloway and Seumas Milne discuss the fall of the Berlin Wall, Talksport, 7 de noviembre de 2009 (<https://www.youtube.com/watch?v=ZSGISHyrcVc>).

91 Ibid.

dad; las personas estaban unidas por un propósito común; el bien colectivo estaba por encima del egoísmo individual y la riqueza personal; el consumismo desempeñaba un papel menor en la vida de la gente.

Los autores presentan a la RDA como una víctima permanente (ibid.: 20–21):

Durante toda su existencia, la RDA se encontró en un estado de sitio permanente y fue objeto de una guerra económica, no muy diferente de la sufrida por Cuba. [...] Desde su fundación [...] existió en Occidente una determinación de “estrangularla en la cuna”, para asegurar que un modelo social alternativo al capitalismo occidental no sobreviviera. Se emplearon diversas formas de artimañas para hacer la vida imposible a la RDA, incluido el sabotaje.

Bajo estas circunstancias, la construcción del Muro de Berlín resulta excusable (ibid.: 21):

La frontera abierta de Berlín era un foco de tensiones de la Guerra Fría [...] También era una Meca para los espías y para los actos de sabotaje contra la RDA. No cabe duda [...] de que la construcción del Muro en agosto de 1961 contribuyó a reducir las tensiones.

Los primeros años de la RDA, hasta 1961, con su frontera aún abierta hacia Berlín Occidental, estuvieron marcados por actos de sabotaje de opositores y por infiltraciones de agencias de inteligencia occidentales.

Las restricciones de viaje de la RDA, en general, se consideran medidas perfectamente razonables: “Había varias razones válidas para las restricciones de viaje de la RDA, en particular [...] el temor a que el país perdiera a profesionales clave” (ibid.: 73).

Los autores admiten que la RDA tuvo presos políticos, pero presentan las condenas como benignas (ibid.: 78):

A lo largo de los años, varias personas fueron condenadas y encarceladas por actividades políticas, pero la mayoría de las sentencias fueron de varios meses o pocos años, raramente períodos prolongados. Además, varios de estos prisioneros vieron reducidas sus condenas cuando fueron

intercambiados por agentes de la RDA encarcelados en Alemania Occidental o por divisas fuertes.

Según ellos, la Stasi pudo haber exagerado un poco, pero era, en última instancia, un servicio de seguridad como cualquier otro (ibid.: 77, 81):

La función central de todos los organismos de seguridad —y la RDA no fue diferente— era proteger al Estado de los intentos de socavarlo o desestabilizarlo. [...]

Si, como ciudadano de la RDA, no eras un disidente [...] probablemente tuviste poco o ningún contacto con la Stasi durante tu vida. [...] [L]a Stasi distaba de ser la monstruosa, omnividente y despiadada organización que se ha descrito. También es cierto que no fue una fuerza corrupta en el sentido en que recientemente se ha demostrado que lo fue la policía británica.

En el ámbito económico, la RDA fue, según esta versión, una historia de éxito fenomenal (ibid.: 50–51):

Según [...] un antiguo miembro de la Comisión Estatal de Planificación de la RDA, el verdadero milagro económico alemán tuvo lugar en la 'pequeña RDA', y esto no es en absoluto una exageración, dado lo que se logró. [...]

[L]a RDA se encontraba entre los 20 países más industrializados del mundo.

¿Qué explica este éxito? Según los autores (ibid.: 35):

Todos sabían que los beneficios que generaban con su trabajo iban al 'fondo social' y se utilizaban para mejorar la vida de todos, no solo de unos pocos propietarios o accionistas que se embolsarían el excedente. La mayoría de la gente reconocía que el excedente que creaban ayudaba a aumentar lo que se llamaba el 'salario social'.

La RDA puede no haber sido una democracia en el sentido estrecho y occidental del término, pero sí lo fue en un sentido más amplio y rico (ibid.: 70–71, 8–9):

En Occidente, la libertad y la democracia siempre se han definido en gran medida como el derecho a votar dentro de un sistema multipartidista y a actuar y expresarse con

relativa libertad. [...]

Sin embargo, la libertad y la democracia no pueden definirse ni abarcarse adecuadamente de forma tan simplista. [...]

Aunque los derechos democráticos, tal como se entienden en Occidente, eran limitados en la RDA, existía una amplia participación en procesos democráticos a nivel de base.

Donde residía su fortaleza era en el ámbito de la democracia económica. Como Tony Benn solía recalcar con acierto: la democracia es mucho más que votar cada cuatro años entre varios partidos. La cuestión de la democracia económica —los derechos en el lugar de trabajo, las medidas fiscales y tributarias igualitarias, la igualdad de género y el empoderamiento de las comunidades— rara vez se debate en las sociedades occidentales.

La 'verdadera' libertad, según los autores, significaba cosas como la ausencia de estrés causado por la publicidad (ibid.: 25–30):

La ausencia de publicidad masiva y del uso del sexo como herramienta de venta significaba que las mujeres no eran cosificadas como en Occidente, lo que ayudaba a mitigar las presiones psicológicas sobre los individuos. [...]

[L]a ausencia de publicidad masiva [...] implicaba que las mujeres no se enfrentaban continuamente a modelos imposibles de belleza física o de posesiones, y que su sexualidad no era explotada para promover ventas.

Si la RDA era un lugar tan maravilloso, ¿por qué fracasó al final? Según los autores, ocurrió casi por accidente. Los alemanes orientales solo querían un socialismo reformado, pero una vez que se abrió el Muro, fueron engañados por el establishment de Alemania Occidental (ibid.: 86–87):

La confianza del pueblo en su capacidad para crear un Estado socialista reformado e independiente fue minada sistemáticamente mediante una mezcla de escándalos sensacionalistas y desinformación sobre los antiguos gobernantes de la RDA. Además, los medios (de Alemania Occidental) iniciaron una guerra propagandística afirmando que la economía de la RDA estaba al borde del colapso. [...]

[Kohl] vio su oportunidad de cumplir un viejo sueño: [...] desterrar el espectro de una alternativa socialista. [...]

Los poderosos partidos políticos de Alemania Occidental [...]

donaron grandes sumas de dinero, imprimieron propaganda electoral y proporcionaron gratuitamente 'asesores' a sus socios designados en el Este.

El prólogo del libro, como era de esperar, fue escrito por **Seumas Milne** (2015: 4–5):

La RDA fue el hogar de la Stasi, de las escaseces y del Muro de Berlín. Pero también fue un país de pleno empleo, igualdad social y de género [...], vivienda, transporte y cultura baratos, uno de los mejores sistemas de cuidado infantil del mundo y una mayor libertad en el lugar de trabajo que la que disfrutaban la mayoría de los empleados en la Alemania actual. [...]

1989 desató [...] una terapia de choque de libre mercado, un robo comercial disfrazado de privatización, enormes aumentos de la desigualdad y la pobreza. [...]

La reunificación de Alemania significó anexión: la toma y el cierre de la mayoría de su industria, una purga política de más de un millón de maestros y otros trabajadores administrativos, la pérdida de derechos de las mujeres. [...]

1989 abrió la puerta a un modelo desregulado de capitalismo que ha causado estragos sociales y económicos en todo el mundo.

Nota sobre el revisionismo pro-RDA

Dado que la caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría representan un punto de inflexión crucial en la historia del socialismo —un revés severo pero, en última instancia, temporal para la causa socialista—, vale la pena examinar más de cerca las interpretaciones revisionistas de esos hechos.

La afirmación de Seumas Milne —según la cual miembros de las élites gobernantes trabajaron deliberadamente por una 'restauración del capitalismo', el público general fue un mero espectador pasivo de ese proceso y una mayoría silenciosa siguió apoyando el socialismo— es abiertamente absurda.

Como se describió arriba, el destino de la RDA no quedó sellado el 9 de noviembre de 1989, sino el 18 de marzo de 1990, día de sus primeras (y únicas) elecciones democráticas. La cuestión de si la RDA debía seguir siendo un país socialista soberano o unirse a la República Federal y adoptar su versión de la economía de mercado

fue una cuestión central durante la campaña. La participación fue del 93 % y los partidos pro-mercado/pro-reunificación obtuvieron en conjunto alrededor del 80 % del voto popular (BPB 2014). Así que los alemanes del Este no caminaron dormidos hacia ello.

Pero eso fue entonces. ¿Qué hay de la afirmación de Milne de que hoy una mayoría de los alemanes del Este tiene 'una visión positiva de [...] la RDA y lamenta su desaparición'?

Se puede encontrar evidencia para ambos lados. Según una encuesta de Emnid, una empresa demoscópica, el 57 % de los alemanes del Este cree que la RDA tuvo 'más aspectos positivos que negativos'.⁹² Según una encuesta de Infratest Dimap, otra empresa demoscópica, el 74 % de los alemanes del Este cree que la reunificación les trajo personalmente 'más ventajas que desventajas'.⁹³ En cualquier caso —al menos una minoría significativa afirma echar de menos la RDA, o aspectos sustanciales de ella. La nostalgia por la RDA, u *Ostalgie*, es un fenómeno real.⁹⁴ ¿Confirma esto la tesis de Milne de que los alemanes del Este sufren una especie de arrepentimiento del comprador?

No necesariamente. La nostalgia por la RDA no significa automáticamente nostalgia por el socialismo. Parece natural suponer que alguien que expresa una visión positiva de la RDA debe compartir los valores políticos de la (extrema) izquierda: al fin y al cabo, la RDA era un país socialista. Sin embargo, la RDA era también, en muchos aspectos, un país socialmente muy conservador.

Por ello, debemos fijarnos, más específicamente, en qué es exactamente lo que esas personas dicen echar de menos de la RDA. Aquí resulta útil la mencionada encuesta de Infratest Dimap, porque contiene un desglose más detallado por áreas de política pública, pidiendo a la gente que compare Alemania del Este con Alemania del Oeste (o con la Alemania reunificada).⁹⁵ El patrón que emerge es este: en aquellas áreas más claramente relacionadas con el sistema económico, a saber, 'economía', 'nivel de vida' y 'oportunidades de

92 Mehrheit der Ostdeutschen bewertet DDR positiv, Rheinische Post Online, 26 de junio de 2009 (<http://www.rp-online.de/politik/deutschland/mehrheit-der-ostdeutschen-bewertet-ddr-positiv-aid-1.2299138>).

93 Infratest Dimap (2014). 25 Jahre Mauerfall: Systemvergleich BRD / DDR. Eine Studie im Auftrag der Sendereihe des MDR "Exakt – So leben wir!".

94 'Ostalgie' es un acrónimo formado por las palabras Osten (Este) y Nostalgie (nostalgia).

95 Ibid. Más precisamente, se trata de una combinación entre una evaluación relativa y una evaluación absoluta. Un área de política puede clasificarse como una fortaleza de la RDA o como una fortaleza de la República Federal, pero los encuestados que están insatisfechos con ambos sistemas tienen la opción de no elegir ninguna.

autorrealización profesional', la RFA goza de una clara ventaja. (Lo mismo vale para todas las áreas relacionadas con las libertades políticas y los derechos civiles, aunque, presumiblemente, ni siquiera Seumas Milne disputaría la superioridad de la RFA en esas categorías).

A la RDA le va mejor en las categorías menos relacionadas con el sistema económico, a saber, 'sistema escolar' y 'protección frente al delito'. Dado que el sistema escolar y el sistema de justicia penal eran, por supuesto, también públicos en Alemania Occidental, esto no nos dice nada sobre los méritos relativos percibidos del socialismo y el capitalismo. Probablemente sí nos dice algo sobre el conservadurismo social de la RDA: el sistema escolar estaba fuertemente centrado en la disciplina y el sistema penal era duro y punitivo.

No menos importante: había muy poca inmigración y poca exposición a culturas extranjeras en general. La encuesta citada no pregunta específicamente por la inmigración, pero, dado el amplio y persistente desfase Este-Oeste en el apoyo a partidos antiinmigración, no es descabellado sostener que parte de la *Ostalgie* actual tiene que ver con eso —no con el socialismo.

Nada de esto quiere decir que el socialismo no sea popular en Alemania del Este: lo es, y mucho. Pero, como en tantos otros lugares, es popular como ideal abstracto, cuando se separa explícitamente del socialismo que realmente existió (Stöcker 2016: 202).

La afirmación de Milne de que el Muro de Berlín fue ante todo un instrumento de defensa, y no 'una línea arbitraria para retener a la gente', es igualmente absurda. Ni el Muro de Berlín ni la valla fronteriza interalemana tuvieron relevancia militar alguna; ninguno habría servido para un propósito defensivo útil si la Guerra Fría se hubiera vuelto caliente en algún momento. Pero sí hicieron una cosa con gran eficacia: retener a la gente. Antes de la construcción del Muro, más de 200.000 personas al año se trasladaban de la RDA a la RFA. Una vez construido, esa cifra cayó bruscamente a unas 20.000 (según Bade y Oltmer 2005).

Pero el deseo de marcharse nunca amainó. Cuando la valla fronteriza entre Hungría y Austria se abrió en septiembre de 1989, unos 15.000 alemanes del Este escaparon a Austria vía Hungría en un solo día (Deutsche Botschaft Budapest, s. f.). Este —no unos 'contrarrevolucionarios' en la cúpula— fue siempre el principal

problema de la RDA. Simplemente no podía convencer a sus propios ciudadanos de quedarse.

El Muro de Berlín no fue una aberración. Como se mencionó en el Capítulo 1, las economías planificadas suelen restringir la libertad de movimiento de las personas, incluso dentro del país, porque los movimientos masivos de población echarían por tierra los planes quinquenales. Una prohibición de la emigración es una extensión lógica de eso.

Alemania del Este fue el país más rico del Pacto de Varsovia. Probablemente fue la economía socialista más exitosa o, mejor dicho, menos fracasada que haya existido. El socialismo no va a mejorar más que esto. Y, sin embargo, aun así dependía de una frontera fuertemente fortificada y de una policía secreta omnipresente para su mera supervivencia. La emigración es, en última instancia, la retroalimentación más honesta que la gente puede dar sobre un sistema. Es la prueba definitiva de 'preferencias reveladas', frente a las 'preferencias declaradas', como expresar una visión positiva del socialismo en una encuesta de opinión.

9. VENEZUELA BAJO HUGO CHÁVEZ: "UNA MANERA DISTINTA Y MEJOR DE HACER LAS COSAS. SE LLAMA SOCIALISMO"

El socialismo del siglo XXI

Los experimentos socialistas que más popularidad alcanzaron entre los intelectuales occidentales fueron aquellos menos contaminados por las asociaciones con experiencias previas ya desacreditadas. Los intelectuales necesitaban convencerse a sí mismos, y convencer a los demás, de que habían encontrado un modelo verdaderamente nuevo de socialismo, sin relación alguna con los anteriores. No bastaba con que un país adoptara el socialismo: debía ofrecer la promesa de un nuevo comienzo, la esperanza de que **"esta vez será diferente"** (véase Hollander 1990: 277).

La **maomanía** surgió con la ruptura chino-soviética. El **hoxhaísmo** apareció con la ruptura sino-albanesa. La revolución cubana fue

popular porque era autóctona. Lo mismo ocurrió con la revolución sandinista en Nicaragua. Los peregrinos de temperamento más romántico se sintieron atraídos por lugares políticamente aislados como Corea del Norte y Camboya, porque el aislamiento parecía garantizar que no estarían contaminados por los intentos socialistas anteriores, ya fracasados.

La República Democrática Alemana, en cambio, recibió cierta admiración, pero nunca inspiró el entusiasmo soñador que despertaron otras experiencias.

La **venezuelamanía** prolonga este mismo patrón. Despegó en el momento en que el gobierno venezolano comenzó a presentar sus políticas ante el mundo como un nuevo modelo de socialismo, definido no solo en oposición al capitalismo, sino también, y de forma crucial, frente a los modelos socialistas previos.

En 2005, el presidente **Hugo Chávez** fue orador principal en el **Foro Social Mundial**, una conferencia anual que reunía a diversos grupos anticapitalistas de todo el mundo. Chávez declaró:

No tengo ninguna duda [...] de que es necesario trascender el capitalismo [...] mediante el socialismo, el verdadero socialismo, con igualdad y justicia. [...] Tenemos que reinventar el socialismo. No puede ser el tipo de socialismo que vimos en la Unión Soviética, sino uno que emerja mientras desarrollamos nuevos sistemas basados en la cooperación, no en la competencia. [...]

Debemos trascender el capitalismo. Pero no podemos recurrir al capitalismo de Estado, que sería la misma perversión de la Unión Soviética. Debemos reivindicar el socialismo como tesis, como proyecto y como camino, pero un nuevo tipo de socialismo, un socialismo humanista, que sitúe al ser humano, y no a las máquinas ni al Estado, por encima de todo.⁹⁶

La consigna de Chávez —**Socialismo del siglo XXI**— se popularizó rápidamente. Pocos meses después, el término aparecía en los titulares del **New York Times**.⁹⁷ Bastó con añadir '**del siglo XXI**' para limpiar la palabra '**socialismo**' de las asociaciones negativas con los **fracasos anteriores**.

96 Venezuela's Chávez closes World Social Forum with call to transcend capitalism, Venezuela Analysis, 31 de enero de 2005 (<https://venezuelanalysis.com/news/907>).

97 Chávez restyles Venezuela with '21st-Century Socialism', New York Times, 30 de octubre de 2005 (<http://www.nytimes.com/2005/10/30/world/americas/chavez-restyles-venezuela-with-21st-century-socialism.html>).

Y ese era, por supuesto, el objetivo. La expresión había sido acuñada originalmente por **Heinz Dieterich**, sociólogo alemán radicado en México. En 1996, Dieterich había publicado el libro *Der Sozialismus des 21. Jahrhunderts*. Él mismo explicó:

El término [socialismo] tiene mucha carga histórica, y eso fue un problema cuando escribí mi libro [...] Si lo usas, evoca la experiencia de la RDA y de la Unión Soviética. Si lo omites, excluyes a muchas personas cuyo corazón todavía late a la izquierda. Quise ilustrar la continuidad de una alternativa a la economía de mercado, pero también dejar claro que no tiene nada que ver con el socialismo del siglo XX. De ahí 'Socialismo del siglo XXI'.⁹⁸

Entre los admiradores occidentales del gobierno de Chávez, el término pronto adquirió vida propia. Aunque Dieterich fue asesor de Chávez durante un tiempo, la mayoría de los **chavistas** occidentales jamás había oído hablar de él ni de su versión particular de la teoría marxista. En la práctica, '**socialismo del siglo XXI**' significaba simplemente '**socialismo, pero sin connotaciones negativas**', o '**socialismo, pero de alguna manera distinto**'.

Y funcionó. Pocos meses después, la **venezuelamanía** estaba en pleno apogeo. En 2006, un discurso de Chávez en Viena reunió a unas **6.000 personas**.⁹⁹ Venezuela se había convertido en un popular destino de peregrinación política. *The Guardian* informaba:

Para los escépticos, son ingenuos occidentales seducidos por la propaganda [...] Conozcan a los turistas revolucionarios: una oleada de mochileros, artistas, académicos y políticos en misión para descubrir si el presidente Hugo Chávez está realmente forjando una alternativa radical al neoliberalismo y al capitalismo.

De un pequeño flujo hace unos años, ahora son miles, que viajan individualmente o en excursiones organizadas, explorando una meca de izquierda que promete construir justicia social en la forma de 'socialismo del siglo XXI'.¹⁰⁰

98 Wir Sozialisten. Heinz Dieterich, Ex-Wirtschaftsberater südamerikanischer Staatschefs, über die Wiederkehr einer alten Ideologie, Zeit Online, 15 de diciembre de 2011 (<http://www.zeit.de/2011/51/Interview-Dieterich>). Traducción mía.

99 Successful screening of new Hugo Chávez documentary in London, Hands off Venezuela, 16 de abril de 2015 (<https://www.handsoffvenezuela.org/successful-screening-of-new-hugo-chavez-documentary-in-london.htm>).

100 Welcome to Chávez-land, the new Latin mecca for the sandalistas, The Guardian, 15 de enero de 2007 (<https://www.theguardian.com/world/2007/jan/15/venezuela.rorycarroll>).

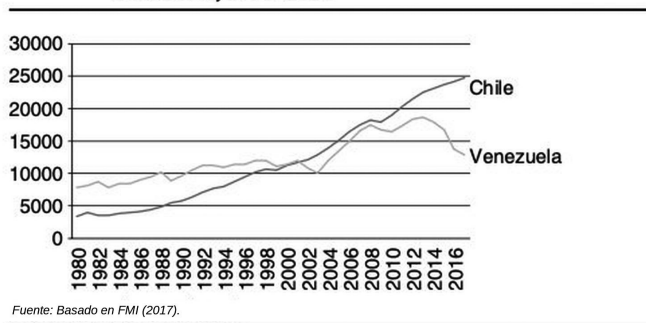
Pero ¿qué había sucedido realmente en Venezuela? El **chavismo** no representó una ruptura total con la historia económica previa del país. Consideremos la siguiente descripción:

Los nuevos líderes de Venezuela se concentraron en la industria petrolera como principal fuente de financiamiento para sus políticas económicas y sociales reformistas. Utilizando los ingresos del petróleo, el gobierno intervino significativamente en la economía. [...] El gobierno abordó la reforma social general gastando grandes sumas en educación, salud, electricidad, agua potable y otros proyectos básicos. [...]

El aumento del gasto público se manifestó principalmente en la expansión de la burocracia. [...] El gobierno estableció cientos de nuevas empresas estatales y organismos descentralizados, mientras el sector público asumía el papel de motor principal del crecimiento económico. [...] Además de crear nuevas empresas en sectores como la minería, la petroquímica y la hidroelectricidad, el gobierno compró otras que antes eran privadas.

Este texto podría pasar fácilmente como una descripción del **chavismo**. Pero en realidad se refiere a las décadas de **1960 y 1970** (Haggerty 1990). Los opositores al **chavismo** suelen señalar que antes de Chávez, Venezuela era el país más rico de América Latina. Técnicamente, es cierto. Antes de que Chile la superara a comienzos de los 2000, Venezuela tenía el PIB per cápita (PPA) más alto de la región (FMI 2017) (véase Figura 9).

Figura 9 PIB per cápita (PPA) en Chile y Venezuela, 1980-2016



Empero, no era una historia de éxito económico. Era una economía de **petrodólares**, sustentada en las mayores reservas probadas de petróleo del mundo. Durante las décadas de 1960 y 1970, Venezuela rebosaba de dinero petrolero, que el Estado gastaba generosamente en programas sociales, obras públicas, compras de activos y subsidios. Venezuela se convirtió en una **economía clientelar**, y el Estado venezolano, en un **Estado patronal**. Era un modelo económico construido sobre la base de precios del petróleo altos y crecientes.

La década de 1970 se convirtió, por tanto, en la **edad de oro** del país. Pero en 1980 los precios mundiales del petróleo alcanzaron su punto máximo y luego entraron en un período de casi **dos décadas de caída sostenida** (Macrotrends, s. f.). Durante ese tiempo, el desempeño económico de Venezuela se volvió **volátil e irregular**. El gobierno intentó mantener los altos niveles de gasto público a los que la población se había acostumbrado recurriendo al **endeudamiento y a la emisión monetaria**. Entre comienzos de los años 80 y mediados de los 90, la deuda pública aumentó de **menos del 30 % del PIB a cerca del 70 %** (Restuccia 2010: 21). La inflación pasó de alrededor del **10 % a más del 60 %** (ibid.: 26).

Los gobiernos sucesivos intentaron lidiar con esos **desequilibrios macroeconómicos**, pero se encontraron con una imposibilidad política. Los programas de ajuste se iniciaban, pero **nunca se completaban**.

Como explica Corrales (1999):

Venezuela ha quedado atrapada en un ciclo de reforma, relajación y colapso. Cada ciclo comienza con [...] recortes y ajustes drásticos —el **hacha**. Después de algunos resultados inicialmente positivos, las reformas pronto pierden impulso, se implementan de forma errática o se abandonan prematuramente —la fase de **relajación**. Esto culmina en otra crisis económica —el **colapso**. [...] Venezuela no es, pues, un caso de evasión de la reforma ni de transición neoliberal, sino de **no consolidación de la reforma**.

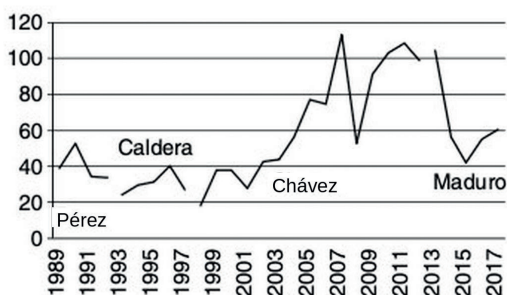
Fue en esas condiciones donde **nació el populismo de izquierda** del que el **chavismo** sería la versión más extrema. Los dos predecesores de Hugo Chávez habían hecho campaña con plataformas abiertamente **anti 'neoliberales'**, culpando a fuerzas externas de los males del país y prometiendo un regreso a los años de gasto

libre de la década de 1970. No obstante, una vez en el poder, ambos tuvieron que **dar un giro de 180 grados**, simplemente porque negar la existencia de las restricciones económicas no hace que estas desaparezcan. Venezuela se convirtió así en una ilustración perfecta del aforismo de Thomas Sowell: "**La primera lección de la economía es la escasez: nunca hay suficiente de nada para satisfacer a todos los que lo desean. La primera lección de la política es ignorar la primera lección de la economía.**"

Si los precios del petróleo se hubieran mantenido constantes tras la elección de Chávez, su presidencia podría haber seguido el mismo patrón: **algo de grandilocuencia populista inicial**, seguida de un giro con **recortes y medidas de ajuste**, y luego la aparición de un nuevo populista que lo denunciara como un **traidor neoliberal**.

Pero Chávez tuvo una suerte excepcional. Los precios del petróleo **tocaron fondo pocas semanas antes de que asumiera el poder**, y luego **aumentaron de forma pronunciada y casi constante durante los siguientes quince años**, superando incluso los niveles de los años 70 (Macrotrends 2018). Incluso en la actualidad, los precios del petróleo no son particularmente bajos en términos históricos: simplemente han vuelto a los niveles de mediados de los 2000, es decir, **a la época en que comenzó la venezuelamanía** (véase Figura 10).

Figura 10 Precios del petróleo en \$EE.UU. corrientes, 1989–2017, por presidencia



Fuente: Macrotrends (2018).

Gracias al auge de los precios del petróleo, los **ingresos petroleros de Venezuela se multiplicaron por más de cinco en términos reales** (Mahoney 2017: 5–6). Chávez había prometido un retorno a los

tiempos de gasto abundante de los 70. La explosión del precio del petróleo le permitió cumplir esa promesa. El **gasto público** aumentó de menos del **30 % del PIB a más del 40 %** (Quandl 2018).¹⁰¹

El derroche de gasto no carecía por completo de precedentes: fue una versión **mucho más acelerada** de lo ocurrido en los años 70, y algo similar, probablemente, habría sucedido bajo cualquier otro gobierno. Lo que distinguió al **chavismo** fue el uso profuso de **intervenciones microeconómicas**, como **controles de precios y de tipo de cambio**,¹⁰² que a su vez engendraban nuevas intervenciones. Cuando las medidas iniciales no producían los resultados esperados, o cuando los actores del sector privado no se comportaban según los deseos del gobierno, este **arremetía contra la industria en cuestión** e intervenía de manera cada vez más coercitiva.

Esto solía culminar en **"nacionalizaciones por venganza"**.¹⁰³

Por ejemplo, en 2009 *The Economist* informaba:

Una planta de arroz perteneciente a Cargill, una empresa estadounidense, fue confiscada [...]. Dos plantas propiedad de Empresas Polar, el mayor conglomerado privado de Venezuela, fueron "temporalmente" tomadas para imponer la producción de arroz con precios controlados. Como otras empresas, Polar sostiene que los controles la obligan a vender con pérdidas. [...] Chávez rechaza este argumento y amenazó con expropiar todos los negocios de Polar.¹⁰⁴

Así, bajo el gobierno de Chávez, las **nacionalizaciones no respondían a criterios estratégicos**. El gobierno no tenía una teoría reconocible sobre qué sectores debían estar bajo control estatal y en cuáles podía tolerarse la propiedad privada. En cambio, las nacionalizaciones se utilizaban como **instrumento de disciplina política**, un modo de castigar a los actores privados rebeldes. En ese sentido, el **'socialismo del siglo XXI'** fue un **socialismo improvisado de venganza**.

Los gobiernos venezolanos anteriores habían sido intervencionistas,

101 Véase también: How Chávez and Maduro have impoverished Venezuela, *The Economist*, 6 de abril de 2017 (<http://www.economist.com/news/finance-and-economics/21720289-over-past-year-74-venezuelans-lost-average-87kg-weight-how>).

102 Meat, sugar scarce in Venezuela stores, *The Washington Post*, 8 de febrero de 2007 (<http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2007/02/08/AR2007020801240.html>).

103 Venezuela's nationalizations under Chávez, Reuters, 1 de diciembre de 2011 (<https://www.reuters.com/article/venezuela-nationalizations/factbox-venezuelas-nationalizations-under-chavez-idUSN1E79IQZ520111201>).

104 Feeding frenzy, *The Economist*, 12 de marzo de 2009 (<http://www.economist.com/node/13278245>).

pero se mantenían dentro del Estado de derecho. El gobierno de Chávez, en cambio, lo atropelló sistemáticamente. Esto puede observarse en el deterioro de varios indicadores clave de gobernanza (véase Figura 11).

Figura 11 Indicadores clave de gobernanza, 2000–2015



Fuente: Fraser Institute (2017).

No hace falta ser un creyente del libre mercado para darse cuenta de que el **chavismo nunca pudo ser un modelo económico viable**. El hecho de que los controles de precios produzcan escasez no pertenece a la economía *friedmaniana* o *hayekiana*: es simple economía de nivel escolar. El hecho de que un gobierno depredador, sin respeto por el Estado de derecho, desaliente la actividad económica, ni siquiera pertenece al campo de la economía —es puro sentido común. Y tampoco hace falta mucha imaginación para prever que una rápida expansión del gasto público aumenta el margen para la **corrupción, el clientelismo y el nepotismo**.

De hecho, los problemas que hoy asociamos con Venezuela **preceden con mucho** la caída de los precios del petróleo. Ya eran evidentes en pleno auge económico.

En 2007, *The Guardian* informaba:

Bienvenidos a Venezuela, una economía en auge pero con una diferencia. El país sufre escasez de alimentos al mismo tiempo que los ingresos petroleros impulsan un frenesí de gasto [...] La leche ha desaparecido casi por completo de las tiendas. Madres angustiadas se preguntan cómo alimentar a sus bebés. [...] Los huevos y el azúcar también son solo un recuerdo. [...] Cuando llegan suministros, se forman colas al instante. Las compras son racionadas y se sellan las manos para evitar trampas. La aparición de un camión de leche provocó la semana pasada un casi motín. Hasta una cuarta parte de los productos básicos ha visto interrumpido su suministro.¹⁰⁵

Con el tiempo, esas escaseces **se volvieron más graves y extendidas**, afectando a una gama cada vez mayor de productos. En 2013, cuando los precios del petróleo aún estaban anormalmente altos, *The Guardian* volvía a reportar:

Ciertos artículos desaparecidos desde hace tiempo de los estantes están tocando una fibra sensible entre los venezolanos. Papel higiénico, arroz, café y harina de maíz [...] se han convertido en emblemas de algo más que una crisis económica. [...]

Para Asdrúbal Oliveros, economista de Ecoanalítica, [...] esto [...] es el resultado de [...] controles de precios y [...] la caída de la producción agrícola derivada de empresas y tierras expropiadas. "Más de 3 millones de hectáreas fueron expropiadas entre 2004 y 2010. [...] Ese es un modelo perverso que mata cualquier productividad", afirma.

El banco central de Venezuela, que publica un índice de escasez desde 2009, sitúa la cifra de este año en un nivel [...] similar al de países en guerra o en condiciones de conflicto civil.¹⁰⁶

Sin embargo, mientras duró el auge de los precios del petróleo, muchos otros indicadores económicos y sociales parecían muy positivos, y los **admiradores occidentales del chavismo** atribuyeron todos esos logros a las políticas de Chávez.

¹⁰⁵ Venezuela scrambles for food despite oil boom, The Guardian, 14 de noviembre de 2007 (<https://www.theguardian.com/world/2007/nov/14/venezuela.international>).

¹⁰⁶ Venezuela food shortages: 'No one can explain why a rich country has no food', The Guardian, 26 de septiembre de 2013 (<https://www.theguardian.com/global-development/poverty-matters/2013/sep/26/venezuela-food-shortages-rich-country-cia>).

Como se mencionó, Chávez definió su versión de socialismo en **oposición explícita a los modelos anteriores**. Y no se trataba de mera retórica. Bajo el chavismo, hubo intentos genuinos de **crear modelos alternativos de propiedad colectiva y participación democrática** en la vida económica. En particular, se promovió intensamente la formación de **cooperativas de trabajadores** y otras formas de empresas sociales. Las cifras exactas son difíciles de obtener, pero según **Piñeiro Harnecker (2009: 309)**, el número de cooperativas administradas por trabajadores aumentó de **menos de 1.000** cuando Chávez fue elegido, a **más de 30.000** en menos de una década. Al final del segundo mandato de Chávez, las cooperativas representaban **aproximadamente el 8 % del PIB de Venezuela y el 14 % de su fuerza laboral** (ibid.).

El socialismo venezolano mostraría más tarde muchos de los **rasgos negativos asociados a las formas anteriores de socialismo**, pero nunca fue política oficial **replicar** esos modelos. Cuando los chavistas del mundo desarrollado occidental afirmaban que el gobierno venezolano buscaba crear un modelo diferente de socialismo, **no se engañaban del todo**.

Los datos sobre el desempeño económico del sector cooperativo impulsado por el Estado son escasos, pero puede afirmarse, con seguridad, que **nunca llegó a ser autosuficiente**: dependió, permanentemente, de los subsidios del gobierno. Pero su propósito principal **nunca fue económico**. El llamado **sector social** se concebía como un **campo de entrenamiento** en el que los trabajadores pudieran desarrollar una **mentalidad socialista**, un **vivero para una etapa más avanzada del socialismo**. El gobierno creía que trabajar en un entorno económico basado en la cooperación, el reparto y la toma de decisiones democráticas conjuntas **inculcaría valores y hábitos socialistas** (ibid.: 313–314).

Esto formaba parte del programa de **construir el socialismo desde abajo**, en lugar de imponerlo desde arriba. No resultó así. Piñeiro Harnecker (2009) realizó un estudio sobre las **actitudes de los trabajadores cooperativistas venezolanos**, basado en entrevistas y encuestas. Aunque el tono del texto muestra una clara simpatía por el gobierno chavista, la autora concluye, con una decepción apenas disimulada, que el sector cooperativo **no ha tenido el efecto esperado**. Observa (ibid.: 316–317):

Pronto quedó claro para los responsables de las políticas

venezolanas que muchas cooperativas se comportaban como empresas capitalistas, buscando maximizar sus ingresos netos [...] Por ejemplo, en lugar de suministrar sus productos a los mercados locales [...] algunas optaron por exportarlos a otros países donde podían venderlos a precios más altos [...]

Además, muchas cooperativas se han negado a aceptar nuevos miembros [...] temen que incluirlos afecte sus ingresos. [...]

[M]uchos miembros entrevistados se opusieron a comenzar a pagar impuestos [...] Afirmaban que [...] ya estaban contribuyendo lo suficiente a sus comunidades locales. [...]

Todo esto ha ocurrido a pesar de los frecuentes llamados del presidente Chávez al comportamiento solidario.

Para su gran consternación, los cooperativistas entrevistados **sonaban a menudo conservadores** (ibid.: 324):

El argumento más común utilizado para oponerse a contribuir a las comunidades vecinas era la afirmación de que el éxito económico de sus cooperativas era fruto de sus propios esfuerzos. Ignorando las limitaciones de capacidad que algunos tenían [...] ciertos trabajadores afirmaban que los miembros de la comunidad "no se esforzaban lo suficiente" y que debían "ayudarse a sí mismos como nosotros lo hacemos en las cooperativas" [...] Otros declararon que sus ingresos no eran lo bastante grandes como para redistribuirlos, como si solo ellos tuvieran derecho a ellos.

Por supuesto, muchos trabajadores cooperativistas **participaban en actividades comunitarias** de diversos tipos. Pero eso también lo hacen muchas personas que no trabajan en cooperativas, y Piñeiro Harnecker **no ofrece evidencia** de que la pertenencia a una cooperativa marque una diferencia. Sí encuentra, en cambio, que la participación social de las cooperativas **se limitaba a sus áreas locales**. Algunos estaban dispuestos a apoyar a su comunidad inmediata, pero esa 'comunidad' **no era la nación entera**, y **"solo hubo unos pocos casos en los que la solidaridad de los miembros de las cooperativas con comunidades lejanas se materializó"** (ibid.: 325–326).

Al darse cuenta de que las cooperativas **no eran un peldaño hacia el socialismo**, el gobierno de Chávez **se mostró cada vez más**

desilusionado con ellas. El propio Chávez declaró (ibid.: 331–332):

El modelo de cooperativas [cooperativismo] no garantiza el socialismo porque una cooperativa es propiedad privada colectiva; es decir, si somos 20 en una cooperativa, trabajaremos para el beneficio de esos 20, y eso es meramente capitalismo. Las cooperativas deben ser impulsadas hacia el socialismo". [...]

Chávez sugirió que una empresa solo es "socialista" o de "propiedad social" si está **controlada por la sociedad**, satisfaciendo las **necesidades sociales**. Una empresa de propiedad social, explicó, "**pertenece a toda la comunidad y [...] opera bajo una dirección, un plan; produce de acuerdo con los intereses no solo de los miembros de la cooperativa, sino de toda la comunidad.**"

Esa es también la conclusión de Piñeiro Harnecker. Lamenta que el **capitalismo no pueda superarse mediante la formación de cooperativas**, porque estas no promueven normas socialistas: no son más que un modelo empresarial distinto **dentro del capitalismo**. Lo que se necesita, sostiene, es **planificación a un nivel superior**, que tome en cuenta las necesidades de toda la comunidad, no solo de una organización.

A pesar de todo el énfasis en que el socialismo venezolano debía ser **incomparablemente diferente del socialismo soviético**, todo esto suena sospechosamente parecido a la Unión Soviética otra vez.

Los peregrinos de Chávez

Cuando un país parece estar experimentando un rápido progreso económico y/o social, inevitablemente atrae cierta cobertura positiva de los medios. Otros países latinoamericanos, como México y Brasil, crecían a ritmos comparables, y su progreso fue debidamente reconocido en la prensa internacional.

Pero la cobertura favorable de Venezuela fue distinta. A otros países se los elogiaba por políticas específicas; a Venezuela, en cambio, se la elogiaba en términos más abstractos: se la ensalzaba, ante todo, como un **modelo** económico y social, siendo las políticas concretas (por ejemplo, los programas de vivienda pública) casi un detalle secundario. De hecho, abundan los artículos extensos que hablan con entusiasmo de Venezuela sin explicar realmente qué estaba haciendo el país, más allá de ser 'una inspiración' y 'una alternativa al capitalismo global'.

En 2007, Naomi Klein, posiblemente la intelectual occidental más influyente de los años 2000 (y después), escribió:

Los más firmes opositores a la economía neoliberal en América Latina han ganado elección tras elección. [...] Los ciudadanos han renovado su fe en el poder de la democracia para mejorar sus vidas. [...]

Los movimientos de masas de América Latina [...] están aprendiendo a incorporar amortiguadores contra los shocks en sus modelos de organización. [...] Las redes progresistas en Venezuela son [...] altamente descentralizadas, con el poder disperso en los niveles de base y comunitario, a través de miles de consejos vecinales y cooperativas. [...]

Los nuevos líderes de América Latina también se están preparando mejor para los tipos de shocks que producen los mercados volátiles. [...] Rodeada de turbulencias financieras, América Latina está creando una zona de relativa calma y previsibilidad económica, una hazaña que se presumía imposible en la era de la globalización.¹⁰⁷

En 2009, Noam Chomsky, quizá el arquetipo del intelectual occidental, viajó a Venezuela y afirmó:

Lo emocionante de visitar finalmente Venezuela es poder ver cómo se está creando un mundo mejor [...] Las transformaciones que Venezuela está llevando a cabo hacia la creación de otro modelo socioeconómico podrían tener un impacto global.¹⁰⁸

En 2012, el periodista y escritor Owen Jones realizó también su peregrinación a Venezuela y declaró: "Venezuela es una inspiración para el mundo, realmente demuestra que hay una alternativa. Conocí a tantas personas que me contaron cómo sus vidas habían cambiado desde la elección del presidente Chávez" (*Venezuela Solidarity Campaign*, 2012). En el *Independent*, Jones amplió:

Chávez [...] es el primer presidente venezolano que se preocupa por los pobres. [...]

Los oligarcas de Venezuela espuman de rabia por su odio a Chávez [...] ¿Por qué lo desprecian? Como me dijo

107 Latin America's shock resistance. Recent events in the region show how societies can recover from extreme capitalism, *The Nation*, 8 de noviembre de 2007 (<https://www.thenation.com/article/latin-americas-shock-resistance/>).

108 Noam Chomsky meets with Chávez in Venezuela, *Venezuela Analysis*, 27 de agosto de 2009 (<https://venezuelanalysis.com/news/4748>).

el viceministro de Europa de Chávez [...] es porque 'las personas que limpian sus casas ahora son políticamente más importantes que ellos'. Bajo Chávez, los pobres se han convertido en un poder político que no puede ser ignorado [...]

[Él] ha demostrado que es posible liderar un gobierno popular y progresista que rompa con el dogma neoliberal. Tal vez esa sea la verdadera razón de por qué lo odian tanto.¹⁰⁹

Uno de los temas centrales de la *Venezuelamania* era que Venezuela no solo representaba una gran historia de éxito por derecho propio, sino también un modelo del cual aprender. En palabras de Owen Jones: "Es muy importante para mí que no veamos a América Latina como algo que está ocurriendo en otra parte, sino como algo que nos da esperanza a todos".¹¹⁰

Seumas Milne también realizó su peregrinación a Venezuela en 2012. Consideraba la 'transformación de América Latina' como 'uno de los cambios decisivos que están reconfigurando el orden global'. Milne hablaba de una 'ola de cambio progresista' que había llevado al poder a gobiernos que:

redistribuyeron la riqueza y el poder [y] rechazaron la ortodoxia neoliberal occidental [...] En el proceso, [...] demostraron al resto del mundo que, después de todo, existen alternativas económicas y sociales en el siglo XXI.

Central en ese proceso ha sido Hugo Chávez y su revolución bolivariana en Venezuela. Es Venezuela [...] la que ha encabezado el movimiento de cambio radical [...]

Visitar cualquier mitin o centro de votación durante la campaña electoral era suficiente para no tener duda de a quién representaba Chávez: a los pobres, los no blancos, los jóvenes, los discapacitados; en otras palabras, a la mayoría desposeída [...] La euforia por el resultado entre los pobres era palpable.

Milne veía el socialismo venezolano no solo como algo admirable en sí mismo, sino específicamente como una alternativa a la socialdemocracia europea:

¹⁰⁹ Hugo Chávez proves you can lead a progressive, popular government that says no to neo-liberalism, Independent, 8 de octubre de 2012 (<http://www.independent.co.uk/voices/comment/hugo-Chavez-proves-you-can-lead-a-progressive-popular-government-that-says-no-to-neo-liberalism-8202738.html>)

¹¹⁰ Corbyn and hard-left fawning over Socialist Venezuela (prior collapse) (<https://www.youtube.com/watch?v=VSIQAKpaR20>).

Los programas sociales innovadores de Venezuela, sus experimentos en democracia directa y su éxito al poner los recursos bajo control público ofrecen lecciones para cualquiera interesado en la justicia social y en nuevas formas de política socialista en el resto del mundo. [...] Venezuela y sus aliados latinoamericanos han demostrado que ya no es necesario aceptar un modelo económico fracasado, como muchos socialdemócratas en Europa todavía hacen¹¹¹.

El secretario general del sindicato *Unite the Union*, Len McCluskey, comentó sobre la reelección de Chávez en 2012 (*Venezuela Solidarity Campaign*, 2012: 5):

Saludamos este resultado, que es una clara ratificación de las políticas sociales progresistas de Hugo Chávez. Venezuela demuestra que los gobiernos que priorizan las necesidades de la gente trabajadora pueden esperar un fuerte apoyo en las urnas. [...] Europa haría bien en aprender las lecciones evidentes de Venezuela.

Andy Slaughter, diputado por Hammersmith, añadió: "Este es un gran resultado para el pueblo de Venezuela, para la política progresista y para el proceso democrático" (ibid.).

La muerte de Chávez en 2013 desató una avalancha de declaraciones que celebraban su legado y las lecciones que dejaba para el resto del mundo. Owen Jones escribió:

Chávez se convirtió en un ícono para los pobres de Venezuela, que habían sufrido durante tanto tiempo. [...] Sus políticas transformaron la vida de millones de venezolanos antes ignorados. [...] Chávez fue un campeón de los pobres elegido democráticamente. [...] Demostró que es posible resistir el dogma neoliberal que domina a gran parte de la humanidad. Será llorado por millones de venezolanos, y con razón.¹¹²

El secretario general del sindicato *Communication Workers Union (CWU)*, Bill Hayes, declaró: "Hugo Chávez ayudó a inspirar un nuevo socialismo para el siglo XXI y proporcionó la chispa que iluminó todo

111 The Chávez victory will be felt far beyond Latin America, The Guardian, 9 de octubre de 2012 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/2012/oct/09/Chávez-victory-beyond-latin-america>).

112 Hugo Chávez was a democrat, not a dictator, and showed a progressive alternative to neo-liberalism is both possible and popular, Independent, 6 de marzo de 2013 (<http://www.independent.co.uk/voices/comment/hugo-chavez-was-a-democrat-not-a-dictator-and-showed-a-progressive-alternative-to-neo-liberalism-is-8522329.html>).

el continente sudamericano" (*Venezuela Solidarity Campaign*, 2013: 7).

El secretario general de *UNISON*, David Prentis, afirmó que "Hugo Chávez será recordado por su continua lucha por elevar a los pobres, su compromiso con la justicia social y su dedicación a la equidad y la igualdad" (ibid.: 7).

La secretaria general del *Trades Union Congress (TUC)*, Frances O'Grady, opinó que "Hugo Chávez llevó a cabo la implementación de un programa impresionante y altamente progresista, sacando a millones de personas de la pobreza y brindando a los ciudadanos acceso a la salud y la educación" (ibid.: 7).

Gabi Zimmer, eurodiputada y presidenta del grupo *European United Left – Nordic Green Left* en el Parlamento Europeo, dijo: "Su lucha por los oprimidos, golpeados por un sistema económico insaciable y despiadado, le valió y sigue valiéndole la enemistad de los poderosos, pero también el apoyo inquebrantable de su pueblo y de los oprimidos" (ibid.: 6).

Jon Trickett, diputado por Hemsworth, describió a Chávez como "un titán de hombre. Progresista, democrático, locuaz. En tiempos turbulentos logró generar un cambio para los más pobres" (ibid.: 6).

Se presentaron dos *Early Day Motions* en el Parlamento del Reino Unido. Uno de ellos, firmado por 25 diputados de cuatro partidos distintos, decía:

Esta Cámara [...] reconoce la enorme contribución que [Chávez] hizo para vencer la pobreza en su país y en su región [...] y la forma en que dio voz a los pueblos más pobres y marginados de América Latina.¹¹³

El otro, firmado por nueve diputados de tres partidos diferentes, afirmaba:

Esta Cámara [...] observa que [Chávez] lideró la Revolución Bolivariana, que sacó a millones de personas de la pobreza extrema en Venezuela; además, señala que fue un opositor firme e inquebrantable del imperialismo occidental y un

113 President Chávez of Venezuela, Early Day Motion 1154, 6 de marzo de 2013 (<http://www.parliament.uk/business/publications/business-papers/commons/early-day-motions/edm-detail/1?edmnumber=1154&session=2012-13>).

defensor de los pobres y oprimidos en todo el mundo; y considera que su memoria sobrevivirá largamente a su muerte gracias a sus extraordinarios logros.¹¹⁴

En un mitin pro-Chávez en Londres, Jeremy Corbyn dijo: “Chávez [...] nos mostró que hay una forma distinta, y mejor, de hacer las cosas. Se llama socialismo [...] En su muerte, marcharemos hacia ese mundo mejor, justo, pacífico y esperanzador”.¹¹⁵

En una entrevista, la diputada Diane Abbott afirmó: “Chávez es tan importante [...] porque demostró que otro mundo es posible. Puso la ayuda a los pobres, la mejora de las condiciones de vida de los más desfavorecidos, en la cima de su agenda”.¹¹⁶

En un evento pro-Venezuela en el Reino Unido, Abbott añadió:
[Él] mostró a la región que era posible hacer las cosas de otra manera [...] el régimen de Chávez obtuvo los mejores resultados en la lucha contra la pobreza y en la mejora del nivel de vida de los más pobres de toda la región. Y esa es una de las razones por las que me siento particularmente apasionada por defender la revolución de Venezuela y el legado de Chávez.¹¹⁷

En un documental titulado *Chávez: a portrait from Europe*, John McDonnell, actual portavoz de Hacienda de la oposición británica (*Shadow Chancellor of the Exchequer*), dijo:

[Chávez] encendió una chispa que realmente se convirtió en una llama [...] Venezuela y la Revolución Bolivariana se convirtieron en un referente en la agenda de todos los socialistas [...]
La Revolución Bolivariana [...] surgió en un momento en que el capitalismo entraba en otra de sus crisis. Así que tenías al capitalismo en crisis, mostrando que siempre estaría plagado de crisis [...] Y, en contraste, tenías la Revolución Bolivariana en Venezuela, donde [...] se enfrentaba la pobreza, se creaba empleo, se invertía en servicios públicos

114 UK Parliament: Early Day Motion 1153: Death of President Hugo Chávez, Parlamento del Reino Unido, 6 de marzo de 2013 (<http://www.parliament.uk/edm/2012-13/1153>).

115 British MP Corbyn Praises Chávez at London Vigil, 7 de marzo de 2013 (<https://www.youtube.com/watch?v=iYEFyS78SaA>).

116 Corbyn and hard-left fawning over socialist Venezuela (<https://www.youtube.com/watch?v=VSIQAKpaR20>).

117 Ibid.

[...] Así que tenías el contraste entre el capitalismo en crisis y el socialismo en acción".¹¹⁸

Este fue el punto más alto de la popularidad de la Revolución Bolivariana entre los comentaristas occidentales.

Después del cenit

En marzo de 2013, Javier Corrales, experto en América Latina, escribió en la revista *Foreign Policy*:

El sucesor designado de [Chávez], el vicepresidente Nicolás Maduro, [...] se encontrará al mando de un notable capital político. Sin embargo, Maduro [...] también heredará una de las economías más disfuncionales del continente americano, justo cuando llega la hora de pagar la factura de las políticas de su difunto líder'.¹¹⁹

Esto resultó ser un eufemismo. Poco después, los males económicos de Venezuela se convirtieron en una crisis total. La crisis provocó un amplio descontento, ante el cual el gobierno recurrió cada vez más a medidas autoritarias. La reputación internacional de Venezuela se deterioró drásticamente. El país dejó de ser una vitrina que los socialistas occidentales mostraban triunfalmente a sus oponentes, y se convirtió en un anti-modelo que los críticos del socialismo usarían como advertencia.

A partir de ese momento, el tono entre los chavistas de los países desarrollados occidentales cambió visiblemente. Los artículos pro-Venezuela, que hasta entonces habían sido esperanzadores y optimistas, se tornaron airados y defensivos. El énfasis se desplazó de los supuestos logros del chavismo al *whataboutery* —la técnica de desviar críticas señalando defectos ajenos—, y a poner en duda las intenciones de los críticos del chavismo tanto dentro de Venezuela como en el extranjero.

En 2014, Owen Jones escribió un artículo para el *Independent* titulado *Socialism's critics look at Venezuela and say, "We told you so". But they are wrong* ('Los críticos del socialismo miran a Venezuela y dicen: "Se los dijimos". Pero están equivocados'). Jones

118 Hugo Chávez: un retrato desde Europa – a portrait from Europe, documental de Telesur dirigido por Pablo Roldán (<https://www.youtube.com/watch?v=dpNrh-u3S78>).

119 The house that Chávez built (La casa que construyó Chávez), Foreign Policy, 7 de marzo de 2013 (<https://foreignpolicy.com/2013/03/07/the-house-that-chavez-built/>).

reconocía la existencia de “problemas económicos recientes”, pero el artículo insistía en los males de la era pre-Chávez (“pongamos algo de contexto”) y en la violencia cometida por parte de la oposición. Concluía afirmando que “[l]os que disfrutaban utilizando los problemas de Venezuela para sacar rédito político no tienen ningún interés en la verdad”.¹²⁰

Seumas Milne llevó esa lógica varios pasos más allá. Tras realizar otra peregrinación a Venezuela en 2014, Milne escribió un artículo titulado *Venezuela shows that protest can be a defence of privilege – Street action is now regularly used with western backing to target elected governments in the interests of elites* (‘Venezuela demuestra que la protesta puede ser una defensa del privilegio: las manifestaciones callejeras son utilizadas regularmente, con apoyo occidental, para atacar gobiernos electos en beneficio de las élites’). En su versión de los hechos, las personas que protestaban por la escasez de alimentos y medicinas eran una coalición de títeres extranjeros financiados por gobiernos “imperialistas” y viejas élites que buscaban recuperar sus privilegios:

Líderes opositores vinculados a Estados Unidos [...] lanzaron una campaña para derrocar a Maduro [...]

[Las] protestas tienen todos los rasgos de una rebelión antidemocrática, impregnada de privilegio de clase y racismo. Casi enteramente de clase media y confinadas a barrios ricos y blancos, las protestas se han reducido ahora a lanzar bombas incendiarias y pelear rituales con la policía [...] Mientras tanto, el apoyo al gobierno sigue siendo sólido en las zonas obreras. [...] No sorprende que Maduro considere lo que está ocurriendo como una desestabilización respaldada por Estados Unidos al estilo de Ucrania, como me dijo. [...] La evidencia de la subversión estadounidense en Venezuela [...] es abrumadora.¹²¹

Aquí pueden verse claros paralelos con los relatos de peregrinos en las utopías del pasado (véase Hollander 1990: 160–167). Los peregrinos siempre habían tenido dificultades para aceptar la idea de que pudiera existir descontento en un Estado del Pueblo (salvo que la construcción del socialismo aún estuviera ‘incompleta’). Bajo

120 Socialism’s critics look at Venezuela and say, ‘We told you so’. But they are wrong, Independent, 28 de febrero de 2014 (<https://web.archive.org/web/20140302210757/http://www.independent.co.uk/voices/comment/owen-jones-socialisms-critics-look-at-venezuela-and-say-we-told-you-so-but-they-are-wrong-9155295.html>)

121 Venezuela shows that protest can be a defence of privilege – Street action is now regularly used with western backing to target elected governments in the interests of elites, The Guardian, 9 de abril de 2014 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/2014/apr/09/venezuela-protest-defence-privilege-maduro-elites>).

el socialismo, *El Pueblo* es quien gobierna. Entonces, ¿cómo podrían protestar? Lógicamente, *El Pueblo* no puede levantarse contra sí mismo. Por lo tanto, los disidentes debían ser definidos como un grupo aparte y hostil: enemigos de clase, contrarrevolucionarios, espías extranjeros, etc.

Después de su cenit, la *venezuelamanía* se transformó en algo muy parecido a eso, y el 'socialismo del siglo XXI' comenzó a parecerse sospechosamente al socialismo del siglo XX.

Seumas Milne no estaba solo. Mark Weisbrot, codirector del *Center for Economic and Policy Research* (CEPR), también afirmó:

Los pobres de Venezuela no se han unido a las protestas de la oposición derechista [...] y no sólo los pobres se abstienen: en Caracas, prácticamente todos fuera de unos pocos barrios ricos [...] donde pequeños grupos de manifestantes se enfrentan cada noche con las fuerzas de seguridad, lanzando piedras y bombas incendiarias [...]

Dudo de la narrativa [...] según la cual el aumento de la escasez de alimentos y bienes básicos sea una motivación seria para las protestas. [...]

La naturaleza de clase de este conflicto siempre ha sido evidente e ineludible [...] Al pasar frente a la multitud reunida para [...] el aniversario de la muerte de Chávez, era un mar de venezolanos de clase trabajadora [...] Qué contraste con las masas descontentas de Los Palos Grandes, con jeeps Grand Cherokee de 40.000 dólares luciendo el lema del momento: *SOS VENEZUELA*.¹²²

Neil Findlay, miembro del Parlamento escocés, también afirmó: "Hay un cambio sísmico que las corporaciones y sus aliados estadounidenses detestan. [...] Odian el hecho de que el pueblo esté en control y no ellos" (*Venezuela Solidarity Campaign* 2014: 9).

Bethan Jenkins, miembro de la Asamblea Nacional de Gales, dijo: "Venezuela es un país rico en petróleo. Por supuesto, Estados Unidos va a intentar desestabilizar la situación. Miren lo que ocurrió en Irak" (ibid.: 8).

Fernando Pérez, eurodiputado del *Partido socialista europeo*, declaró que "el caos, la desestabilización y la violencia de la derecha

¹²² The truth about Venezuela: a revolt of the well-off, not a 'terror campaign', The Guardian, 20 de marzo de 2014 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/2014/mar/20/venezuela-revolt-truth-not-terror-campaign>).

y la oligarquía son un intento de derrocar ilegítimamente a Nicolás Maduro" (ibid.: 8).

En la revista *Jacobin*, George Ciccariello-Maher sostuvo:

[...] quienes buscan restaurar los privilegios feudales del derrocado antiguo régimen venezolano han intentado aprovechar las protestas estudiantiles, en su mayoría de clase media, para deponer al gobierno de Maduro [...]. Las élites domésticas acomodadas (cuyo inglés no muestra ningún acento) han acudido a Twitter y a los medios internacionales [...] [L]a oposición reaccionaria toma las calles, alimentada por un odio racial y de clase.¹²³

Reconocía vagamente el carácter cada vez más autoritario del gobierno, pero lo consideraba justificable:

Si estamos en contra de la brutalidad innecesaria, existe, sin embargo, una forma radicalmente democrática de brutalidad que no podemos repudiar por completo. Es la misma brutalidad que "arrastró a los Borbones fuera del trono" [...] No se trata de brutalidad por brutalidad [...] Es, más bien, una extraña paradoja: brutalidad igualitaria, la dictadura radicalmente democrática de los condenados de la tierra. Los difamados hoy [...] son, de hecho, la expresión más directa y orgánica de los condenados de la tierra venezolana.

Jeremy Corbyn también vio fuerzas siniestras en juego. En un acto organizado por la *Venezuela Solidarity Campaign* en 2015, acusó a Estados Unidos de intentar desestabilizar Venezuela y socavar su gobierno. Nunca quedó claro a qué acciones concretas se refería, pero evocó ejemplos históricos de intervenciones estadounidenses en golpes militares (especialmente en Chile, en 1973) y luego preguntó, retóricamente, si la situación actual era realmente tan diferente.¹²⁴

Para entonces, la economía venezolana se hallaba en caída libre, pero Corbyn seguía celebrando sus 'éxitos':

Cuando celebramos —y es motivo de celebración— los logros de Venezuela, en empleo, vivienda, salud, educación,

123 Venezuelan Jacobins. Only the Venezuelan sans culottes can save the Bolivarian Revolution, *Jacobin Magazine*, 13 de marzo de 2014 (<https://www.jacobinmag.com/2014/03/venezuelan-jacobins>).

124 Esto coincidía plenamente con la retórica del propio gobierno de Maduro. Por ejemplo, tras la muerte de Chávez, Nicolás Maduro planteó la posibilidad de que agentes estadounidenses pudieran haber sido responsables, al infectarlo deliberadamente con cáncer. Véase: Scientists will study possible Chávez poisoning, Venezuelan leader says, *CNN*, 13 de marzo de 2013 (<http://edition.cnn.com/2013/03/12/world/americas/venezuela-Chavez-death-investigation/index.html>).

pero sobre todo su papel en el mundo como un lugar completamente distinto, lo hacemos porque reconocemos lo que han logrado y cómo lo están intentando lograr.¹²⁵

Pocas semanas después, Corbyn escribió un artículo (ya eliminado) en su sitio web, en el que afirmaba:

La historia se está desarrollando en toda su extensión en Venezuela, donde la Revolución Bolivariana está en pleno auge y sirve de inspiración a todo un continente. [...] Venezuela está conquistando seriamente la pobreza al rechazar enfáticamente [...] las políticas neoliberales [...] El éxito de las políticas radicales en Venezuela se logra al atender a los más pobres, liberar recursos, pero sobre todo mediante la educación popular y la participación. Al igual que Cuba, la amenaza que representa Venezuela para Estados Unidos no es militar [...] Es mucho más insidiosa: una amenaza por el ejemplo de lo que la justicia social puede conseguir.¹²⁶

En esto, Corbyn iba un poco a contracorriente. Para entonces, la mayoría de los chavistas de los países desarrollados occidentales simplemente había guardado silencio sobre el tema. Los pocos que permanecían, sin embargo, redoblaron su postura.

Completando el círculo

Como se mostró antes, después del cenit, los chavistas occidentales se convencieron de que no había descontento legítimo en Venezuela —solo títeres financiados por la CIA y oligarcas desacreditados—. En algún momento, llevaron esta narrativa varios pasos más allá.

Inicialmente, los 'títeres y oligarcas' habían sido acusados de aprovechar cínicamente una crisis económica para promover su propia agenda política. Esto pronto se transformó en acusaciones de **causar** activamente esa misma crisis económica. Ya no eran simples oportunistas que intentaban instrumentalizar los problemas del país para sus propios fines: eran quienes habían **creado** esos mismos problemas desde el principio.

125 British MP Jeremy Corbyn Speaks out for Venezuela, Telesur, 6 de junio de 2015 (<http://www.telesur.tv/english/news/British-MP-Jeremy-Corbyn-Speaks-Out-For-Venezuela-20150605-0033.html>).

126 Venezuela, 27 de julio de 2015 (<https://web.archive.org/web/20150727072253/http://jeremycorbyn.org.uk/articles/venezuela/>).

Los chavistas de los países desarrollados occidentales comenzaron a sonar muy parecidos a los propagandistas soviéticos de la década de 1930, que arremetían contra 'saboteadores', 'acaparadores', 'especuladores' y 'lucrados'.¹²⁷

La *Venezuela Solidarity Campaign* afirmaba (2016: 2):

Las fuerzas de derecha han librado una campaña económica que recuerda a la desestabilización del gobierno de Allende en Chile en la década de 1970. [...] Esta guerra económica ha atacado a los más pobres de la sociedad mediante escaseces creadas artificialmente, la especulación de precios y el mercado negro de productos básicos, culpando al gobierno por las dificultades resultantes.

Peter Bolton, investigador del *Council on Hemispheric Affairs*, escribió:

Los sectores empresariales afines a la oposición están librando una agresiva y prolongada campaña de sabotaje económico para provocar deliberadamente disturbios sociales y desestabilizar y desacreditar al bloque gobernante chavista [...] Estos sectores hostiles han recurrido a actos como el acaparamiento y la especulación de precios y han generado intencionalmente escasez con el fin de crear un caos calculado. [...]

Surgen inevitablemente problemas porque esta élite ya tenía el control y puede resistirse con fuerza a una redistribución del poder económico y social. En 1998, la clase empresarial, altamente corrupta, controlaba casi todas las estructuras económicas imaginables [...] Su capacidad de obstaculizar los esfuerzos de reforma del gobierno ha sido formidable. [...]

Al crear [...] escasez, la élite intentaba esencialmente matar de hambre al pueblo para que rechazara la revolución, una táctica inspirada en el bloqueo económico de Estados Unidos contra Cuba.¹²⁸

En *MintPress News*, Caleb Maupin argumentó:

Los problemas que aquejan a la economía venezolana no se deben a una falla inherente del socialismo, sino a los precios artificialmente bajos del petróleo y al sabotaje de fuerzas

127 Aunque esto fue en parte un efecto de composición: la izquierda moderada había guardado silencio sobre Venezuela, dejando solo a los sectores más radicales.

128 The other explanation for Venezuela's economic crisis, Council on Hemispheric Affairs, 24 de marzo de 2016 (<http://www.coha.org/the-other-explanation-for-venezuelas-economic-crisis-2/>).

hostiles a la revolución. [...] Las corporaciones privadas de procesamiento e importación de alimentos han lanzado una campaña coordinada de sabotaje. Esto [...] ha provocado inflación y escasez de alimentos.¹²⁹

John Wight, escritor y periodista que ha colaborado con *The Guardian*, *The Independent*, *The Huffington Post* y otros, escribió en *Russia Today*:

Desde que Maduro asumió el cargo, el clima económico mundial se ha combinado con una campaña decidida, dirigida por los [...] oligarcas y sus partidarios, para hundir a Venezuela en una crisis económica, social y política [...] Hay escasez de productos básicos en los estantes de los supermercados, algo que Maduro ha atribuido a una política orquestada por sus opositores políticos para acaparar alimentos y fomentar disturbios sociales.¹³⁰

Eva María, escritora venezolana, consideraba que el chavismo simplemente no había avanzado lo suficiente por el camino del socialismo, y que esa timidez permitió a los 'saboteadores' capitalistas socavar la economía:

El socialismo no causó la crisis, sino lo contrario: las medidas populares aplicadas durante los años más prósperos de la revolución nunca fueron socialistas, sino intentos de arreglar el capitalismo [...] Desde el principio, los capitalistas locales de larga data trabajaron con la nueva burocracia para aprovechar el sistema. [...] Esta situación, combinada con [...] tácticas de derecha para sabotear cualquier medida progresista, dio lugar a una crisis [...] La vacilación en ir a fondo contra el capitalismo ha frenado el proceso [...] A menos que un sistema quite las palancas del poder de los capitalistas y las ponga en manos de los trabajadores, los avances siempre serán revertidos.¹³¹

En *Jacobin Magazine*, George Ciccariello-Maher culpó de la crisis al "sabotaje capitalista de la producción" y a una oposición que "ha intentado avivar la crisis, desestabilizar al gobierno y hacer

129 US-led economic war, not socialism, is tearing Venezuela apart, MintPress News, 12 de julio de 2016.

130 Venezuela, South America, and the return of the oligarchs, *Russia Today*, 16 de mayo de 2016 (<https://www.rt.com/op-edge/343201-venezuela-south-america-oligarchs/>).

131 Why 'twenty-first-century socialism' failed, *Jacobin Magazine*, 4 de agosto de 2017 (<https://www.jacobinmag.com/2016/08/venezuela-chavez-maduro-pink-tide-oil-bureaucracy/>).

ingobernable al país". Estaba convencido de que "la situación actual no es el resultado de demasiado socialismo, sino de muy poco". La solución, entonces, era ir hasta el final:

No existe una comprensión coherente de la revolución que no implique derrotar a nuestros enemigos mientras construimos la nueva sociedad. [...] No podemos vencer tales peligros sin armas [...]

Nadie afirmaría que las masas venezolanas están en el poder hoy, pero los últimos veinte años las han acercado más que nunca. Nuestros enemigos y los suyos están en las calles, quemando y saqueando en nombre de su propia superioridad de clase [...]

El único camino a seguir es profundizar y radicalizar el proceso bolivariano [...] La única salida a la crisis venezolana hoy se encuentra decididamente a la izquierda: [...] en la construcción de una verdadera alternativa socialista.¹³²

Este estilo de pensamiento alcanzó su conclusión lógica con Ken Livingstone, exalcalde de Londres, quien declaró a *The Times*:

Hugo Chávez no ejecutó a la élite del poder; les permitió continuar, por eso siguen ahí. Creo que hay muchos rumores de que han estado bloqueando alimentos y medicinas importantes porque controlan muchas de las empresas. Y Estados Unidos tiene un largo historial de socavar cualquier gobierno de izquierda.¹³³

Livingstone luego dijo en *Talk Radio*:

Una de las cosas que hizo Chávez cuando llegó al poder fue no matar a todos los oligarcas. [...] Les permitió vivir, seguir adelante. Sospecho que muchos de ellos están usando su poder y control sobre las importaciones y exportaciones para crear dificultades y socavar a Maduro.¹³⁴

132 Which Way Out of the Venezuelan Crisis?, Jacobin Magazine, 29 de julio de 2017 (<https://www.jacobinmag.com/2017/07/venezuela-elections-chavez-maduro-bolivarianism>).

133 Livingstone backs Maduro and blames US meddling for Venezuela collapse, The Times, 1 de agosto de 2017 (<https://www.thetimes.co.uk/article/livingstone-backs-maduro-and-blames-us-meddling-for-venezuela-collapse-kr5wjkh2h>).

134 Ken Livingstone: Venezuela crisis due to Chávez's failure to kill oligarchs, The Guardian, 3 de agosto de 2017 (<https://www.theguardian.com/politics/2017/aug/03/ken-livingstone-venezuela-crisis-hugo-chavez-oligarchs>). Esto no es lo mismo que decir que el gobierno venezolano debería matar a "los oligarcas". Livingstone no pidió literalmente un asesinato en masa. Pero sí deja claro que considera que esas "élites", mal definidas, son la causa de la crisis, y de ello se desprende que eliminarlas sería una posible solución (aunque no necesariamente sea la que Livingstone prefiera).

En este punto, las cosas habían cerrado el círculo. La ilusión de que el socialismo venezolano era completamente diferente de cualquiera de los intentos desacreditados anteriores se evaporó.

Las secuelas: no fue socialismo real – otra vez

Al momento de escribirse este libro, el socialismo venezolano está pasando de la segunda a la tercera etapa. El consenso emergente es que la economía venezolana nunca tuvo mucho que ver con el socialismo, y que usar este ejemplo contra los socialistas es intelectualmente perezoso e ignorante.

Mencionar a Venezuela ya se considera un golpe fácil, una excusa para los sarcasmos y las burlas.

John Prescott, ex vice primer ministro y secretario de Estado, escribió recientemente:

Venezuela está siendo usada como otro palo para golpear a Jeremy Corbyn [...] No solo por el gobierno conservador, sino también por un pequeño grupo de sus propios diputados que intentaron destituir a Corbyn hace más de un año. Ninguno de esos diputados *Bitterite* (una fusión de "bitter" y "Blairite") ha mencionado el tema de Venezuela en la Cámara de los Comunes antes.¹³⁵

Brian Wilson, exministro de Estado para Asuntos Exteriores y de Comercio, escribió que "quienes se regodean con su tragedia [la de Venezuela] para obtener rédito político interno también deberían responder preguntas, no solo hacerlas".¹³⁶

Mary Dejevsky, columnista de *The Independent*, habló de una "fijación con Venezuela" y afirmó:

El hecho es que muchos de los que ahora denuncian la crisis en Venezuela en los medios británicos lo hacen menos por preocupación por ese país y su pueblo que porque les brinda una nueva oportunidad para atacar a Jeremy Corbyn.¹³⁷

135 Venezuela used as another stick to beat Jeremy Corbyn but he will survive regime change call, Daily Mirror, 12 de agosto de 2017 (<http://www.mirror.co.uk/news/politics/john-prescott-venezuela-used-another-10976707>).

136 Venezuela is a tragedy, not an opportunity to score domestic political points, The Scotsman, 11 de agosto de 2017 (<http://www.scotsman.com/news/opinion/brian-wilson-venezuela-is-a-tragedy-not-an-opportunity-to-score-domestic-political-points-1-4528573>).

137 Most politicians decrying the crisis in Venezuela don't care about its people – they care about a stick to beat Corbyn with, The Independent, 10 de agosto de 2017 (<http://www.independent.co.uk/voices/venezuela-jeremy-corbyn-why-wont-he-condemn-chavez-general-election-a7886931>).

Hay excepciones. Algunos antiguos admiradores de Chávez simplemente admitieron que se habían equivocado y siguieron adelante. Asa Cusack, editor del blog *Latin America and Caribbean* de la LSE, escribió en *The Guardian*:

¿Sus buenas intenciones [las de Chávez] me cegaron a mí y a otros ante los peligrosos errores de su gobierno? ¿Creí que la centralización del poder era un precio que valía la pena pagar? [...] ¿Minimicé abusos que habría denunciado si los hubiera cometido un gobierno más derechista? [...] Sospecho que sí. Si es cierto que “la izquierda fuera de Venezuela puede ayudar a reconstruir el movimiento participando en un examen honesto de lo que salió mal”, entonces admitir y aprender de nuestros propios errores es un primer paso necesario.¹³⁸

James Bloodworth, periodista de izquierda, ya había dicho a comienzos de 2014, cuando lo peor aún estaba por venir:

Hubo un tiempo en que la llamada Revolución Bolivariana en Venezuela parecía tener un gran potencial. Recuerdo [...] haber quedado fascinado con lo que vi [...] Mirando hacia atrás, no tengo dudas de en qué lado estaba. Sin embargo, más de una década después, el panorama es mucho menos alentador. [...]

Cualquiera que se preocupe genuinamente por los pobres (y no solo le interese usar sus dificultades como eslogan) está obligado a reconocer lo grave que se está volviendo la situación en Venezuela como resultado de las políticas del gobierno.¹³⁹

Tres años después, Bloodworth reforzó el mismo punto. Fue especialmente crítico con la completa falta de autocrítica en la izquierda británica tras el colapso venezolano:

Regañar a quienes se equivocaron con Venezuela sería inútil. Pero es justo preguntar si se ha aprendido alguna lección de la tragedia. [...]

[html](#)).

138 What the left must learn from Maduro's failures in Venezuela, *The Guardian*, 2 de agosto de 2017 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/aug/02/left-learn-maduros-failures-in-venezuela-bolivarian-revolution-chavismo>).

139 The left has a blind spot on Venezuela. When will it acknowledge that Chávez's socialist dream has turned into a nightmare?, *The Independent*, 19 de febrero de 2014 (<http://www.independent.co.uk/voices/comment/the-left-has-a-blind-spot-on-venezuela-when-will-it-acknowledge-that-chavez-socialist-dream-has-9138930.html>).

¿Por qué se han silenciado las voces de la oposición? ¿Por qué colapsó la producción en varios sectores venezolanos poco después de las nacionalizaciones? ¿Acaso un Estado omnipotente en todos los ámbitos de la vida venezolana realmente dio a los pobres más control sobre su destino? O quizá, en la izquierda británica, hacer tales preguntas significa automáticamente colocarse en el campo de la reacción. Sin embargo, hay algo repugnante en celebrar un movimiento cuando las cosas van bien y repudiarlo cuando sus rasgos desagradables salen a la luz.¹⁴⁰

Esta última frase, por supuesto, es exactamente lo que los intelectuales occidentales han estado haciendo durante un siglo.

Cusack y Bloodworth son la excepción. La respuesta más común fue minimizar los aspectos socialistas de la economía venezolana y presentar su crisis como un simple caso de "mala gestión", "liderazgo deficiente", etc. Mary Dejevsky, por ejemplo, escribió:

Las razones por las que [...] Venezuela está ahora en el estado precario en que se encuentra no pueden atribuirse únicamente, ni siquiera principalmente, al dogma —marxista, socialista, populista o el que sea—. El predominio de un líder carismático siempre conlleva peligros; la corrupción, la incompetencia, la caída del mercado mundial del petróleo y las estructuras sociales del país desempeñaron su papel.¹⁴¹

Mientras tanto, la disputa sobre las credenciales socialistas de Venezuela ya está en marcha.

Ryan Beitler, periodista, escritor y músico, escribió:

La corrupción, la codicia y el elitismo [...] contradicen directamente todo lo que representa el socialismo y todo lo que anhelan los venezolanos. [...] Las ideas socialistas no son lo que ha llevado al país al hambre y la escasez de

140 Hugo Chávez was a hero to many on the left. Where are they now Venezuela is collapsing?, International Business Times, 4 de julio de 2017 (<http://www.ibtimes.co.uk/hugo-chavez-was-hero-many-left-where-are-they-now-venezuela-collapsing-1628929>).

141 Véase, por ejemplo: Don't blame socialism for Venezuela's woes. We explain why blaming only socialism for Venezuela's political and economic crisis doesn't make sense, Al Jazeera, 17 de junio de 2017 (<http://www.aljazeera.com/programmes/upfront/2017/06/don-blame-socialism-venezuela-woes-170617080851514.html>). Véase también: Most politicians decrying the crisis in Venezuela don't care about its people – they care about a stick to beat Corbyn with, The Independent, 10 de agosto de 2017 (<http://www.independent.co.uk/voices/venezuela-jeremy-corbyn-why-wont-he-condemn-chavez-general-election-a7886931.html>).

productos [...]

Por una larga historia de adoctrinamiento anticomunista, el socialismo se equipara con la tiranía [...] a pesar de que el objetivo central de la ideología es una sociedad equitativa y sin clases. [...]

¿Por qué culpamos al socialismo? No es la ideología la que está en juego aquí, del mismo modo que el socialismo no se practicó realmente en la Unión Soviética [...]

Si Maduro y su gobierno hubieran cumplido realmente los valores del socialismo democrático e igualitario, la gente no estaría muriendo de hambre, no habría colas para el pan, ni escasez de medicinas, ni inflación, ni disturbios.¹⁴²

El ministro de Hacienda en la sombra o de oposición, John McDonnell, dijo en el Foro Económico Mundial de Davos:

No se trata de socialismo contra capitalismo. [...]

Todos los objetivos de Chávez [...] habrían tenido éxito si hubieran movilizado los recursos petroleros para invertir a largo plazo [...]

Creo que en Venezuela tomaron un camino equivocado, uno poco eficaz, no un camino socialista.¹⁴³

Unos meses después, McDonnell declaró en el programa **Sunday Politics**: "No creo que [Venezuela] sea un país socialista. [...] No creo que hayan seguido [...] políticas socialistas [...] Y, como resultado, están teniendo problemas."¹⁴⁴

Noam Chomsky, quien alguna vez celebró a Venezuela como un ejemplo de cómo "se está creando un mundo mejor", ahora afirma:

Nunca describí al gobierno capitalista de Estado de Chávez como 'socialista', ni siquiera insinué tal absurdo. Estaba muy lejos del socialismo. El capitalismo privado se mantuvo [...] Los capitalistas eran libres de socavar la economía de muchas formas, como la masiva exportación de capital.¹⁴⁵

Slavoj Žižek se pregunta:

142 What's the matter with Venezuela? It's not socialism, it's corruption, Paste Magazine, 19 de junio de 2017 (<https://www.pastemagazine.com/articles/2017/06/whats-the-matter-with-venezuela-its-not-socialism.html>).

143 John McDonnell says hard-left Venezuela collapsed because they weren't socialist enough, The Sun, 26 de enero de 2018 (<https://wwwthesun.co.uk/news/5429849/john-mcdonnell-says-hard-left-venezuela-collapsed-because-they-werent-socialist-enough/>).

144 John McDonnell says Venezuela is failing because it is 'not a socialist country', City AM, 20 May 2018 (<http://www.cityam.com/266141/john-mcdonnell-says-venezuela-failing-because-not-socialist>).

145 Chomsky's Venezuela lesson, Creators, 31 de marzo de 2017 (<https://www.creators.com/read/john-stossel/05/17/chomskys-venezuela-lesson>).

¿Por qué no hubo en Venezuela una izquierda capaz de ofrecer una auténtica alternativa radical a Chávez y Maduro? ¿Por qué la iniciativa opositora quedó en manos de la extrema derecha, que hegemonizó triunfalmente la lucha, presentándose como la voz del pueblo común que sufre las consecuencias de la mala gestión chavista de la economía?¹⁴⁶

Así, una vez más —no fue socialismo *real*. El socialismo *real* nunca ha sido probado.

10. POR QUÉ PERSISTEN LAS IDEAS SOCIALISTAS

El modelo intuicionista social de Haidt y la teoría de la 'irracionalidad racional' de Caplan

Al leer los testimonios de los peregrinos socialistas, uno no puede evitar preguntarse cómo es posible que tantas personas altamente educadas, inteligentes, bien informadas y bien intencionadas puedan estar tan colosal y persistentemente equivocadas. Por supuesto, la mayoría de nosotros no somos expertos en la economía, el sistema político o las estructuras sociales de un país diferente, y es fácil que un observador externo llegue a una evaluación errónea. Pero los peregrinos socialistas no estaban simplemente equivocados del mismo modo en que, digamos, un periodista financiero puede confundir un auge pasajero con un verdadero aumento de la prosperidad. Esos peregrinos viajaban a algunos de los lugares más infernales del planeta y regresaban convencidos de haber visto el paraíso.

La obra de Hollander (1990) deja claro que los peregrinos no eran simplemente ingenuos. Una persona ingenua no desea ser engañada: simplemente no tiene la habilidad para detectar el engaño. En cambio, ser un peregrino socialista requiere un esfuerzo deliberado de automanipulación y filtrado de la realidad, de ver selectivamente,

146 The problem with Venezuela's revolution is that it didn't go far enough, Independent, 9 de agosto de 2017 (<http://www.independent.co.uk/voices/venezuela-socialism-communism-left-didnt-go-far-enough-a7884021.html>).

no ver y dejar de ver. Ser un peregrino socialista exige trabajo.

El modelo intuicionista social de Haidt

Aquí es donde la investigación de Jonathan Haidt (2012) sobre cómo evolucionaron nuestras facultades de razonamiento moral y político, y cómo funcionan, resulta esclarecedora. Haidt muestra que gran parte de nuestro razonamiento moral y político es una racionalización **a posteriori**. Su propósito principal no es llegar a una conclusión, sino **justificar** una conclusión una vez que ya la hemos alcanzado. A menudo llegamos rápidamente a una conclusión general de manera intuitiva y luego buscamos selectivamente argumentos que la respalden retrospectivamente. Haidt resume esto con la fórmula: "Las intuiciones vienen primero, la razón estratégica viene después".

Así, nuestra mente no funciona como un juez que estudia la evidencia, la sopesa, la interpreta y sólo entonces llega a una conclusión. Funciona más bien como un abogado que, desde el principio, adopta la posición general que **quiere** defender en el juicio (por ejemplo, 'mi cliente es inocente') y luego construye un caso para sustentarlo. Ese caso puede ser perfectamente lógico, coherente y persuasivo, pero no es la razón por la que el abogado llegó a esa posición. El abogado partió de esa posición y luego 'reconstruyó hacia atrás' un argumento para sostenerla. Si ese argumento se desmorona (por ejemplo, si se demuestra que la coartada de su cliente es falsa), el abogado no abandona su posición; la conserva y simplemente la justifica de otra manera. Construirá un nuevo argumento que conduzca a la misma conclusión. Si la evidencia en contra es tan abrumadora que ya no puede mantener la posición, se conformará con la concesión más pequeña que pueda conseguir.

Por ejemplo, Haidt realiza una serie de entrevistas en las que los participantes deben emitir un juicio moral sobre una acción hipotética X y explicar las razones de ese juicio. Cuando los participantes dicen oponerse a X porque puede conducir al resultado negativo A, el entrevistador modifica la situación (ya que es sólo un experimento mental) de manera que X no podría causar A bajo ninguna circunstancia. Pero, en lugar de suavizar su postura frente a X, la mayoría de los participantes simplemente recurre a otra línea de ataque: si X no causa A, entonces seguramente causa el resultado igualmente indeseable B. Cuando el entrevistador elimina también ese argumento (cambiando nuevamente la situación para descartar B), la mayoría salta de inmediato al ataque C. Y así sucesivamente.

Esto muestra que ni A, ni B, ni C fueron las verdaderas razones de su oposición a X: eran justificaciones *a posteriori* de una aversión intuitiva y visceral hacia X. Esto tiene implicaciones importantes (Haidt 2012: 48):

El modelo intuicionista social ofrece una explicación de por qué los argumentos morales y políticos resultan tan frustrantes: **porque las razones morales son la cola movida por el perro intuitivo**. La cola del perro se mueve para comunicar. No puedes hacer feliz a un perro moviéndole la cola por la fuerza. Y no puedes cambiar la mente de las personas refutando por completo sus argumentos.

A menudo pensamos que emoción y razón son fuerzas independientes que pueden tirar en direcciones opuestas. La parte emocional de nuestra mente apoya una política determinada porque se siente bien y parece tener buenas intenciones; la parte racional se opone porque sabe que esa política ya fracasó en otros lugares. Pero la investigación de Haidt muestra que no funciona así. Emoción y razón no son antagonistas. Su relación se asemeja más a la de un empleador y su empleado: la parte emocional e intuitiva de nuestra mente adopta una posición y luego 'contrata' a la parte racional para que encuentre buenos argumentos que la respalden.

Como también señala Haidt, no se trata de una relación amo-esclavo. Si el empleador plantea exigencias completamente irrazonables, el empleado puede negarse. La mayoría de nosotros no podría convencerse de que el mundo está gobernado por lagartos humanoides o de que el Holocausto nunca ocurrió, incluso si quisiera creerlo. Pero los teóricos de la conspiración que sí sostienen esas ideas no son anormales que carecen de razonamiento "normal": simplemente llevan al extremo tendencias que todos compartimos. Es una diferencia de grado, no de naturaleza. Los conspiracionistas logran llegar a las conclusiones que desean incluso cuando toda la evidencia les es contraria, mientras que la mayoría de nosotros necesita al menos algo de ambigüedad. Pero, dado que casi siempre hay *alguna* ambigüedad y es casi siempre posible encontrar apoyo para diversas posiciones, normalmente encontramos razones para llegar a la conclusión que queremos alcanzar.

Esta tendencia puede manifestarse de varias maneras. Una de ellas es el **sesgo de confirmación**: nuestra bien documentada inclinación a magnificar la evidencia que apoya lo que ya creemos y a pasar por alto o desestimar la que lo contradice.

Una forma relacionada, y a menudo más sofisticada, de racionalización *a posteriori* es el **razonamiento motivado**. Como explica Haidt (2012: 84):

Los psicólogos tienen archivadores llenos de hallazgos sobre el 'razonamiento motivado', que muestran los muchos trucos que la gente usa para llegar a la conclusión que desea. Cuando se les dice a unos sujetos que una prueba de inteligencia les dio una puntuación baja, eligen leer artículos que critican (en lugar de apoyar) la validez de las pruebas de coeficiente intelectual. Cuando las personas leen un estudio científico (ficticio) que informa un vínculo entre el consumo de cafeína y el cáncer de mama, las mujeres que beben mucho café encuentran más fallos en el estudio que los hombres o que las mujeres menos consumidoras de cafeína.

Un razonador motivado no ignora completamente la evidencia contraria a sus creencias; más bien intenta buscarle defectos. Puede, por ejemplo, exigir estándares imposibles de precisión a las fuentes de información inconveniente, mientras aplica estándares mucho más laxos a las fuentes de información conveniente.

Los hallazgos de Haidt no son tan pesimistas como podrían parecer. Él no dice que no podamos razonar hacia la verdad; simplemente subraya la fuerza de las intuiciones en los argumentos morales y políticos. Y esto no siempre es un problema.

En muchos temas, la mayoría de nosotros no tiene intuiciones fuertes en ningún sentido. Podemos tener sentimientos intensos acerca de si Reino Unido debería abandonar o permanecer en la Unión Europea, pero pocos tenemos sentimientos firmes sobre si debería seguir siendo parte del acuerdo **Single European Sky**. El razonamiento prevalece cuando sus conclusiones no chocan con intuiciones poderosas.

Más importante aún, nuestras intuiciones, a menudo, están en conflicto. Podemos sentirnos muy convencidos de que Reino Unido debe consolidar sus finanzas públicas y controlar la deuda, pero también sentirnos profundamente movidos por la necesidad de proteger a quienes dependen del apoyo estatal. Si sólo vemos la 'austeridad' como crueldad sin sentido (es decir, si nuestras intuiciones no están en conflicto), no seremos receptivos a los

argumentos sobre los peligros de los déficits incontrolados. Pero si nuestras intuiciones nos envían mensajes mixtos, no hay razón para no seguir la evidencia dondequiera que nos lleve.

Haidt subraya que cosas muy simples, como tener amistades con personas de opiniones políticas opuestas, pueden cambiar nuestras intuiciones políticas, porque reducen la hostilidad y la amargura en el desacuerdo. Podemos seguir discrepando, pero seremos más capaces de escuchar los argumentos contrarios con justicia. Es muy difícil admitir que un oponente político pueda tener razón si sentimos resentimiento hacia él. Por eso Haidt advierte sobre los peligros de la auto-segregación política y la hipertribalización, del tipo que vemos actualmente en las redes sociales o en las guerras culturales universitarias. En tales entornos, las personas con visiones políticas similares dejan de ser una alianza suelta y se convierten en una tribu moral que exige lealtad y castiga la disidencia. Quienes piensan diferente dejan de ser meros oponentes políticos y se convierten en una tribu enemiga; sus ideas dejan de ser simplemente erróneas y pasan a considerarse maliciosas.

La tendencia a usar la razón como herramienta para justificar y confirmar creencias previas, en lugar de buscar la verdad, existe incluso en las mejores circunstancias. Pero algunos contextos la contrarrestan, mientras que otros la magnifican. Convertir la política en una cruzada moral la intensifica al máximo. Podemos ver este proceso cuando se describen ideas opuestas, o a las personas que las sostienen, con los mismos términos que usaríamos para hablar de comida podrida o leche agria: 'repugnante', 'asqueroso', 'repulsivo', 'enfermizo'. Si esa es nuestra reacción visceral ante un punto de vista, la parte racional de nuestra mente cambia de inmediato al 'modo abogado'.

La investigación de Haidt no se centra, específicamente, en los intelectuales, pero cita un estudio que analiza cómo varían las habilidades de razonamiento según el nivel educativo y la inteligencia (ibid.: 80–81). A los participantes se les pidió elegir un lado en un debate político contemporáneo, escribir los argumentos a favor de su posición y luego los argumentos del bando opuesto. Esta segunda tarea medía su capacidad para ponerse en el lugar del adversario y argumentar como lo haría él. En la defensa de la propia postura, los resultados fueron los esperados: las habilidades de razonamiento se correlacionaban, positivamente, con la educación y la inteligencia. Pero en la segunda tarea —argumentar desde la perspectiva del

oponente— no hubo tal correlación (ibid.: 81):

Las personas inteligentes son muy buenos abogados y portavoces, pero no mejores que los demás a la hora de encontrar razones para el otro lado. Perkins [el autor principal del estudio] concluyó que “las personas invierten su coeficiente intelectual en reforzar su propio caso, más que en explorar el tema de manera más completa y equilibrada”.

La investigación de Haidt no conduce a una posición fatalista; no sugiere que la indagación racional y la persuasión sean imposibles ni que debamos renunciar a intentarlo. Pero demuestra que se requiere una cantidad extraordinaria de autodisciplina intelectual para abandonar una posición política o moral con la que nos sentimos emocionalmente cómodos y adoptar otra que nos resulta incómoda, únicamente porque la evidencia respalda mejor esta última.

La teoría de la ‘irracionalidad racional’ de Caplan

La investigación de Bryan Caplan (2006) sobre la *irracionalidad racional* aporta nuevos elementos de análisis. Caplan demuestra que existen muchas ideas de política económica que son evidentemente erróneas y rechazadas por economistas de, prácticamente, todas las corrientes políticas y escuelas metodológicas, pero que, aun así, siguen gozando de gran popularidad. No analiza directamente el socialismo (aunque algunas de las políticas que menciona podrían describirse razonablemente como socialistas) ni estudia específicamente las actitudes de los intelectuales, pero no es difícil extrapolar sus conclusiones a ese ámbito. Caplan explica (ibid.: 14–16):

Los economistas suelen suponer que las creencias son un medio para un fin, no un fin en sí mismas. En la realidad, sin embargo, a menudo tenemos ideas queridas que valoramos por sí mismas. [...] Fuera de la economía, la idea de que las personas prefieren ciertas creencias a otras tiene una larga historia. [...] Pocos aceptan de manera desapasionada sus enseñanzas religiosas como ‘la hipótesis principal del momento’. [...] Al igual que los adeptos de la religión tradicional, muchas personas encuentran consuelo en su cosmovisión política y reciben las preguntas críticas con una hostilidad piadosa.

Así, aferrarse a una creencia demostrablemente falsa puede ser

completamente racional si esa creencia proporciona placer, orgullo, consuelo emocional y quizá incluso un sentido de identidad. Solo parece irracional si asumimos erróneamente que la persona que la sostiene está motivada únicamente por el deseo de conocer la verdad. Las creencias que resultan emocionalmente atractivas otorgan un beneficio al creyente, independientemente de si son verdaderas o no.

¿Qué ocurre con los costos? Según Caplan, existe una gran diferencia entre mantener (o, más exactamente, actuar según) creencias irracionales en la vida personal y hacerlo en la vida política. En el primer caso, soportamos plenamente las consecuencias; en el segundo, no hay costo alguno. Si asumimos personalmente el costo de una creencia irracional, tenemos un fuerte incentivo para revisarla o, al menos, para encontrar una excusa que nos permita no actuar en función de ella. Por eso vemos con frecuencia, por ejemplo, a personas que sostienen creencias xenófobas pero que no dudan en comprar productos extranjeros, contratar trabajadores foráneos o trabajar para empleadores de otro país si eso las beneficia más que consumir nacional, contratar compatriotas o trabajar para ellos. Es posible que sigan valorando sus creencias irracionales, pero **actúan como si** fueran racionales.

Las creencias políticas irracionales, por supuesto, también tienen un costo si se traducen en políticas irracionales. Pero ese costo no recae específicamente sobre quienes sostienen esas creencias, sino que se distribuye entre toda la población. Además, ningún individuo tiene un impacto perceptible en los resultados políticos. A diferencia del ámbito de las decisiones personales, no existe correlación entre las creencias políticas que mantenemos individualmente y la política que efectivamente obtenemos. No hay razón para tener cuidado con lo que deseamos, porque no hay relación entre lo que deseamos y lo que finalmente conseguimos.

Podemos abogar con fervor por una política que, de aplicarse, arruinaría rápidamente al país, incluyéndonos a nosotros mismos. Pero sostener esa opinión no nos cuesta nada.

Los economistas conocen, desde hace tiempo, el concepto de **ignorancia racional**: es racional no estar bien informado sobre política (a menos que el tema nos interese por sí mismo), porque no podemos cambiar sus resultados de todos modos. Caplan propone una alternativa o, mejor dicho, una extensión de ese concepto: la **irracionalidad racional** (ibid.: 2):

La irracionalidad, al igual que la ignorancia, es selectiva. Habitualmente desconectamos la información no deseada sobre temas que no nos importan. De la misma manera [...] apagamos nuestras facultades racionales en asuntos en los que no nos importa la verdad.

Los economistas han sostenido durante mucho tiempo que la ignorancia de los votantes es una respuesta predecible al hecho de que un solo voto no importa. ¿Por qué estudiar los temas si no puedes cambiar el resultado? Yo generalizo este razonamiento: ¿por qué controlar nuestras reacciones emocionales e ideológicas automáticas si, al fin y al cabo, no podemos cambiar el resultado?

Si una creencia falsa es emocionalmente satisfactoria y no conlleva ningún costo, cabe esperar que esté muy extendida: "Debemos esperar que la gente **sacie** su demanda de ilusión política, creyendo aquello que la hace sentir mejor. Después de todo, es gratis" (ibid.: 18).

En el modelo de Caplan, la irracionalidad política es el resultado de un análisis coste-beneficio sencillo (aunque implícito). Abandonar una creencia política apreciada resulta doloroso, implica un costo emocional. Pero no hay beneficios que compensen ese dolor. Entonces, ¿por qué hacerlo? Es racional aferrarse a una creencia querida, incluso si toda la evidencia la refuta. Es racional ser políticamente irracional.

Aplicación de los hallazgos de Haidt y Caplan a los intelectuales socialistas

Las investigaciones de Haidt y Caplan no tratan específicamente sobre el socialismo ni sobre los intelectuales, así que extraer inferencias es, necesariamente, algo especulativo. Pero sirven como punto de partida.

El sesgo de confirmación, por ejemplo, está escrito de arriba abajo en prácticamente todos los relatos de peregrinaje. Los peregrinos ven, constantemente, a personas que 'parecen felices' o 'parecen satisfechas'. Es como si, en cuanto pisan suelo socialista, adquirieran de repente habilidades telepáticas. 'Perciben' el entusiasmo de las masas. Quedan 'impresionados por' un espíritu omnipresente de solidaridad y comunidad. 'No pueden evitar notar' lo entregados que están todos a la revolución.

En la misma línea, observaciones completamente ordinarias que también podría ver cualquiera en un país occidental adquieren un significado diferente en un país socialista. Una estampa anodina como una estación de tren se convierte en un logro maravilloso por el mero hecho de estar situada en un Estado del Pueblo; pasa a ser una Estación del Pueblo, construida por El Pueblo, para El Pueblo. Luise Rinser ve sonreír a una niña en Pyongyang y atribuye la felicidad de esa niña al socialismo y al genio de Kim Il Sung. Carla Stea ve a una mujer norcoreana con tacones y se maravilla de cómo "los zapatos de una mujer, especialmente los tacones altos, son muy a menudo una expresión de su autoestima". Seumas Milne y George Galloway se asombran de que Alemania Oriental ofreciera sanidad y educación gratuitas, a pesar de que eso también era cierto en Alemania Occidental.

Todas estas son formas peculiares de sesgo de confirmación. Para verlo, basta con imaginar a alguien escribiendo en los mismos términos sobre un país occidental. Tome un pasaje cualquiera de Luise Rinser que describa una observación completamente ordinaria, como una niña sonriente. Sustituya 'Pyongyang' por 'Múnich' (la ciudad natal de Rinser), 'la República Popular Democrática de Corea' por 'el Estado Libre de Baviera', 'el presidente Kim Il Sung' por 'el ministro-presidente Franz Josef Strauß' y 'el Partido del Trabajo de Corea' por 'la Unión Social Cristiana'. La absurdidad se haría evidente.

Todas las técnicas del razonamiento motivado también están presentes. Cuando alguien plantea denuncias de violaciones de derechos humanos y/o fracasos económicos en el paraíso socialista de turno, los peregrinos se preguntan qué pueden ganar quienes formulan esas acusaciones —*cui bono o ¿quién se beneficia?*—. Si consiguen encontrar un crítico que, efectivamente, pudiera tener algún motivo oculto, eso basta para descartar toda crítica como una fabricación. La frase de Orwell de que "algunas cosas son ciertas aunque lo diga el *Daily Telegraph*" se pierde para el razonador motivado. Seumas Milne, por ejemplo, encuentra a dos historiadores alemanes y un filósofo austríaco cuyo trabajo sobre el estalinismo fue ampliamente interpretado como un intento de relativizar el Holocausto nazi.¹⁴⁷ Milne pasa a insinuar que esa es la 'verdadera' motivación de todos los críticos del socialismo. Para el razonador motivado, unos pocos casos atípicos combinados con la culpa por asociación son suficientes.

¹⁴⁷ Stalin's missing millions, The Guardian, 10 de marzo de 1990 (<https://shirazsocialist.wordpress.com/2012/09/29/seamas-milne-on-stalins-missing-millions/>).

No estamos en posición de juzgar si realmente esa era su agenda, pero fueron figuras controvertidas en sus respectivos países en aquel momento

Para otros, las asociaciones contaminantes pueden ser aún más endebles. En el relato de Noam Chomsky, todo lo que aparece en “los medios occidentales” se vuelve sospechoso por definición, porque “los medios occidentales” —un bloque homogéneo— forman parte del “sistema de propaganda occidental”.

Una de las técnicas favoritas de los peregrinos es el *whataboutery*. ¿Y el colonialismo occidental? ¿Y las intervenciones de la política exterior estadounidense? ¿Y la relación del Reino Unido con Arabia Saudí? ¿Y el racismo en los países occidentales? Nunca se explicita del todo cuál se supone que es el punto de ese ejercicio, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de los críticos del socialismo **no** defenderían el colonialismo occidental, ni las intervenciones de EE. UU., ni la relación del Reino Unido con Arabia Saudí. El *whataboutery* parece no tener otro propósito que lanzar una contracrusación (aunque sea falsa) y, así, recuperar la superioridad moral.

Los peregrinos también exigen estándares imposibles de rigor y exactitud a los críticos, pero relajan, rápidamente, esos estándares cuando aparece una fuente de información conveniente. Cuando surgieron pruebas de asesinatos en masa en Camboya, los apologistas occidentales de los **Jeremes Rojos** exigieron capítulo y versículo, algo imposible de proporcionar en aquel momento, dado que el régimen, obviamente, no iba a mostrar sus fosas comunes a la Cruz Roja o a Amnistía Internacional. En cambio, daban por buenas, sin verificarlas, afirmaciones no comprobables de algún observador extranjero simpático.

Si el anticapitalismo es principalmente visceral, y los argumentos anticapitalistas intentos *post-hoc* de racionalizar esa aversión visceral al capitalismo, cabe esperar que los anticapitalistas sustituyan, rápidamente, una línea de ataque por otra si les conviene hacerlo. De hecho, esto ha ocurrido muchas veces. El capitalismo siempre ha estado bajo ataque, pero no siempre por las mismas razones. Por ejemplo, durante el auge de posguerra, la crítica pasó rápidamente de ‘el capitalismo empobrece a los trabajadores’ a ‘el capitalismo promueve una cultura consumista vulgar y un materialismo superficial’. A finales de los noventa y principios de los 2000, el movimiento antiglobalización —que veía la ‘globalización’ como la explotación de países pobres por países ricos— causaba furor en los campus occidentales. Luego cambió la percepción occidental de países como China: dejaron de ser vistos como economías pobres de **sweatshops** para pasar a ser mercados

emergentes y competidores serios. Como resultado, el movimiento antiglobalización perdió protagonismo —pero nunca hizo examen de conciencia. Simplemente desplazó su foco hacia causas más genéricas de la izquierda, como la oposición a recortes del Estado del bienestar, a privatizaciones, a la elusión fiscal, etc., y fue absorbido por otros movimientos.

Haidt destaca cómo el tribalismo moral potencia la tendencia a dejarnos llevar por las entrañas y a usar la razón solo para racionalizar *post-hoc*. La izquierda anticapitalista es un ejemplo claro de tribu moral. Uno de los libros anticapitalistas más exitosos de la última década fue *The Shock Doctrine (La doctrina del Shock)*, de Naomi Klein. El mensaje principal de ese libro no es que la economía de libre mercado produzca malos resultados, sino que sus defensores son figuras malévolas y demoníacas que están dispuestas a causar sufrimiento humano a gran escala. El libro se convirtió en un *bestseller* instantáneo y obtuvo premios. Aunque todas las tesis principales del libro son falsas (véase, por ejemplo, Norberg 2008),¹⁴⁸ fue un éxito rotundo, porque despierta la ira justiciera de una tribu moral. Es el libro ideal para un lector que parte de una fuerte aversión emocional a la economía de mercado y busca validación para ella. En este clima despegó la *Venezuelamania*.

Los peregrinos también muestran tendencia a hablarse a sí mismos como una minoría victimizada. Insisten, con frecuencia, en que 'los medios de comunicación dominantes' atacan, sin descanso, a los países socialistas, mientras hacen la vista gorda ante las violaciones de derechos humanos en países no socialistas aliados de Occidente. Probablemente, los apologistas de los *Jemeres Rojos* llevaron esta línea de argumentación más lejos que nadie. Pero nunca fue remotamente cierto. Ear (1995: 69–71) cita un estudio que analiza la cobertura de violaciones de derechos humanos en los principales periódicos y canales de noticias de Estados Unidos. Incluye un desglose por países que muestra que, en 1976, Corea del Sur se mencionó más de cinco veces con tanta frecuencia como Camboya, mientras que Chile se mencionó más de ocho veces con tanta frecuencia. (Cuba y Corea del Norte apenas se mencionaron). Sin embargo, apologistas como Noam Chomsky se veían a sí mismos como voces solitarias en el desierto que decían la verdad al poder. Esta autopercepción no puede sino amplificar el tribalismo moral y el razonamiento motivado.

¹⁴⁸ Véase también: Shock Jock, New York Sun, 3 de octubre de 2007 (<http://www.nysun.com/arts/shock-jock/63867/>).

Por último, pero no menos importante, conviene señalar que la mayoría de las afirmaciones de los peregrinos no tanto son falsas como **irrefutables**. Son irrefutables porque son demasiado abstractas para poder refutarlas. Una afirmación frecuente es que la utopía socialista de turno puede **parecer** un sistema de gobierno autocrático, pero que, en realidad, El Pueblo está al mando. El dictador o el partido gobernante no serían más que un medio a través del cual El Pueblo ejerce su voluntad colectiva. Esto, estrictamente hablando, no puede refutarse. ¿Cómo 'probar' que no es verdad?

Quizá el mejor ejemplo sea **Albania Defiant** de Jan Myrdal. Myrdal afirma, repetidamente, que Albania es diferente de los países del Pacto de Varsovia, porque estos últimos están gobernados por una élite burocrática, mientras que Albania está gobernada por la clase obrera albanesa. Nunca explica muy bien qué se supone que significa eso en la práctica. ¿Cómo sabe Myrdal que "la clase obrera albanesa", en su conjunto, "está al mando"? ¿Cómo sabe que existe esa entidad llamada "clase obrera albanesa", y cómo sabe que las políticas de Enver Hoxha se ajustan a los deseos de esa entidad? ¿Cómo ejerce esa entidad hipotética ese control? A Myrdal le costaría mucho demostrar su afirmación a un escéptico; pero a un escéptico le costaría igual demostrar que Myrdal está equivocado.

Lo mismo ocurre con la idea de que las medidas represivas no son más que una respuesta a amenazas externas. Los peregrinos tienden a pensar en los regímenes socialistas como se pensaría en un **bully** u hostigador adolescente que no es genuinamente malvado, pero que se siente inseguro y sobrereactúa esa inseguridad con un comportamiento agresivo. Dales el respeto y reconocimiento que ansían y cambiarán de conducta. En algunos casos, esto ha quedado refutado por los hechos, porque las amenazas externas identificadas por los apologistas desaparecieron posteriormente, pero el carácter del régimen en cuestión nunca cambió. La mayor parte del tiempo, sin embargo, las amenazas que señalan son mucho más intangibles. Un comentario hostil de un político, diplomático o funcionario estadounidense se convierte en prueba de esfuerzos por 'socavar' a un gobierno socialista, lo cual, a ojos de los peregrinos occidentales, hace excusables todo tipo de medidas represivas.

Por último, el análisis coste-beneficio de Caplan es distinto para los peregrinos que para el 'ciudadano promedio'. Caplan sostiene que a menudo es racional aferrarse a una creencia política querida pero demostrablemente falsa, porque el costo (emocional) de abandonarla supera a los beneficios. Su trabajo se centra en el votante mediano.

Un peregrino está, casi por definición, mucho más implicado en las ideas que aprecia de lo que podría estarlo jamás el votante mediano. Esas ideas pueden formar parte de su propia identidad.

Esto es especialmente cierto en el caso de los intelectuales públicos, cuyas ideas son el rasgo definitorio de su personaje público. Imagine que una figura pública como Owen Jones escribiera un artículo titulado "Sigo comprometido con la justicia social, pero luego de lo sucedido en Venezuela, por fin renuncio al socialismo", o "Seamos honestos: sí, FUE el socialismo lo que arruinó a Venezuela". Decepcionarían a una base de seguidores de cientos de miles de personas. Serían tachados de vendidos y traidores. Pondrían en peligro su propia posición como intelectuales públicos. Para ellos, el costo de abandonar una idea errónea sería infinitamente mayor que para el ciudadano promedio.

En cambio, no hay costo alguno por estar equivocado. Con la salvedad de Malcolm Caldwell, cuesta encontrar un ejemplo de peregrino occidental que haya sufrido consecuencias negativas por equivocarse. Los peregrinos no tuvieron que vivir bajo los sistemas que admiraban a la distancia. No pasaron hambre mientras negaban o justificaban la escasez de alimentos. No tuvieron que padecer en los campos de trabajo forzado que romantizaban o justificaban. Ni siquiera sufrieron consecuencias reputacionales en sus países de origen. Los Webb y George Bernard Shaw siguen siendo figuras muy respetadas hoy en día. Noam Chomsky sigue siendo una 'estrella del rock intelectual', mientras que quienes acertaron sobre Camboya han sido, en gran medida, olvidados. Al menos en su Suecia natal, Jan Myrdal, que idolatró a Mao Tse-Tung, Enver Hoxha y Pol Pot, sigue siendo un icono anticapitalista. Tras escribir un libro que glorificaba a Corea del Norte, Luise Rinser pudo, igualmente, ser candidata presidencial en Alemania Occidental. Después de idolatrar la Revolución Cultural de Mao, Maria-Antonietta Macciocchi siguió una exitosa carrera parlamentaria, tanto en su Italia natal como en el ámbito de la UE. Tras el derrumbe de Venezuela, algunos de los chavistas más entusiastas del Reino Unido llegaron a convertirse en algunas de las figuras políticas más prominentes del país.

Con esto en mente, la pregunta ***¿Cómo pueden tantas personas muy formadas estar tan completamente y durante tanto tiempo equivocadas?*** pierde un poco de sentido. ¿Por qué **no** habrían de entregarse a sus fantasías favoritas, si no existe absolutamente ningún incentivo para acertar?

Anticapitalismo intuitivo, o el anticapitalismo como posición por defecto

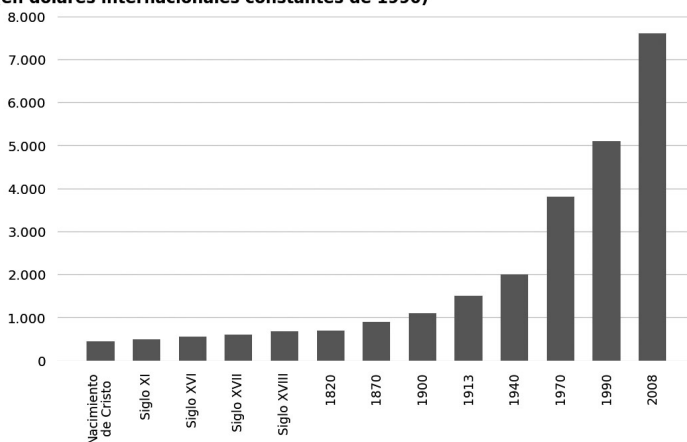
La mayor parte del razonamiento es una racionalización *post hoc*. A menudo partimos de una corazonada y luego buscamos razones para justificarla. Basta con un poco de ambigüedad para que encontremos esas razones. Estas tendencias existen incluso en el mejor de los casos, pero el hipertribalismo y el hipermoralismo las amplifican.

Aun así, queda un elefante en la habitación: ¿por qué nuestras intuiciones son tan anticapitalistas? ¿Por qué no partimos de la sospecha de que el capitalismo podría ser algo bueno? No es una idea tan descabellada. Odiar al capitalismo está de moda, pero el capitalismo es infinitamente mejor que su reputación. Allí donde se ha practicado, **y en la medida en que se ha practicado**, sus resultados no han sido nada malos. Si reducimos el historial de la economía de mercado a bancos de alimentos y contratos de cero horas, sí, llegaremos a un veredicto desfavorable. Pero una mirada más amplia ofrece una impresión muy distinta.

Durante cientos de miles de años —casi toda la historia humana—, los niveles de vida fueron esencialmente estáticos o aumentaron a un ritmo imperceptiblemente lento. Si un colono sajón del siglo VI en Britania hubiera caído en un agujero de gusano y viajado mil años hacia el futuro, se habría adaptado fácilmente, al menos en lo que respecta a la vida económica. Le habrían desconcertado los cambios de lengua o religión, pero no habría encontrado, por ejemplo, tecnologías que no entendiera. La sociedad a la que habría llegado no le habría parecido futurista. Para la mayoría, el nivel de vida y la vida cotidiana habrían sido prácticamente los mismos. En cambio, si un viajero del tiempo de hace un siglo llegara hoy, quedaría abrumado. Nuestra sociedad le parecería increíblemente próspera e increíblemente avanzada.

Damos por sentado que el nivel de vida aumenta con el tiempo. Durante la mayor parte de la historia, no fue así. Esta tendencia comenzó realmente con la llegada del capitalismo industrial, que cambió el curso de la historia mundial (véase la Figura 12). Al principio se limitó a unas pocas regiones de Europa occidental y a sus ramificaciones de ultramar, y luego comenzó a extenderse a otras partes del mundo, **en la medida** en que se le permitió hacerlo.

**Figura 12 PIB per cápita mundial a lo largo del tiempo
(en dólares internacionales constantes de 1990)**

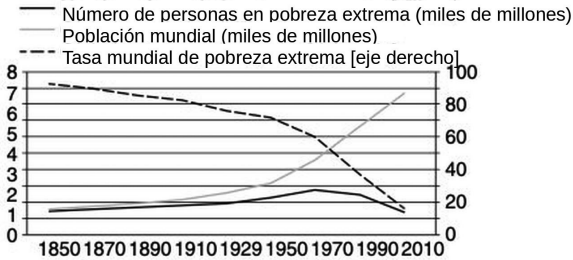


Fuente: Maddison (2008).

Antes de la llegada del capitalismo industrial, prácticamente toda la población mundial vivía en la pobreza más extrema. Antes de mediados del siglo XIX, ni siquiera tenía sentido *medir* la pobreza, porque tal medición no habría mostrado nada interesante: su promedio a largo plazo habría sido cercano al 100 %, y solo habría mostrado fluctuaciones aleatorias, no una tendencia sistemática. No es casual que la medición de la pobreza comenzara en el Reino Unido a finales del siglo XIX (véase Niemiets 2011: 23–25, 56–58). El país había alcanzado un nivel de desarrollo en el que la pobreza ya no era la norma ni un estado estático. Más tarde, otros países pasaron por el mismo proceso, cuando y *en la medida* en que adoptaron economías de libre mercado.

A mediados del siglo XIX, había en el mundo unos 1.300 millones de personas, prácticamente todas en pobreza. Hoy hay más de 7.000 millones, y la tasa mundial de pobreza ha caído por debajo del 10 % por primera vez en la historia (Figura 13).

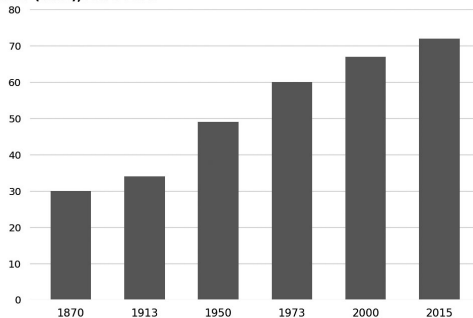
Figura 13 Población mundial y pobreza mundial, 1850–2010



Fuente: Roser y Ortiz-Ospina (2013).

Durante la mayor parte del pasado, la esperanza de vida promedio era inferior a 30 años. En parte, esto se debía a altísimas tasas de mortalidad infantil, pero incluso entre quienes sobrevivían a la infancia, la esperanza de vida apenas superaba los 40 o 45 años (Roser 2017). Solo con la expansión del capitalismo industrial la esperanza de vida empezó a aumentar sistemáticamente, primero en el mundo occidental y luego en otras regiones. Hoy, la esperanza de vida media global supera los 70 años (Figura 14).

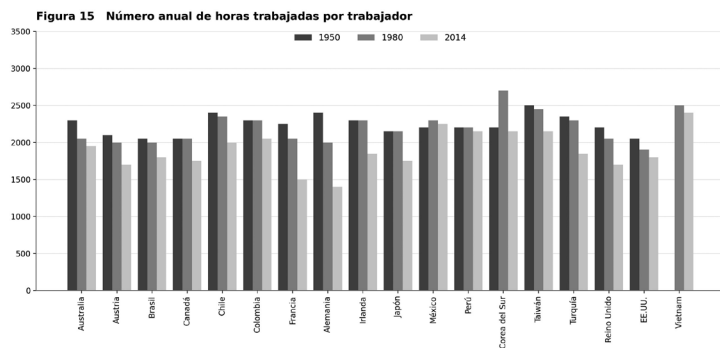
Figura 14 Esperanza de vida media mundial al nacer (años), 1870-2015



Fuente: Roser (2018).

Durante casi toda la historia, la vida fue realmente "miserable, brutal y breve", compuesta, principalmente, de trabajo extenuante. El concepto mismo de 'ocio' surgió con el capitalismo industrial. En la década de 1870, los trabajadores no agrícolas de las regiones

industrializadas trabajaban unas 60 horas semanales. La duración media de la semana laboral cayó por debajo de 50 horas hacia mediados del siglo XX. Sumado al aumento de las vacaciones, esto redujo el número anual de horas trabajadas por persona empleada. La legislación y la presión sindical influyeron, pero Roser (2017) encuentra una fuerte correlación negativa entre productividad y horas trabajadas (Figura 15).



Fuente: Roser (2017).

Hay pobreza en el Reino Unido, pero no se parece, en absoluto, a la de la era victoriana, ni mucho menos a la del período preindustrial. Prácticamente todos los hogares británicos pueden permitirse un baño interior, calefacción central o su equivalente funcional, un televisor, un teléfono y una lavadora. Más del 95 % de los hogares puede comer carne, pollo o pescado, al menos día de por medio. Las personas del decil más bajo de ingresos aún gastan casi una quinta parte de su presupuesto familiar en restaurantes, hoteles y actividades de ocio (Niemiets 2011: 85–87). El uso de bancos de alimentos es, en la gran mayoría de los casos, una solución temporal, no una condición permanente.

Se puede elegir casi cualquier indicador económico o social al azar, y apostar a que mostrará una mejora a largo plazo. Algunos de estos avances se dieron, o *podrían* haberse dado, también en países socialistas; pero, en general, los índices de libertad económica se correlacionan fuertemente de manera positiva con los indicadores de desarrollo económico y social (Fraser Institute 2017: 22–26). Siempre pueden encontrarse excepciones, pero, en líneas generales, las personas prosperan y viven mejor en todos los sentidos *en la medida* en que sus gobiernos adoptan políticas de libre mercado.

Entonces, ¿por qué el sistema que ha producido, y sigue produciendo, todos esos beneficios despierta tanto odio generalizado y apasionado? ¿Por qué desestimamos tan fácilmente las enormes ganancias que genera el capitalismo y nos obsesionamos con sus defectos? ¿Por qué deseamos tanto una alternativa que estamos dispuestos a pasar por alto los sistemas más horribles (al menos durante un tiempo), siempre que no sean capitalistas? ¿Por qué tantos observadores bienintencionados pueden ignorar los Gulags o los Laogai, pero se enfurecen cuando las grandes empresas obtienen beneficios o cuando algunas personas ganan mucho más que otras?

La primera observación es que los sentimientos anticapitalistas son nuevos. En 1942, Joseph Schumpeter (1976 [1943]: 63) escribió:

La atmósfera de hostilidad hacia el capitalismo [...] hace difícil [...] formarse una opinión racional sobre su rendimiento económico y cultural. El pensamiento público ha llegado a ser tan desfavorable hacia él que la condena del capitalismo y de todas sus obras se ha convertido en una conclusión inevitable —casi un requisito de etiqueta en cualquier discusión. Sea cual sea su preferencia política, todo escritor o conferenciante se apresura a conformarse con este código y a subrayar [...] su aversión al capitalismo y su simpatía por los intereses anticapitalistas. Cualquier otra actitud se considera no solo insensata, sino antisocial.

Pero incluso entonces, la hostilidad hacia el capitalismo distaba mucho de ser nueva. Como explica Hayek (1988: 90):

La desconfianza y el miedo han llevado, desde la antigüedad y en muchas partes del mundo, tanto a la gente común como a los pensadores socialistas, a considerar el comercio [...] no solo caótico y superfluo [...], sino también sospechoso, inferior, deshonesto y despreciable. A lo largo de la historia, los mercaderes fueron objeto de un desprecio y una reprobación moral generalizados [...]. Un hombre que compraba barato y vendía caro era, en esencia, un deshonesto. [...] El comportamiento mercantil violaba los patrones de reciprocidad que prevalecían dentro de los grupos primarios [...]. La hostilidad, en particular del escriba, hacia el comerciante es tan antigua como la historia escrita.

El anticapitalismo, en resumen, es más antiguo que el propio

capitalismo. Pero, ¿de dónde proviene? Hayek creía que los impulsos anticapitalistas eran una herencia de la era prehistórica. Basándose en conocimientos más recientes de la psicología evolutiva, Peter Foster (2014) ha desarrollado más esta idea. Su argumento podría resumirse así: Nuestra mente, y especialmente nuestras intuiciones morales, ha evolucionado durante cientos de miles de años, periodo en el que nuestros antepasados vivían en pequeñas tribus de cazadores-recolectores. Por tanto, nuestras mentes están mal adaptadas, en muchos sentidos, al entorno moderno, y esto es particularmente cierto en el ámbito económico. Están adaptadas a la vida económica de una sociedad tribal, **no** a una economía basada en la división del trabajo y coordinada por mecanismos impersonales.

En una tribu de cazadores-recolectores, toda actividad económica es intencional y conscientemente dirigida. Es un esfuerzo colectivo. Los miembros de la tribu comparten objetivos y medios comunes. No hay una división del trabajo significativa, y desde luego no entre desconocidos.

En ese contexto, las **intenciones** importan mucho. Los individuos que quieren promover el bienestar del grupo terminan haciéndolo; los que buscan enriquecerse a sí mismos lo hacen a costa de los demás. No existe una "mano invisible" que haga que los individuos egoístas promuevan inadvertidamente el bienestar común. Por eso, tiene perfecto sentido que los miembros del grupo vigilen las motivaciones de los demás, sean extremadamente sensibles a las señales de comportamiento egoísta y castiguen a quienes lo exhiben.

En una sociedad de cazadores-recolectores, la actividad económica es en gran parte un juego de suma cero. El reparto del botín es un acto inherentemente político, y la forma en que se divide refleja las dinámicas de poder dentro del grupo, así como juicios morales y nociones de merecimiento. El grupo debe decidir quién 'merece' cuánto.

Si Foster tiene razón, nuestras intuiciones económicas son un legado de la era tribal. La mayoría de los argumentos anticapitalistas, entonces, por mucho que se revistan de jerga sociológica compleja, no son más que racionalizaciones sofisticadas de impulsos primitivos.

Por supuesto, nadie sostendría literalmente que debemos organizar una sociedad moderna igual que una tribu de cazadores-recolectores. Todos sabemos que una economía moderna es infinitamente más

compleja que una cacería de mamuts. Pero, en esencia, eso es el socialismo: un intento de convertir, nuevamente, la vida económica en un esfuerzo colectivo y conscientemente dirigido. La tribu se reúne alrededor del fuego, sus miembros determinan cuáles son sus necesidades y prioridades comunes, acuerdan cómo satisfacerlas y lo ponen en práctica. La redacción de un plan quinquenal no es más que una versión más sofisticada de esa reunión alrededor del fuego.

Todo esto es, por supuesto, una especulación informada, no ciencia exacta. La psicología evolutiva aún no ha llegado tan lejos. Pero, ya sea que el anticapitalismo esté realmente arraigado en nuestra naturaleza o que tenga otros orígenes, puede afirmarse con seguridad que el anticapitalismo nos resulta fácil, natural y casi instintivo. Es una opinión por defecto, a la que podemos llegar mucho antes de reflexionar seriamente sobre el asunto. No necesitamos leer las obras completas de Marx y Engels. En cambio, la apreciación de la economía de mercado es un gusto adquirido. Es difícil pensar en un pensador liberal destacado que lo haya sido desde el principio de su carrera. F. A. Hayek, nada menos, fue en sus inicios simpatizante del socialismo. También lo fue James Buchanan, cofundador de la Escuela de la Elección Pública. Milton Friedman simpatizaba inicialmente con el keynesianismo y el intervencionismo económico del *New Deal*. Estos economistas entendían perfectamente las intuiciones morales de sus oponentes, porque alguna vez fueron también las suyas. Esa comprensión, rara vez, fue recíproca.

La falacia de Gary Lineker

El comentarista deportivo y exfutbolista, Gary Lineker, definió en una ocasión, en tono de broma, el fútbol como “un juego en el que 22 hombres persiguen una pelota durante 90 minutos, y al final ganan los alemanes”.

El chiste funciona en varios niveles, uno de los cuales es que alude a una especie de falacia lógica (una variante de la llamada *falacia del verdadero escocés*¹⁴⁹): Lineker mezcla un posible resultado del juego con su definición. Podemos definir un juego describiendo sus reglas, su proceso y su objetivo, pero cualquier definición sensata debe ser neutral respecto a los resultados.

Si tomáramos la definición de Lineker literalmente, la selección alemana nunca podría perder un partido real, porque en el momento

149

en que lo hiciera, el partido dejaría de ser, por definición, un partido 'real'. Es más: entonces nunca habría sido real en primer lugar. Retroactivamente, se volvería irreal.

Esto, en esencia, es la misma falacia que cometen los socialistas cuando definen el **socialismo real**. Definen el 'socialismo real' en función de los **resultados** que quisieran ver. Cuando un experimento socialista no produce esos resultados, se vuelve retroactivamente irreal. Como el socialismo **nunca** produce los resultados deseados, **todos** los experimentos socialistas terminan, tarde o temprano, volviéndose irreales. Este es el sentido más profundo del viejo adagio: 'el socialismo real nunca se ha intentado'.

Podemos definir un sistema político y/o económico en términos de sus características institucionales (y hay margen para un desacuerdo legítimo en cuanto a eso). Pero cualquier definición sensata debe ser neutral respecto a los resultados. Si el sistema que favorecemos produce o no los resultados que deseamos es algo que solo puede comprobarse con el tiempo. Puede que sí, o puede que no. Si no lo hace, no podemos afirmar que, por ello, el sistema no era 'real'.

En general, la distinción entre las características institucionales de un sistema y los resultados observables es bastante clara. Las características institucionales son aquellos elementos del sistema sobre los que los responsables políticos tienen control directo. Pueden instaurarse cuando existe la voluntad política y pueden abolirse del mismo modo. 'El libre comercio sin aranceles' es una característica institucional: un gobierno puede instaurarlo eliminando los aranceles. 'Un PIB **per cápita** elevado', en cambio, es un resultado: ningún gobierno puede **introducir** un PIB alto, solo puede aplicar políticas que **quizás** lo produzcan. Del mismo modo, 'la propiedad privada de los principales medios de producción' es una característica institucional; 'una tasa alta de empleo', un resultado. 'La libertad contractual' es una característica institucional; 'una esperanza de vida elevada', un resultado. 'El intercambio voluntario de bienes y servicios entre adultos que consienten' es una característica institucional; 'una baja tasa de pobreza absoluta', un resultado. 'El sufragio universal' es una característica institucional; 'una alta participación política de los votantes', un resultado. Y así sucesivamente.

Pero hay un resultado que los socialistas confunden constantemente con una característica institucional: la idea de que bajo el 'socialismo real', 'los trabajadores' están en control de la vida económica. Los socialistas parecen considerar el control obrero como algo que

puede instaurarse en cualquier momento, siempre que exista la voluntad política. Lo ven como algo equivalente al sufragio universal: si un gobierno quiere que todos los ciudadanos adultos puedan votar, basta con **concederles** el derecho al voto. Y, en la visión socialista, si un gobierno quiere que 'la clase trabajadora' tenga el control, basta con otorgarle ese control.

Esta suposición nunca se formula explícitamente, pero es la única manera de entender artículos socialistas como los analizados en el capítulo 1. Desde esta perspectiva, detallar **cómo** se pondría a 'la clase trabajadora' en control sería tan tedioso e innecesario como detallar los aspectos legales y procedimentales de cómo instaurar el sufragio universal. Simplemente se hace. El resto son detalles.

Si esto fuera cierto, realmente no habría necesidad de explicar qué salió mal en la Unión Soviética o en otros experimentos socialistas. Los gobiernos de esos países serían equivalentes a un gobierno que proclama su compromiso con el sufragio universal, pero luego no lo introduce en la práctica. No hay razones más profundas para ello: si un gobierno no introduce el sufragio universal, es porque carece de voluntad política para hacerlo. Y eso es todo. La solución, entonces, no es abandonar la idea del sufragio universal, sino elegir un gobierno que **sí** tenga esa voluntad.

Lo mismo ocurre con el 'socialismo real'. Según esta interpretación, el gobierno soviético fue uno que proclamó su intención de empoderar a los trabajadores, pero no lo hizo. No hay razones más profundas: si un gobierno no empodera a los trabajadores, es porque carece de la voluntad política para hacerlo. La solución, por tanto, no es abandonar la idea de empoderar a los trabajadores, sino elegir un gobierno que **sí** tenga esa voluntad.

Desde esta perspectiva, los fracasos del socialismo nunca pueden demostrar nada, por muchos que sean. El hecho de que en el pasado muchos gobiernos no hayan introducido el sufragio universal no 'demuestra' que el sufragio universal sea imposible. Solo demuestra que esos gobiernos no tuvieron la voluntad de hacerlo. Y desde el punto de vista socialista, el hecho de que el socialismo haya fracasado más de dos docenas de veces solo demuestra que más de dos docenas de gobiernos carecieron de la voluntad de empoderar a los trabajadores.

El error fundamental que los socialistas cometen aquí es confundir

una característica institucional, que un gobierno puede instaurar, con un resultado. Pero lograr que las burocracias públicas (y el proceso político en general) respondan, realmente, a la demanda pública es un resultado sumamente difícil de alcanzar.

Esto no ocurre solo en los países socialistas. Durante décadas, y bajo gobiernos sucesivos, el lenguaje del 'empoderamiento' ha impregnado la política británica. Las reformas del NHS buscan 'empoderar' a los pacientes; las reformas educativas, a los padres; las reformas electorales, a los votantes; y así sucesivamente. Si empoderar a la gente fuera tan fácil, ¿por qué tantos no se sienten empoderados? ¿Por qué existe un sentimiento tan extendido de desafección hacia la política?¹⁵⁰

Grandes partes de la economía ya están nacionalizadas o bajo control estatal de algún modo. Muchas más lo estuvieron, dentro de la memoria de los vivos. Sea cuales sean los méritos o defectos de ello, nunca ha resultado en una sensación de "empoderamiento" entre el público en general. Incluso los defensores más entusiastas de la nacionalización lo admiten, razón por la cual suelen distanciarse de las formas de propiedad estatal existentes o pasadas.

Bhaskar Sunkara escribió en *The New York Times* que "una enorme burocracia estatal [...] puede ser tan alienante y antidemocrática como las juntas corporativas, por lo que debemos pensar con cuidado en las nuevas formas que podría adoptar la propiedad social".¹⁵¹

Del mismo modo, Owen Jones escribió sobre las industrias estatales de la década de 1970 (Jones 2014: 305):

Thatcher pudo privatizar [...] sin demasiada protesta popular debido a la falta de una sensación de propiedad compartida entre la población. Para muchos, los bienes públicos [...]

150 La falacia del verdadero escocés es la falacia lógica que consiste en adaptar retroactivamente la definición de X para que encaje con una afirmación previa que se ha hecho sobre X. Por ejemplo, alguien afirma que ningún escocés haría Y. Luego se le presenta un contraejemplo, es decir, un escocés que sí hace Y. En respuesta, la persona modifica su afirmación a: "Ningún verdadero escocés haría Y", de modo que la definición de un 'verdadero' escocés incluye el hecho de que no haría Y. Así, la afirmación se vuelve tautológica ('Alguien que no hace Y, no hace Y').

Sin embargo, podría decirse que este no es el mejor ejemplo de la falacia. No hay nada de malo en definir lo escocés, o cualquier identidad regional, en términos de hábitos, actitudes o peculiaridades consideradas típicas de esa región (en lugar de definirlo, por ejemplo, por la ascendencia). La falacia del verdadero escocés solo es una falacia en la medida en que la afirmación sea demasiado absolutista (aunque, en la práctica, cuando hablamos de un 'verdadero' escocés, no queremos decir 'verdadero' en sentido literal, sino 'típico'). También es un mal ejemplo en la medida en que no existe una definición objetiva de una identidad regional respecto de la cual la persona que comete la falacia pudiera desviarse.

151 Socialism's future may be its past, *The New York Times*, 26 de junio de 2017 (<https://mobile.nytimes.com/2017/06/26/opinion/finland-station-communism-socialism.html>).

parecían lejanos, dirigidos por burócratas sin rostro.

En la misma línea, cuando Jones pidió la nacionalización del sector bancario británico, se distanció inmediatamente de aquellas partes del sector que ya eran de propiedad estatal:

El Estado británico posee, técnicamente, una quinta parte de la banca minorista, debido a su participación en el Royal Bank of Scotland. [...] Pero el enfoque a distancia del Estado ha hecho que el RBS haya fallado tanto a sus clientes como a la economía en general.¹⁵²

Esta es una versión a pequeña escala de la idea de que el socialismo real nunca se ha intentado: la nacionalización real nunca se ha intentado. Pero si no podemos lograr una 'propiedad pública real' con el tamaño y el alcance que el Estado tiene hoy, ¿qué esperanza hay de conseguirla si lo expandimos aún más y le damos todavía más poder sobre más ámbitos de la vida?

Conclusión

El socialismo se ha vuelto a poner de moda en el Reino Unido. Encuesta tras encuesta muestra un apoyo generalizado tanto al socialismo en abstracto como a una amplia gama de políticas socialistas.

Y, sin embargo, ese apoyo al socialismo como ideal no se corresponde con una visión positiva de ningún ejemplo concreto, contemporáneo o histórico, de socialismo en acción. Al contrario: cada vez que se menciona algún ejemplo, los socialistas inevitablemente ponen los ojos en blanco y lo descartan como un hombre de paja perezoso.

Los socialistas han logrado, en gran medida, distanciarse de los intentos anteriores de construir sociedades socialistas. Hoy, sostener un ejemplo real de socialismo frente a un socialista autodeclarado se considera un golpe bajo. La sabiduría convencional sostiene que quienes asocian el socialismo con los países del Pacto de Varsovia, la China maoísta, Corea del Norte o Vietnam del Norte son simplemente incapaces de entender la diferencia entre una idea y su aplicación distorsionada. Señalar los Gulags o el Muro de Berlín a los socialistas democráticos se considera tan grosero como culpar a los

¹⁵² British banks can't be trusted – let's nationalise them, The Guardian, 19 de octubre de 2017 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/oct/19/british-banks-trusted-nationalise-city-profits-communities>).

musulmanes pacíficos por las atrocidades de Al Qaeda o del Estado Islámico.

Y, sin embargo, cuando se les pregunta qué fue exactamente lo 'irreal' de las variantes anteriores del socialismo, o qué habrían hecho de manera diferente, los socialistas contemporáneos tienen dificultades para dar una respuesta clara. Cuando se les presiona, escapan hacia la abstracción, hablando de nobles aspiraciones más que de características tangibles. Pero las nobles aspiraciones que suelen citar son exactamente las mismas de siempre: las viejas aspiraciones que han sido siempre las del socialismo. La idea de que un sistema socialista debería empoderar a la gente común, en lugar de a los burócratas del partido, no es remotamente tan original como los socialistas contemporáneos creen. Esa siempre ha sido la idea.

Los socialistas contemporáneos definen el socialismo 'real' en términos de los resultados que les gustaría ver, en lugar de la estructura institucional que se supone debe producir esos resultados. Al mezclar un resultado deseado dentro de la misma definición del sistema, la idea de que 'el socialismo real nunca se ha intentado' se vuelve infalsificable. Es como si definiéramos una danza de la lluvia como 'una danza que causa lluvia' en lugar de 'una danza que intenta causar lluvia'. Con esta última definición, es posible concluir, después de suficientes intentos fallidos, que las danzas de la lluvia no pueden causar lluvia. Con la primera, no. Si un intento de danza de la lluvia no produce lluvia, entonces, por definición, no pudo haber sido una danza de la lluvia real. Una danza de la lluvia real nunca se ha intentado. Quienes afirman que las danzas de la lluvia han 'fracasado', simplemente no son lo bastante inteligentes para entender la diferencia entre la *idea* de la danza de la lluvia y su aplicación distorsionada.

El socialismo, en el sentido en que lo definen los socialistas democráticos autoproclamados, una economía democratizada planificada colectivamente por 'el pueblo', nunca se ha alcanzado en ningún lugar, ni podría alcanzarse. La planificación económica solo puede hacerse de manera tecnocrática y elitista, y requiere una concentración extrema de poder en manos del Estado. No puede 'empoderar' a los trabajadores comunes; solo puede empoderar a una élite burocrática.

Pero aunque esa visión del socialismo sea inalcanzable, puede *proyectarse* fácilmente sobre sociedades reales, precisamente por

ser tan abstracta y nebulosa. Por esa misma razón, esa proyección puede terminar igual de fácilmente. Esto es lo que los intelectuales occidentales han hecho durante casi un siglo. Hace treinta años, Hayek (1988) escribió sobre "la vana búsqueda de los intelectuales de una comunidad verdaderamente socialista, que resulta en la idealización y posterior desilusión con una interminable cadena de 'utopías'". Desde entonces, esa cadena no ha hecho más que alargarse.

La recepción de los experimentos socialistas suele seguir un patrón de tres etapas. Primero, atraviesan un período inicial de luna de miel, durante el cual tienen, o al menos parecen tener, algunos éxitos iniciales y su prestigio internacional es relativamente alto. Durante ese período, el experimento suele ser objeto de entusiastas elogios de los intelectuales occidentales. Se lo presenta como un modelo del 'verdadero' socialismo, como 'prueba' de que el socialismo sí funciona y como una alternativa inspiradora frente a los sistemas capitalistas moralmente corruptos de Occidente.

Esta luna de miel nunca dura para siempre. En algún momento, los fracasos del modelo se hacen más evidentes y su reputación internacional se deteriora. En esta fase, los intelectuales occidentales buscan desesperadamente excusas. El apoyo aún es amplio, pero el tono cambia drásticamente: el caso optimista y esperanzador se sustituye por uno airado y defensivo. Los socialistas de los países desarrollados occidentales atacan al mensajero; actúan como si los críticos del sistema fueran, de algún modo, responsables de su fracaso. Se culpa a fuerzas externas o a los antiguos miembros de las élites desacreditadas de 'socavar' el socialismo. Los apologistas occidentales recurren al *whataboutery*, lanzando contraacusaciones y desviando la atención hacia asuntos ajenos.

Pero llega un punto en que los fracasos del sistema son tan evidentes y su reputación internacional tan irremediabilmente dañada que defenderlo se vuelve una causa perdida. Esta es la tercera y última etapa. Pequeñas sectas de verdaderos creyentes continúan defendiéndolo, pero los intelectuales principales guardan silencio. Con el tiempo, las peregrinaciones y elogios se desvanecen de la memoria, y los intelectuales occidentales comienzan a cuestionar las credenciales socialistas del sistema. El nuevo relato pasa a ser que el sistema nunca fue verdaderamente socialista, que solo un puñado de extremistas afirmó que lo era, y que solo un completo ignorante lo usaría en contra de un socialista autoproclamado. Esta narrativa se

convierte entonces en la sabiduría convencional. La reputación del socialismo, como idea, permanece intacta.

El primer ejemplo fue la Unión Soviética. En la década de 1930, miles de intelectuales occidentales viajaron a la URSS de Stalin y regresaron llenos de alabanzas. Fue la década más asesina de la historia soviética: comenzó con la colectivización forzosa de la agricultura y la liquidación de los kulaks, que dio lugar a una hambruna completamente evitable, seguida del Gran Terror y los Juicios de Moscú. Pero en los relatos de los peregrinos occidentales, la URSS de Stalin era el primer Estado obrero del mundo, el heraldo de una nueva civilización. La **stalinmanía** sufrió un golpe con el Pacto Molotov–Ribbentrop, pero no terminó por completo en Occidente hasta que terminó en la propia Unión Soviética.

No pasó mucho tiempo antes de que nuevas utopías la reemplazaran. Pero, desde entonces, cada nuevo experimento socialista tuvo que definirse explícitamente en oposición al modelo soviético desacreditado, y, cuando correspondía, a otros modelos también desacreditados. En la década de 1960, esto fue cierto para la China maoísta, Vietnam del Norte y Cuba.

En China, el **Gran Salto Adelante** condujo probablemente a la hambruna más grande de la historia de la humanidad. Además, millones de personas fueron ejecutadas o murieron de agotamiento en campos de trabajo forzado. Sin embargo, tras la ruptura sino-soviética, China se convirtió en un destino popular de peregrinación para los intelectuales de los países desarrollados occidentales. Desde California hasta Berlín Occidental, los artículos de **merchandising** maoísta, como el **Libro Rojo**, se convirtieron en íconos de moda durante las protestas estudiantiles. El socialismo soviético había quedado desacreditado, pero la China maoísta representaba la promesa de un nuevo comienzo. El socialismo soviético solo había empoderado a una casta burocrática, mientras que la China maoísta se presentaba como un auténtico Estado de 'obreros y campesinos'. Esta vez iba a ser diferente.

Por desgracia, no lo fue. Tras la muerte de Mao, la **maomanía** desapareció rápidamente en Occidente, y la versión china del socialismo dejó de ser retroactivamente 'real' socialismo.

En los años sesenta, Cuba ofreció esperanzas similares. Cuba se desvía del patrón convencional de tres etapas, ya que parece

haber quedado permanentemente atrapada en algún punto entre la segunda y la tercera fase. Todavía hoy pueden encontrarse sin dificultad partidarios relativamente destacados del régimen cubano, que atribuyen el subdesarrollo económico del país y su carácter represivo exclusivamente a factores externos. Pero el entusiasmo inicial hace tiempo que se extinguió, y hoy, incluso en la extrema izquierda, pocos sostendrían que el socialismo cubano representa un modelo para el futuro.

Camboya bajo el régimen de los **Jemeres Rojos** estuvo casi completamente cerrada a los visitantes extranjeros hasta el último año del régimen, lo que la descartaba como destino de peregrinación. Pero eso no impidió que varios intelectuales occidentales romantizaran el régimen desde lejos. En términos absolutos, la base de apoyo occidental de los **Jemeres Rojos** nunca fue numerosa. Pero representaba una gran proporción de académicos en los campos relevantes. Los simpatizantes occidentales veían el socialismo de los **Jemeres Rojos** como una versión idílica, sencilla y rural del socialismo, construida sobre valores comunitarios y de purificación moral. Camboya siguió siendo socialista después de la invasión vietnamita, pero Vietnam, para entonces, ya había pasado a formar parte del club de países con versiones desacreditadas del socialismo: el socialismo vietnamita y el alineado con Vietnam ya no eran 'reales'.

Una vez que el genocidio de los **Jemeres Rojos** no pudo seguir negándose, el socialismo jemer dejó de ser 'real' socialismo de inmediato, y, como siempre, esto ocurrió con efecto retroactivo. La sabiduría convencional pasó a ser que los **Jemeres Rojos** nunca fueron socialistas, y que sugerir lo contrario era una difamación maliciosa destinada, únicamente, a desacreditar la noble idea del socialismo.

Del mismo modo que la ruptura sino-soviética había dado inicio a la **maomanía**, la ruptura sino-albanesa dio inicio al **hoxhaísmo** en Occidente. Mientras China y los países del Pacto de Varsovia representaban viejas y desacreditadas versiones del socialismo, Albania se convirtió en la nueva esperanza: una auténtica democracia obrera que se mantenía fiel a sus ideales socialistas. Algunos maoístas desilusionados trasladaron sus esperanzas a Albania, y el hoxhaísmo se convirtió en el nuevo maoísmo, aunque en una escala mucho menor. El aislamiento autoimpuesto del país lo hacía parecer atractivo para algunos intelectuales occidentales, porque una nación aislada no podía contaminarse con asociaciones con variantes del

socialismo ya desacreditadas.

Si mencionar a la Unión Soviética o a la China maoísta en presencia de un socialista autoproclamado se considera hoy **déclassé**, mencionar Corea del Norte se considera directamente inaceptable. Actualmente, Corea del Norte se percibe, como mucho, como una grotesca caricatura del socialismo. Pero no siempre fue así. Corea del Sur, con la que inevitablemente se la compara, no fue siempre la próspera democracia liberal que es hoy. Mientras no estaba del todo claro cuál de las dos Coreas se convertiría en la más atractiva, algunos occidentales eligieron proyectar su idea de un Estado obrero sobre la República Popular Democrática de Corea.

La República Democrática Alemana constituye un estudio de caso que desafía el patrón de tres etapas. No hubo un período de entusiasmo generalizado y, por tanto, tampoco un cambio drástico. En lugar de eso, este sistema fue elogiado por distintos grupos de intelectuales en diferentes momentos y por distintas razones. En los primeros años, la autoimagen de la RDA como un 'Estado antinazi' fue aceptada sin cuestionamientos por sus admiradores en el extranjero. En su fase final, el énfasis se desplazó hacia su relativo éxito económico, como la economía más avanzada del bloque socialista. Estas últimas evaluaciones no fueron tan delirantes como las de los peregrinos de Stalin o de Mao, pero está claro que tampoco envejecieron bien.

Venezuela, el ejemplo más reciente, siguió el patrón de tres etapas al pie de la letra. Comenzó con la retórica habitual de 'esta vez es diferente'. El naciente modelo de socialismo venezolano se definió específicamente en oposición a los modelos anteriores, tanto explícitamente, por ejemplo, en el discurso de Hugo Chávez en el Foro Social Mundial de 2005, como a través de la consigna 'Socialismo del siglo XXI' o 'Socialismo del siglo XXI'. El distanciamiento respecto de las formas anteriores de socialismo no fue pura retórica: los chavistas intentaron, realmente, crear nuevas formas de propiedad social y encontrar nuevos modos de participación democrática. Pero, en última instancia, ninguno de ellos llegó muy lejos. Las cooperativas, por ejemplo, se convirtieron simplemente en empresas privadas subsidiadas.

Sin embargo, la combinación de retórica socialista y de una bonanza petrolera fue suficiente para crear la impresión de que Venezuela había encontrado la fórmula para hacer funcionar el socialismo. Una

vez más, los intelectuales de los países desarrollados occidentales emprendieron peregrinaciones a gran escala y regresaron convencidos de que habían visto el futuro. Un *leitmotiv* de la **venezuelamanía** fue que el chavismo no solo era una gran historia de éxito por derecho propio, sino un modelo que Occidente debía seguir. Cuando el país comenzó a desmoronarse, la **venezuelamanía** se tornó airada y defensiva. El énfasis pasó de los supuestos logros del modelo a los supuestos motivos de sus críticos. Tras un breve periodo, la mayoría de los chavistas, simplemente, guardaron silencio sobre el asunto.

Durante aproximadamente una década, Venezuela fue el tema predilecto de muchos intelectuales occidentales. Hoy, mencionarla se considera un golpe político barato. Sus credenciales socialistas están siendo retiradas retroactivamente. El consenso emergente es que Venezuela nunca fue socialista y que solo alguien profundamente ignorante del socialismo podría afirmar lo contrario.

Y así, una vez más, lo que alguna vez fue 'socialismo real' se ha vuelto retroactivamente irreal. Venezuela es el ejemplo más reciente de este patrón. No será el último. El socialismo ha terminado en fracaso tantas veces que dos o tres ejemplos adicionales no harían ya ninguna diferencia.

El resurgimiento del socialismo llega en un momento peculiar. La tasa de pobreza global es la más baja de toda la historia. La esperanza de vida mundial, ya sea medida al nacer o como expectativa de llegar a una determinada edad, es la más alta que ha existido. Las tasas de mortalidad infantil son las más bajas registradas. Las tasas de alfabetización mundial, las más altas. Se puede escoger casi cualquier indicador económico, social o incluso ambiental al azar, y apostar, con seguridad, a que ha mejorado en los últimos 30 o 40 años. En gran medida, estas mejoras deben atribuirse al capitalismo. Siempre hay excepciones y otros factores en juego, pero, en conjunto, los índices de libertad económica son un excelente predictor del grado de progreso. Puede haber desacuerdo legítimo sobre cuál es el mejor modelo de capitalismo: podemos debatir si deberíamos parecernos más a Suecia y Dinamarca, o más a Hong Kong y Singapur. Pero debería haber quedado claro hace mucho tiempo que el futuro no puede basarse en políticas económicas al estilo de Venezuela.

Más de dos docenas de intentos de construir una sociedad socialista han terminado en fracaso. Y, sin embargo, el socialismo sigue aquí.

La razón es que la mayoría de nosotros, instintivamente, sentimos aversión hacia la economía de mercado. El anticapitalismo es una 'opinión por defecto', que nos resulta natural y espontánea. Más allá de sus logros, al capitalismo lo **sentimos** incorrecto. Es contraintuitivo. Incluso los más destacados pensadores del libre mercado, como F. A. Hayek, James Buchanan o Milton Friedman, no comenzaron sus carreras como defensores del libre mercado.

Si juzgamos a las economías de mercado, principalmente, por sus defectos, mientras juzgamos el socialismo, principalmente, como una idea —y por las intenciones de sus defensores—, entonces la economía de mercado nunca podrá ganar. El razonamiento motivado es una fuerza poderosa: siempre podemos encontrar una excusa para proteger una creencia querida, si la buscamos con suficiente empeño. Y siempre podemos encontrar defectos en las ideas que no nos gustan, si eso es lo que queremos.

Pero esta cacería de unicornios nos distrae de encontrar soluciones viables a los muy reales problemas sociales y económicos que enfrenta hoy el Reino Unido. Cualquiera sea nuestra orientación política, pocos negarían que los últimos diez años han sido un periodo difícil para el país. La economía se contrajo drásticamente durante y después de la crisis financiera, y la recuperación ha sido dolorosamente lenta. Nuestro desempeño en productividad ha sido un chiste. Los salarios reales, en consecuencia, apenas han crecido. Los costos de la vivienda siguen aumentando más rápido que los ingresos, como ha ocurrido por más de dos décadas. Demasiados estudiantes salen de la universidad con deudas que superan el valor de sus títulos. Seguimos teniendo un considerable déficit presupuestario y la deuda nacional continúa creciendo, cuando, dadas las presiones demográficas que se avecinan, debería estar ocurriendo lo contrario. El sistema de salud pasa de una crisis a otra.

Pero aquí está el **quid** del asunto: la razón por la que sabemos cuán graves han sido estos problemas es que, sea cual sea el problema que analicemos, siempre podemos encontrar países comparables que han tenido resultados mucho mejores en ese aspecto. El hecho de que sea tan fácil hallar ejemplos más exitosos entre países similares demuestra que estos problemas no son inevitables ni intrínsecos a las economías de mercado.

Las soluciones no están todas en un mismo lugar. Pero si buscamos las mejores prácticas internacionales, área por área de política pública,

siempre podemos encontrar, al menos, un ejemplo real y decente en cada caso. Aprender de la experiencia internacional en cada ámbito es, por supuesto, más fácil decirlo que hacerlo. Determinar qué constituye exactamente la 'mejor práctica internacional' en cada área, y si esa práctica puede trasladarse al Reino Unido, es cualquier cosa menos sencillo. Pero buscar soluciones de esa manera sería, sin duda, mucho más fructífero que seguir persiguiendo la próxima utopía socialista.

11. EPÍLOGO. UNA HISTORIA ALTERNATIVA: SE ESTÁ PONIENDO A PRUEBA EL SOCIALISMO REAL¹⁵³

El debate sobre si el socialismo es una buena idea que, simplemente, ha sido distorsionada y/o mal implementada en la práctica, o si la idea, en sí misma, es defectuosa y no podría haber resultado de forma muy diferente, no es nuevo. Ha estado presente desde que los primeros simpatizantes de la Revolución de octubre dejaron de creer en el proyecto soviético.

Cabe decir que, por ahora, los partidarios de la primera postura han ganado el debate. Cuando esa pregunta se formula explícitamente en encuestas, los resultados hablan por sí solos. Cerca de cuatro de cada cinco alemanes orientales, pero también casi cualquier otro alemán occidental, están de acuerdo con la afirmación de que el socialismo es una buena idea que, simplemente, ha sido mal implementada (Stöcker 2016: 202).

Están en buena compañía. Esta interpretación es plenamente compatible con las dos críticas más famosas del socialismo realmente existente, a saber, *La rebelión en la granja* y *1984* de George Orwell. Esas dos novelas no son críticas del socialismo *per se*. Son solo críticas del socialismo totalitario de la Unión Soviética, dejando abierta (si no insinuando activamente) la posibilidad de

¹⁵³ Una versión previa de este capítulo fue publicada en 2018 como IEA Discussion Paper n.º 92.

que una forma distinta de socialismo pudiera haber resultado por completo diferente. En particular, ninguna de las dos novelas contiene una crítica **económica** del socialismo. No hay conexión entre el hecho de que las economías descritas en estas novelas pretendan representar economías socialistas y el hecho de que las sociedades sean tiránicas. Tampoco son economías disfuncionales.

La rebelión en la Granja, es plenamente compatible con el relato trotskista de una revolución traicionada. Al principio, todo funciona bien en la granja. Pero luego los cerdos, que representan a la **nomenklatura** soviética, se convierten, gradualmente, en una nueva clase dirigente. Sin embargo, no hay nada remotamente inevitable en ello. Podríamos imaginar con facilidad una versión de **Rebelión en la granja** con final feliz. Podríamos quitar de la historia al 'cerdo malo', Napoleón (= Stalin), o hacer que el 'cerdo bueno', Snowball (= Trotsky), se imponga sobre él. Podríamos imaginar a los otros animales estando más vigilantes y diseñando mecanismos de salvaguarda más efectivos contra la usurpación de poder de los cerdos. Podríamos imaginar que el sabio verraco, Old Major (= Karl Marx), cuyo 'análisis' económico del sistema de la granja inspira la revolución en primer lugar, viviera para ver la revolución y velara por su evolución.

Si los cerdos no se hubieran hecho con el poder, tampoco habría problemas económicos en *La rebelión en la granja*. No hay indicio en el libro de que la producción de la granja sea, en modo alguno, insuficiente. La única razón por la que las raciones de comida de los animales se siguen recortando, y sus jornadas laborales se alargan, es que los cerdos se apropian de todo el excedente.

En **1984** no se explica, con detalle, cómo surge originalmente la dictadura, pero queda claro que 'IngSoc' o 'English Socialism' pretende representar una versión pervertida del socialismo. El principal enemigo del Estado, Emmanuel Goldstein (probablemente inspirado en Trotsky), es descrito como antiguo asociado del Gran Hermano (probablemente inspirado en Stalin) y miembro destacado del partido en sus primeros días. Esto también apunta a la idea de una revolución que ha sido traicionada y corrompida.

No hay nada malo en la economía de Oceanía. La mayor parte de la población vive en la pobreza, pero esto es el resultado de una elección deliberada de política, más que de la insuficiencia de una economía planificada. El partido mantiene dócil a la población asegurándose

de que sus luchas cotidianas consuman todas sus energías. Por ello libra una guerra perpetua que sabe que nunca puede ganar, con el fin de destruir el excedente de producción y mantener los niveles de vida cerca de la subsistencia.

En contraste con esas obras, ha habido dos novelas mucho menos conocidas que critican el socialismo desde una perspectiva liberal clásica. Se trata de *Pictures of the Socialistic Future* de Eugen Richter (1891; traducción al inglés de 1893) y *Time Will Run Back* de Henry Hazlitt (1952, versión revisada de 1966) (véase Makovi (2015) para un resumen). Ambas novelas describen una versión del socialismo en condiciones idealizadas, dejando de lado muchos de los problemas que las sociedades socialistas, de hecho, afrontaron (o, en el caso de Richter, afrontarían en el futuro).

En particular, el abuso de poder no es un problema en absoluto. En ambas novelas, los políticos socialistas se presentan como idealistas genuinos, que usan el poder a regañadientes y con las mejores intenciones. También se descartan las excusas habituales de las que los socialistas son aficionados a echar mano: estos sistemas ficticios no enfrentan enemigos, ni internos ni externos. No hay 'contrarrevolucionarios' ni potencias extranjeras hostiles.

Aún en esas condiciones favorables, el socialismo conduce, igualmente, al estancamiento en el ámbito económico y al autoritarismo en el ámbito político. En ambas novelas, las razones son económicas. Como la actividad económica no puede coordinarse mediante señales de escasez —es decir, precios de mercado—, el único sustituto es la orden y el control. Cuando la gente no se comporta como los planificadores económicos quieren que lo haga, el Estado necesita usar la fuerza para lograr su cumplimiento. No se pueden permitir desviaciones del plan económico del gobierno, porque los distintos componentes del plan dependen unos de otros: el plan debe ser un todo coherente. A los planificadores les falta el conocimiento pertinente, por lo que los recursos se asignan mal y sobreviene el caos económico.

Así, el socialismo conduce a la tiranía y a la decadencia, no porque esté 'mal implementado' ni porque 'las personas equivocadas' lleguen al poder, sino debido a rasgos que están en el propio ADN del socialismo.

Lo que sigue, a continuación, es una aportación muy menor a esta

línea literaria. Es una 'historia alternativa', que empieza a divergir de 'nuestra' versión de la historia justo después de la caída del Muro de Berlín. En marzo de 1990, la República Democrática Alemana celebró sus primeras elecciones democráticas. En 'nuestra' versión de la historia, también fueron sus últimas elecciones, porque los partidos pro-reunificación ganaron con una mayoría abrumadora y, seis meses después, la RDA dejó de existir. Sin embargo, ese resultado no era inevitable. Como se mencionó en el capítulo 8, durante la campaña electoral se debatió vivamente si el socialismo había fracasado en la RDA, o si la RDA simplemente se había desviado del 'verdadero' socialismo. Varios de los partidos que concurren a esas elecciones sostenían que la RDA valía la pena preservarla como Estado socialista soberano y que podía democratizarse desde dentro.

Un pequeño número de parlamentarios británicos compartía esta opinión. Creían que lo que estaban presenciando no era el final del socialismo en la RDA y sus aliados, sino todo lo contrario: un regreso al 'verdadero' socialismo. Una *Early Day Motion* en la Cámara de los Comunes, firmada por Ken Livingstone y Jeremy Corbyn, decía:

esta Cámara [...] reconoce que este estallido de descontento y oposición en Alemania Oriental [...] en particular, refleja una profunda ira contra la corrupción y la mala gestión de la burocracia estalinista; ve que el movimiento avanza en la dirección del socialismo genuino, no de un retorno al capitalismo; [...] y considera que la única salida [...] es sobre la base de un retorno a los principios de la auténtica democracia obrera y del socialismo que constituyeron la base y la inspiración de la Revolución de Octubre'.¹⁵⁴

Obviamente, eso no sucedió. Pero ¿y si *hubiera* sucedido? ¿Cómo habría sido 'un movimiento que avanza en la dirección del socialismo genuino' y 'un retorno a los principios de la auténtica democracia obrera y del socialismo'?

‘El socialismo no ha fracasado en Alemania Oriental: no se ha intentado’: sorpresiva victoria de un nuevo partido socialista en las elecciones de Alemania Oriental

The Guardian, 19 de marzo de 1990

¹⁵⁴ Workers' Democracy in Eastern Europe, Early Day Motion 210 (<http://www.parliament.uk/edm/1989-90/210>).

Berlín Oriental es hoy una ciudad en estado de *shock*. Bonn, por su parte, parece una ciudad de gallinas sin cabeza. Olvida todo lo que creías saber sobre la actualidad: después del sorprendente resultado electoral de ayer, todo está por verse.

Se suponía que era un asunto resuelto. Hasta la encuesta a boca de urna de anoche, todos los encuestadores y comentaristas coincidían en una cosa: que la primera elección democrática de la RDA sería también la última. Cualquiera que fuera el gobierno que surgiera de ella, empezaría de inmediato a trabajar por su propia abolición. En menos de un año, se suponía que Bonn y Berlín Oriental firmarían y ratificarían un Tratado de Reunificación. Alemania Oriental debía integrarse a la República Federal y dejar de ser un país soberano. La RDA debía estar en vía de desaparición... y llevarse consigo al socialismo.

Las elecciones de ayer frustraron todos esos planes. Los partidos promercado y proreunificación no lograron obtener la mayoría. Es imposible saber por ahora si el resultado representa una clara adhesión al socialismo o si se trata principalmente de un rechazo a una absorción por Alemania Occidental. Pero ya es seguro afirmar que, con la actual constelación política, no habrá reunificación alemana ni retorno a la economía de mercado en Alemania Oriental en el futuro cercano. El socialismo se daba por muerto. El resultado electoral de ayer le ha dado una nueva vida.

La Alianza por Alemania, favorable a la reunificación y que se esperaba ganara por amplia mayoría, solo obtuvo el segundo lugar. El Partido Socialdemócrata (también proreunificación, pero a un ritmo más lento), al que las encuestas mostraban como único contendiente serio, lo hizo aún peor y terminó en cuarto lugar (Tabla 2).

Tabla 2 Distribución de escaños en la nueva Cámara del Pueblo

Izquierda Unida	137
Alianza por Alemania	105
Partido del Socialismo Democrático	66
Partido Socialdemócrata	59
Partido Espartaquista de los Trabajadores de Alemania	13
Partido Verde	5
Alianza '90	4
Otros	11
TOTAL	400

El ganador sorpresivo fue la Izquierda Unida (VL), un partido que apenas aparecía en las encuestas y que casi no recibió atención mediática durante la campaña. ¿Quiénes son estos recién llegados?

Lo primero que debe señalarse es que no son nuevos. La mayoría de los alemanes orientales los conocen desde hace bastante tiempo, aunque no bajo ese nombre. La VL surgió del movimiento democrático de protesta de la RDA, que jugó un papel importante en los acontecimientos que llevaron a la apertura del Muro de Berlín hace cuatro meses. Con retrospectiva, puede resultar tentador asumir que los manifestantes antirégimen eran todos acérrimos antisocialistas, pero nada más alejado de la realidad. El movimiento de protesta siempre incluyó grupos que se describían explícitamente como socialistas democráticos. Su oposición al gobierno del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED) no era de ninguna manera una oposición al socialismo. Más bien, se veían a sí mismos como portadores de la antorcha del verdadero socialismo, y consideraban al liderazgo del SED como arribistas hambrientos de poder, burócratas oportunistas. Esto quizá se expresa mejor en el lema: 'Socialismo sí – SED no'.

La VL es simplemente el brazo político de ese movimiento. Su objetivo nunca fue desmantelar la RDA, sino democratizarla desde dentro. Quieren socialismo, pero no el socialismo jerárquico e inspirado en el modelo soviético que la RDA ha practicado hasta ahora. Su idea de socialismo es un socialismo desde abajo, un socialismo de base, un socialismo que empodera a la gente trabajadora común, no a los burócratas del partido ni a élites tecnocráticas. Es un socialismo con libertades civiles, derechos políticos y amplia participación democrática; un socialismo que democratice a fondo cada aspecto de la vida.

Con un 16 por ciento de los votos, el Partido del Socialismo Democrático (PDS) también obtuvo un resultado mejor del esperado. El PDS es el sucesor del SED, que gobernó la RDA con mano de hierro hasta hace apenas cuatro meses. Sus críticos lo ven como nada más que una versión ligeramente más amable del SED, pero esa crítica es injusta. El partido se ha reinventado. Ha expulsado a destacados radicales y ha promovido a reformistas internos cuyas credenciales democráticas no están en duda. Estos reformistas tienen una trayectoria comprobada de denunciar abusos de derechos humanos y prácticas autoritarias en la RDA desde dentro del partido, en la medida en que esto era posible para un militante. Algunos han sido

amenazados con la expulsión más de una vez.

En quinto lugar quedó el Partido Obrero Espartaquista, que defiende una visión romántica, de retorno a las raíces del socialismo. "Quiero vivir en un país donde la economía exista para satisfacer las necesidades del pueblo, no al revés. Eso es socialismo. Algunos dicen que ha 'fracasado'. No es así. Nunca hemos tenido socialismo aquí. Simplemente no se ha intentado."

Ciertamente. El socialismo, definido de ese modo, nunca ha sido intentado. Pero parece que la RDA está a punto de intentarlo ahora. Podríamos estar presenciando el inicio de un experimento notable.

Quieren volver al significado original (y literal) de una república soviética, es decir, una democracia de base semidirecta, en la que los consejos de trabajadores sean los principales pilares. Este es el sistema que empezaba a tomar forma en Rusia tras la Revolución de Octubre de 1917. Nunca se completó porque el experimento se corrompió en una etapa temprana.

¿Podría la actual constelación política de Alemania Oriental producir una coalición socialista? Aritméticamente, es posible. En la práctica, es una tarea difícil, dadas las amplias diferencias programáticas y culturales entre los partidos socialistas.

Aun así, un socialismo reformado y democratizado es la opción predeterminada de la política de Alemania Oriental en este momento. Tendrá que materializarse de una u otra manera.

El joven votante de la VL con quien hablamos ayer en un puesto de votación en Berlín-Friedrichshain merece ser citado íntegramente, porque sin duda habló en nombre de muchos compatriotas:

Iba a votar por la Alianza o por el SPD, pero luego pensé: un momento, esto es tirar al bebé con el agua sucia. Yo no estoy en contra del socialismo. Estoy en contra del estalinismo. Estoy en contra del SED. Estoy en contra de la Stasi. Estoy en contra de que me digan qué pensar, qué decir, qué hacer. Estoy harto hasta el cansancio de la élite arrogante y desconectada que gobierna este país. Pero eso no es socialismo. Eso es lo opuesto al socialismo.

Quiero vivir en un país donde la economía exista para satisfacer las necesidades de la gente, y no al revés. Eso

es socialismo. Algunos dicen que ha 'fracasado'. No es así. Nunca hemos tenido socialismo aquí. Simplemente no se ha intentado.

En efecto. El socialismo, definido de ese modo, nunca se ha intentado. Pero parece que la RDA está a punto de intentarlo ahora. Podríamos estar presenciando el inicio de un experimento extraordinario.

‘Un socialismo para las mayorías’: firmado en Berlín Oriental el tratado de coalición VL/PDS (+SpAD)

The Guardian, 28 de abril de 1990

La primera ronda de conversaciones de coalición fue incómoda. Tenía que serlo. La Izquierda Unida (VL), socio mayoritario en el nuevo gobierno de coalición de Alemania Oriental, surgió del movimiento democrático de protesta de la RDA. El PDS, socio minoritario en el nuevo gobierno, surgió precisamente del partido contra el cual los manifestantes protestaban. Algunos miembros de la VL fueron encarcelados, golpeados, espiados y expulsados de sus trabajos bajo el régimen del partido predecesor del PDS. Algunos tenían amigos que habían sido asesinados en el Muro de Berlín. Esas heridas siguen abiertas.

Pero durante la segunda reunión, el hielo se rompió. Y durante la tercera, se entendieron de maravilla. Tal vez los reformistas y los manifestantes siempre tuvieron los mismos objetivos y simplemente intentaron alcanzarlos por vías diferentes: los segundos mediante protestas callejeras, presión desde afuera y desde abajo; los primeros mediante una crítica más sutil desde dentro, es decir, dentro del partido y dentro de los parámetros permitidos.

Lo más ambicioso de todo es la agenda de democratización de la planificación económica. En este momento, la Comisión Estatal de Planificación (SPK), el equivalente en la RDA al Gosplan soviético, responsable de redactar los Planes Quinquenales, es la quintaesencia de la tecnocracia y el elitismo. Constituye una burla absoluta a la idea marxista de que 'la clase trabajadora' dirige la economía. Un trabajador común no tiene más influencia sobre las decisiones de la SPK que un católico común sobre las deliberaciones de un cónclave papal. Los Planes Quinquenales se redactan a puerta cerrada y luego se imponen a la población desde arriba.

La promesa del socialismo siempre ha sido que otorgaría a la gente

trabajadora común el control sobre la vida económica. En la práctica, los trabajadores en países socialistas tienen aún menos control sobre esos asuntos que los trabajadores en países capitalistas. Los segundos están sujetos a las fuerzas del mercado; los primeros, a una élite tecnocrática. A esto es a lo que la VL se refiere cuando afirma que la RDA nunca fue realmente socialista. Y esto es lo que ahora están tratando de cambiar.

De ahora en adelante, el jefe de la SPK será elegido democráticamente cada cinco años. La SPK estará obligada a consultar extensamente a actores externos, como los ya mencionados Consejos de Trabajadores, y especialmente a los recién creados y democráticamente elegidos 'Consejos de Consumidores' (*Konsumentenräte*). Todo ciudadano de la RDA podrá unirse a tantos consejos de consumidores como desee y crear nuevos. La SPK estará obligada a conceder a esos consejos acceso irrestricto a todos los datos económicos, incluidos los datos sensibles. Algunas funciones de planificación se descentralizarán a nivel regional o local, donde se crearán oportunidades adicionales de participación pública.

Además, la SPK se volverá mucho más transparente. Deberá publicar las actas de todas sus reuniones, así como los borradores iniciales e intermedios del próximo Plan Quinquenal. Esto dará al público la oportunidad de supervisar el proceso y de intervenir cuando sea apropiado. La frase clave del tratado de coalición dice:

En el pasado, hemos tenido planificación *estatal* de la economía y propiedad *estatal* de los medios de producción. Esto no es suficiente. Esto no es socialismo. En el futuro, el pueblo planificará la economía y el pueblo será dueño de los activos productivos del país. La RDA solía llamarse a sí misma un Estado de Trabajadores y Campesinos, pero en realidad era un Estado de burócratas y políticos. Ahí fue donde la RDA se equivocó. Y esto es lo que queremos cambiar.

Después de más de cuarenta años de socialismo nominal, Alemania Oriental finalmente está descubriendo el verdadero significado de ese término. ¿Qué les tomó tanto tiempo?

Cuatro años después, ¿ha funcionado el programa de

renovación socialista de Alemania Oriental?

The Guardian, 19 de marzo de 1994

Hace cuatro años, una improbable coalición de antiguos manifestantes de las calles y miembros reformistas del antiguo partido gobernante de la RDA asumió el poder en Berlín Oriental. Muchos predijeron que se desmoronaría de inmediato. El tono general en la prensa de Alemania Occidental y del Reino Unido era que los días de la RDA estaban contados y que este intento desesperado por mantenerla con vida un poco más solo retrasaría lo inevitable.

Cuatro años después, la RDA va viento en popa. En las elecciones generales de ayer, la coalición VL/PDS fue confirmada en el gobierno con una mayoría aún mayor en la Cámara del Pueblo. Goza de niveles de popularidad con los que la desastrosa coalición del señor Kohl, por no hablar de la triste broma que es el gobierno del señor Major, solo puede soñar.

La inicialmente inestable coalición de revolucionarios (la VL) y reformistas (el PDS) resultó ser una combinación perfecta. La VL aportó la energía, el entusiasmo y el fervor por el cambio radical. El PDS aportó la experiencia, el conocimiento interno y el sentido de continuidad. Mezclar esos ingredientes en una proporción de 2 a 1 resultó ser exactamente lo adecuado.

El sello distintivo de la coalición es su programa de renovación socialista. La propiedad estatal se ha convertido en propiedad pública. La planificación estatal se ha convertido en planificación pública. El programa sigue en desarrollo, pero ya ha provocado un desplazamiento de poder sin precedentes: del burócrata no elegido e irresponsable hacia la gente trabajadora común y hacia la sociedad civil.

Pero ¿ha funcionado? ¿Ha sido un éxito la renovación socialista? La respuesta es: depende. Para algunos, la principal prioridad en 1990 era cerrar la enorme brecha económica entre Este y Oeste. Si esta es la única medida de éxito, entonces la respuesta a la pregunta anterior es no. A pesar de la recesión actual en Alemania Occidental, la brecha Este-Oeste sigue siendo tan grande como siempre. Podría incluso haber aumentado de no ser por una generosa transferencia fiscal desde Alemania Occidental (no del todo motivada por altruismo, sino para evitar una avalancha de migrantes del Este, que habría presionado los salarios a la baja y

los alquileres al alza). Así que, en este aspecto, el gobierno aún no ha encontrado una solución convincente.

Pero hay más en la vida que el dinero, y hay más en el éxito de una sociedad que las cifras del PIB. En muchos otros aspectos, la transformación de la RDA ha sido impresionante. El país se ha reinventado como un modelo de socialismo participativo. En Alemania Occidental y Gran Bretaña, millones de personas trabajan en empleos sin futuro que no disfrutan, para empresas con las que no se identifican, en industrias en las que sienten que no tienen participación alguna. Carecen de sentido de pertenencia, de empoderamiento y de propiedad.

Compárese esto con la nueva RDA. Los lugares de trabajo de Alemania Oriental son administrados democráticamente. Los trabajadores comunes pueden elegir a su propio director de empresa; de hecho, pueden convertirse ellos mismos en director de empresa si se postulan y logran convencer a sus colegas para que voten por ellos. Todo trabajador de Alemania Oriental tiene derecho a asistir y a tomar la palabra en las reuniones de dirección. Los trabajadores de Alemania Occidental y británicos son engranajes en una máquina. Los trabajadores de Alemania Oriental poseen la máquina y manejan la máquina.

Pero la democracia en el lugar de trabajo es solo uno de los muchos niveles de control democrático. En la RDA, toda la economía se gestiona democráticamente. La Comisión Estatal de Planificación (SPK) es elegida democráticamente y mantiene consultas públicas constantes sobre asuntos grandes y pequeños. Los expertos en planificación siguen participando, pero la sociedad civil —representada por innumerables Consejos de Consumidores, Consejos de Trabajadores o simples individuos no afiliados que participan en reuniones locales de planificación— es ahora quien toma las decisiones.

El actual Plan Quinquenal es un logro democrático extraordinario. Es el primero de su tipo que se ha redactado con participación pública masiva. Cientos de reuniones y consultas de planificación se han llevado a cabo por todo el país. Cientos de miles de personas, de todos los ámbitos de la vida, han participado en su elaboración. Es el primer verdadero Plan del Pueblo en la historia del socialismo.

La emigración neta ha sido mucho menor de lo esperado, en parte porque, por primera vez desde 1949, la migración entre Alemania

Oriental y Occidental se ha convertido nuevamente en una vía de doble sentido. Algunos alemanes orientales se han marchado, atraídos por los encantos superficiales de una sociedad de consumo. Pero, al mismo tiempo, muchos alemanes occidentales idealistas se han sentido atraídos por la promesa de una manera diferente de hacer las cosas. Este atractivo va mucho más allá de Alemania Occidental: la RDA se está convirtiendo rápidamente en un destino popular para socialistas democráticos de toda Europa. Es el lugar al que están llegando europeos occidentales desencantados con el capitalismo y europeos orientales desencantados con el socialismo de arriba hacia abajo, para crear juntos algo genuinamente nuevo y emocionante.

Si juzgas el éxito de un país únicamente por cifras de PIB o de productividad, entonces sí, encontrarás más atractiva la economía de Alemania Occidental. Si tuvieras que elegir entre un automóvil o un electrodoméstico oriental u occidental, probablemente elegirías el occidental. Pero nadie encuentra 'inspiradora' a Alemania Occidental; nadie miraría a Alemania Occidental pensando: "Esto podría ser el modelo de un mundo mejor".

En contraste, la nueva RDA sí inspira a la gente. Hay al menos dos docenas de grupos de estudio sobre la RDA en universidades británicas. Existe una popular Campaña de Solidaridad con la RDA, cuyos miembros incluyen al diputado por Islington North, al diputado por Glasgow Kelvin y a la diputada por Hackney North/Stoke Newington.

La RDA está creando un nuevo modelo de socialismo: un socialismo desde abajo, un socialismo del pueblo. Nos muestra que existe una manera distinta y mejor de hacer las cosas. En las semanas posteriores a la caída del Muro de Berlín, la narrativa dominante en el Reino Unido era que el socialismo había terminado y que lo mejor que podíamos esperar era una versión ligeramente modificada del thatcherismo. Pocas personas dirían eso hoy. La nueva RDA se ha convertido en una fuente de esperanza y valentía para quienes aún creemos que un mundo mejor es posible.

En este sentido, la respuesta a la pregunta inicial es un sí absoluto: el programa de renovación socialista de Alemania Oriental ha sido un éxito fenomenal.

El gobierno de Alemania Oriental recentraliza el control sobre las Empresas de Propiedad Popular

The Guardian, 21 de enero de 1995

‘Propiedad del pueblo, no propiedad del Estado’ es uno de los eslóganes favoritos del gobierno de la RDA. ‘Devolver al pueblo a las Empresas de Propiedad Popular’ es otro. La democracia en el lugar de trabajo es uno de los pilares del programa de renovación socialista del gobierno de la RDA y uno de sus logros más admirados. Y sin embargo, el gobierno de Alemania Oriental se ve ahora obligado a poner en pausa ese proyecto por el momento. A partir del próximo mes, los derechos de autogestión de las Empresas de Propiedad Popular (VEB) serán nuevamente limitados y el control sobre ellas será en parte recentralizado.

El gobierno de Alemania Oriental se esfuerza en señalar que esto no representa un giro de 180 grados en sus políticas. Se trata de una medida temporal destinada a darle al gobierno el espacio necesario para corregir algunas de las irregularidades del nuevo sistema.

‘Necesitamos elaborar un sistema más coherente, en el que los incentivos estén mejor alineados’, explica Jens Geißler, ministro para la Democratización del Lugar de Trabajo.

Tras la democratización, en muchas de las grandes VEB los trabajadores votaron aumentos sustanciales de salario, o jornadas laborales más cortas, o más días de vacaciones pagadas, etc. Cuando han votado cambios en las prácticas laborales, a menudo ha sido con el objetivo de hacerlas más convenientes para la fuerza laboral, más que más productivas. No hay nada malo en ello, todo lo contrario: el sentido mismo del socialismo es que los trabajadores, no los capitalistas, disfruten de los beneficios del progreso económico.

Pero esas medidas deben respaldarse con aumentos de productividad, y nuestro desempeño en productividad hasta ahora simplemente no ha sido suficiente. El problema es que muchas de esas VEB están ahora retrasadas en sus cuotas de producción. Esto tiene efectos adversos en otras partes de nuestra economía, desordenando nuestro Plan Quinquenal. Si, por ejemplo, la producción de neumáticos está retrasada, la producción de automóviles, motocicletas

y bicicletas también se retrasa. Y así sucesivamente.

Por supuesto, podríamos pagar a las VEB sobre la base de su rendimiento y darles la responsabilidad de sus propios presupuestos. Podríamos permitir que algunas prosperaran y que otras quebraran. Pero entonces estaríamos a mitad de camino hacia una economía de mercado. Y ese no es el camino que queremos seguir aquí.

Geißler enfatiza que el gobierno sigue plenamente comprometido con los principios de la gestión obrera y la democracia en el lugar de trabajo:

No hay absolutamente nada malo en esos principios. Solo debemos recordarnos que una VEB pertenece conjuntamente a todo el pueblo, no solo a quienes trabajan en ella en un momento dado. De lo contrario, no serían más que empresas capitalistas. Quizá no hemos dejado esto lo suficientemente claro durante la transición. Vamos definitivamente en la dirección correcta, pero probablemente hemos avanzado demasiado rápido. Pausaremos algunos elementos de nuestra agenda de democracia laboral por ahora, hasta que los retrasos en la producción se hayan resuelto y hasta que hayamos corregido esas inconsistencias.

Los críticos sostienen que, aunque esta no sea la intención del gobierno, en la práctica constituye un regreso al antiguo modelo de arriba hacia abajo. ¿Qué sentido tienen las estructuras de gobernanza democrática en las VEB si la dirección de una VEB no tiene autonomía para hacer nada más que seguir órdenes emitidas desde Berlín Oriental?

Pero aunque el anuncio no es popular, tampoco ha provocado una reacción violenta. En la práctica, el entusiasmo inicial por la democracia en el lugar de trabajo ya estaba disminuyendo. La participación en las elecciones de Consejos de Trabajadores y en las asambleas laborales ha caído drásticamente en las VEB de todo el país.

Hablamos con varios trabajadores del VEB Kombinat Robotron en Dresde. Olaf Baumgarten, que trabaja en el departamento de ingeniería, nos dijo:

Me gusta la idea en principio, pero encuentro que muchas de esas reuniones son interminables, aburridas y tediosas.

Mire: soy ingeniero. Quiero hacer mi trabajo. No quiero sentarme todo el tiempo en reuniones de comité tediosas.

Su colega Hanna Hoffstädter coincide:

Por supuesto que la dirección debe consultar a la fuerza laboral. Eso ocurre también en la mayoría de las empresas de Alemania Occidental, y con buen motivo. Pero ¿qué pasó con la especialización? ¿Qué pasó con la idea de permitir que la gente se concentre en lo que sabe hacer? La mayoría de esas reuniones de comité tratan de cosas de las que no tengo ni idea y que no me interesan en lo más mínimo.

Franziska Krüger, que trabaja en una de las plantas de ensamblaje, es aún más crítica con lo que ella llama la 'cultura del comité' (Komiteekultur):

Al final, todos esos comités obreros terminan dominados por personas que son buenas para hacer contactos y rascar espaldas. Mientras tanto, las reuniones están dominadas por quienes están enamorados del sonido de su propia voz y, francamente, no siempre son las personas que tienen cosas interesantes que decir. En cualquier caso, no se obtiene una representación fiel de la fuerza laboral... si es que tal cosa existe.

Los anuncios del gobierno, entonces, quizá no hagan tanta diferencia en la práctica.

El gerente de VEB Heiko Kurz considera los cambios lamentables, pero sigue siendo optimista en general:

Es casi seguro que veremos un resurgimiento de la agenda de democracia laboral más adelante este año. Es cierto que la participación ha disminuido, pero al menos en abstracto, la idea sigue siendo enormemente popular. Ojalá que la próxima vez haya un mayor énfasis en la educación y la sensibilización. Necesitamos asegurarnos de que la gente esté adecuadamente preparada. No se puede esperar que un sistema así funcione de la noche a la mañana.

¿El regreso de los tecnócratas? Alemania Oriental abandona discretamente la 'Planificación Popular'

The Guardian, 4 de marzo de 1995

El sistema de planificación participativa —o 'Planificación Popular'— es considerado uno de los logros más orgullosos del gobierno de

Alemania Oriental. Según sus defensores, la democratización del proceso de planificación ha dado a los trabajadores comunes un grado de control sobre la vida económica sin precedentes. Si hay un área de política pública que simboliza la diferencia entre el viejo socialismo de arriba hacia abajo, inspirado en la Unión Soviética, y el nuevo socialismo de abajo hacia arriba de la RDA, es esta.

Por ello, sorprendió a algunos cuando el gobierno de Alemania Oriental anunció que suspendería temporalmente elementos importantes del nuevo sistema. A partir del próximo mes, la Comisión Estatal de Planificación (SPK), la organización con responsabilidad general sobre la elaboración de los Planes Quinquenales, verá restablecidos algunos de sus antiguos poderes discrecionales. Del mismo modo, los actores de la sociedad civil verán reducida su influencia.

¿Por qué pondría el gobierno en pausa una política tan popular? Nos reunimos con Katrin Krause, alta funcionaria de la SPK, quien nos dijo:

No digo que el antiguo sistema fuera excelente; créame, conozco sus desventajas mejor que nadie. Pero al menos solíamos hacer las cosas. Los planes normalmente se terminaban a tiempo y las cuotas de producción se cumplían en su mayoría.

Ahora es una pesadilla. Cuando el gobierno nos dijo que consultáramos con 'el pueblo', asumieron que 'el pueblo' hablaría con una sola voz. ¿Adivine qué? No lo hace. La supuesta voz del pueblo suena más bien como una cacofonía de demandas conflictivas y mutuamente incompatibles. Esta entidad mítica llamada 'el pueblo' en realidad consiste en muchos grupos distintos e individuos distintos, con intereses y preferencias muy diferentes.

¿Pero no se suponía que los nuevos Consejos de Consumidores formalizarían ese proceso?

La mayoría de los Consejos de Consumidores solo defienden sus propios proyectos predilectos. Es siempre lo mismo. Nos reunimos con un Consejo de Consumidores que representa a los aficionados del producto X. Nos dicen: 'X es supremamente importante. Deben producir más X. Deben producir mejor X. Alemania Occidental es mucho mejor en X'. Pero cuando les preguntamos de dónde creen que deberíamos obtener los insumos, dicen: 'Oh, no lo sabemos.

Sáquenlos de algún lado. Produzcan menos Y, quizá. Y no es tan importante'.

Luego contactamos al Consejo de Consumidores que representa a los aficionados de Y. Ellos nos dicen: 'Y es supremamente importante. Deben producir más Y. Deben producir mejor Y. Alemania Occidental es mucho mejor en Y'. Pero cuando les preguntamos de dónde creen que deberíamos obtener los insumos, dicen: 'Oh, no lo sabemos. Sáquenlos de algún lado. Produzcan menos X, quizá. X no es tan importante'.

Pero, sin duda, los sacrificios y las decisiones difíciles forman parte de la vida económica en cualquier sistema, sea socialista, capitalista, mixto o de cualquier otro tipo, ¿no es así?

Por supuesto que sí. Pero ese es precisamente el problema: en nuestro sistema, no tenemos una forma racional de comparar esas demandas contrapuestas. Si no podemos producir más de X y más de Y simultáneamente, ¿qué deberíamos priorizar? ¿Deberíamos basarnos en qué grupo grita más fuerte? ¿Eso es socialismo?

En Alemania Occidental, la demanda del consumidor se revela a través de la disposición a pagar, y la oferta se ajusta. No digo que debamos seguir ese camino, que sería el fin del socialismo. Pero al menos los alemanes occidentales tienen un método de decisión económica racional. Nosotros no.

Krause y muchos de sus colegas en la SPK han señalado los defectos de la Planificación Popular desde el comienzo. Han suplicado durante años que el gobierno restablezca algunos de los antiguos poderes discrecionales de la SPK. Hasta ahora, sus demandas habían caído en saco roto, porque el gobierno VL/PDS estaba convencido de que eran interesadas. Creían que los críticos de la Planificación Popular eran simplemente miembros de la vieja élite burocrática, resentidos por la pérdida de estatus y poder que el nuevo sistema implicaba para ellos. Así que el gobierno reemplazó a varios funcionarios veteranos por nuevos nombramientos más afines al proyecto.

Pero cuando, al poco tiempo de asumir sus puestos, la mayoría de esos nuevos nombramientos llegaron a las mismas conclusiones que la despreciada 'vieja élite burocrática', el gobierno comenzó

a escuchar. Cuando el progreso del próximo Plan Quinquenal se estancó, el gobierno se vio obligado a actuar. Ahora parece haberse decidido por una vía intermedia, a medio camino entre la Planificación Popular y el antiguo modelo de planificación tecnocrática.

La SPK seguirá estando obligada a consultar a representantes de consumidores y trabajadores. Pero cuando sus demandas sean incompatibles, la SPK podrá recurrir nuevamente a sus antiguos modelos informáticos para predecir la demanda del consumidor.

El gobierno insiste en que esto no constituye un retroceso respecto a la Planificación Popular. Stefan Bergmüller, ministro de Democracia Económica, explica:

La Planificación Popular seguirá siendo el modo normal de planificación económica en la RDA. Nadie quiere cambiar eso. Pero por ahora necesitamos tener un Plan B para aquellas situaciones en las que la Planificación Popular no produce una respuesta concluyente. Necesitamos un respaldo, una manera de llenar los vacíos restantes.

No necesitaremos ese respaldo para siempre. Una vez solucionadas las inconsistencias del sistema actual, ya no será necesario. Pero necesitamos una mejor manera de equilibrar las necesidades de toda la comunidad con los deseos de grupos individuales. Los Consejos de Consumidores deben tener presente que los Planes Quinquenales existen para satisfacer las necesidades de todo el pueblo, no solo de grupos seleccionados. Quizá no lo hemos dejado suficientemente claro durante la transición. Quizá hemos acelerado toda la agenda demasiado.

Seguimos comprometidos con la Planificación Popular. Esperamos que con el tiempo, a medida que mejore la comprensión pública del sistema, necesitemos cada vez menos discrecionalidad de la SPK. Llegará un momento en que quizá no necesitemos a la SPK en absoluto.

¿No suena esto como un retroceso? ¿Qué tan importantes son los cambios en la práctica? Para la señora Krause, la respuesta es: muy.

Dicen que solo deberíamos usar nuestros antiguos modelos cuando las demandas de los Consejos de Consumi-

dores sean incompatibles. Aquí está el problema: siempre son incompatibles. Si quisiéramos producir todo lo que los Consejos de Consumidores nos piden, necesitaríamos una economía más de catorce veces el tamaño de la nuestra. Necesitaríamos básicamente toda la economía de Alemania Occidental. Más unos cuantos cantones suizos.

Los anuncios del ministro han provocado sorprendentemente poca crítica. En la práctica, los alemanes orientales ya estaban desencantados con la Planificación Popular. La participación activa en el proceso de planificación ha caído drásticamente en el último año. Annette Hartmann, directora de la Unidad de Participación Pública de la SPK, nos dijo:

Es realmente difícil mantener a la gente involucrada. Cuando comenzamos estas consultas públicas, había mucho entusiasmo. Pero la mayoría de la gente asiste a dos o tres reuniones y luego deja de venir.

No los culpo. Cuando uno entra en los detalles, la planificación económica es, francamente, un asunto árido y técnico. Puedo entender perfectamente por qué, después de una larga jornada laboral, la mayoría de la gente preferiría hacer algo un poco más entretenido o relajante. A fin de cuentas, este es un trabajo muy especializado. Quizá la idea de una participación masiva nunca fue realista.

El gobierno sigue siendo optimista de que la Planificación Popular volverá a despegar una vez que la población se acostumbre a ella.

Éxodo masivo: más de 240.000 personas abandonan Alemania Oriental

The Guardian, 12 de julio de 1995

Cuando cayó el Muro de Berlín, los demógrafos predijeron una avalancha de migrantes de Alemania Oriental hacia Alemania Occidental. Resultó ser apenas un hilillo.

Esta vez, los demógrafos erraron en la dirección opuesta. Según los registros municipales de Alemania Occidental, cerca de un cuarto de millón de alemanes orientales se han asentado en la República Federal durante los últimos doce meses. La migración en sentido opuesto, mientras tanto, prácticamente se ha detenido, lo que significa que, para todos los efectos, la migración bruta Este–Oeste

equivale a la migración neta Este–Oeste.

Podría tratarse de un episodio aislado. Pero también podría ser el inicio de un retorno a los patrones migratorios que solíamos ver en la década previa a la construcción del Muro de Berlín. En los años cincuenta, la RDA perdía entre 145.000 y 280.000 personas cada año (lo cual es, por supuesto, la razón misma por la que se construyó el Muro en primer lugar).

¿Quiénes son estos nuevos expatriados? ¿Por qué se marchan? ¿Qué están buscando? ¿Qué podría convencerlos de regresar? Nos reunimos con una pequeña comunidad de expatriados de la RDA en una cervecería de Múnich.

Aunque a la mayoría le costaba admitirlo, pronto quedó claro que en su mayoría se marcharon por razones económicas. Como explica Wolf Bauknecht, mecánico automotriz de Karl-Marx-Stadt:

Ya sé que se supone que uno no debe decirlo, porque lo consideran superficial y materialista, pero sí: estoy aquí por los niveles de vida más altos. Me gusta poder permitirme un buen coche. Me gusta poder ir a buenos restaurantes. Me gusta poder pagar unas vacaciones en Italia. Me gusta que los estantes del supermercado siempre estén llenos. Me gusta que haya muchas oportunidades de ocio, muchas cosas interesantes por hacer.

Su novia, Kerstin Karlsberg, enfermera, añade:

La RDA ha cambiado para bien. Ya no te encarcelan por criticar al gobierno. Ya no te intervienen el teléfono. Puedes votar en elecciones significativas, no solo en las elecciones de Mickey Mouse que teníamos antes de 1990.

Pero lo que no ha cambiado es la economía. Las colas. Las escaseces. La monotonía. La tristeza.

Es maravilloso que la RDA se haya convertido en una democracia. Pero nuestros problemas económicos nunca tuvieron nada que ver con que no fuéramos una democracia. Es el sistema **económico**, **no** el sistema político, el que creó esos problemas y el que sigue creándolos. Si solo cambias el sistema político, sin cambiar el sistema económico,

entonces vas a seguir teniendo los mismos problemas económicos de siempre.

Pero el sistema económico sí ha cambiado. ¿Y todas esas nuevas oportunidades de participar en la planificación económica que ha creado el gobierno de la RDA? ¿Por qué no aprovechar esas vías e intentar mejorar la RDA, en lugar de simplemente marcharse? A la señora Karlsberg no la convencen:

He ido a algunas de esas reuniones de planificación y las encontré completamente inútiles. La mayoría no llega a ninguna parte, simplemente porque quienes participan no logran ponerse de acuerdo entre sí. La única reunión a la que he asistido que realmente llegó a una conclusión fue una que fue secuestrada por un grupo de fanáticos monotemáticos, completamente obsesionados con algún asunto marginal. Se adueñaron de la reunión porque todos los demás se aburrieron y se fueron.

Prefiero la forma en que hacen las cosas aquí. Intentas vender algo. Si la gente lo quiere, vendes más. Si la gente no lo quiere, dejas de venderlo e intentas otra cosa. No tienen debates interminables sobre qué 'necesita' supuestamente 'la comunidad'. Simplemente prueban cosas. Algunas funcionan. Otras fracasan.

¿Seguirán más alemanes orientales el mismo camino? La mayoría de los expatriados piensa que sí. Hans Stoltenberg, electricista de Stralsund, opina:

Hay una especie de barrera psicológica. Hemos estado divididos durante tanto tiempo, que Alemania Occidental es para nosotros un país extranjero. A mí, desde luego, la idea de mudarme aquí me intimidaba. Pero luego un buen amigo mío se mudó, me contó cómo le había ido... y eso le quitó el miedo. A medida que más personas tengan una experiencia similar, más se mudarán.

Está por verse si tiene razón, pero la situación macroeconómica ciertamente apunta hacia una mayor migración Este-Oeste. En este momento, la economía de Alemania Occidental aún sufre las secuelas de una profunda recesión, que llevó el desempleo a un nivel récord en la posguerra. Pero los indicadores adelantados apuntan

hacia una recuperación. Si tantas personas están dispuestas a mudarse cuando la economía aún está por los suelos, ¿cuántas vendrán cuando la economía vuelva a despegar?

Alemania Oriental restablece los controles fronterizos

The Guardian, 7 de agosto de 1995

Hace poco más de cinco años, la frontera más dura de Europa se convirtió casi de la noche a la mañana en la más blanda. La frontera intraalemana, antes la parte de acero del Telón de Acero, pasó a ser poco más que un adorno. A partir del próximo octubre, volverá a endurecerse. Seguirá habiendo total libertad de viaje en ambos sentidos, pero regresarán los controles de pasaportes y las inspecciones aduaneras.

En 1990, las dos Alemanias no se tomaron la molestia de elaborar un tratado comercial y aduanero adecuado. Se consideró innecesario. Los bienes y servicios de Alemania Oriental no suelen interesar a los consumidores de Alemania Occidental, y el ciudadano medio de Alemania Oriental no puede permitirse gran cosa en Alemania Occidental de todos modos. En teoría, la Enmienda Bruselas–Berlín Oriental de 1990 define la relación entre la RDA y la Unión Aduanera y el Mercado Único de la UE (del cual forma parte la República Federal). En la práctica, el acuerdo está lleno de vacíos y, por lo tanto, a menudo se ignora.

Pero durante el último año, las compras transfronterizas se han vuelto mucho más comunes. Es cierto que el poder adquisitivo de los alemanes orientales en Alemania Occidental no es grande. Pero los mercados de Alemania Occidental se caracterizan por un grado de diferenciación de productos mucho mayor que sus equivalentes de Alemania Oriental. Donde la RDA ofrece dos o tres versiones genéricas de un producto, Alemania Occidental ofrece al menos una docena, desde versiones básicas sin adornos hasta versiones de lujo con todas las prestaciones imaginables. Los productos de Alemania Occidental en la franja media de precios (ni hablar del segmento superior) suelen ser inasequibles para los consumidores de la RDA. Pero los productos de gama sencilla, como las marcas blancas de supermercado, tienden a ser baratos incluso para los estándares de Alemania Oriental. Suelen ser tan buenos como los productos genéricos de la RDA y, a diferencia de estos, siempre están disponibles.

En resumen, no escucharás muchos dialectos del Este en el **Kaufhaus des Westens**, el gran almacén de lujo de Berlín Occidental. Pero los escucharás en abundancia en Lidl y Aldi. Este es un enorme problema para la economía de Alemania Oriental, porque una vez que esos compradores transfronterizos se abastecen en Alemania Occidental, dejan de interesarse por los productos de la RDA.

Las compras transfronterizas son, en este sentido, una calle de un solo sentido. Pero, de una forma muy distinta, algunos productos de Alemania Oriental sí terminan en Alemania Occidental. La RDA ofrece una variedad de productos básicos a precios fuertemente subvencionados que no cubren los costos de producción. Estos suelen escasear, un problema que no es nuevo, pero que se ha agravado mucho desde la apertura de la frontera. Algunos ciudadanos de la RDA compran estos productos al por mayor a bajo precio y luego los revenden en mercadillos de Alemania Occidental.

El nuevo sistema aduanero introducirá aranceles sobre productos de Alemania Occidental, controles aduaneros y límites a la cantidad de bienes que la gente puede llevar consigo en cualquier dirección. Volver a dotar de personal y equipo esta frontera de 1.400 kilómetros es una tarea considerable, pero el gobierno de Alemania Oriental confía en que al menos una infraestructura provisional estará operativa para octubre.

Frederik Adler, ministro de Comercio, explica:

La apertura de la frontera intraalemana fue uno de los acontecimientos más maravillosos de mi vida. Nunca olvidaré la alegría abrumadora que sentí cuando la crucé por primera vez. Fue un sueño hecho realidad.

Y es un sueño que seguirá siendo realidad para siempre. La frontera entre las dos Alemanias será una de las más permeables del mundo. No diferirá mucho de la frontera entre, digamos, Alemania Occidental y Suiza. Mucha gente apenas la notará. Introduciremos un carril rápido, por el que quienes viajen a pie, en bicicleta o motocicleta, y sin equipaje, podrán pasar directamente.

Estamos comprometidos a mantener esta frontera tan abierta como sea posible dadas las circunstancias. Pero también debemos reconocer que, a diferencia de la frontera entre, digamos, Alemania Occidental y los Países

Bajos, la frontera interalemana es una interfaz entre dos sistemas económicos muy, muy diferentes. De un lado tienes un sistema económico basado en la maximización del beneficio, y del otro lado tienes un sistema económico basado en satisfacer las necesidades del pueblo. Esto inevitablemente crea tensiones, y por eso la interfaz entre estos dos sistemas necesita una gestión cuidadosa. No podemos permitir que nuestros productos subvencionados se filtren fuera. Y tampoco podemos exponernos a una carrera competitiva hacia el abismo. Fue ingenuo creer que esta frontera podría permanecer completamente abierta para siempre.

Una de las cuestiones aún sin resolver es qué ocurrirá entre Berlín Oriental y Berlín Occidental. El retorno de una frontera entre estas dos ciudades, por muy fácil que sea atravesarla, inevitablemente traerá malos recuerdos. Y sin embargo, es allí donde los problemas económicos señalados por el ministro son más agudos.

El gobierno de Alemania Oriental en disputa con la prensa de Alemania Occidental

The Guardian, 8 de agosto de 1996

A medida que se intensifica la fuga de cerebros en Alemania Oriental, el gobierno en Berlín Oriental ha acusado a varios de los principales periódicos de Alemania Occidental de avivar el problema animando a la gente a marcharse. El Ministerio del Interior habla de una ‘campaña masiva de desinformación pública’ y de un ‘esfuerzo concertado para poner a la opinión pública en contra del proyecto de renovación socialista’.

El trasfondo de la disputa es el siguiente: con la economía de Alemania Occidental retomando impulso, la migración Este–Oeste ha aumentado hasta niveles que no se veían desde la década de 1950. La RDA está perdiendo actualmente a más de 20.000 personas cada mes, predominantemente trabajadores cualificados en plena etapa productiva de sus carreras.

Una sangría de tal magnitud sería un problema para cualquier economía, pero es un problema especialmente grave en una economía planificada como la de la RDA. Katrin Krause, de la Comisión Estatal de Planificación (SPK), explica:

No se puede planificar una economía en esas condiciones. El actual Plan Quinquenal se basa en cifras de fuerza laboral que ya están completamente desactualizadas. Es, para todos los efectos, inútil.

Si la gente emigrara de manera constante, podríamos manejarlo; lo incorporaríamos al redactar los planes. Pero hay cambios enormes e impredecibles en los patrones migratorios. En los últimos meses hemos perdido de repente a muchas personas que trabajaban en el ferrocarril. Muy bien —tenemos otros medios de transporte. Pero el problema es que algunas de nuestras otras industrias dependen en gran medida del transporte ferroviario. Sus actividades están estructuradas en torno a la capacidad ferroviaria prevista en el Plan Quinquenal. Como esa capacidad ya no existe, muchas de ellas están ahora retrasadas en su calendario de producción. Y si ellas se retrasan, otras que dependen de ellas también se retrasarán. Y luego otras... ya se hace una idea.

No me malinterprete: no estoy diciendo que debamos volver a levantar el Muro. En lo que a mí respecta, todo el mundo debería ser libre de mudarse a donde quiera, cuando quiera y cuantas veces quiera. Solo que no esperen que yo planifique una economía cuando los factores de producción se mueven constantemente.

En este contexto, a principios de este año, las ediciones orientales de dos periódicos conservadores de Alemania Occidental comenzaron a alentar explícitamente la emigración. *Bild* publica una serie en la que antiguos alemanes orientales que se han mudado al Oeste expresan lo felices que están con sus nuevas vidas. *Die Welt* ha sido algo más sutil, pero el mensaje es el mismo: ¿qué espera? Venga y únase a nosotros.

Además, la edición oriental del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* ha comenzado a diseccionar de manera insistente y despiadada las debilidades económicas de la RDA.

Sven Holtermann, ministro del Interior de la RDA, argumenta:

Esto no es periodismo. Esto es propaganda barata. Si uno leyera esos artículos, pensaría que todos los alemanes occidentales son millonarios que viven en mansiones con pis-

cina y jet privado. Es ridículamente tendencioso. ¿Por qué nunca mencionan a las personas que pierden su empleo debido a la automatización? ¿Por qué no mencionan a los migrantes desilusionados que terminan regresando a la RDA? ¿Por qué no mencionan la desigualdad rampante? ¿Por qué no mencionan la ansiedad económica, el hiperconsumismo, la falta de cohesión comunitaria?

Es porque su intención no es informar. Tienen una agenda. Siga el dinero. Mire quién financia estos periódicos mediante publicidad: la industria automotriz, la industria farmacéutica y la industria petroquímica. ¿Qué tienen en común estos sectores? Que todos tienen problemas para reclutar mano de obra cualificada. Por eso les interesa conseguir mano de obra más barata del Este.

Esto no es más que una campaña empresarial de reclutamiento. Esas corporaciones occidentales quieren inducir una bajada generalizada de salarios, una carrera hacia el fondo. Por eso intentan atraer a nuestros trabajadores con falsas promesas de una vida mejor.

La tarea de la prensa debería ser ayudar a la gente a tomar decisiones informadas mediante una cobertura equilibrada —no hacer el trabajo sucio de un patrocinador corporativo.

La Campaña de Solidaridad con la RDA en el Reino Unido coincide con la valoración del ministro. Según su comunicado de prensa sobre el tema:

Los magnates mediáticos corporativos de Alemania Occidental están desesperados por socavar el Estado de los Trabajadores de Alemania Oriental porque lo ven como una amenaza por su ejemplo. Lo odian porque es una fuente de esperanza para la clase trabajadora de Alemania Occidental y más allá. Lo odian porque demuestra que un mundo mejor es posible. Y por eso debe ser destruido, como todos los demás ejemplos previos de economías gestionadas en beneficio de la clase trabajadora.

Ya no podemos fingir que la prensa occidental en Alemania Oriental es imparcial¹⁵⁵

The Guardian, 3 de octubre de 1996

En el pasado, la mayor amenaza para la libertad de expresión en este país provenía del gobierno. La censura estatal de las voces críticas impedía que nuestros medios hicieran lo que debían hacer: exigir responsabilidades a los poderosos, proporcionar a la población información fiable y relevante, y ayudarla a formarse una opinión ponderada e informada.

Hoy, la mayor amenaza para la libertad de expresión no proviene del gobierno, sino del dominio empresarial. En los últimos años hemos tenido que aprender que el control corporativo puede ser tan insidioso como el control estatal.

Esta declaración del Departamento de Medios y Cultura de Alemania Oriental sirve de prefacio al nuevo Proyecto de Ley de Diversificación de Medios (**Mediendiversifizierungsgesetz**), que entrará en vigor el próximo mes. Su elemento central es la introducción de un límite máximo de cuota de mercado. A partir de ahora, ningún periódico, o grupo mediático, podrá tener una cuota combinada superior a un octavo (12,5 por ciento) del mercado nacional de prensa escrita. El objetivo es desmantelar el cártel de gigantes mediáticos de Alemania Occidental, dar una oportunidad a los periódicos pequeños y medianos y permitir que se escuche una gama más amplia de voces. Aunque los críticos han denunciado la ley como 'el regreso de la censura' y 'la reincidencia de la RDA en sus viejas malas costumbres', la verdad es que dista mucho de ser draconiana. Solo afectará a tres periódicos: el liberal-conservador **Frankfurter Allgemeine Zeitung** (FAZ), el liberal-conservador **Welt** y el conservador **Bild**. Incluso así, el impacto sobre la FAZ será mínimo, ya que su cuota de mercado actual supera solo por unos pocos puntos el límite permitido. Sin embargo, la ley tendrá un gran impacto en el **Bild**, que tiene con mucho la mayor circulación de todos los periódicos. Actualmente vende más de 1,8 millones de ejemplares al día; a partir de ahora solo podrá vender unos 600.000. La cuota de mercado del **Welt** está aproximadamente un tercio por debajo del límite permitido, pero como el **Welt** y el **Bild** pertenecen a la misma empresa, tendrán que repartirse la cuota autorizada. Así, el **Welt** podría desaparecer por completo de Alemania Oriental.

Se pueden debatir los detalles técnicos del Proyecto de Ley de Diversificación de Medios, pero la necesidad de alguna reforma es indiscutible. Antes de 1990, la RDA no tenía realmente un sector

de The Guardian escrito por Owen Jones. Véase: "We can no longer pretend the British press is impartial", The Guardian, 9 de octubre de 2017 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/oct/09/no-longer-pretend-british-press-impartial-country-more-leftwing>).

mediático no estatal. Así que, una vez que cayó el Muro de Berlín, los alemanes orientales simplemente copiaron los hábitos de lectura de Alemania Occidental.

Esto ha generado una serie de problemas. Existe un sector considerable de la opinión pública en Alemania Oriental que se siente marginado, ignorado y atacado por el panorama mediático dominante. La razón es esta: la prensa de Alemania Occidental no es un difusor imparcial de noticias e información. Es, en términos generales, una forma de campaña política y de lobby altamente sofisticada y agresiva. Utiliza todo su poder para defender el actual orden económico de Alemania Occidental, que, al fin y al cabo, beneficia directamente a los magnates ricos que poseen casi toda la prensa de ese país. Sea *Bild*, *Welt* o el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, todos promueven el capitalismo y denigran el socialismo. La prensa ha sido instrumental para sostener el consenso político establecido por la coalición en Bonn: desregulación, privatización, bajos impuestos para los ricos y sindicatos débiles. Tradicionalmente ha definido lo que es políticamente aceptable y digerible en Alemania Occidental, e ignorado, demonizado y humillado a individuos y movimientos que desafían ese consenso. Ahora hace lo mismo en Alemania Oriental. En lugar de cuestionar los intereses poderosos, la prensa prefiere golpear hacia abajo, difundiendo mitos y mentiras descaradas en el proceso, especialmente sobre las supuestas deficiencias del socialismo. Las encuestas muestran una amplia aceptación de estos mitos, desde la verdadera magnitud de las escaseces en la RDA hasta qué tan bien les va a los emigrantes orientales en Alemania Occidental, y la cobertura mediática desempeña un papel clave en la difusión de estas peligrosas ideas equivocadas.

La distinción entre 'noticia' y 'opinión' está difuminada en gran parte de la prensa de Alemania Occidental. Abundan los escritores que utilizan su supuesto trabajo 'informativo' para avanzar objetivos y causas políticas, aunque pretendan lo contrario.

En teoría, los comentaristas expertos desempeñan un papel importante en la democracia. El problema es que el mundo de comentaristas de Alemania Occidental es, en esencia, un cártel. Sus miembros están ahí en buena medida por sus opiniones, sus antecedentes o, en mayor o menor grado, sus conexiones. La gente de clase trabajadora, por ejemplo, está sistemáticamente infrarrepresentada. Nuestros orígenes determinan inevitablemente nuestras perspectivas del mundo, nuestras prioridades y nuestros puntos ciegos.

El espectro de opiniones representado en la esfera de comentaristas es muy limitado. Hay un amplio consenso en los asuntos económicos: defensa del mercado, rechazo de alternativas socialistas y desprecio por ideas que desafíen ese consenso.

Además, hay destacados periodistas audiovisuales con antecedentes abiertamente partidistas (algunos fueron activistas conservadores o liberales, otros trabajaron para asociaciones empresariales). Las prioridades de los noticieros audiovisuales están en gran medida determinadas por las de la prensa de derecha: sus titulares y enfoques a menudo establecen el marco del debate en televisión y radio cada día. El problema de la cobertura audiovisual es que trata el *status quo* como 'neutralidad'. Las voces que se apartan del consenso son sometidas a pruebas de sesgo.

Un panorama mediático tan inclinado hacia el capitalismo hace necesaria una prensa progresista y combativa. Gran parte del periodismo moderno existe —a menudo de manera agresiva— para defender la estructura actual de la sociedad de Alemania Occidental. Y la forma más común de hacerlo es atacar el ejemplo más evidente: Alemania Oriental.

Es cierto que un tope de ventas para los periódicos occidentales no puede ser más que una solución provisional, como ha reconocido abiertamente el secretario de Estado para Medios y Cultura, Lars Becker. La RDA tendrá que hacer algo mejor. Tendrá que encontrar maneras de construir un panorama mediático propio e independiente —donde 'independiente' signifique independiente tanto del Estado como de los intereses corporativos—. Tendrá que encontrar formas de animar a los jóvenes de clase trabajadora a dedicarse al periodismo. Tendrá que desarrollar una cultura mediática más adecuada al entorno social y económico específico de la RDA.

Nada de esto ocurrirá de la noche a la mañana. Pero en Berlín Oriental nadie se hace ilusiones sobre la magnitud del desafío por delante. Al contrario, la ciudad rebosa de ideas emocionantes e innovadoras para un cambio progresista. El Proyecto de Ley de Diversificación de Medios no pasa de ser un primer paso torpe. La lección importante por ahora es esta: un modelo económico basado en satisfacer las necesidades del pueblo y un modelo mediático corporativo basado en promover el interés económico de sus propietarios no son compatibles.

El gobierno de Alemania Oriental planea introducir un periodo mínimo de aviso para emigrantes

The Guardian, 1 de abril de 1997

De todos los derechos arduamente conquistados por los alemanes orientales durante la revolución pacífica de 1989/90, el derecho a emigrar es el que ha adquirido el estatus más sagrado e icónico. Las encuestas muestran que la libertad de movimiento es vista de manera casi universal como uno de los logros más preciados del periodo de renovación. Goza de altos niveles de aprobación incluso entre quienes tienen la visión más positiva de la 'vieja' RDA (es decir, la anterior a 1990) y entre quienes no tienen ningún deseo personal de emigrar.

¿Constituye la introducción por parte del gobierno de la RDA de un 'periodo de cualificación' de seis meses para los emigrantes una violación grave de ese derecho? Por supuesto que no. Organizar una mudanza de un país a otro puede fácilmente tomar varios meses, y no es una decisión que mucha gente tome de la noche a la mañana. Pero, dada la historia del país, es comprensible que el anuncio haya generado fuertes reacciones emocionales.

En el futuro, los alemanes orientales que deseen emigrar deberán notificarlo a su oficina de registro local con seis meses de anticipación. A diferencia de como ha sido presentado en algunos medios de Alemania Occidental y del Reino Unido, esto no significa que necesitarán un 'permiso' para emigrar. Una vez entregada la notificación, la oficina de registro acusará recibo por escrito. A partir de seis meses después, ese recibo otorga al titular el derecho a emigrar. No es un permiso como tal, porque un permiso puede ser rechazado. Un recibo, no. Esta nueva medida, aunque sin duda inconveniente para muchos, no puede impedir que nadie emigre. A lo sumo, puede retrasar su salida unas semanas o unos meses.

Sven Holtermann, ministro del Interior de la RDA, explica:

La libertad de elegir dónde queremos vivir es uno de los derechos humanos más fundamentales e innegociables. Nadie sabe esto mejor que yo. En los viejos tiempos, pasé un año en prisión por ayudar a un amigo a escapar. Él no cometió ningún delito. Nunca dañó a nadie. Todo lo que quería era vivir con su novia de Alemania Occidental.

Durante ese año en prisión, entendí que había algo fundamentalmente inmoral en un país que niega a sus ciudadanos un derecho humano tan básico. Me siento inmensamente orgulloso de formar parte de un gobierno bajo el cual el derecho a emigrar quedó grabado en piedra. Y así seguirá.

“Pero necesitamos encontrar un equilibrio. A nuestros potenciales emigrantes les decimos esto: ustedes son miembros valiosos de nuestras comunidades y nos entristece verlos partir. Pero la decisión es de ustedes. Nadie en la tierra tiene derecho a impedirlo.

Lo que sí esperamos de ustedes es que nos den la oportunidad de adaptarnos. Su decisión de marcharse tiene un impacto en las personas que los rodean. Existe un Plan Quinquenal que cuenta con su contribución. Si mucha gente en una industria concreta deja de estar disponible de repente, la producción en esa industria se retrasa. Esto tiene efectos en cadena sobre sectores complementarios de la economía, que luego afectan a otros sectores. Y así sucesivamente. En el peor de los casos, esto puede desorganizar por completo nuestro Plan Quinquenal.

Nuestros oponentes han afirmado durante mucho tiempo que el socialismo es incompatible con la libertad individual. Están obviamente equivocados, y de hecho el compromiso razonable al que hemos llegado demuestra nuevamente que se equivocan. Pero su afirmación contiene un pequeño grano de verdad: existe una tensión entre la autonomía personal, por un lado, y las exigencias de una comunidad cohesionada, por el otro. Es una tensión que puede resolverse —y resolverla es precisamente lo que estamos haciendo ahora—. Pero es una tensión que existe y que requiere soluciones imaginativas.

La gran diferencia entre una economía capitalista y la nuestra es que la nuestra es una empresa colectiva. Una vez que formas parte de una empresa colectiva, ya no puedes, automáticamente, hacer siempre lo que quieras.

Todos lo sabemos en nuestra vida personal. Si tienes cónyuge e hijos, ya no tienes la misma flexibilidad que

cuando estabas soltero. Si trabajas con un equipo, debes comportarte como un jugador de equipo; debes coordinar tus acciones con otros y aceptar que no siempre saldrás con la tuya. Si vives solo, puedes poner la música a todo volumen a altas horas de la noche; si compartes piso, ya no puedes hacerlo. Y así sucesivamente.

En nuestra vida personal, todos sabemos esto, y la mayoría actuamos en consecuencia sin pensarlo. Es simplemente lo que toca. Pero el mismo principio se aplica a economías enteras. A diferencia de la economía de Alemania Occidental, nuestra economía es un esfuerzo de equipo. Nuestra economía socialista convierte a nuestra sociedad en una comunidad grande y estrechamente unida, mucho más unida de lo que Alemania Occidental será jamás. Esto tiene muchas ventajas. Pero también impone ciertas limitaciones a nosotros como individuos.

Nada de esto significa que no podamos tener autonomía personal. Por supuesto que podemos. Y la tenemos. Pero, a diferencia de Alemania Occidental, requiere una gestión cuidadosa. Y eso es exactamente lo que estamos haciendo con estos cambios. Ustedes tienen derecho a vivir donde quieran. Pero nosotros, como comunidad, tenemos derecho a saberlo con antelación, para poder ajustar nuestros planes y hacer los arreglos necesarios. Eso es todo lo que les pedimos.

Creemos que la solución actual encuentra un equilibrio razonable entre los derechos del individuo y los derechos de la comunidad.

Aún queda por resolver una serie de problemas prácticos. No está claro cómo afrontará el nuevo sistema a quienes simplemente se marchen sin notificarlo previamente a la oficina de registro. También podría ser necesaria una mayor regulación de los controles fronterizos.

Alemania Oriental demuestra que la protesta puede ser una reafirmación del privilegio¹⁵⁶

The Guardian, 6 de noviembre de 1997

156

Con ligeros ajustes, amplias secciones de este artículo ficticio se basan en un artículo real de *The Guardian* escrito por Seumas Milne. Véase: "Venezuela shows that protest can be a defence

La sensación de *déjà vu* es abrumadora. Calles llenas de manifestantes marchando al unísono. Multitudes coreando '¡Somos el pueblo!'. Banderas de la RDA con el emblema nacional —el símbolo del martillo y el compás— recortado. ¿No hemos estado aquí antes? Parece una repetición de 1989.

Pero esta semejanza superficial es profundamente engañosa. El nuevo movimiento de protesta en Alemania Oriental no podría ser más distinto de los movimientos de finales de la década de 1980.

Tomemos distancia y observemos el panorama más amplio. El aumento de las protestas globales en los últimos años nos ha recordado que las manifestaciones masivas pueden tener significados sociales y políticos completamente distintos. El hecho de que lleven pañuelos y levanten barricadas no significa automáticamente que los manifestantes estén luchando por la democracia o la justicia social.

En algunos países, las protestas masivas han sido dirigidas por organizaciones de clase trabajadora, dirigidas contra el neoliberalismo, la privatización y el poder corporativo. En otros, disturbios predominantemente de clase media han servido para restaurar élites derrocadas. Sin embargo, en televisión, todas se parecen.

Desde el derrocamiento del gobierno democrático de Mossadegh en Irán en la década de 1950 —cuando la CIA y el MI6 pagaron a manifestantes antigubernamentales— hasta las más recientes 'revoluciones de colores', los Estados Unidos y sus aliados han encabezado el campo: patrocinando protestas, financiando ONG afines y entrenando activistas estudiantiles, alimentando manifestaciones callejeras y denunciando —o ignorando— las represiones policiales violentas según convenga a sus intereses. Y después de un periodo en el que se ufanan de promover la democracia, ahora están volviendo a sus prácticas antidemocráticas. Esto es lo que está ocurriendo en Alemania Oriental, que durante los últimos dos meses se ha visto sacudida por protestas antigubernamentales dirigidas a derrocar al gobierno socialista VL/PDS reelegido hace dos años.

La oposición derechista de Alemania Oriental parece tener un problema con el asunto de la democracia: ha perdido ambas [elecciones desde el retorno del país a un sistema democrático en](https://www.theguardian.com/commentisfree/2014/apr/09/venezuela-protest-defence-privilege-maduro-elites) [of privilege](https://www.theguardian.com/commentisfree/2014/apr/09/venezuela-protest-defence-privilege-maduro-elites)", The Guardian, 9 de abril de 2014 (<https://www.theguardian.com/commentisfree/2014/apr/09/venezuela-protest-defence-privilege-maduro-elites>).

1990. Así que los líderes de la oposición —estrechamente vinculados a corporaciones estadounidenses y de Alemania Occidental, y receptores de considerable apoyo por parte de ellas— han lanzado ahora una campaña para derribar a la coalición. Han llamado a sus seguidores a salir a las calles. Y estos han respondido.

Durante ocho semanas han organizado protestas callejeras, marchas y sentadas, paralizando casi por completo partes de las principales ciudades de la RDA. Al menos 53 personas han resultado heridas. A pesar de las afirmaciones del ministro de Asuntos Exteriores de Alemania Occidental, Klaus Kinkel, de que la RDA está ‘volviendo a sus malas costumbres’, las pruebas sugieren que la mayoría de los heridos lo han sido a manos de partidarios de la oposición, incluidos ocho miembros de la Policía del Pueblo y siete soldados del Ejército Popular Nacional.

Lo que se presenta como protestas pacíficas tiene todos los rasgos de una rebelión antidemocrática impregnada de privilegio de clase y de desprecio hacia la gente común. Supuestamente, estas protestas giran en torno a las persistentes escaseces y a las nuevas restricciones a las libertades personales, pero no se dejen engañar. Para entender de dónde han surgido de repente estas protestas, necesitamos comprender la peculiar estructura de clases de la RDA. En teoría, la RDA ha sido una sociedad sin clases desde sus inicios. En la Zona de Ocupación Soviética, el gobierno soviético interino dismanteló la antigua estructura de clases expropiando a los grandes terratenientes e industriales. El SED intentó luego construir una sociedad sin clases sobre la ‘tabla rasa’ heredada de los soviéticos.

Pero, aunque **la base** material de la antigua sociedad de clases había desaparecido, la mentalidad, las actitudes y las prácticas sociales asociadas con una sociedad de clases persistieron. De formas sutiles, el privilegio de clase se preservó y se transmitió a la siguiente generación. Era como si la sociedad de Alemania Oriental tuviera una ‘memoria institucional’ de estructura de clases, incluso si esa estructura en sí ya no existía. Y esta memoria institucional se está utilizando ahora para intentar reconstruir la antigua estructura de clases. Lo que vemos actualmente, aunque envuelto en el manto de la ‘protesta progresista’, no es otra cosa que una reafirmación del privilegio de clase.

Las protestas están dominadas por lo más parecido a una clase

privilegiada que puede existir en una sociedad socialista. Son personas con empleos cómodos y seguros, del tipo que suele sobrevivir incluso en países capitalistas. Son quienes más evidentemente saldrían ganando si se restaurara el capitalismo. Y lo saben.

Escuchen a los manifestantes cuando son entrevistados por los noticieros. No oirán muchos acentos de clase trabajadora. No oirán los dialectos rudos tan comunes en la región de Berlín/Brandeburgo o en Sajonia. Pero sí escucharán acentos refinados. Aparecerán apellidos que huelen a dinero antiguo, equivalentes a apellidos como 'Montgomery' o 'Bartholomew' en el Reino Unido. Incluso los apellidos con 'von' están regresando.

No debemos fingir que estos manifestantes hablan por el público general. Lo que vemos aquí no es una protesta popular, sino el retorno de las viejas élites tratando de recuperar sus antiguos privilegios de clase. Mientras tanto, el apoyo al gobierno sigue siendo sólido en las zonas de clase trabajadora.

Pero incluso si ignoramos los elementos clasistas, este no es un movimiento surgido espontáneamente. No es realmente un movimiento de protesta de Alemania Oriental. Es un movimiento que ha sido creado sistemáticamente desde fuera, con dinero occidental, apoyo occidental y estímulo occidental. No sorprende, dadas las circunstancias, que el gobierno de Alemania Oriental considere lo que está ocurriendo como una operación de desestabilización respaldada por Alemania Occidental y los Estados Unidos. Las pruebas de la subversión estadounidense y de Alemania Occidental —especialmente la financiación masiva de grupos de oposición y la provisión de apoyo logístico— son abundantes.

Esto se debe en parte a que, desde la perspectiva de las corporaciones occidentales, la RDA representa un potencial inmenso no explotado: industrias para dismantelar, mano de obra que explotar, consumidores a los que embaucar. Y así sucesivamente. No soportan la idea de que exista un país que escape a sus garras porque su gente tiene la audacia de hacer las cosas de manera diferente.

Pero también se debe a que la RDA ha encabezado la ola progresista que ha barrido Europa Occidental en la última década: desafiando la dominación estadounidense y de la UE, recuperando recursos del control corporativo y redistribuyendo riqueza y poder. A pesar de sus problemas económicos actuales, los logros de la Alemania Oriental

revolucionaria son indiscutibles.

Ha expandido masivamente la salud pública, la vivienda, la educación y los derechos de las mujeres, ha aumentado las pensiones y el salario mínimo, ha establecido decenas de miles de Empresas de Propiedad Popular, ha puesto recursos en manos de una democracia participativa de base y ha financiado programas de salud y desarrollo social.

Por ello no es sorprendente que el VL y el PDS sigan contando con apoyo mayoritario. Para mantenerlo, el gobierno tendrá que controlar las escaseces y la inflación, y tiene los medios para hacerlo. A pesar de todos sus problemas, la economía ha seguido creciendo, aunque a un ritmo más lento que la de Alemania Occidental. No existe desempleo ni pobreza. Alemania Oriental está muy lejos de ser el caso desesperado que desean sus enemigos.

Pero el riesgo es que, a medida que las protestas pierdan fuerza, sectores de la oposición recurran a una mayor violencia para compensar su fracaso en las urnas.

Alemania Oriental y sus aliados progresistas son importantes para la región porque han demostrado que existe una alternativa social y económica al sistema neoliberal fracasado que aún tiene atrapados a Occidente y a sus aliados. Sus oponentes esperan que el impulso del cambio se haya agotado. Se equivocan. La marea aún fluye. Pero poderosos intereses, tanto internos como externos, están decididos a que fracase —lo que significa que habrá más protestas al estilo de la RDA por venir.

Opinión: El socialismo no ha fracasado en Alemania Oriental – no se ha intentado¹⁵⁷

The Guardian, 7 de diciembre de 1998

El resultado electoral de anoche ha asfixiado brutalmente el experimento de renovación socialista en Alemania Oriental. El

157 Amplias secciones de este artículo ficticio son una combinación, con ligeros ajustes, de artículos reales de Slavoj Žižek, Mary Dejevsky, Ryan Beitter y Owen Jones. Véase: "The problem with Venezuela's revolution is that it didn't go far enough", Independent, 9 de agosto de 2017 (<http://www.independent.co.uk/voices/venezuela-socialism-communism-left-didnt-go-far-enough-a7884021.html>); "Most politicians decrying the crisis in Venezuela don't care about its people – they care about a stick to beat Corbyn with", Independent, 10 de agosto de 2017 (<http://www.independent.co.uk/voices/venezuela-jeremy-corbyn-why-wont-he-condemn-chavez-general-election-a7886931.html>); "What's the matter with Venezuela?: It's not socialism, it's corruption", Paste Magazine, 19 de junio de 2017 (<https://www.pastemagazine.com/articles/2017/06/whats-the-matter-with-venezuela-its-not-socialism.html>); "My thoughts on Cuba", Medium, 29 de noviembre de 2016 (<https://medium.com/@OwenJones84/my-thoughts-on-cuba-32280774222f>).

principal partido de gobierno, la Izquierda Unida (VL), ha sufrido una derrota aplastante, cayendo a tan solo el 0,2 por ciento de los votos. Su socio de coalición, el PDS, se ha estabilizado en un 21,6 por ciento, pero dado que todos los grandes partidos han descartado una coalición con el PDS, esto significa que sus días en el gobierno están contados.

Todos los partidos que ahora podrían formar un gobierno viable han dejado absolutamente claro que entrarían de inmediato en negociaciones de reunificación con la República Federal. Por tanto, es seguro afirmar que, para finales del próximo año, Alemania estará reunificada y la RDA habrá dejado de existir. Todos los logros de los últimos ocho años serán barridos. La misma agenda neoliberal que ha causado estragos en el Reino Unido, Estados Unidos, Irlanda, Nueva Zelanda, Chile y, en menor medida, Alemania Occidental, será ahora desatada también en Alemania Oriental.

Predeciblemente, muchos en la derecha celebran ahora, alegando que, supuestamente, el 'socialismo' ha fracasado. El regocijo y el tono de 'se los dijimos' de ciertos comentaristas ha sido insoportable. Pero culpar de todos los problemas de la RDA al 'socialismo' es terriblemente simplista y unidimensional. Revela una profunda falta de comprensión de la complicada historia de la RDA, de su posición geopolítica única, de su relación especial con la Unión Soviética y la República Federal, y de los problemas estructurales de largo plazo de su economía.

Afirmar que 'el socialismo ha fracasado' puede ser una forma conveniente (y barata) de marcar puntos políticos, pero la situación es infinitamente más compleja.

Las razones por las que la RDA se encuentra ahora en un estado tan precario no pueden atribuirse únicamente, ni siquiera principalmente, a la doctrina —marxista, socialista, populista o la que sea—. El dominio de un solo partido siempre entraña riesgos; la corrupción, la incompetencia, el declive de los mercados globales de manufacturas y las estructuras sociales del país contribuyeron.

No cabe duda del fracaso del gobierno de Alemania Oriental en diversificar la economía. Pero este es un problema estructural de larga data, que antecede al socialismo por al menos una generación. En la década de 1920, una comisión de expertos advirtió que la economía del estado de Sajonia (que posteriormente formaría parte de la RDA) dependía peligrosamente de la industria pesada. ¿También fue culpa

del 'socialismo'? ¿Creó el socialismo ese problema retroactivamente? Tras 1990, la agitación política en Europa del Este y en la Unión Soviética hizo que los mercados tradicionales de exportación de la RDA se volvieran de repente mucho menos fiables. ¿Fue eso culpa de la coalición VL/PDS? ¿Es responsable el gobierno de Alemania Oriental de la situación geopolítica de todo un continente?

En lo que respecta al pobre desempeño productivo de la RDA, la mala administración explica mucho más que el 'socialismo'. Hable con cualquier gerente de un VEB. Le hablará de suministros vitales que no llegan a tiempo, de cuotas de producción irreales, de una mala asignación de recursos productivos, de planificadores de la SPK que no escuchan a quienes están sobre el terreno, de falta de coordinación entre departamentos de la SPK, etc. Esto no tiene nada que ver con el socialismo. Tiene todo que ver con la pura incompetencia y la falta de pensamiento articulado.

Además, estuvieron los constantes intentos de Alemania Occidental y Estados Unidos de socavar el socialismo en la RDA, frente a los cuales el gobierno no supo defenderse. Si el socialismo siempre 'fracasa', uno se pregunta por qué sus enemigos hacen todo lo posible por socavarlo. ¿Por qué no simplemente esperar a que fracase, si el fracaso es 'inevitable'?

La verdad, por supuesto, es que el fracaso del socialismo está lejos de ser inevitable. 'Fracasa' porque intereses poderosos desean desesperadamente que fracase. El socialismo debe fracasar, porque un modelo socialista exitoso se convertiría en una amenaza, por el ejemplo, para el orden establecido en Occidente. Probaría, simplemente por existir, que hay una alternativa. No sorprende que las élites occidentales estén tan empeñadas en asegurar su fracaso. Simplemente no pueden permitir que tenga éxito.

Las corporaciones alemanas occidentales y estadounidenses serán ahora las principales beneficiarias de la reunificación alemana. Para ellas significará nuevos mercados para colonizar, nuevos activos que dismantelar y una nueva fuerza laboral que explotar. Los perdedores serán los millones de trabajadores ordinarios de la RDA, cuyas esperanzas de una vida mejor han sido tan cínicamente manipuladas por las élites de Alemania Occidental.

No obstante, quienes estamos en la izquierda democrática no debemos cerrar los ojos ante el hecho de que Alemania Oriental ya estaba retrocediendo hacia sus viejas prácticas estalinistas.

Casi inmediatamente después de asegurar su reelección en 1994, la coalición VL/PDS empezó a erosionar los logros duramente conquistados de la revolución de noviembre de 1989. Si la coalición hubiera obtenido un tercer mandato, probablemente habría completado la tarea. La RDA ya estaba encaminada, una vez más, hacia convertirse en el Estado policial autoritario que había sido durante los primeros cuarenta años de su historia.

El gobierno VL/PDS comenzó por la senda correcta. Pero nunca estuvo realmente dispuesto a llevar sus reformas hasta el final. En cuanto quedó claro que el camino sería un poco más accidentado de lo esperado, perdió la confianza en su propio proyecto.

Fue entonces cuando la vieja burocracia estalinista vio la oportunidad de reafirmarse. Al VL le faltó el valor y la capacidad para enfrentarse a ella. El PDS probablemente nunca tuvo intención de hacerlo; su cambio de postura tras noviembre de 1989 fue solo superficial. A menudo se ha señalado que el PDS es el sucesor del SED. Lo que se ha señalado menos es que el propio SED fue el sucesor del Partido Comunista de Alemania (KPD) de la era de Weimar, un partido que fue 'estalinista' no en el sentido de 'autoritario', sino en el sentido literal: en los años 1920 y principios de los 1930, el KPD fue uno de los seguidores más fieles de Stalin en Europa. El estalinismo estaba en su ADN. Los partidos pueden cambiar, pero no pueden convertirse en el polo opuesto de lo que siempre han sido.

Y así, la coalición escuchó los cantos de sirena de las viejas élites inspiradas por la Unión Soviética, que les decían: 'No se preocupen por todo este asunto de la democracia. Devuélvannos algunos de nuestros antiguos poderes y arreglaremos las cosas por ustedes'. Este elitismo tecnocrático es incompatible con todo lo que el socialismo representa y todo lo que el pueblo de Alemania Oriental anhela. Las ideas socialistas no son lo que ha llevado al país a las escaseces, la baja productividad y los productos de mala calidad.

A raíz de una larga historia de adoctrinamiento anticomunista, el socialismo se equipara con tiranía en el Reino Unido, a pesar de que la meta central de la ideología es una sociedad equitativa y sin clases. El elitismo y el desprecio por la democracia están ampliamente extendidos y son bien conocidos en la RDA, así que ¿por qué culpamos al socialismo? No es la ideología lo que está en juego aquí, igual que el socialismo no se practicó en la Unión Soviética. Si el gobierno VL/PDS hubiera cumplido realmente los valores declarados del socialismo democrático e igualitario, la gente no estaría emigrando,

no habría colas, no habría escaseces, no habría inflación y no habría protestas.

¿Por qué no hubo una izquierda alemana oriental capaz de ofrecer una alternativa radical auténtica al VL y al PDS? ¿Por qué la iniciativa en la oposición provino de la derecha neoliberal, que hegemonizó triunfalmente la lucha opositora, imponiéndose como la voz del pueblo común que sufre las consecuencias de la mala gestión económica del VL/PDS?

El único futuro del socialismo —y la única posibilidad de que el socialismo logre un apoyo masivo— es a través de la democracia. Eso no significa solo presentarse a elecciones, aunque eso sea una parte importante. Significa organizar un movimiento arraigado en las comunidades y los lugares de trabajo. Significa defender un sistema que extienda la democracia al lugar de trabajo y a la economía. Eso es socialismo: la democratización de todos los aspectos de la sociedad.

Defender a la Alemania Oriental, en su forma actual, sin duda resonará con un sector de la izquierda radical, pero no lo hará con la mayoría de la población, que simplemente pensará: 'Ajá, ese es el tipo de sistema que quieren imponernos'. Y no lo es.

"Solo hay una esperanza para la humanidad — y esa es el socialismo democrático", dijo Nye Bevan. Esa es también mi firme convicción, sea para el Reino Unido, Alemania Occidental, Alemania Oriental o cualquier otro lugar. Si usted es socialista, cree que todas las personas merecen los mismos derechos económicos y políticos. Eso no puede lograrse sin democracia —no la democracia limitada que actualmente tiene Occidente, sino una democracia plena a la que deberíamos aspirar—. Una sociedad socialista aún no existe. Pero algún día debe existir.

Y quizá pronto exista. Venezuela se prepara para unas elecciones este año. Las encuestas más recientes muestran un aumento notable de apoyo a un candidato de la izquierda democrática radical. Este, hasta hace poco prácticamente desconocido, Hugo Chávez, defiende una plataforma de socialismo democrático. Ha aprendido las lecciones que el gobierno de Alemania Oriental se negó a aprender. Entiende que el socialismo no puede imponerse desde arriba, sino que debe estar arraigado en un movimiento de masas, en la experiencia vivida de la gente trabajadora común.

A menos que las encuestas cambien drásticamente, pronto tendrá la oportunidad de poner en práctica su visión de un socialismo

democrático y participativo.

Podríamos estar presenciando el comienzo de un experimento extraordinario.

Referencias

- Alexander, S. (2013) Noisy poll results and reptilian Muslim climatologists from Mars, 12 de abril (<http://slatestarcodex.com/2013/04/12/noisy-poll-results-and-reptilian-muslim-climatologists-from-mars/>).
- Aly, G. (2012) Unser Kampf: 1968 – ein irritierter Blick zurück. Frankfurt am Main: Fischer Verlag.
- Bade, K. y Oltmer, J. (2005) Migration, Ausländerbeschäftigung und Asylpolitik in der DDR. Bundeszentrale für politische Bildung (<http://www.bpb.de/gesellschaft/migration/dossier-migration/56368/migrationspolitik-in-der-ddr?p=all>).
- Bandow, D. (2006) Foreign Follies: America's New Global Empire. Longwood, FL: Xulon Press.
- Barro, R. (1994) Democracy and growth. Working Paper 4909. Cambridge, MA: National Bureau of Economic Research.
- BBC News (s.f) Brits abroad. World overview (http://news.bbc.co.uk/1/shared/spl/hi/in_depth/brits_abroad/html/s_america.stm y http://news.bbc.co.uk/1/shared/spl/hi/in_depth/brits_abroad/html/caribbean.stm).
- Benton, G. y Chun, L. (2010) Was Mao Really a Monster? The Academic Response to Chang and Halliday's Mao: The Unknown Story. New York: Routledge.
- Berger, S. y LaPorte, N. (2008) In search of anti-fascism: the British left's response to the GDR during the Cold War. German History 26(4): 536–52.
- Berger, S. y LaPorte, N. (2010) Friendly Enemies: Britain and the GDR, 1949–1990. New York y Oxford: Berghahn Books.
- Bergström, G. (1978) Kampuchea. Informe de viaje de Gunnar Bergström.
- Berkman, A. (1925) The Bolshevik Myth (Diary 1920–1922). New York: Boni and Liveright.
- BPB (2014) 18. März 1990: erste freie Volkskammerwahl (<http://www.bpb.de/izpb/195467/18-maerz-1990?p=all>).
- Borbe, A. (2010) Die Zahl der Opfer des SED-Regimes. Erfurt: Landeszentrale für politische Bildung Thüringen.
- Burda, M. y Weder, M. (2017) The economics of German

- unification after twenty-five years: Lessons for Korea. Working Paper 2017-07. University of Adelaide, School of Economics.
- Caplan, B. (2006) *The Myth of the Rational Voter. Why Democracies Choose Bad Policies*. Princeton University Press.
 - Caplan, B. (2009) Is socialism really 'impossible'? *Critical Review* 16(1): 33–52.
 - Carrier, F. (1975) *North Korean Journey: The Revolution Against Colonialism*. New York: International Publishers.
 - Caute, D. (1988) *The Fellow Travellers: Intellectual Friends of Communism*. New Haven: Yale University Press.
 - Cheremukhin, A., Golosov, M., Guriiev, S. y Tsyvinski, A. (2013) Was Stalin necessary for Russia's economic development? NBER Working Paper 19425. National Bureau of Economic Research.
 - Chomsky, N. (1986) The Soviet Union versus Socialism. *Our Generation*, Spring/Summer Issue (https://chomsky.info/1986___/).
 - Chomsky, N. y Herman, E. (1977) Distortions at fourth hand. *The Nation*, edición de junio (<https://chomsky.info/19770625/>).
 - Chomsky, N. y Herman, E. (1979) *After the Cataclysm: Postwar Indochina and the Reconstruction of Imperial Ideology*. Boston: South End Press.
 - CIA World Factbook (2017) Country comparison: GDP per capita (PPP) (<https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/rankorder/2004rank.html>).
 - Cleaver, E. (1970) Statement from the US peoples' anti-imperialist delegation to Korea. History and Public Policy Program Digital Archive, University of California, Berkeley (<http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/114495>).
 - Cleaver, E. (1971) Message to Kim Il Sung from Eldridge Cleaver. 9 de septiembre de 1971. History and Public Policy Program Digital Archive, University of California, Berkeley (<http://digitalarchive.wilsoncenter.org/document/114497>).
 - Conway, D. (1987) *A Farewell to Marx: An Outline and Appraisal of his Theories*. Harmondsworth: Penguin Books.
 - Corrales, J. (1999) Venezuela in the 1980s, the 1990s and beyond: why citizen-detached parties imperil economic governance. *ReVista Harvard Review of Latin America*.
 - Courtois, S. et al. (1999) *The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression*. Harvard University Press.
 - Cumings, B. (2004) *North Korea: Another Country*. New York y London: The New Press.
 - De La Motte, B. y Green, J. (2015) *Stasi State or Socialist Paradise? The German Democratic Republic and What Became*

- of It. London: Artery Publications.
- Deutsche Botschaft Budapest (s.f.) Chronik der Geschichte der Grenzöffnung in Ungarn.
 - Deutscher Bundestag (2006) Bertolt Brecht und sein Verhältnis zur Politik. WD 1 – 119/06. Berlin: Deutscher Bundestag.
 - Dieterich, H. (1996) Der Sozialismus des 21. Jahrhunderts: Wirtschaft, Gesellschaft und Demokratie nach dem globalen Kapitalismus. Werder an der Havel: Homilius Verlag.
 - Dowty, A. (1988) The assault on freedom of emigration. *World Affairs* 151(2): 85–92.
 - Dowty, A. (1989) *Closed Borders: The Contemporary Assault on Freedom of Movement*. Yale University Press.
 - Duany, J. (2017) Cuban migration: a postrevolution exodus ebbs and flows. Migration Policy Institute (<https://www.migrationpolicy.org/article/cuban-migration-postrevolution-exodus-ebbs-and-flows>).
 - Dunt, I. (2015) The questions Corbyn's critics must answer, 15 de septiembre (<http://www.politics.co.uk/comment-analysis/2015/09/15/the-questions-corbyn-s-critics-must-answer>).
 - Ear, S. (1995) *The Khmer Rouge canon 1975–1979: the standard total academic view on Cambodia*. Tesis doctoral, Department of Political Science, University of California, Berkeley.
 - European Commission (2017) *European Union, trade in goods with Cuba* (http://trade.ec.europa.eu/doclib/docs/2006/september/tradoc_122460.pdf).
 - Fleischhauer, J. (2009) *Unter Linken. Von einem, der aus Versehen konservativ wurde*. Reinbek bei Hamburg: Rowohlt Verlag.
 - Foster, P. (2014) *Why We Bite the Invisible Hand. The Psychology of Anti-Capitalism*. Toronto: Pleasance Press.
 - Fraser Institute (2017) *Economic Freedom of the World: 2017 Annual Report*. Conjunto de datos (<https://www.fraserinstitute.org/resource-file?nid=11606&fid=7542>).
 - Fröberg Idling, P. (2006) *Pol Pots leende*. Estocolmo: Bokförlaget Atlas (<http://www.wordswithoutborders.org/article/from-pol-pots-smile>).
 - Gallacher, W. (1953) *Tribute to Stalin*. *Labour Monthly* 35(4) (<https://www.marxists.org/archive/gallacher/1953/04/stalin.htm>).
 - Graff, H. (1991) *The Legacies of Literacy: Continuities and Contradictions in Western Culture*. Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press.
 - Griffiths, R. (2011) *Fellow Travellers of the Right: British*

- Enthusiasts for Nazi Germany. London: Faber and Faber.
- Habermann, G. (1994) *Der Wohlfahrtsstaat. Die Geschichte eines Irrwegs*. Berlin: Propyläen Verlag.
 - Haggerty, R. (ed.) (1990) *Venezuela: a country study*. Federal Research Division. Washington: GPO for the Library of Congress (<http://www.country-data.com/frd/cs/vetoc.html#ve0000>).
 - Haidt, J. (2012) *The Righteous Mind. Why Good People Are Divided by Politics and Religion*. London: Allen Lane.
 - Hansard (1949) *Germany and Eastern Europe*. House of Commons Debate, 23 de marzo de 1949, vol. 463 cc430-512 (http://hansard.millbanksystems.com/commons/1949/mar/23/germany-and-eastern-europe-1#S5CV0463P0_19490323_HOC_394).
 - Hansard (1986) *Enterprise and deregulation*. House of Commons Debates, 13 de junio de 1986, vol. 99 cc665-731 (<https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1986/jun/13/enterprise-and-deregulation>).
 - Hayek, F. A. (1945) *The use of knowledge in society*. *American Economic Review* 35(4): 519–30.
 - Hayek, F. A. (1988) *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*. Abingdon-on-Thames: Routledge.
 - Hayek, F. A. (1993) [1945] *The Road to Serfdom*. London: Routledge.
 - Hayek, F. A. (2002) [1968] *Competition as a discovery procedure*. *The Quarterly Journal of Austrian Economics* 5(3): 9–23.
 - Heath, A. (2017) *There is no more political debate in Britain – just an endless series of surrenders to the Left*. *Daily Telegraph*, 6 de septiembre (<http://www.telegraph.co.uk/news/2017/09/06/no-political-debate-britain-just-endless-series-surrenders/>).
 - Hollander, P. (1990) *Political Pilgrims. Travels of Western Intellectuals to the Soviet Union, China, and Cuba 1928–1978*. Lanham: University Press of America.
 - IMF (2017) *GDP per capita, current prices. Purchasing power parity, international dollars per capita*. Conjunto de datos (<http://www.imf.org/external/datamapper/PPPCC@WEO/THA>).
 - Jones, O. (2016) *My thoughts on Cuba*. Medium (<https://medium.com/@OwenJones84/my-thoughts-on-cuba-32280774222f#e1r6b7vus>).
 - KPD (1922) *Programm-Entwurf der KPD*. Berlin: Kommunistische Partei Deutschlands.
 - KPD (1930) *Programmerklärung zur nationalen und sozialen Befreiung des deutschen Volkes. Proklamation des ZK der KPD*. Berlin: Kommunistische Partei Deutschlands.
 - Laski, H. (1946) *Reflections on the Revolution of Our Time*.

- Allahabad: Central Book Depot.
- Legatum Institute (2017) Public Opinion in the Post-Brexit Era: Economic Attitudes in Modern Britain. London: Legatum Institute.
 - Locard, H. (2015) The myth of Angkor as an essential component of the Khmer Rouge Utopia. En Cultural Heritage as Civilising Mission: From Decay to Recovery (ed. M. Falser). Heidelberg: Springer Verlag.
 - Macrotrends (2018) Crude oil prices – 70 year historical chart. Conjunto de datos (<https://www.macrotrends.net/1369/crude-oil-price-history-chart>).
 - Maddison, A. (2008) Statistics on world population, GDP and per capita GDP, 1–2008 AD. Conjunto de datos, University of Groningen.
 - Makovi, M. (2015) Two opposing literary critiques of socialism: George Orwell versus Eugen Richter and Henry Hazlitt. International Journal of Pluralism and Economics Education 7(2): 116–34.
 - Milne, S. (2015) Foreword. En Stasi State or Socialist Paradise? The German Democratic Republic and What Became of It (ed. B. De La Motte y J. Green). London: Artery Publications.
 - Mises, L. (1922) Die Gemeinwirtschaft. Untersuchungen über den Sozialismus. Jena: Gustav Fischer Verlag.
 - Mosbacher, M. (2004) British anti-Americanism. London: The Social Affairs Unit (http://socialaffairsunit.org.uk/digipub/index2.php?option=content&do_pdf=1&id=12).
 - Myrdal, J. (1978) Kampuchea and the war – speeches and polemics. Skriftställning 11, Oktoberförlaget.
 - Myrdal, J. y Kessle, G. (1976) Albania Defiant. London/New York: Monthly Review Press.
 - NatCen Social Research (2017) British social attitudes (http://www.bsa.natcen.ac.uk/media/39145/bsa34_role-of-govt_final.pdf).
 - Niemietz, K. (2011) A New Understanding of Poverty: Poverty Measurement and Policy Implications. London: **Institute of Economic Affairs**.
 - Niemietz, K. (2013) De-politicising airport expansion. IEA Discussion Paper 51. London: **Institute of Economic Affairs** (<https://iea.org.uk/publications/research/de-politicising-airport-expansion>).
 - Niemietz, K. (2015) Reducing poverty through policies to cut the cost of living. London/York: Joseph Rowntree Foundation (<https://www.jrf.org.uk/file/47498/>)

- download?token=dkBctxBK&filetype=summary).
- Norberg, J. (2008) The Klein Doctrine: The rise of disaster polemics. Briefing Paper 102, Cato Institute (<https://www.cato.org/publications/briefing-paper/klein-doctrine-rise-disaster-polemics>).
- OECD (s.f.) Fiscal decentralisation database (<http://www.oecd.org/tax/federalism/fiscal-decentralisation-database.htm>).
- Our World in Data (2013/2017) Global extreme poverty (<https://ourworldindata.org/extreme-poverty/>).
- Our World in Data (2017) Life expectancy (<https://ourworldindata.org/life-expectancy/>).
- Piñeiro Harnecker, C. (2009) Workplace democracy and social consciousness: a study of Venezuelan cooperatives. *Science and Society* 73(3): 309–39.
- Przeworski, A. (2002) Democracy and economic development. En *Political Science and the Public Interest* (ed. E. Mansfield y R. Sisson). Columbus: Ohio State University Press.
- Przeworski, A. y Limongi, F. (1997) Modernization: theories and facts. *World Politics* 49(2): 155–83.
- Quandl (2018) Venezuela general government total expenditure, % of GDP. Conjunto de datos (https://www.quandl.com/data/ODA/VEN_GGX_NGDP-Venezuela-General-Government-Total-Expenditure-of-GDP).
- RCPGB-ML (1995) Draft Programme for the Working Class. London: Revolutionary Communist Party of Britain (Marxist-Leninist) (http://www.rcpbml.org.uk/articles/DRAFT_PROGRAMME.pdf).
- Restuccia, D. (2010) The monetary and fiscal history of Venezuela 1960–2005. Working Paper. University of Toronto.
- Revel, J. (1978) *The Totalitarian Temptation*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Rinser, L. (1986) *Nordkoreanisches Reisetagebuch*. Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch Verlag (<https://web.archive.org/web/20100831053645/http://www.kdvr.de/reiseberichte/luise/luise.html>).
- Robinson, J. (1965) Korean Miracle. *Monthly Review* 16(9): 541–49.
- Röhl, K. (2009) *Strukturelle Konvergenz der ostdeutschen Wirtschaft*. Cologne: Institute for Economic Research.
- Roser, M. (2017) Working hours (<https://ourworldindata.org/working-hours/>).
- Roser, M. (2018) Life expectancy (<https://ourworldindata.org/life-expectancy>).

- Roser, M. y Ortiz-Ospina, E. (2013) Global extreme poverty (<https://ourworldindata.org/extreme-poverty>).
- Roser, M. y Ortiz-Ospina, E. (2017) Literacy (<https://ourworldindata.org/literacy/>).
- Russell, B. (1920) *The Practice and Theory of Bolshevism*. London: Allen and Unwin.
- Schumpeter, J. (1976) *Capitalism, Socialism and Democracy*. London: George Allen and Unwin.
- Searle, J. (2011) The depiction of the GDR in prominent British texts published between official recognition of the 'other' German State in 1973 and the fall of the Berlin Wall in 1989. *eTransfers, A Postgraduate eJournal for Comparative Literature and Cultural Studies*, Issue 1.
- Seldon, A. (2004) *The Virtues of Capitalism. The Collected Works of Arthur Seldon*. Indianapolis: Liberty Fund (<http://oll.libertyfund.org/titles/seldon-the-collected-works-of-arthur-seldon-vol-1-the-virtues-of-capitalism>).
- Snowden, C. (2017) *Killjoys: A Critique of Paternalism*. London: **Institute of Economic Affairs**.
- SPGB (s.f.) Russia was never socialist – and why... what we said over the years (<https://www.worldsocialism.org/spgb/education/depth-articles/history/russia-was-never-socialist>).
- Stalin, J. (1921) Our disagreements. *Pravda*, nº 12 (<https://www.marxists.org/reference/archive/stalin/works/1921/jan/05.htm>).
- Steiner, A. (2010) *The Plans That Failed: An Economic History of the GDR*. Oxford y New York: Berghahn Books.
- Stöcker, R. (2016) *Das Parteiensystem Sachsen-Anhalts. Eine Analyse der Ursachen seiner Entwicklung hin zur Stabilisierung*. Wiesbaden: Springer Fachmedien.
- Trotsky, L. (1936) *The Revolution Betrayed. What Is the Soviet Union and Where Is It Going?* (<https://www.marxists.org/archive/trotsky/1936/revbet/index.htm>).
- Tullock, G. (2006) [1976] *The Vote Motive*. London: **Institute of Economic Affairs**.
- Tupy, M. (2016) Castro's 'accomplishments' in Cuba a load of nonsense. *Reason*, 29 de noviembre (<https://reason.com/archives/2016/11/29/castros-accomplishments-in-cuba-a-load-o>).
- Udy, G. (2017) *Labour and the Gulag: Russia and the Seduction of the British Left*. London: Biteback Publishing.
- Venezuela Solidarity Campaign (2012) *Viva Venezuela! Magazine 2(2)* (https://issuu.com/venezuelasolidaritycampaign/docs/viva_venezuela_volume_2_issue_2).

- Venezuela Solidarity Campaign (2013) Viva Venezuela! Magazine 3(1) (https://issuu.com/venezuelasolidaritycampaign/docs/venezuela_solidarity_campaign_magaz).
- Venezuela Solidarity Campaign (2014) Viva Venezuela! Magazine 4(1) (https://issuu.com/venezuelasolidaritycampaign/docs/vsc_magazine_volume_4_issue_1).
- Venezuela Solidarity Campaign (2016) Viva Venezuela! Magazine 6(1) (https://issuu.com/venezuelasolidaritycampaign/docs/vscnews_v6_issue1_5).
- Vereinigte Linke (1990) Vorläufiges Programm zu den Volkskammerwahlen am 18. März 1990 (<http://www.ddr89.de/vl/VL38.html>).
- Webb, S. (1933) Is Soviet Russia a democracy? Current History, febrero.
- Webb, S. y Webb, B. (1936) Is Soviet Communism a New Civilization? London: The Left Review.
- Werner, A. (2015) Convenient partnerships? African American civil rights leaders and the East German dictatorship. En Anywhere But Here: Black Intellectuals in the Atlantic World and Beyond (ed. K. Radcliffe, J. Scott y A. Werner). University Press of Mississippi.
- Wilson Center (2013) 'Our common struggle against our common enemy': North Korea and the American Radical left. E-Dossier nº 14, North Korea International Documentation Project, Woodrow Wilson Center for International Scholars (https://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/NKIDP_eDossier_14_North_Korea_and_the_American_Radical_Left.pdf).
- Wolin, R. (2010) The Wind from the East: French Intellectuals, the Cultural Revolution, and the Legacy of the 1960s. Princeton University Press.
- World Bank (2017) Ease of doing business index. Conjunto de datos (<https://data.worldbank.org/indicator/IC.BUS.EASE.XQ>).
- Wunschik, T. (1997) 'Die maoistische KPD/ML und die Zerschlagung ihrer "Sektion DDR" durch das MfS', BF informiert 18/1997. Berlin: Bundesbeauftragte für die Unterlagen des Staatssicherheitsdienstes der ehemaligen Deutschen Demokratischen Republik, Abteilung Bildung und Forschung.
- YouGov (2013) Nationalise energy and rail companies, say public (http://d25d2506sfb94s.cloudfront.net/cumulus_uploads/document/tu07589ap6/YG-Archive-131028-Class.pdf).
- YouGov (2015a) Majority support for rail nationalisation – but also policies from the 'radical' right (https://d25d2506sfb94s.cloudfront.net/cumulus_uploads/document/537apwugsy/

- InternalResults_150805_left_right_policies_W.pdf).
- YouGov (2015b) Nationalisation debate: it's not about 'whatever works' (http://cdn.yougov.com/cumulus_uploads/document/0877rs0qlh/Results_150310_PublicSector_Wesbite.pdf).
- YouGov (2016a) Socialism and capitalism results (<https://yougov.co.uk/opi/surveys/results#/survey/94978480-d625-11e5-a405-005056900127/question/a3ee8500-d625-11e5-a405-005056900127/toplines>).
- YouGov (2016b) 62% of British people support nationalising Port Talbot Steelworks (<https://yougov.co.uk/news/2016/04/01/support-nationalising-port-talbot/>).
- YouGov (2017a) What if we had a socialist government (<https://yougov.co.uk/news/2017/06/16/what-if-we-had-socialist-government-owning-signed-/>).
- YouGov (2017b) [sin título] (http://d25d2506sfb94s.cloudfront.net/cumulus_uploads/document/4b0fz1wav2/PeterKellnerResults_171121_IdeologyStatements_w.pdf).
- YouGov (2017c) Nationalisation vs privatisation: the public view (https://d25d2506sfb94s.cloudfront.net/cumulus_uploads/document/uufxmyd8qm/InternalResults_170518_nationalisation_privatisation_W.pdf).
- Young, N. (1995) A comparative study on North and South Korean economic capability. *Journal of East Asian Affairs* 9(1): 1–43.

ACERCA DEL IEA

El Instituto es una entidad benéfica dedicada a la investigación y la educación (N.º CC 235 351), constituida como compañía limitada. Su misión es mejorar la comprensión de las instituciones fundamentales de una sociedad libre, mediante el análisis y la exposición del papel de los mercados en la solución de problemas económicos y sociales.

El IEA cumple su misión a través de:

- un programa de publicaciones de alta calidad,
- conferencias, seminarios, clases magistrales y otros eventos,
- actividades de divulgación dirigidas a estudiantes de colegios y universidades,
- la gestión de contactos y apariciones en medios de comunicación.

Fundado en 1955 por el fallecido, Sir Antony Fisher, el IEA es una organización educativa, no una organización política. Es independiente de cualquier partido o grupo político y no realiza actividades destinadas a influir en el apoyo a ningún partido o candidato en elecciones o referendos, ni en ningún otro momento. Se financia mediante la venta de publicaciones, tarifas de conferencias y donaciones voluntarias.

Además de su serie principal de publicaciones, el IEA también edita, en conjunto con la Universidad de Buckingham, la revista ***Economic Affairs***.

El IEA cuenta con el apoyo de un distinguido Consejo Asesor Académico internacional y un destacado panel de ***Fellows*** Honorarios. Junto con otros académicos, revisan las publicaciones propuestas del IEA, y sus comentarios se transmiten de forma anónima a los autores. Por lo tanto, todos los documentos del IEA están sujetos al mismo riguroso proceso independiente de evaluación por pares que emplean las principales revistas académicas.

Las publicaciones del IEA se utilizan ampliamente en aulas y cursos de colegios y universidades. También se venden en todo el mundo y

con frecuencia son traducidas o reimpresas.

Desde 1974, el IEA ha contribuido a la creación de una red mundial de 100 instituciones similares en más de 70 países. Todas son independientes, pero comparten la misión del IEA.

Las opiniones expresadas en las publicaciones del IEA son responsabilidad de sus autores, no del Instituto (que no mantiene una posición institucional), ni de sus administradores, miembros del Consejo Asesor Académico o personal directivo.

Los miembros del Consejo Asesor Académico del Instituto, los Fellows Honorarios, los Administradores y el Personal se enumeran en la página siguiente.

El Instituto agradece, sinceramente, el apoyo financiero a su programa de publicaciones y demás actividades, gracias a una generosa donación del fallecido profesor Ronald Coase.

Instituto de Asuntos Económicos (IEA)

iea Institute of Economic Affairs	The Institute of Economic Affairs 2 Lord North Street, Westminster, London SW1P 3LB Tel: 020 7799 8900 Fax: 020 7799 2137 Email: iea@iea.org.uk Internet: iea.org.uk
--------------------------------------	---

Director General y Ralph Harris Fellow: Mark Littlewood
Subdirector de Investigación: Dr. Richard Wellings

Administradores (Managing Trustees)

Presidente: Neil Record
Kevin Bell
Robert Boyd
Robin Edwards
Sir Michael Hintze
Profesor Patrick Minford

Profesor Mark Pennington
Bruno Prior
Profesor Martin Ricketts
Linda Whetstone

Consejo Asesor Académico (Academic Advisory Council)

Presidente: Profesor Martin Ricketts
Graham Bannock
Dr. Roger Bate
Profesor Alberto Benegas-Lynch, Jr
Profesor Christian Bjørnskov
Profesor Donald J. Boudreaux
Profesor John Burton
Profesor Forrest Capie
Profesor Steven N. S. Cheung
Profesor Tim Congdon
Profesor Christopher Coyne
Profesor N. F. R. Crafts
Profesor David de Meza
Profesor Kevin Dowd
Profesor David Greenaway
Dr. Ingrid A. Gregg
Dr. Samuel Gregg
Walter E. Grinder
Profesor Steve H. Hanke
Profesor Keith Hartley
Profesor Peter M. Jackson
Dr. Jerry Jordan
Dr. Lynne Kiesling
Profesor Daniel B. Klein
Dr. Mark Koyama
Profesor Chandran Kukathas
Dr. Tim Leunig
Dr. Andrew Lilico
Profesor Stephen C. Littlechild
Profesor Theodore Roosevelt Malloch
Dr. Eileen Marshall
Profesor Antonio Martino
Dr. John Meadowcroft
Dr. Anja Merz
Profesor Julian Morris
Profesor Alan Morrison
Profesor D. R. Myddelton
Paul Ormerod

Profesor David Parker
Profesor Victoria Curzon Price
Profesor Colin Robinson
Profesor Pascal Salin
Dr. Razeen Sally
Profesor Pedro Schwartz
Profesor J. R. Shackleton
Jane S. Shaw
Profesor W. Stanley Siebert
Dr. Elaine Sternberg
Profesor James Tooley
Profesor Nicola Tynan
Profesor Roland Vaubel
Dr. Cento Veljanovski
Profesor Lawrence H. White
Profesor Walter E. Williams
Profesor Geoffrey E. Wood

Fellows Honorarios

Profesor Michael Beenstock
Sir Samuel Brittan
Profesor Richard A. Epstein
Profesor David Laidler
Profesor Deirdre McCloskey
Profesor Chiaki Nishiyama
Profesor Vernon L. Smith
Profesor Basil S. Yamey

Otros libros publicados recientemente por el IEA

Scandinavian Unexceptionalism: Culture, Markets and the Failure of Third-Way Socialism

Nima Sanandaji

Readings in Political Economy 1; ISBN 978-0-255-36704-2; £10.00

Classical Liberalism – A Primer

Eamonn Butler

Readings in Political Economy 2; ISBN 978-0-255-36707-3; £10.00

Federal Britain: The Case for Decentralisation

Philip Booth

Readings in Political Economy 3; ISBN 978-0-255-36713-4; £10.00

Forever Contemporary: The Economics of Ronald Coase

Editado por Cento Veljanovski

Readings in Political Economy 4; ISBN 978-0-255-36710-3; £15.00

Power Cut? How the EU Is Pulling the Plug on Electricity Markets

Carlo Stagnaro

Hobart Paperback 180; ISBN 978-0-255-36716-5; £10.00

Policy Stability and Economic Growth – Lessons from the Great Recession

John B. Taylor

Readings in Political Economy 5; ISBN 978-0-255-36719-6; £7.50

Breaking Up Is Hard To Do: Britain and Europe's Dysfunctional Relationship

Editado por Patrick Minford y J. R. Shackleton

Hobart Paperback 181; ISBN 978-0-255-36722-6; £15.00

In Focus: The Case for Privatising the BBC

Editado por Philip Booth

Hobart Paperback 182; ISBN 978-0-255-36725-7; £12.50

Islamic Foundations of a Free Society

Editado por Nouh El Harmouzi y Linda Whetstone

Hobart Paperback 183; ISBN 978-0-255-36728-8; £12.50

The Economics of International Development: Foreign Aid versus Freedom for the World's Poor

William Easterly

Readings in Political Economy 6; ISBN 978-0-255-36731-8; £7.50

Taxation, Government Spending and Economic Growth

Editado por Philip Booth

Hobart Paperback 184; ISBN 978-0-255-36734-9; £15.00

Universal Healthcare without the NHS: Towards a Patient-Centred Health System

Kristian Niemietz

Hobart Paperback 185; ISBN 978-0-255-36737-0; £10.00

Sea Change: How Markets and Property Rights Could Transform the Fishing Industry

Editado por Richard Wellings

Readings in Political Economy 7; ISBN 978-0-255-36740-0; £10.00

Working to Rule: The Damaging Economics of UK Employment Regulation

J. R. Shackleton

Hobart Paperback 186; ISBN 978-0-255-36743-1; £15.00

Education, War and Peace: The Surprising Success of Private Schools in War-Torn Countries

James Tooley y David Longfield

ISBN 978-0-255-36746-2; £10.00

Killjoys: A Critique of Paternalism

Christopher Snowdon

ISBN 978-0-255-36749-3; £12.50

Financial Stability without Central Banks

George Selgin, Kevin Dowd y Mathieu Bédard

ISBN 978-0-255-36752-3; £10.00

Against the Grain: Insights from an Economic Contrarian
Paul Ormerod

ISBN 978-0-255-36755-4; £15.00

Ayn Rand: An Introduction

Eamonn Butler

ISBN 978-0-255-36764-6; £12.50

Capitalism: An Introduction

Eamonn Butler

ISBN 978-0-255-36758-5; £12.50

Opting Out: Conscience and Cooperation in a Pluralistic Society

David S. Oderberg

ISBN 978-0-255-36761-5; £12.50

Getting the Measure of Money: A Critical Assessment of UK Monetary Indicators

Anthony J. Evans

ISBN 978-0-255-36767-7; £12.50

Otras publicaciones del IEA

Información detallada sobre otras publicaciones y sobre el trabajo más amplio del IEA puede encontrarse en www.iea.org.uk. Para solicitar cualquier publicación, consulte la información que aparece a continuación.

Cientes particulares

Los pedidos de clientes particulares deben dirigirse al IEA:

Clare Rusbridge

IEA

2 Lord North Street
FREEPOST LON10168

London SW1P 3YZ

Tel.: 020 7799 8907

Fax: 020 7799 2137

Email: sales@iea.org.uk

Cientes del sector editorial (book trade)

Todos los pedidos procedentes del sector editorial deben dirigirse al distribuidor del IEA:

NBN International (IEA Orders)

Orders Dept.

NBN International
10 Thornbury Road

Plymouth PL6 7PP

Tel.: 01752 202301

Fax: 01752 202333

Email: orders@nbninternational.com

Suscripciones del IEA

El IEA también ofrece un servicio de suscripción a sus publicaciones. Por un único pago anual (actualmente **£42.00 en el Reino Unido**), los suscriptores reciben todas las monografías publicadas por el IEA. Para más información, por favor contacte a:

Clare Rusbridge

Subscriptions

IEA

2 Lord North Street
FREEPOST LON10168

London SW1P 3YZ

Tel.: 020 7799 8907

Fax: 020 7799 2137

Email: crusbridge@iea.org.uk

El socialismo es, de forma sorprendente, impermeable a la refutación por la experiencia del mundo real.

Durante los últimos cien años, ha habido más de dos docenas de intentos de construir una sociedad socialista, desde la Unión Soviética hasta la China maoísta y Venezuela. Todos ellos han terminado con distintos grados de fracaso.

Pero, según los defensores del socialismo, esto solo ocurre porque ninguno de esos experimentos fue 'socialismo real'.

Este libro documenta la historia de esta respuesta que, a estas alturas, ya se ha convertido en un recurso habitual.

Muestra cómo la afirmación del 'falso socialismo' solo se formula **después** de los hechos. Mientras un proyecto socialista está en su apogeo, casi nadie sostiene que no sea socialismo real.

Por el contrario, prácticamente todos los proyectos socialistas de la historia han atravesado un periodo de luna de miel, durante el cual fueron elogiados con entusiasmo por destacados intelectuales occidentales.

Solo cuando sus fracasos se volvieron demasiado evidentes para negarlos, fueron reclasificados retrospectivamente como 'no socialismo real'.